



Jorge Rial

Yo, el peor de todos

Mi autobiografía

Yo, el peor de todos

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Prólogo

Primera Parte. A corazón abierto

1. El día que me explotó el corazón

2. Los lujos que me doy en vida

3. Ella nunca las quiso

4. El psicoanálisis me salvó la vida

Segunda Parte. Yo conozco el poder

5. El Papa, Cristina, Cristóbal, Marcelo y yo

6. Historia secreta de la entrevista con la Presidenta

7. Lanata, Zannini y lo que me pagó el gobierno para “blanquear” a Fariña

8. Mis amigos Sergio, Daniel y Mauricio

9. Cirio, Insaurralde, los extras de Rodríguez Saá y el milagro de Altamira

10. Siempre fui peronista, ¿y qué?

Tercera Parte. Los secretos de la televisión

11. Maradona, Mirtha, Lucho y Sofovich

12. La mejor cocaína del mundo

13. Me voy de América

14. Susana, su hermano, el Mercedes trucho y los consejos de Menem

15. El mercenario Gvirtz, el arrugue de Tognetti y el caso Ferriols

16. Entre El Trece y Telefé, el día que volaron la AMIA

Cuarta Parte. Esta es mi vida

17. Por qué le pedí a Ventura que diera un paso al costado

18. Me la quisieron poner

19. El amor de mi vida

Yo, el peor de todos

Mi autobiografía

Jorge Rial

Rial, Jorge

Yo, el peor de todos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Planeta, 2014.

E-Book.

ISBN 978-950-49-4313-6

1. Autobiografía .

CDD 920

© 2014 Jorge Rial

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Fotografía de cubierta: Alejandra López

De esta edición:

© 2014, La Comisa Producciones S.A., bajo su sello Margen Izquierdo

Concepción Arenal 4865 CABA.

Producción, distribución y comercialización exclusiva Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Primera edición en formato digital: diciembre de 2014

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-4313-6

Digitalización: Proyecto451

A Morena y Rocío que me hicieron recibir de padre desde la elección mutua del amor.

A Mariana, que desde la inteligencia de la juventud y también el amor me ayudó a armar un rompecabezas que parecía imposible.

A mis amigos todos. Los de la vida y del trabajo. Estuvieron cuando debían. Callaron cuando el silencio era necesario. Hablaron cuando las palabras era urgentes.

Gracias a todos por rascar la cáscara y saber que no soy el peor de todos.

PRÓLOGO

Yo, para algunos, soy el peor de todos.

El mafioso.

El apretador.

El que se caga en todo el mundo.

El que hace periodismo basura.

El que se mete en la vida privada de los demás pero no le gusta que hagan lo mismo con la suya.

El que se enganchó con una pendeja refuerte porque está lleno de plata y de poder.

El que cobró 600 mil dólares para entrevistar a Fariña y farandulizar la ruta del dinero K.

El periodista elegido por el gobierno para entrevistar a la Presidenta y que no corriera ningún riesgo.

El que es capaz de hacer cualquier cosa por medio punto de rating.

El que echó a su amigo Ventura porque es un hijo de puta que no tiene corazón.

El que no se arrepiente de nada.

Por todo esto, para muchos, soy el peor de todos.

Allá ellos. Se quedaron en la superficie porque no me conocen mucho.

O, mejor dicho: porque no me conocen nada.

Soy algo de eso.

Pero también un tipo que recibió los peores golpes en su niñez.

Que se crió en la calle.

Que se abrió camino en esta picadora de carne de los medios sin padrinos. A pura prepotencia de trabajo.

Que un día le explotó el corazón y se dio cuenta de que estaba solo.

Que a los 50 años perdió todo y tuvo que volver a empezar.

Que tuvo la milagrosa dicha de ser elegido por sus hijas en un acto de amor de adopción con ida y vuelta.

Que encontró el amor cuando ya estaba desahuciado en ese tema.

Que se bancó tapas de revistas, extorsiones, apretadas y amenazas.

Que es uno de los pocos que desde hace quince años mantiene un programa como *Intrusos*, líder de audiencia y otro tanto con la revista *Paparazzi*.

Soy todo eso. Y mucho más.

Por eso esta autobiografía.

Escrita a corazón abierto.

Sin especular en lo más mínimo.

A favor y también en contra mío.

Sin pensar en las consecuencias.

Brutal, honesta y descamada.

Frontal, directa y sin retomo.

Es decir: como me gusta hacer las cosas a mí.

JORGE RIAL, noviembre de 2014.

PRIMERA PARTE

A corazón abierto

El día que me explotó el corazón

De pronto vi elefantes y jirafas.

Juro que fue lo primero que vi cuando logré abrir los ojos. “Es raro este paraíso”, pensé. “Nada que ver con lo que me habían contado en mi época de monaguillo”. Estaba desorientado y confundido. Perdido en tiempo y en espacio. Cuando ya me había resignado a no ver la famosa luz blanca de la que tanto hablaba Víctor Sueiro, alguien me zarandeó con fuerza. No percibi bien quién era. Solo adiviné que se trataba de una persona. Solo atine a preguntarle:

—Disculpame, ¿me podés decir dónde estoy? Porque estoy viendo elefantes y jirafas.

—No estás tan desorientado. Son dibujitos de elefantes y jirafas. Y los estás viendo porque esta es una sala de pediatría.

—¿Y por qué estoy en una sala de pediatría?

—Porque te descompusiste y te estamos haciendo unos estudios. Las demás habitaciones están ocupadas.

Entraban y salían médicos y enfermeras todo el tiempo. Me trataban con una delicadeza inusitada. Yo seguía aturdido y me empecé a preocupar cada vez más. En un momento, como una tromba, ingresó un médico y me dijo:

—Tenés una arteria tapada. Nos vamos al quirófano ya.

—¿Qué? —alcancé a preguntar, en medio de mi desconcierto.

Pero ni el médico ni nadie me respondieron una palabra más hasta que ingresé al quirófano.

Horas más tarde, después de la operación, me explotó el corazón. Y mi vida cambió para siempre.

Todo comenzó durante la mañana del jueves 22 de julio de 2010, mientras conducía *Ciudad Gotik* desde el móvil de La Red, ubicado en el patio central de la Sociedad Rural Argentina, en Palermo.

Me empecé a quedar dormido durante los cortes publicitarios.

Y no solo en uno. En todos.

Cada tanto me despertaba nuestro operador, Rubén Cacha Paredes, quien seguro suponía que había tenido una noche demasiado larga.

—¡Vamos, Jorgito! —me gritaba y yo me volvía a despertar.

Cuando llegué al canal para empezar *Intrusos*, estaba agotado. Como si me hubieran cagado a palos.

—No tengo fuerzas para nada. Y tengo mucho sueño —le comenté a Julián León, mi productor histórico.

—¡Llamo ya al médico del canal! —me dijo, asustado.

Vino el médico, me revisó y diagnosticó:

—Aparentemente estás bien.

Pero cuando se estaba yendo, me quedé dormido otra vez. No adormecido ni en vela.

Completamente dormido.

Entonces llamaron al sanatorio Los Arcos de Palermo y me internaron de urgencia, en el mismo lugar donde dos semanas atrás habían operado al expresidente Néstor Kirchner por última vez.

Días después de mi internación me enteré que Moro, el entonces jefe de seguridad de Los Arcos, había activado el Código Rojo. Esa era la razón por la que media docena de profesionales me estaban esperando en la puerta para tomar las decisiones adecuadas sin perder tiempo.

Moro es de primera.

Es el mismo que organizó la internación de Diego Maradona en Cuba en el año 2000.

La misma persona que corrió de un lado para el otro cuando parecía que El Diez se moría.

Apenas llegué a la guardia, un montón de médicos me empezaron a gritar y a cachetear para que me despabilara:

—¡Jorge, despertate! ¡Jorge! ¡Te tenés que despertar!

Yo los escuchaba e intentaba abrir los ojos, pero no podía.

Entré al quirófano semidespierto y una enfermera me empezó a depilar los testículos. Le pregunté si era necesario. Ella me explicó por qué: me tenían que meter un catéter a través de la ingle para poder observar, con una cámara, cuál era el grado de deterioro de la arteria.

El panorama no era alentador. En apenas unos minutos pude ver cómo llegaron hasta la

arteria secundaria. Entonces me mostraron que la tenía completamente tapada.

—¿Y, Rial, qué hacemos?—preguntó, de manera retórica la enfermera—. ¿Metemos el catéter o no metemos el catéter?

Y mientras corría peligro mi vida no solo dije que sí. También pude ver y comprobar, por primera vez, y a través de mi propio cuerpo, qué es y cómo funciona un stent, el famoso resorte que se abre y te destapa la arteria obstruida. Es increíble cómo primero entra y después desprende los antibióticos mientras al paciente, en este caso yo, se le introduce un líquido de color a través del catéter, para que se pueda notar el contraste. La cuestión es que al mismo tiempo te piden que tosas. Y no te queda otra, porque si no tosés, te morís. Además, como si todo eso fuera poco, te arde todo. Sentís que se te quema el cuerpo entero: desde la garganta hasta los testículos.

Y la escena final es peor todavía: te congelás. De verdad: te morís de frío. Porque el quirófano está helado. Y lo que te hacen en el cuerpo termina dándote más frío todavía. Me envolvieron con mil frazadas, pero todavía tengo la memoria del tremendo frío que pasé.

Cuando todo terminó, me llevaron a una habitación individual.

Lo hicieron para permitir que terminara de cicatrizar la herida. Si se hubiera abierto me habría desangrado ahí nomás. Me pusieron patas para arriba y me pidieron que no me moviese para nada.

Fue el peor momento del día.

Y uno de los peores momentos de mi vida.

Porque fue el instante en que me explotó el corazón.

El instante en que tomé conciencia, plena conciencia, de que, a pesar de que había estado a punto de morir, me encontraba solo.

Absolutamente solo.

Pasó Silvia con Morena, no trajo a Rocío. Estuvieron quince minutos.

Ni una persona más.

Y resultó que ellas también se fueron enseguida.

—¿Qué raro! —pensé—. ¿Puede ser que nadie se haya enterado de lo que me pasó? ¿Puede ser que ni a los amigos ni a la gente con la que laburo se les haya ocurrido pasar un minuto o llamar a la habitación? ¿Qué vida de mierda tengo! ¿Estuve a punto de morir y nadie vino a

decime que me quiere!

Horas más tarde me enteré de qué fue lo que pasó de verdad.

Silvia me había “entomado”.

Había dado la orden, sin consultarme, de que a nadie se le ocurriera llamar o venir a visitarme.

Me lo contó Chispa, mi cuñado, después de intentar y lograr verme, casi a las trompadas.

—Esto es una locura —me dijo—. Silvia no puede impedir que venga a verte la gente que te quiere.

Mi ahora exmujer no solo me había entomado.

Se había ido a la casa a las 10 de la noche, se había llevado a las nenas y me había dejado solo, como un perro.

Solo, como único protagonista de mi propio Gran Hermano.

Solo con un enfermero y una cámara prendida para monitorearme.

Solo, desesperado por levantarme al baño para hacer pis y sin poder hacerlo como corresponde.

Solo, con unas enormes ganas de hacer caca y sin poder concretarlo, porque corría riesgo de que se me abriera la herida.

El enfermero me lo explicó con claridad:

—No te puedo sacar de la cama. Es mejor cagarse encima que morirse desangrado.

—Te lo pido por favor. Te juro que prefiero morirme.

Pero no hubo caso.

Lo máximo que logré fue que me alcanzara una “pelela”.

Tampoco transó con el pedido de dejarme a solas para hacer lo que tenía que hacer.

De manera que entre la cámara que me monitoreaba y la pelela no hubo manera de hacer “lo segundo”.

Me tuve que aguantar 18 horas, cuando me dieron el alta.

Fue una noche de mierda.

La noche en que tomé conciencia real de que no podía seguir viviendo así.

Y los últimos cinco años de mi vida con Silvia me atravesaron la cabeza y el alma como si

fuera una película de terror.

Habían sido malos. Muy malos.

Un verdadero quilombo.

El desgaste había sido constante. Por goteo. Pero la gota era cada vez más pesada. Y ya había rebalsado el vaso hacía tiempo ya.

Casi no dormíamos juntos.

Todas las noches eran iguales.

Nos acostábamos y yo prendía la televisión.

Como a ella no le gustaba lo que ponía, se iba a dormir a la habitación de huéspedes.

Tan mal la pasamos con Silvia, tan insatisfechos estábamos, que, durante un tiempo, la engañé.

Sí: la engañé con otra mujer.

Nunca voy a dar el nombre de esa mujer. Por ella y también por mí.

No fue demasiado el tiempo que pasamos juntos. A lo sumo habrán sido dos meses, meses antes de que me destaparan la arteria.

Sin embargo, para mí, ese poco tiempo significó mucho.

Porque fue muy lindo estar con una persona dispuesta a escucharme y a ser escuchada.

Alguien que se interesaba por lo que hacía y por lo que decía.

Una mujer que me había devuelto las ganas de conquistar y de ser seducido.

Que me hizo sentir hombre, una vez más.

Para muchos puede ser básico. Para mí, en ese momento, era sumamente valioso.

Imagino, además, que muchos de los que están leyendo ahora me seguirán viendo solo como un chintero de la televisión.

Un tipo que lo único que hace es contar secretos de los artistas y los famosos.

Bien: tengo una primicia para darles.

También soy un ser humano. Necesité y necesito algo tan sencillo y básico como que alguien se interese por mí.

Y a Silvia no le importaba absolutamente nada.

Nada, excepto la guita.

Por eso digo: era imposible no terminar como terminamos. Era imposible mantener viva una pareja que casi no hablaba y que solo se encontraba a la noche para dormir en camas separadas.

¿Cuánto tiempo podía pasar hasta que ella o yo nos diéramos cuenta de que el otro lo estaba engañando?

Un día, de manera inconsciente o a propósito, ya no lo sé, dejé abierto el teléfono. Y mi exesposa leyó un mensaje de texto.

Lo recuerdo perfectamente. Fue una tarde de domingo. Era verano y hacía mucho calor. El quilombo que me hizo Silvia fue descomunal.

Algún tiempo después me enteré que ella también me había engañado.

En realidad me lo contaron mis hijas.

Fue en Punta del Este y lo vieron con sus propios ojos.

No sé por qué lo hizo. Ahora tampoco me importa.

Sí sé por qué la engañé yo.

Necesitaba sentirme escuchado, querido y seducido.

Necesitaba que alguien se interesara no por lo que tengo, sino por lo que soy.

De manera que cuando dejé, sin querer o queriendo el teléfono abierto, Silvia encontró la excusa perfecta. Y se convirtió en mi enemiga. E hizo todavía algo más delicado: acumular dinero y bienes, su propio tesoro de plata que yo nunca alcancé a descubrir.

No lo alcancé a detectar a tiempo porque siempre estuve enfocado en el laburo, y más tarde, en cómo separarme sin lastimar a mis hijas.

El día en que me explotó el corazón comprendí que seguir con Silvia era morir todos los días un poco.

Pero el momento en que tomé, en serio, la decisión íntima de separarme fue algo que jamás podré olvidar.

Me sentí como si hubiese estado dentro de una película.

Una película de la que también fui uno de los protagonistas.

Era octubre de 2011. Habíamos viajado los cuatro a Nueva York.

Nevaba.

Fue la primera vez que nevó en Nueva York, en octubre.

Habíamos pasado la tarde en el Museo de Ciencias Naturales. A la noche fuimos al teatro para ver *El Rey León*, con la música original de Elton John.

Hacia tanto frío que tuvimos que ir a comprar ropa de abrigo.

La nieve caía finita y transversal. Te lastimaba la cara.

Salimos del teatro y nos metimos en Carmine, un restaurante de moda, cerca de Broadway.

Nos atendieron para el culo.

Nos apretaron en una mesa chiquita contra una ventana.

El mozo era un desastre.

Nos sirvió el vino en vasos que no estaban del todo limpios.

Y Silvia, como de costumbre, empezó a gritarles a las nenas.

Ni siquiera me acuerdo cuál era el motivo.

Lo único que me acuerdo es que todo el cuadro me empezó a pasar por delante, en cámara lenta, y sin sonido, como la última escena de una vieja película.

Silvia gritando y gesticulando. Mis hijas tratando de defenderse. La nieve cayendo. Yo, con la cara frente a la ventana y aparentemente ajeno a todo. De repente me escuché, preguntándome:

—Jorge, ¿qué carajo estás haciendo? ¿Qué mierda hacés acá? ¿Por qué estás todavía acá?

Afuera no paraba de nevar. Y me respondí, de inmediato:

—Ya está. Hasta acá llegué.

Regresamos de Nueva York y todo siguió de mal en peor.

Un sábado a la tarde, después de otra pelea feroz en la casa del country de San Carlos, Silvia, fuera de sí, me regaló la frase que cada tanto repetía y que esa vez esperé con desesperación:

—¡Andate de acá! ¡No te quiero ver más! ¡Divorciémonos! ¡Me quiero separar de vos!

Entonces tomé el bolso que no había desarmado desde que llegamos de viaje y enfilé para la puerta. Silvia me frenó a los gritos:

—¡Pará!

—No, me voy.

—No, así nomás no te vas a ir. Si tenés coraje, antes de irte andá y decile a tus hijas que nos separamos.

—¿Te parece necesario que lo haga ahora mismo?

—Sí, llamá a tus hijas ahora. Ahora mismo.

Rocío y Morena estaban en la colonia del country. Y las llamé: fue otro de los momentos que nunca voy a olvidar.

Apenas entraron a la casa las senté en el sillón que teníamos en nuestro dormitorio. Silvia no paraba de gritar, desencajada:

—¡A ver si te animás a decirles lo que les tenés que decir!

No hice ningún preámbulo. Tampoco me pareció necesario. Solo les dije:

—Mamá y papá se van a separar.

Mis hijas se largaron a llorar en menos de un segundo. Todos estábamos destrozados. Intenté consolarlas como pude:

—No lloren, hijas. Yo las amo con el alma.

Ellas se fueron corriendo a su habitación y se encerraron. Yo me fui al departamento. La misma propiedad en la que vivo ahora y donde escribo este libro. La casa en la que vivo con mis hijas, en la Pampa y casi Figueroa Alcorta.

A las dos horas, Silvia cayó acompañada de dos mucamas.

No me paré para recibirla: me quedé acostado en la cama como si nada, mientras seguí mirando televisión. Durante dos horas se la pasó llevando cosas del departamento que había puesto durante los últimos meses. Hizo todo lento, adrede, para que reaccionara.

Yo no me moví de la habitación.

Entonces ella, cuando terminó de armar el último bolso, me miró y me advirtió, desafiante.

—Mirá que esto es definitivo, ¿eh?

Le respondí solo una palabra:

—Sí.

Se fue dando un portazo.

Y yo sentí un alivio inmenso.

Fue uno de los momentos más tristes y a la vez más felices de mi vida.

Sentí que estaba empezando a recuperar mi libertad.

Me volví a sentir un hombre de verdad.

Fue un sábado a la noche.

Pedí una pizza grande por teléfono.

Me sobraron seis porciones. Pensé:

—Tengo que tirar tres cuartos de pizza. Esto es nada más y nada menos que la verdadera soledad.

Recién tres años después de aquella escena me enteré por qué Rocio y Morena estallaron en un llanto atronador ni bien les informé que nos íbamos a separar.

No era solo el llanto de la lógica tristeza.

Estaban muertas de miedo.

Un miedo distinto al de quedarse sin el papá o sin la mamá.

Me lo dijeron con todas las letras durante el verano de 2014.

—Llegamos a pensar que mamá nos podía matar.

—¿Cómo?

—Sí, tuvimos miedo de que fuera capaz de matarnos si vos no ibas a estar más para defendernos.

Sentí la confesión de mis hijas como una puñalada enorme.

Por eso ahora le agradezco a Dios tenerlas acá conmigo.

Al principio, desde fines de octubre de 2011, la fecha en que nos separamos, me costó mucho verlas y estar con ellas.

Después de esa Navidad se fueron casi un mes con la madre a Punta del Este.

Yo las extrañaba muchísimo.

La noche del 24 de diciembre fui hasta la casa del country, donde todavía vivían con su mamá, para pasar la Navidad juntos.

Pero no llegamos a la medianoche.

Quince minutos antes nos peleamos y me fui, muy enojado.

Fue la peor Navidad de mi vida.

A las 12 en punto de la noche me encontré solo, arriba del auto, por la Panamericana.

En la autopista no había absolutamente nadie.

Justo a la medianoche pasé por Panamericana y Márquez. Había un puesto de Gendarmería.

Los gendarmes se abrazaban y se deseaban felicidades.

Aminoré la marcha, bajé la ventanilla y les grité:

—¡Feliz Navidad, muchachos!

Los tipos no podían creer que fuera yo.

No les entraba en la cabeza que estuviera solo un 24 de diciembre a las 12 de la noche.

Llegué al departamento unos minutos después. En la calle no había nadie. Me senté en el balcón, solo, frente a los bosques de Palermo. Me prendí un habano mientras miré estallar mil fuegos artificiales.

Mejor que no les cuente en detalle la angustia que sentí.

Al otro día, domingo, fui a buscar a Rocío y a Morena, y nos fuimos a comer los tres solos. Me acuerdo de que no había nada abierto. Terminamos tomando el té en el hotel Sheraton de Pilar, sobre la Panamericana. A los seis días, el sábado 31, me tomé un avión a Punta del Este para recibir el año con ellas: cenamos en La Bourgogne, uno de los restaurantes más exclusivos de Punta del Este. Me volví al otro día, apenas empezado el año 2012. Con Silvia casi ni nos hablamos. De hecho, dormí en el living del departamento que teníamos allá. Pasó una eternidad hasta que nos vimos de nuevo.

Nos volvimos a encontrar precisamente el día que murió Antonio Ventura, el padre de mi amigo Luis Ventura.

Fuimos los cuatro en el auto: las nenas, ellas y yo.

Fue durante la tarde. En el camino, tuve la pésima ocurrencia de decirle que estaba muy flaca. A la vuelta, Silvia volvió con su camioneta a la casa del country. Yo me quedé con las nenas, en el departamento, hasta la noche. Llevé a las chicas con Silvia a la hora de cenar. La verdad es que yo no quería ni asomarme a la casa. La última vez que lo había hecho, unas semanas atrás, amenazó con denunciarme solo porque entré para llevarme unos libros y un par de botellas de whisky. La cuestión es que esa noche dejé a mis hijas en la casa y Silvia no tuvo mejor idea que recibirme con un camisón supersexy. Se me acercó demasiado y me dijo:

—¿En serio me ves más flaca?

Yo me quedé paralizado.

Entonces intentó llevar una de mis manos a sus pechos y me pidió:

—Tocá.

Yo no anduve con rodeos:

—Mirá, Silvia, no sé qué estás pretendiendo. Pero yo no voy a hacer más el amor con vos.

Reconozco que fui demasiado duro. Pero lo fui porque no quise que abrigara ninguna esperanza.

A partir de ese momento cambió para peor.

Me declaró una guerra sucia y violenta.

Yo lo único que quería, repito, era divorciarme, cuánto antes.

Y evitarle a mis hijas un dolor innecesario.

Por eso, apenas nos separamos, me junté con su abogada, su contador y con ella. Le ofrecí la mitad de todos los bienes. E incluso le propuse a Silvia que siguiera comercializando *Intrusos*.

—Te doy todo. Incluso la publicidad no tradicional (PNT).

Creo que fui muy torpe en ofrecérselo. Pero ella fue más torpe en no aceptar.

Me hubiera dejado casi en la calle.

En ese momento, a mí no me importaba nada.

Otro día, en el Bar Único, a metros del canal, Silvia me hizo firmar, de apuro, un papel en el que yo renunciaba a pedir cualquier cosa que le correspondiera legalmente a Rocío y a Morena.

Es más. El departamento que teníamos en Punta del Este se lo terminé entregando aunque no le correspondía, porque, en realidad lo compró su madre, pero la mitad era de Silvia y la mitad de mis hijas. Tiene 130 metros, tres habitaciones y todos los lujos que alguien pueda imaginar. Está en el edificio Chateau. Lo adquirimos, en su momento, a 300 mil dólares. Y le puse 100 mil dólares más, de mi propio bolsillo, para arreglarlo como nos gustaba a nosotros.

Pero no me importó nada.

Porque yo solo quería separarme.

El problema vino después.

Cuando me di cuenta de que me había quedado sin un mango.

Empecé a buscar las cuentas comunes, con cierta desesperación.

Encontré una sola: había 400 mil pesos.

Saqué la mitad que me correspondía. Y un par de meses después me enteré, por mis propias hijas, que Silvia las había dejado solas y se había ido tres días a Miami con la intención de vaciar

la cuenta que teníamos en un banco de esa ciudad.

No pudo hacerlo.

Ni falta que le hacía.

Porque cuando nos divorciamos se la llevó toda.

Toda la que le correspondía y todavía más.

Y, como moneda de cambio, me “entregó” a mis hijas.

Hizo bien.

Porque, aunque parezca una verdad de Perogrullo, yo mato por Rocío y por Morena.

Muero, si por ellas tengo que morir.

Y ya no me importa que no sean hijas de Silvia.

Es más: ahora que pasó tanto tiempo y pasaron tantas cosas, me parece mejor así.

Ellas son mi mundo.

Por encima de todo. De *Intrusos*, de *Paparazzi*, de Agustino, de la radio y de todo lo demás.

Cuando llego a mi casa, cierro la puerta y no me importa otra cosa.

Al contrario.

Las tengo tan presentes, las llevo tan pegadas a la piel, que a veces me pasa al revés. Es decir: a veces el amor que siento por Rocío y Morena es tan potente, que se me mete, aunque no lo quiera, en el medio del programa de televisión.

Eso fue lo que pasó el martes 29 de abril de 2014 cuando me largué a llorar en el piso de *Intrusos*.

Todos estábamos demasiado sensibles.

Horas antes había muerto Norma Pons, una actriz del carajo a la que yo quería mucho.

Santiago Bal estaba internado y vino al piso su hija, la actriz Julieta Bal.

Julieta es hija de Santiago y de Silvia Pérez. Vivió siempre con su madre y, según ella, Santiago nunca la quiso. O para decirlo de otra manera: siempre fue un papá ausente.

La cuestión es que Julieta miró a cámara, como si le estuviera hablando a su papá y a la familia de su papá y preguntó:

—¿Quién me va a avisar de la muerte de mi papá? ¿Toda la familia de él, con la que no me hablo? No. Yo sé que me voy a enterar por Twitter. Está bien. No pido más. Ojalá que cuando me

entere, mi papá no esté sólo. Eso es lo único que pido, nada más. Fijense qué curioso: yo no pienso cómo sería todo cuando se muera mi mamá, quizá porque no me imagino mi vida sin mi mamá. En cambio yo sé que mi papá no me quiere. Pero igual no me gustaría que se muriera solo.

Me largué a llorar de una. Porque pensé en mis hijas y entendí a Julieta. En ese instante comprendí lo que es tener un padre o una madre ausente toda la vida. Sentí una empatía con ella que me hizo emocionar.

Para colmo, dos días antes, a Morena la había tenido que trasladar casi de urgencia al sanatorio Mater Dei, en Figueroa Alcorta y San Martín de Tours. Sé que algunos no me van a creer, pero no tenía con quién llevarlas. Mis hijas debieron esperar a que terminara *Intrusos* para que Morena pudiera ser revisada.

Al final eran solo unos vómitos, pero la escena me agobió.

Sentí la carga de ser padre y madre a la vez. Por la noche escribí en mi cuenta de Twitter:

—Qué felicidad y qué trabajo es ser padre y madre. Hay días en los que no sabés cómo salir solo de ese laberinto. Pero siempre se puede con amor.

Ese día, encima, me había levantado a las 6 de la mañana, porque tenía una reunión a las 8 en el colegio de Morena. Ella había empezado a dar las materias libres, debido a su problema de salud, y yo tenía que hablar con la directora para coordinar los horarios y las actividades.

No me quejo.

Solo me preocupo, porque sé que tengo que estar ahí, y a veces siento que no me alcanza el tiempo.

Mis amigos dicen que tengo que aflojar. Pero a veces no hay manera.

Por ejemplo, el otro día me enteré que una compañera del colegio de mis hijas había sufrido *bullying*.

Cuando me lo contaron no lo podía creer.

Unas quince compañeras la agarraron, la apretaron contra una pared y la filmaron con una camarita, pidiendo perdón por haberle quitado, supuestamente, el novio a otra chica.

—O te arrodillás, dejás al chico y pedís disculpas o te cagamos a trompadas—la amenazaron.

Si a cualquiera de mis dos hijas les llegara a pasar algo así, me volvería loco.

Pero loco de verdad.

Igual, en el medio de todo lo que nos pasó, debo reconocer que mis hijas, a veces, parecen tan adultas como yo.

Y hacen todo lo posible por ayudarme a ser mamá y papá a la vez. Y también hacen lo imposible para no complicarme.

Es más: son muy conscientes de la familia que les tocó y no se engañan para nada.

Es decir: saben que no hay madre.

Que la figura materna no está.

Que Silvia se borró a comienzos de 2012 y no las volvió a llamar ni siquiera por teléfono.

Que Silvia no solo se divorció de mí sino que se separó de la familia completa.

Que ella, en el fondo, nunca las quiso. Porque de otra manera, ¿cómo se explica que Silvia le haya dicho a Morena: “Si te seguís portando así te voy a devolver a la villa de donde te saqué”?

Por fortuna, el tiempo, a mis hijas y a mí, en vez de debilitamos, nos fortaleció.

Los tres tuvimos que pagar un precio.

Pero ya estamos bien.

Con Morena, todavía, seguimos corriendo para todos lados.

Peleamos contra su problema de sobrepeso.

Y ella lucha como una leona. Y comprende que algunas decisiones que me vi obligado a tomar son demasiado duras y dolorosas, pero que a la larga van a ser las mejores.

A Morena le armamos una especie de clínica en la casa, con nutricionista y profesores, para tenerla controlada y evitar un mal mayor.

Ella no quería saber nada. Discutió hasta el cansancio. Hasta que le dije:

—Yo soy tu papá. Yo te amo. Y yo soy el que toma las decisiones. Confía en mí. Si no resulta, cambiamos.

Y parece que no me equivoqué.

Parece que está resultando.

De todas las presiones que tienen en la vida, la menos importante es el hecho de que el papá sea famoso.

A Rocío no le gusta nada, pero Morena hasta lo disfruta.

Ellas saben que solo es cuestión de acostumbrarse.

Las guardias fotográficas son, en ese sentido, una escuelita para hijos de famosos.

Hace un tiempo, por ejemplo, Rocío y Morena descubrieron a una fotografía detrás de un árbol.

Y en vez de reaccionar con cierta violencia se empezaron a matar de risa.

Es solo una foto. Es solo una revista. Es nada más que televisión.

Porque la vida es otra cosa.

La vida real sí que importa.

Por eso, desde que tengo a mis chicas, con los hijos de los famosos no me meto.

De la cintura para abajo no pego.

Es más: a pesar de mi larga y fuerte pelea con Diego Armando Maradona, nunca hablé con mala leche ni me metí en los detalles de la vida de sus dos hijas mayores, Dalma y Giannina. De hecho, de vez en cuando converso con ellas y las dos saben que conmigo siempre va a estar todo bien.

Meterte con tus hijos es pegar debajo del cinturón. Y debajo del cinturón, duele.

Duele demasiado.

Que me puteen de arriba abajo a mí. Que me digan todo lo que quieran. Pero que no insulten a mis hijas solamente por ser las hijas de Rial.

Los hijos son el límite.

Los hijos son mi límite.

Me lo recordó hace poco, en abril de 2014, Federico Bal, el hijo de Santiago, también en el piso de *Intrusos*.

Habíamos conseguido un video donde sus padres, Santiago y Carmen Barbieri, se decían barbaridades. Eran mil puntos de rating y Federico me pidió que no lo pusiera en el aire.

—No lo podría soportar—me explicó.

No lo hicimos esa tarde. Y no lo vamos a poner nunca más.

Será que estoy más grande. Será que la vida me va enseñando, a los golpes, a tomar mejores decisiones.

O será que desde el día en que me explotó el corazón, algo, adentro mío, cambió para siempre.

Y cambió para mejor.

Los lujos que me doy en vida

Nací en Belgrano. Pero solo por azar del designio de una cobertura social. Mi infancia y adolescencia la viví, la disfruté y también la padecí en Munro. Mi patria. Hijo de clase media baja. Donde se tomaba gaseosa los fines de semana y las películas de estreno me las contaban los amigos que podían entrar en el cine. Eso sí, nunca faltó una porción bien aceitosa de pizza de la Astral. Ese era mi lujo. Mi único lujo. Tal vez por eso. De grande aprendí que la plata existe para disfrutarla. En uno y con la gente que quiere. Sobre todo antes que se la quede otro.

Por eso uno de los placeres más grandes de mi vida es sentarme en el balcón cuando cae el sol, prenderme un habano bien robusto y acompañarlo con una copa del mejor coñac del mundo. Me abstraigo de todo. Es mi momento personal.

Por lo general fumo al atardecer o de noche. Son los mejores horarios para disfrutar de un habano. Solo o con amigos.

Me enamoré de los habanos a mediados de los noventa, en Miami.

Fue un amor a primera vista.

Mi exmujer estaba de compras, y yo, aburrido, me enganché con un tipo que armaba cigarros en un local muy chico.

Estuve casi media hora hipnotizado, estudiando cada paso del armado del puro. El tipo era un artista. Cuando terminó su obra, me miró, me extendió su mano con el habano, tan perfecto, y me lo ofreció:

—Tome, se lo regalo. Si le gusta, mañana viene y me compra una caja.

Lo fumé ese mismo día, entero, y me encantó. Fue como un orgasmo. Una sensación única: el saborear el humo en la boca, el pitar una y otra vez y el gusto del tabaco más fino y puro del mundo.

Fue un placer del que nunca más me quise privar.

Al otro día cumplí mi parte del trato. Volví al lugar, le compré una caja de diez habanos artesanales, y nunca más nos abandonamos.

Soy un autodidacta, me compro libros sobre habanos. Estudio el arte de prepararlos, amarlos

y fumarlos. Con los años aprendí muchísimo y, aunque no conozco Cuba, me reconozco, sin temor a sonrojarme, como un especialista en la materia.

Sé sobre el tiraje del habano.

Sé también sobre los componentes y sobre cómo se ama.

Sé de los colores, si son maduros o no, y de la importancia de la ceniza.

Porque la ceniza, en el habano, es la clave principal.

Sé, en realidad, el dato máspreciado: cuánto dura exactamente la ceniza en el puro sin que se haga trizas y se caiga.

Así como hay vinos más o menos intensos, hay habanos mucho más fuertes que otros.

Mis preferidos, por supuesto, son los Cohiba.

Creados a mediados de los años sesenta y elaborados con la materia prima más selecta de Pinar del Río, una de las quince provincias cubanas, son los habanos más ricos y prestigiosos del mundo.

En los últimos tiempos me volqué por completo a los Cohiba Behike, la línea más exclusiva de la marca cubana, un lujo que trato de darme cuando consigo, porque llegan muy pocos al país. Cada cuatro o cinco meses, el gallego de la Tabaquería Inglesa me llama o me avisa por mail que llegaron.

Me llevo, sin dudarlo, toda la caja.

La de diez cuesta alrededor de 400 dólares. Caros. Casi obsceno en los tiempos que corren. Pero es mi vicio. Casi el único.

Como digo siempre, los gustos y los lujos hay que dárselos en vida.

Un buen Cohiba robusto se puede disfrutar con coñac, con whisky o con ron. Con cualquiera de los tres va bien. El que te diga otra cosa te está mintiendo.

Para ron elijo el Zacapa, guatemalteco. Fue creado en 1976 para celebrar el centenario de la región homónima, en Guatemala. La botella de litro se consigue por unos 2000 pesos.

Para mí es el mejor del mundo, no hay con qué darle.

En el caso del whisky, mi preferido es el Macallan, un escocés de pura malta, y de puta madre. Es uno de los whiskies más caros, pero aseguro que vale la pena: el de veintiún años orilla los 8000 pesos.

Y si hablamos de coñac, me quedo con el Hennessy. Es francés. Es el que más me gusta. Es tan fino, tan suave, que se saborea en el paladar como agua. La botella de Hennessy de litro está también, unos 2000 pesos.

Casi tanto como los habanos amo el vino.

El vino que desarrollé, Rocio Moreno, quedó stand by, porque a la marca se la quedó mi exmujer, después del divorcio.

Sin embargo, eso no hizo disminuir mi interés por la cultura vitivinícola.

Para mí, el vino, no es solo tomar una copa, una botella y después hablar sobre eso. Es, en especial, pura mística y ritual. Es placer y disfrute con amigos.

También me encanta disfrutar de la comida. Con los años me fui educando el paladar.

Sin embargo, no sirvo ni siquiera para cocinar un huevo frito. Prefiero recorrer los mejores restaurantes y listo.

Es mucho más fácil, más entretenido y más enriquecedor.

Para mí, vivir la vida es justamente eso.

Buscar la felicidad con los placeres que podés disfrutar más, sin joderle la existencia al otro

La felicidad, para mí, por ejemplo, está en un buen vino. O en un robusto habano. O en un whisky añejo.

Son gustos caros, es cierto.

Como es muy caro viajar por el mundo en primera clase, una costumbre que adopté hace unos años.

Una rutina de la que ahora se me hace imposible bajarme.

Si me doy el gusto de poder viajar en primera. Si puedo gastarme 6000 o 7000 dólares en un pasaje, por ejemplo, a Italia. Porque hace muchos años que me rompo el alma trabajando, gano muy buena plata y, además, tengo todo en blanco y justificado.

También me gusta alojarme en los que considero los mejores hoteles del mundo. ¿Por qué no puedo hacerlo? ¿Y por qué debería ocultarlo? ¿Quién o qué me lo impide? Prefiero contarlo yo, sin prejuicios, a que lo hagan otros, con la carga de resentimiento que despiertan estas cosas.

Soy un tipo muy ordenado para viajar.

Soy el que lleva los pasaportes de toda la familia, el que arma todo el viaje y el que reserva

los hoteles. Sí: me encargo de todo. Soy un obsesivo. (Y debe ser por eso que evito entrar al cuarto de mis hijas. Son un asco. Son muy desordenadas).

Pero en el caso de los viajes, el orden es, también, una cuestión práctica.

Es que me fascina tanto viajar, y trato de hacerlo tan seguido, que aprendí a ser ordenado, para pasarla mejor.

Con varios meses de anticipación, reservo hoteles, asientos del avión, rento el auto, los pasajes de tren si es necesario. En serio: no se me escapa ningún detalle.

Y si viajo, lo hago lo más cómodo posible. O para decirlo con más claridad: destino casi toda la plata a eso. Prefiero la comodidad a las compras excesivas y al shopping sin freno. De nuevo, para que no queden dudas: me gano el dinero en forma honesta, pago todos los impuestos. Y pago mucho. Entonces no tengo ningún remordimiento.

Viajo bien, fumo los mejores habanos del mundo, reservo en los mejores hoteles, me tomo las mejores bebidas. Nada menos. Y nada más.

Soy tan obsesivo para viajar que, por ejemplo, pago un día más de alojamiento para llegar a destino e instalarme en la habitación directamente, sin tener que esperar.

Tal vez soy un maniático. Mis amigos me dicen que es exagerado. Y yo les respondo: "Sí, pero esta es mi vida".

Una vida que sufrí y que disfruto. Que las pasé putas de chico. Que esperaba el golpe cada día. Que conocí el mar a los 23 años y mi primer viaje en avión a los 25. Que mis primeros viajes al exterior siempre fueron por trabajo. Que me rompo el culo trabajando. Que me gusta vivir y que los míos vivan lo mejor posible. Yo soñaba con poder hacerlo. Lo hago. No me arrepiento. Y sé que muchos de los que están leyendo lo hacen. Y otros lo harán. Te lo dice alguien que salió de Munro y hoy puede amar Roma tanto como la esquina de Alvear y Esmeralda, donde me reunía con los vagos de mis amigos. La esencia es la misma.

Y en Roma, siempre que puedo, me hospedo en el Hotel De Russie, en Vía del Babuino, frente a la Piazza del Popolo. Es, para mí, el mejor cinco estrellas de la capital italiana.

Durante un tiempo me hospedé en el Hotel D'Inghilterra, en Vía Bocca Di Leone, cerca de Piazza di Spagna, pero cuando conocí el De Russie no lo cambié nunca más.

A este hotel suelen ir Marcelo Tinelli y todos los empresarios argentinos que visitan Roma.

En el lobby de De Russie se negoció el traspaso de las acciones italianas de Telecom, en medio de un escándalo que involucró al exbanquero Raúl Moneta y a los empresarios Matías Garfunkel, marido de la modelo Victoria Vanucci y socio del empresario de medios K Sergio Szpolski, y Jorge Ernesto “Corcho” Rodríguez, marido de la conductora Verónica Lozano.

El lobby del De Russie, ubicado en un salón a la derecha de la entrada del hotel, tiene unos sillones antiguos de cuero espectaculares.

Ese fue el lugar exacto donde se produjo aquella bochomosa escena, en mayo de 2010.

La historia parece sacada de un thriller norteamericano. Sin embargo, fue real.

Uno de los protagonistas me la contó con lujo de detalles.

El martes 4 de mayo de ese año, la Policía italiana se presentó en el lobby del hotel por expreso pedido de la Guardia di Finanza, un cuerpo militar que depende del Ministerio de Economía y Finanzas local y que se encarga de controlar la criminalidad financiera.

Garfunkel había hecho una oferta de 750 millones de dólares para quedarse con la mitad italiana de Telecom y con opción de comprar el 48% controlado por los hermanos Gerardo y Adrián Werthein, del grupo homónimo, que todavía las retienen.

El escándalo se originó a partir de los avales presentados por Garfunkel para la operación: en ese contexto, Moneta se había alojado en el hotel junto a Garfunkel tres días antes, desde el sábado 1º de mayo, en calidad de asesor. Según las autoridades italianas, los papeles y avales bancarios que llegaron al hotel ese martes en un sobre a nombre de Garfunkel eran apócrifos, y hasta habrían incluido firmas de bancos falsificadas, una investigación que todavía sigue abierta en la Justicia romana.

La historia que me contó mi fuente es que las autoridades locales retuvieron los pasaportes de Moneta y Garfunkel, y también del “Corcho” Rodríguez, que se había hospedado en ese mismo hotel y que formaba parte de la operación por partida doble: era socio del exbanquero menemista en ese momento, y contaba con un excelente vínculo con el gobierno, vía el ministro Julio De Vido, quien debía autorizar la entrada de Garfunkel a la telefónica. Rodríguez explicaría tiempo después que nada tuvo que ver con la operación, y que había llegado a Roma para reunirse con Garfunkel pero por asuntos vinculados a su productora de entretenimientos.

Lo cierto es que la Policía italiana les devolvió los documentos a los tres participantes del

cónclave, y la avanzada del socio de Szpolski en la telefónica quedó trunca.

Desde ese escándalo en el lobby de mi hotel preferido en la capital italiana, la relación entre Garfunkel y Moneta se deterioró a paso raudo, y derivó en un juicio millonario que el esposo de Vanucci le inició al exbanquero por el traspaso del grupo de radios que el exmenemista controló hasta hace unos años, con la FM Metro a la cabeza.

Qué paradoja: en ese hotel me suelo encontrar con Gerardo Werthein, uno de los accionistas de la telefónica.

En Nueva York, una de las ciudades más espectaculares que conocí, también tengo mi hospedaje favorito: el Hotel St. Regis, en la 55 y la lujosa Quinta Avenida, a cuatro cuadras del Central Park, en pleno centro de Manhattan. Es un hotel antiguo, muy clásico, en el que me atienden con una calidez que siempre agradezco. Me pasa eso: por lo general, voy tan seguido que ya conozco a los empleados, y me esperan de otra manera.

Viajar, para mí, no es solo un placer hedonista.

También me sirve para entender que, a veces, la Argentina no es el peor país de mundo.

Paseaba por Roma, en mayo de 2011, cuando empezó la movida de Los Indignados, ese nutrido movimiento español que acampó en aquel momento en Puerta del Sol, la plaza más representativa de Madrid, y que desembocó en un fenómeno popular sin precedentes en España, sumida en la crisis social más importante de su historia.

Estaba ahí, en el epicentro europeo, y todo era un quilombo. En especial, la crisis social, el desempleo y la desesperación de la gente.

Tal fue la impresión que me causó el fenómeno que escribí un tuit sobre el tema. Por desgracia fue tomado por el programa oficialista *678* y utilizado por el gobierno para ensalzar la situación de la Argentina y criticar a Europa. El tuit decía algo así como que en la Argentina no estábamos tan mal, al fin y al cabo.

Lo mismo me pasó en los Estados Unidos.

Muchos, cuando viajan al país del norte, se suben al avión y fantasean con pasar del Tercer Mundo al Primero, sin escalas ni contrastes.

Ni ellos están tan bien ni nosotros estamos tan mal.

En abril de 2014 volé con mis hijas a Nueva York. Cuando la caminé, de noche, solo, me

encontré con una ciudad diferente a la que respira de día. Vi muchos tipos durmiendo en la calle, buscando un lugar en la entrada de los edificios. Me encontré con una pobreza inmensa. Palpé la misma situación también en Roma o en Venecia, y en otro montón de ciudades. Por lo visto, pobreza y crisis no son “fenómenos” exclusivos de la Argentina o de Latinoamérica.

La última vez viajé a Nueva York con Rocío y Morena porque necesitaba estar con ellas. Los tres juntos, desde la mañana hasta la noche. En realidad, el plan original era viajar a Las Vegas para la primera pelea que Marcos “El Chino” Maidana perdió en manos de Floyd Mayweather. Cambié sobre la marcha porque entonces sentí que era un momento para abstraerme y salir un poco de la locura en la que estaba inmerso debido a la crisis pasajera que me tocó atravesar con Mariana.

Lo único que quería, en ese momento, era estar con mis hijas y nadie más. No me equivoqué: compartimos cinco días fantásticos.

Fue el primer viaje a solas con ellas y la pasamos bárbaro.

Me sirvió para reflexionar sobre la vida y me ayudó a valorar el doble las cosas. Porque no es lo mismo estar a diez cuadras de tus sentimientos que a diez mil kilómetros de distancia.

Y lejos de casa, la comodidad de un comfortable hotel no tiene precio. Que curioso: en esta etapa de mi vida el alojamiento se transformó en un botín preciado, porque la realidad es que pierdo mucho tiempo en los hoteles. Más todavía estando acompañado por Rocío y Morena, que son dos fanáticas del servicio a la habitación. Sí: con ellas en Nueva York, casi todas las noches fueron de *room service*.

Otras noches, las dejé en su habitación, bajé a comer al restaurante del hotel y caminé por las calles de Manhattan hasta pasada la medianoche.

El recorrido casi siempre era el mismo. Tomaba la Quinta Avenida hasta la 41, o la 42, y de ahí hasta la Biblioteca de Nueva York, o hasta el Río Hudson, y volvía por la 55. Nueva York de noche tiene un gusto especial que todos, alguna vez en la vida, deberíamos probar.

Hace tiempo que descubrí que lo que más rescato de los viajes es la incorporación de otras culturas, de las realidades de los lugares que visito. Me encanta viajar por eso, porque me meto en lo más profundo de las sociedades.

Los viajes ya no son para ir de shopping, como era antes, cuando viajaba a Miami con mi

exmujer solo para gastar la billetera.

Ahora es distinto. Es más lindo. Es un placer. Como el placer de viajar, en avión, en primera clase.

Nunca falta el boludo que cree que yo viajo en primera para evitar compartir el vuelo con el resto de la gente. Que se sepa: viajo en primera clase para estar más cómodo, tirarme en un asiento lo más grande posible, comer rico y dormir casi como en una cama. Además, nunca tuve problemas en viajar en clase turista. Más tarde, cuando gané un mango más, me pasé a business y, ahora que puedo, compro los pasajes en primera.

Mi lugar en el avión tiene mucho que ver con mi vida.

Siempre fue así: de menor a mayor.

Cuando pude me pasé a business porque soy largo; o elegí habitaciones lindas en hoteles caros porque cada vez me gusta estar más cómodo. No para aparentar.

Durante los últimos años, además de los habanos, el vino y los viajes, le empecé a prestar mucha más atención a la pilcha.

Y terminé de coronar mi deseo con el lanzamiento de Agustino, mi nueva marca de ropa.

Agustino nació de casualidad, o por cansancio.

Todo comenzó allá por el 2007, cuando conducía *Gran Hermano*, por Telefé. Estaba harto de usar la ropa que me daban en los canales. Los trajes me quedaban grandes. Los dobladillos siempre estaban mal cosidos. Todo parecía atado con alambre.

Hasta que un día fui a Etiqueta Negra y me compré tres ambos. Llegué al canal, encaré a los vestuaristas y les dije:

—No me traigan más ropa de canje. A partir de este momento me visto con la ropa que quiero y como yo quiero.

Cumplí: nunca más dejé que me volvieran a vestir así. Aproveché los viajes para comprarme ropa afuera. Me compré mucho en Ted Baker, una cadena inglesa cuya ropa me calza perfecta, y empecé a usar marcas italianas, porque a la corta o a la larga siempre terminan siendo las mejores.

Así seguí hasta que Gustavo Arce me citó, en una habitación de Vitrum, el hotel boutique que está a la vuelta de América TV.

Gustavo había estado casi un año entero siguiéndome y yo, por una cosa o por otra, nunca podía reunirme.

Entré a la suite como mi vestuarista, Camila Lons:

Gustavo atacó:

—Me tomé el trabajo de tomarte el talle, viéndote por televisión. Y te preparé esto para que te pruebes.

Abrió la doble puerta que comunica la sala de estar con la habitación. Y pude ver tendidos, arriba del sommier, siete u ocho conjuntos armados especialmente para la ocasión.

Eran sacos, camperas, pantalones y chalecos. De todos los colores. Con varios diseños distintos.

Me los probé todos. Y no hubo uno solo que no me fascinara. Entonces me preguntó:

—¿Me dejás que te vista?

Por supuesto le dije que sí.

A los tres meses, me volvió a pedir una reunión:

—Jorge: estamos en un punto de inflexión. Mucha gente me está pidiendo la ropa que te hago.

O me largo solo con una mayor inversión o nos hacemos socios y vamos para adelante.

—¿Y vos qué harías?—le pregunté.

—Yo quiero ser tu socio —me respondió.

Arce ya tenía Agustino Cueros. Le había puesto Agustino, como su hijo, y se convirtió en un éxito.

Juntos fundamos Agustino Buenos Aires.

Invertimos dinero, instalamos el primer local en Avenida Santa Fe al 1500 y cada vez nos va un poquito mejor.

Juan Sebastián “La Bruja” Verón y Marcos “El Chino” Maidana son nuestros modelos.

Lo de Verón fue de casualidad. Se encontró un día con Gustavo, le dijo que le gustaba lo que estábamos haciendo y mi socio, de cara dura, se tiró el lance:

—¿No querés ser la cara de Agustino?

—¿Por qué no? —dijo él

—El único problema es que no tenemos un peso —le aclaró Gustavo.

La Brujita es lo más. Porque le respondió:

—Con que me vistan me basta y me sobra.

Lo del Chino Maidana no fue muy distinto. El dato interesante es que llegó a pasear la pilcha de Agustino en el ring de las Las Vegas, durante la primera pelea con Mayweather. Además, subió al escenario a recibir el premio Olimpia de Oro, en diciembre de 2013, también con nuestros trajes de Agustino. Ese año, el Chino ganó la mayor estatuilla del deporte nacional, compartiendo la tema con monstruos como Juan Martín Del Potro o Lionel Messi, después de la paliza que le propinó al estadounidense Adrien Boner, con la que se alzó con el título mundial welter de la AMB.

La historia de esa entrega de premios y de ese traje es muy divertida.

Maidana no iba a ir a esa premiación. Cuando volvió a Buenos Aires, tras la pelea, y horas antes de la ceremonia en La Rural, se subió a su auto y partió hacia su ciudad natal, Santa Fe.

A la altura de Zárate, lo llama un amigo:

—Chino, mejor volvete rápido a Buenos Aires. Me parece que vas a ganar el Olimpia de Oro.

Maidana no quería volver. Pensaba que era un exceso de optimismo de su amigo. Al rato, lo empezaron a llamar a su mánager, Sebastián Contursi, quien viajaba, como acompañante, al lado del boxeador.

—Chino: volvamos ya. Muy pocos ganaron ese premio. Y uno de ellos fue Monzón —le dijo.

Así lo terminó de convencer.

Pegó la vuelta y apretó al acelerador.

Antes de ir a la ceremonia, Contursi, un cliente fiel de la marca, pasó por Agustino. Había hablado antes con Arce. Y Gustavo empezó a trabajar para ver si le encontraba una solución.

El Chino se puso la pilcha y quedó encantado.

Fue lindo verlo con la ropa de Agustino, levantando el premio más importante del deporte nacional.

Pero más orgullo sentí cuando lo vi, junto a 40 millones de personas, arriba del ring de Las Vegas, con una bata de Agustino, especialmente diseñada para la inolvidable ocasión.

Todo el mundo me pregunta si con Agustino me la estoy llevando con pala.

Todavía no.

Ahora es momento de invertir.

Y lo demás es cuestión de tiempo,

Paparazzi, cuando empezó, también daba pérdidas. Y ahora es un tanquecito que no se detiene más.

Igual, yo me metí en Agustino por plata.

Me incorporé porque fue la culminación de un proceso personal de seis o siete años que me llevó a interesarme más por la ropa y hacerme más sofisticado para elegir.

Y encima, me gusta y me divierte.

Aprendo, me nutro e intento aplicarlo a la empresa.

Aprovecho los viajes por el mundo para tomar fotos de la pilcha que me gusta.

Me paso horas sentado en los cafés mirando qué lleva puesto la gente del lugar.

Es una sociedad casi perfecta.

Porque Gustavo estudia las últimas tendencias de los más importantes diseñadores y yo le apporto mi mirada de la moda de la calle.

Esta mezcla, dice Gustavo, es lo que hace que Agustino sea un imán para los grandes empresarios argentinos y los extranjeros que eligen nuestra ropa.

Agustino es, en realidad, el último lujo de la primera mitad de mi vida.

Porque a los gustos hay que dárselos en vida.

Lo demás es cartón pintado.

Ella nunca las quiso

La barbaridad que dijo mi exmujer al afirmar que los hijos adoptivos tienen una tendencia a robar fue uno de los disparates más grandes que escuché en mi vida. Encima mezcló el tema con el de los hijos de desaparecidos.

Pero que haya sido una barbaridad no significa que me haya sorprendido.

Porque hace tiempo sé que Silvia, a sus hijas del corazón, es decir, a nuestras hijas, en el fondo, nunca las quiso.

No me tomó por sorpresa, pero sí me dolió. Y me dolió mucho, porque sentí, que, con esa declaración pública, que tanta conmoción causó, Silvia también estaba haciendo un daño irreparable a Morena y a Rocío.

Y no solo a mis hijas, sino a muchos chicos adoptivos que todavía esperan una familia que los pueda criar.

Tanto me dolió lo que dijo que horas después me quebré, en público, en mi propio programa de radio. Y empecé a llorar, a moco tendido, porque no podía seguir hablando de la angustia que sentía.

Yo, que me reconozco como un tipo fuerte, con una coraza enorme, de pronto me encontré abrazado, en el estudio, por todos mis compañeros. Abrazado y pidiendo música, o una tanda, o cualquier cosa, porque no podía seguir.

Pero insisto: no me sorprendió.

Porque no había sido la primera vez que se lo escuchaba decir.

Y no es que se le escapó.

Siempre fue su verdadera línea de pensamiento.

Nunca lo había planteado con esa crudeza, con esa frialdad, con esa tranquilidad. Pero a mí ya me lo había dicho.

Ya no podrá argumentar que lo comentó como al pasar, porque estaba sacada, o porque sufría en un raptó de emoción violenta.

Ella se sentó a dar una nota periodística.

Nadie la obligó a hacerlo.

Y planteó esa barbaridad, en uso de sus facultades mentales.

Por eso ahora lo voy a decir con todas las letras, para que a nadie le queden dudas: mi teoría es que Silvia jamás quiso a las nenas, que nunca quiso adoptar.

Lo repito: que ella nunca quiso adoptar.

Al contrario, el que insistió con hacerlo siempre fui yo.

Es verdad que ella peleó para intentar quedar embarazada a través de una fertilización asistida, pero también es cierto que a mí me costó mucho convencerla para que las adoptáramos.

Quizá, al final, lo haya aceptado porque le insistí demasiado.

O como una manera de retenerme.

Quién sabe.

La primera sospecha que tuve de que nunca las quiso fue poco después de que Rocío llegara a nuestra casa.

Porque Rocío llegó el 15 de septiembre de 2000, justo el día en que cumplía un año.

Había estado en un hogar y ese día —el día en que la trajeron a casa— junté a todos mis amigos y le hice un lindo cumpleaños.

No habían pasado dos meses de ese momento inolvidable, cuando sucedió algo que me hizo pensar que Silvia no estaba tan contenta con tenerlas.

Ella les estaba dando de comer a las dos.

A Rocío y a Morena.

Les estaba dando de comer arroz. (Siempre les daba de comer arroz. No sé si por comodidad o por qué).

La cuestión es que a Rocío no le gustaba el arroz.

Nunca le había gustado.

Y esa noche nos lo hizo saber, una vez más.

Porque en vez de comerlo, lo escupió y lo tiró.

Es decir: hizo lo que hace cualquier niño cuando no quiere o no le gusta la comida.

Sin embargo, la reacción de Silvia fue brutal. No me la voy a olvidar mientras viva.

Se volvió loca.

Literalmente loca.

Porque agarró la cuchara, la empujó con violencia y, como Rocío seguía sin abrir la boca, tiró el arroz al piso, pegó un portazo y se fue de la casa.

Lo recuerdo perfecto. Como si fuera hoy.

Rocío era muy chiquita y estaba sentada en la sillita de bebé.

Morena, su hermana más grande, estaba sentada conmigo, en la mesa del comedor.

Lo de Rocío era una muestra temprana de carácter. Del fuerte carácter que tuvo siempre.

No quería el arroz. Y no lo iba a comer. Por eso lo rechazó.

Pero lo de Silvia, ¿qué fue?

Repito: agarró el plato de arroz, lo dio vuelta, empezó a insultar, tomó la cartera y se fue de la casa.

¿Y qué hice yo? Junté el arroz, lo volví a poner en el plato, intenté que Rocío lo comiera, pero no hubo caso.

Silvia se fue a dar una larga vuelta por el country y regresó mucho tiempo después. Se negó a discutir el tema como una adulta.

Solo repetía:

—No puede ser. Pendeja de mierda. No puede ser. Pendeja de mierda.

En aquel momento interpreté que la de Silvia era una calentura del momento. Por eso, para que se tranquilizara un poco, le pregunté:

—Che, ¿por qué no probamos con otra cosa? En una de esas no le gusta el arroz.

Su respuesta fue un gesto de desagrado.

Me miró con una cara que nunca había puesto en su vida.

Fue la primera vez que sentí que no era solo la negativa de Rocío lo que la ponía mal.

Pero no la última.

Lo que dijo Silvia sobre la supuesta tendencia a robar de los chicos adoptados me terminó de disparar otros recuerdos que tenía sepultados.

Como el hecho de que cada vez que se enojaba con mis hijas las llevaba al peluquero para cortarles el pelo bien cortito.

Tanto Rocío como Morena tenían y tienen un pelo muy lindo.

Y cada vez que Silvia se lo hacía cortar muy cortito, las dos lloraban desesperadas.

Tenían cuatro y cinco años. ¿Era necesario castigarlas de esa manera?

Y después de los castigos, empezó la violencia.

No solo la violencia psicológica.

También la violencia física.

Quizá, de alguna manera, yo también soy responsable por esto.

Porque no quería ver. Tardé demasiado en darme cuenta de lo que realmente estaba pasando.

Tal vez fue porque me iba todos los días demasiado temprano a laburar, y volvía demasiado tarde.

Tal vez fue porque no me puse firme cuando Silvia se negaba a compartir con ellas la mayor parte del día y se iba a trabajar, más preocupada por el dinero y el estatus que por la crianza de nuestras hijas.

Lo cierto es que Silvia les empezó a pegar. Y la mayoría de las veces lo hizo a mis espaldas.

Porque una cosa es un chirlo en la cola o en la mano cuando querían meter el dedo en el enchufe.

Pero otra cosa, muy distinta, es pegarle con una cuchara de madera en la cabeza.

Y eso, a mí, no me lo contó nadie.

Lo vi con mis propios ojos.

Es más: aquel brutal cucharazo en la cabeza fue el motivo de la primera gran discusión que tuvimos.

La primera de una serie de discusiones que terminó en la separación definitiva.

El cucharazo en la cabeza, Silvia se lo pegó a Morena.

Fue en la casa del country.

A ella, como siempre, le había desaparecido algo.

Y la acusaba a Morena de habérselo robado.

Cuando le pegó, me saqué.

Porque me trajo los peores recuerdos de mi infancia, cuando me pegaba mi vieja.

Y tampoco jamás entendí por qué Silvia siempre suponía que todos le robaban.

Porque, según ella, en mi casa, las cosas nunca se perdían. No: alguien se las robaba. Gladys,

la señora que siempre trabajó con nosotros y que después se vino conmigo, me recordó que ella siempre sospechaba que alguien le había robado.

El ladrón podía ser yo, Gladys, las chicas o cualquiera.

El único detalle es que tarde o temprano las cosas aparecían. Y aparecían, casi siempre, en los lugares donde debían estar.

Un buen día Silvia desarrolló el origen de la teoría que repitió en público. Me dijo que su psicóloga le había dicho que los chicos adoptados tienden a hurtar, porque tienen la fantasía de que ellos fueron robados. Es decir: porque a ellos, igual que a los hijos de los desaparecidos, les robaron su identidad.

—Lo que estás diciendo es una locura —exploté.

Pero Silvia nunca me escuchó.

Tampoco fue la única, ni la barbaridad más grande que dijo.

La barbaridad más grande que dijo fue otra y me la confesó Morena a la vuelta del primer viaje a Italia que hice con Mariana.

Fue durante uno de los ataques de ira de Silvia. Tanto Morena como Rocío estaban aterradas y querían irse de la casa de la madre para venir a vivir conmigo. La cuestión es que Morena vino y me contó que Silvia le había dicho:

—Si te seguís portando así... te voy a devolver a la villa de donde te saqué.

Cuando finalmente me lo dijo, Morena estaba destruida.

Recuerdo que la abracé fuerte, la invité a sentarse conmigo en el balcón y le dije:

—Mi amor: si vos necesitás conocer tu historia, papá te puede ayudar a reconstruirla desde el principio hasta el final.

Tanto Morena como Rocío supieron desde el principio que eran adoptadas. Yo siempre les respondí lo que me preguntaron. Y nunca agregué nada más, porque comprendí, y comprendo, que debo respetar sus tiempos y su deseo por encima de cualquier cosa. Pero ese día Morena estaba tan triste y tan dolorida por la amenaza de Silvia, que de repente sintió la necesidad de saber. Y no iba a ser yo el que le negara la posibilidad.

Entonces, adelante de mi hija, tomé el celular y llamé a mi abogado Bernardo Beccar Varela. Le conté lo que pasó y le pedí:

—Preparate: porque si Morena necesita saber todo sobre su pasado lo vamos a rastrear.

En el registro de adopción, por supuesto, está el nombre de su madre biológica. Además, por pura casualidad, el juzgado en el que se tramita mi divorcio es el mismo en el que hicimos los trámites de adopción. Le insistí a Bernardo:

—Vamos a pedirle la jueza que abra los registros. Vamos a pedirle que nos ayude a buscar todos los datos que podamos necesitar.

Después corté, miré a Morena a los ojos, y le dije:

—Mi vida: vamos a hacer lo que vos desees. La única condición que te pido es que no vayas sola a ningún lado. Yo te quiero acompañar. Siempre. Y adonde sea.

Fueron tres o cuatro días de mierda.

Morena no solo estaba triste. También estaba desesperada. Al final, volvimos a hablar y se tranquilizó. Me dijo:

—No, papá. No busquemos más. No importa. Dejémoslo así.

Seguramente, cuando sienta el deseo de saber hasta el último dato, lo buscará.

O lo buscaremos juntos.

Cuando Silvia la amenazó con devolverla a la villa, todavía las dos seguían viviendo con ella, contra su voluntad. Y hacía poco que me habían contado que tenían miedo de que Silvia las matara a golpes.

Ya hacía tiempo, también, que me habían confesado que aparecían en el colegio con moretones y chichones propinados por Silvia, cosa de la que me fui dando cuenta mucho después. Incluso, mientras yo estaba en Italia, ellas me enviaron mensajes, videos y audios, donde aparecía Silvia a los gritos, queriéndoles pegar.

Todo ese material está en el juzgado.

Hay un video grabado por Morena que es terrible y triste.

Morena se escondió y prendió la cámara. No hay imágenes nítidas, precisamente porque se estaba ocultando. Pero se la escucha a mi hija diciendo:

—Estamos escondidas en el cuarto. En este momento me está por pegar.

Al mismo tiempo se escuchan los golpes de Silvia a Rocio, y los gritos de Rocio.

Sentí mucho dolor y mucha culpa cuando me enteré de ese episodio.

Dolor porque mi tristeza es enorme y culpa porque me tendría que haber dado cuenta antes.

Culpa por haber confiado en que ella, como madre, las tenía que cuidar.

Culpa porque tardé demasiado en confirmar la enorme violencia de Silvia.

Por ejemplo: siempre había creído que, cuando tenía más o menos seis años, Morena se había dado un bruto golpe en la bañera que la había dejado muy maltrecha.

Pero lo que sucedió, en realidad, es que Silvia la tiró contra la bañera.

La bañera estaba llena, pero Morena se pegó con el borde entre la ingle y la vagina.

Le quedó un moretón enorme durante muchísimo tiempo. Y durante otro buen tiempo no pudo ni siquiera caminar. Muchos se preguntarán cómo me enteré de eso y por qué no reaccioné antes.

La respuesta es: porque Silvia siempre me lo ocultó y mantuvo a mis hijas amenazadas para que no me lo dijeran.

¿Cómo iba yo a pensar que la madre ejercería semejante violencia contra sus propias hijas?

Tampoco pensé que me animaría a contar esto.

Pero lo estoy contando en defensa de mis hijas.

Porque Silvia, con sus delirantes declaraciones públicas, las quiso hacer aparecer como unas rebeldes sin causa.

Como si no quisieran volver verla porque sí. O porque están influidas por el padre y “sus malas compañías”.

La verdad es que mis hijas no quieren verla porque Silvia las lastimó.

Porque le tienen miedo.

Y esto no es el invento de un exmarido despechado.

Rocío y Morena se lo contaron, en tres oportunidades, tanto a la jueza como a la defensora de menores.

No es casualidad que la Justicia ni siquiera no haya dispuesto un régimen de visita para la madre.

Porque Silvia, en realidad, podía y puede verlas en cualquier momento.

Cualquier día. A cualquier hora. Y el día que mejor le quede.

Es decir: tenemos firmado un régimen de visitas abierto y un mutuo acuerdo para que puedan salir del país.

Pero la verdad es que ella nunca vino a verlas o a buscarlas porque no quiso.

La última vez que hablamos para que las viera fue hace dos años.

Yo estaba en el aeropuerto de Aruba. La llamé y le dije, textual:

—Hola Silvia. Estamos volviendo. Mañana llegamos a Buenos Aires ¿Cómo querés que hagamos? ¿Las venis a buscar a Pampa o te las llevo a tu casa?

Ella me dijo, fría como un témpano:

—No. Yo no las quiero ver. Mejor quedátelas vos.

La cuestión es que se quedaron conmigo una semana más, en casa, en Buenos Aires.

Fue una semana muy linda. Armamos salidas. Fuimos de compras. Paseamos y nos divertimos mucho. Cuando llegó el día en que tenían que volver sí o sí a casa de la madre, antes de salir y en presencia de mi abogado, Bernardo, quien justo me había venido a visitar, se me plantaron y me dijeron:

—Papá: no aguantamos más. No queremos volver allá. Nos queremos quedar a vivir con vos.

Rocío tenía 12 años y Morena 13.

Miré a Bernardo y le pregunté:

—¿Te das cuenta?

Y él me dijo:

—Está bien. Olvidate. Si es su deseo es mejor que arreglemos las cosas, porque ellas se van a quedar a vivir acá por más que se lo impida cualquiera.

Enseguida Bernardo llamó al abogado de Silvia, el doctor Eduardo Sande, y le informó:

—Las nenas no se quieren ir. Se quieren quedar con su papá.

Sande es un tipo bastante oscuro.

Es el mismo abogado que defiende los intereses de las ex de Martín Palermo y de Dady Brieve, Jaqueline Dutrá y Guadalupe Evelia Duarte, respectivamente.

Un día Sande me dijo algo que nunca le voy a perdonar.

Lo hizo en el marco del inventario de mi casa. Es el inventario clásico de cualquier divorcio. Se supone que, para realizar el inventario, solo tienen que concurrir los oficiales de justicia. Pero Silvia llegó con Sande. Supongo que lo hizo para ponerme nervioso. Y para intentar llevarse todo lo que podía. La cuestión es que el tipo se mandó detrás de los oficiales. Y cuando yo le pregunté

qué hacía en mi casa, Sande me respondió:

—Quiero ver las bombachas de la Niña Loly.

Eso no se lo voy a perdonar nunca.

Y algún día, de alguna manera, se la voy a cobrar.

Me revisaron todo.

Me abrieron hasta las cajas de seguridad.

Yo podría haber hecho lo mismo con la casa del country de Silvia.

Pero no lo hice porque en ese momento mis hijas vivían con ella.

La diferencia entre ella y yo es que a Silvia le importa mucho más el dinero que sus hijas.

Porque si no le importara más el dinero que cualquier otra cosa, no me habría quitado y vendido el humidor que yo tanto quería.

Un humidor o humidificador es una caja que sirve para guardar puros y así evitar su desintegración.

Hay humidificadores de distintos precios. Los de buena calidad son caros. Y el mío era carísimo.

Me enteré de que lo había vendido porque primero me avisó Matías Garfunkel y después Gerardo Werthein.

Lo explico: tanto Matías como Gerardo fuman habanos, como yo. Y el mundo de los fumadores de habanos es muy pequeño. Somos pocos y nos conocemos mucho. Todos sabemos casi todo de los demás. Por eso, cuando a Garfunkel y a Werthein les ofrecieron el que era mi humidor, los dos me llamaron enseguida para decirme lo mismo:

—Che: el dueño de Simonetta Orsini está vendiendo tu humidor, ¿te compraste uno nuevo o alguien te lo robó?

Me puse loco.

Porque cuando mi humidor desapareció, ella no podía vender nada. Estábamos en pleno juicio de divorcio y era algo que no podía ni debía hacer. Así que llamé a Martín De Leeuw, dueño de Simonetta Orsini, el mismo día en que me enteré, un domingo a la mañana, y enseguida se atajó:

—¡Hola, Jorgito! ¿Qué contás?

—Hola Jorgito las pelotas —le dije—. Vos tenés algo que es mío.

—No, Jorge, yo se lo compré a tu mujer. ¡Si le pagué como 2500 dólares!

—Mirá, viejo, hoy es domingo y quiero fumarme un habano. Si no me traés mi humidor antes de las seis de la tarde mañana arranco *Intrusos* con tu foto.

—No, Jorge, por favor ¿Cómo me vas a hacer eso? Yo comprendo cómo son estas cosas. ¡Si a mí me pasó lo mismo que a vos!

—Ah, ¿sí?, ¿qué te pasó?

—Cuando nos estábamos separando mi mujer se llevó todos los cuadros que yo había comprado.

—¿Así que a vos te pasó lo mismo y ahora me lo querés hacer a mí? ¡Pero vos sos un hijo de puta!

—No, pará, está bien. Te lo voy a devolver. Pero dame hasta mañana a las 11. Hoy es el día que me toca quedarme con los chicos.

—Está bien, mañana antes de las 11 de la mañana lo quiero en casa.

El tipo tuvo tanta mala suerte que esa misma noche me lo encontré en el restaurante Piégari, de la Recova. Me encaró. Me contó cómo Silvia se lo había vendido, fue hasta la casa y me lo trajo. Una vez que me lo entregó, me preguntó:

—¿Y los 2500 dólares que le pagué a tu exmujer?

—Andá a pedirselos a ella —me despedí.

Lo digo y lo ratifico.

Lo único que le importaba y lo único que le importa a Silvia es la plata. No sus hijas.

Y mandó a Sande a husmear en esta casa porque quería llevarse cualquier cosa que pudiera vender.

¿Qué hice yo?

Abri todo. De par en par. Desde la caja de seguridad hasta el último cajón de la cocina.

Ella, en cambio, hizo todo lo contrario.

En vez de dejar entrar en la casa del country a nuestras hijas para que recogieran su ropa y el resto de sus cosas, ordenó que las pusieran en bolsas de residuos negras y que se las mandaran a mi abogado.

Fue muy triste ver entrar a mi abogado con las bolsas de residuos negras.

Rocío y Morena empezaron a revisar y se dieron cuenta de que faltaban algunos recuerdos.

Las dos ya habían decidido quedarse a vivir conmigo.

Entonces, un buen día fueron a buscar los objetos que faltaban.

Las empleadas no sabían que hacer. Si dejarlas entrar o impedirles el ingreso. Así que llamaron a Silvia a través de un *handy*.

—Acá están Rocío y Morena. Dicen que quieren entrar a buscar las cosas que faltan.

Y Silvia pegó un grito que fue escuchado por nuestras hijas. Un grito que ellas no van a olvidar jamás.

—¡No las dejen entrar! ¡Échenlas! ¡Que se vayan esas negras de ahí!

Se dieron vuelta y se fueron.

Es que mis hijas, en ese sentido, son sabias.

Ignoraron su enorme violencia, levantaron la cabeza y volvieron a su casa, conmigo.

Por eso digo que no me sorprendió la barbaridad que dijo sobre los niños adoptados.

Nunca terminó de aceptar su rol de madre.

Nunca las quiso.

Y los tejes y manejes con el vínculo fueron gravísimos.

De hecho, yo me enteré de la enfermedad de Morena hace poco, porque me lo dijo su médico.

Silvia lo sabía desde hacía mucho, pero nunca me lo quiso contar.

Morena tiene resistencia a la insulina.

Tiene un problema de obesidad que estamos peleando.

Me terminé de enterar en el verano de 2011. Hacía tres o cuatro meses que estábamos separados y ella me “ordenó”:

—Mañana tenés que llevar a Morena al médico.

—Ok. ¿Vos no podés? ¿Qué te pasa? ¿Tenés algún problema?

—No. Es que me voy a Miami.

Nos fuimos al consultorio de su pediatra, en Villa Urquiza. Y esa tarde recibí una de las peores noticias de mi vida. Fue después de hacerle al médico la pregunta de rutina:

—¿Cómo está?

Él me repreguntó:

—Pero ¿cómo? ¿Vos no sabés cómo está?

—La verdad que no —le respondí—, Me guío por lo que dice la madre.

—Está mal. Hace tiempo que está mal. Tiene sobrepeso. Tendencia a la obesidad. Tiene resistencia a la insulina.

Todavía no me entra en la cabeza cómo Silvia fue capaz de dejar a su hija con un problema semejante.

Cómo me tiró a mí el problema por la cabeza después de ocultarlo, minimizarlo o negarlo. Cómo lo hizo hasta que el médico me lo dijo con todas las letras.

Salí de su consultorio de Villa Urquiza tan consternado que me perdí, a pesar de que conozco el barrio desde muy chico.

Di vueltas por todos lados.

La cabeza me estallaba.

A partir de ese momento empezamos a trabajar junto a Morena para salir adelante.

La resistencia a la insulina es un síntoma de la obesidad. Si no lo tratás como se debe, podés transformarte, de un día para el otro, en insulino dependiente de por vida.

Lo primero que hice fue llamar al doctor Máximo Ravenna. Estaba afuera, en Panamá. Me escuchó tan desesperado que adelantó su viaje de regreso. Empezamos un tratamiento con él, pero no funcionó porque Morena no se enganchaba. Cambiamos uno y otro y otro más hasta que decidimos que cursara libre, estudiara en casa y que así pudiera controlar mejor la comida, el peso y la actividad general. Por eso, cuando Silvia, en una nota, dijo que Morena “no va al colegio”, en realidad, mintió. Y cuando afirmó que cuando ella la cuidaba llegó a ser abanderada, mintió, a sabiendas, y por partida doble.

Porque Morena estudia en nuestra casa. Incluso los profesores vienen acá.

Y Morena fue abanderada en primer grado, en una etapa de la escolaridad donde todos los chicos terminan siendo abanderados, porque es un “premio” rotativo.

Silvia nunca tuvo un vínculo fuerte y real con mis hijas.

Y una de las evidencias más contundentes la tuve cuando estábamos tratando de hacer la repartición de bienes y no nos terminábamos de poner de acuerdo.

Ella, en vez de pensar en nuestras hijas, le dio una entrevista a la revista *Noticias*, acusándome falsamente de recibir sobres con dinero en motos con el único objetivo de extorsionarme para sacarme más dinero.

Le salió mal: hoy se encuentra procesada y a punto de ser sometida a juicio oral.

Sin embargo, después de ese desacuerdo, nos sentamos y firmamos la distribución de bienes y convinimos otros asuntos más importantes todavía.

Yo me quedé solo con el departamento de la calle Pampa, un *BMW* y las acciones de la revista *Paparazzi*. Nada más. No reclamé por ninguna cuenta. Ni por los departamentos que habíamos comprado afuera. Solo eso.

En el mismo acto, ella firmó la autorización para entregarme la tenencia de Rocío y Morena.

Para que se entienda bien: cedió la tenencia de manera voluntaria. Yo no la tuve que discutir ni un poquito.

Y no lo hizo en cualquier contexto.

Lo hizo en el mismo acto en que dividimos los bienes.

Lo que quiero decir es que ella entregó a sus hijas a cambio de lo único que le importa, que es la guita.

Y lo hizo, entre otras cosas, porque le permitió seguir llevándose 45 mil pesos cada treinta días aun cuando hacía seis meses que las nenas habían decidido vivir conmigo.

Y nunca más intentó relacionarse.

Nunca las vino a buscar.

Y juro que yo jamás les llené la cabeza a mis hijas o les pedí que no la vieran.

Al contrario: siempre estimulé el vínculo con Silvia.

Y siempre me entristeció que ella no hubiera intentado acercarse de alguna manera.

En noviembre de 2013 parecía que todo podía cambiar cuando presentó un pedido judicial de “revinculación”.

—Qué bien— pensé—.

Pero cuando nos llamaron a una audiencia, ella pareció cambiar de opinión, porque declaró:

—No: mi psicóloga me dijo que todavía no estoy lista para revincularme. Y además tengo dos o tres viajes pendientes.

Al mismo tiempo, yo asistí a cada reunión a la que fuimos convocados, mientras ella se excusaba de manera sistemática.

Un poco más tarde, Silvia volvió a la carga.

Insistió con el pedido de revinculación.

Entonces, mis hijas, más grandes e independientes, le dijeron a la jueza que no quieren revincularse con Silvia.

La jueza, incansable, sugirió que pudiéramos un psicólogo cada uno.

Yo propuse una profesional.

Del otro lado no propusieron nada.

La jueza, una vez más, insistió.

Y de la otra parte sugirieron que lo designara “el ministerio público”.

Es como si quisieran celebrar los encuentros en un hospital público.

Como si quisieran humillar a mis hijas.

Y no lo digo porque no valore los hospitales públicos.

Lo digo porque, más que una propuesta, parecía una chicana.

Al final, aceptaron a otra psicóloga privada propuesta por mi parte.

Ojalá que puedan volverse a vincular.

Aunque yo, con sinceridad, lo considero casi imposible.

Es demasiado el daño que les hizo.

Y las nenas no quieren saber nada.

Es más: hace poco Rocío y Morena se sentaron con mi abogado y le preguntaron si podían pelear la patria potestad. Es decir: si le podían sacar a Silvia la patria potestad para que dejara de ser su madre y dejara de tener derechos y obligaciones para con sus hijas.

No fue idea mía.

Lo plantearon ellas. Hasta preguntaron por la posibilidad de ser adoptadas por Mariana.

Bernardo les explicó que era difícil.

Morena ahora está averiguando cómo y cuándo se podría hacer.

Morena es la voz cantante en todo esto. Rocío sufrió mucho. Y es la primera que le bajó la cortina.

El problema no lo tienen mis hijas, sino Silvia.

Las dos tienen contacto con la abuela, la madre de Silvia. De vez en cuando van a comer. Con Raquel, la hermana de Silvia, su tía, también mantienen un buen contacto. Es más: Raquel sigue laburando conmigo. Y mis hijas también mantienen el vínculo con el otro hermano de Silvia, que también es su tío, aunque vive en el Sur. Es más: el hermano de Silvia se peleó con ella después de la barbaridad que dijo sobre la tendencia a robar de los hijos adoptados.

Mis amigos preguntan por qué me culpo tanto.

Y yo les digo: porque tendría que haber estado ahí para evitar tanta violencia, para evitar tanto maltrato.

Y no supe. O no pude. O no me di cuenta.

Las empleadas no me contaban porque Silvia las tenía amenazadas.

Mis hijas no me contaban porque estaban aterrorizadas.

Me fueron contando la verdad, de a poquito, recién durante los últimos dos años. Cuando se fueron sintiendo más a salvo. Y me lo contaron después de decirlo ante la Justicia. Frente a profesionales. Durante sesiones a las que yo no puedo entrar. Y revelaron todo: desde el episodio de la bañadera hasta las acusaciones más humillantes.

Sé que muchos, a esta altura, se preguntarán, cuál fue el detonante para que Silvia le diera una nota a Fernanda Iglesias, la periodista de *La Nación* y del programa de radio de Jorge Lanata.

Qué mecanismo se activó en su psiquis para sugerir que todos los niños adoptados o hijos de desaparecidos padecen de una tendencia natural a robar. Qué le pasó o qué se le cruzó por la cabeza para que me acusara falsamente de violencia de género, para que revelara detalles escabrosos de la enfermedad de Morena, para que hiciera hincapié en cuánto estaba pesando. No creo que ni Silvia ni la periodista tengan la más mínima idea de lo humillada que se sintió Morena cuando se enteró. Estuvimos trabajando tres días seguidos con su psicóloga y su nutricionista para que no corriera peligro su tratamiento.

Ahora voy a contar por primera vez qué fue lo que detonó semejante arranque de locura y furia.

Fue un simple pedido de Morena a Silvia para que le enviara las fotos de cuando era chiquita y así poder festejar su cumpleaños de 15 de la misma manera que lo festejan el resto de sus

compañeras y amigas.

Primero fue de manera directa.

Después lo hicimos a través de los abogados, porque la respuesta no llegaba.

Al final, durante el último encuentro de Morena con la jueza, mi hija le dijo:

—Quiero mis fotos de cuando era chiquita para festejar mi cumpleaños de 15. Quiero las fotos y mi mamá no me las da.

La jueza comentó:

—Las podemos pedir por oficio. ¿Querés que lo hagamos?

—¿Se puede?

—Claro.

—Bueno. Si se puede y es mejor, hagámoslo.

El oficio se mandó, Silvia explotó y empezó a preparar el contraataque.

La entrevista que le dio a Fernanda Iglesias fue el golpe más bajo y más artero, pero no el primero. Porque unos días antes envió un escrito al juzgado afirmando que no tenía las fotos y reproduciendo algunas de las barbaridades que le dijo a Fernanda Iglesias, pero con un tono de expediente. El escrito fue reproducido por *La Nación* y enseguida mi abogado presentó otro oficio recordando que existe un bozal legal y que ese bozal está vigente porque lo había pedido precisamente Silvia.

Lo demás fue público y notorio.

Yo tardé en reaccionar.

No escuché enseguida las declaraciones públicas de Silvia.

Me pasaron el título y así como me lo pasaron se lo reenvió a mi abogado.

Con las horas, la bola se hizo más grande.

Primero apareció un audio.

Después un video.

Y ahí exploté yo.

Estuve a punto de responder, hasta que mis hijas me pidieron que no lo haga.

Sin embargo, el tema no bajaba de los medios.

Al contrario.

La propia jueza lo vio en *Bendita TV* y se dio cuenta de que las barbaridades que dijo Silvia trascendieron hasta el dolor de nuestras propias hijas. Y que estaban dañando la institución de la adopción.

Que el efecto demoleedor de una mamá adoptiva diciendo que los chicos adoptados eran proyectos de ladrones afectaba a los 21 mil chicos que todavía esperan que alguien los adopte, los críe y los ame.

Entonces tuve que salir a decir a todos los que sueñan y desean adoptar que no tengan miedo.

Que lo que dijo Silvia es una locura.

Y que además, es mentira.

Que el acto de amor que significa adoptar trasciende a todo egoísmo y cualquier mezquindad.

De hecho, después de semejante incidente, nunca recibí tantas muestras de apoyo y solidaridad como en este caso.

Incluso de gente que no conocía.

O que puede estar en las antípodas de lo que yo pienso o hago.

El periodista Juan Abraham, de *Clarín*, es solo un ejemplo.

Pero yo me atrevería a decir que si lo que dice Silvia tuviera asidero, también los hijos de Ernestina Herrera de Noble serían ladrones, porque fueron adoptados.

O Ignacio Hurban, el nieto de Estela de Carlotto, también debería haber “nacido con genes de ladrón”.

Yo le preguntaría a Fernanda Iglesias. La bronca que me puede tener, ¿justifica que después de escuchar la barbaridad que dijo Silvia no le haya preguntado, o comentado, directamente “me parece que estás diciendo una burrada”?

Porque el silencio habla de su falta de rigor periodístico.

O de su complicidad.

Sabemos que Iglesias tiene una amistad con el doctor Sande. Pero ¿ni siquiera una repregunta?

Yo, por ejemplo, me llevo muy bien con Mauricio Macri, pero eso no me impidió llamarle la atención cuando me dijo, en un reportaje en la radio, que estaría bueno que tiraran a la Presidenta por la ventana.

Lo paré en seco, porque me pareció un exceso. Y no me sumé con un silencio cómplice a la enormidad que acababa de decir.

Confieso que lo que dijo Silvia no me sorprendió, pero me mató, porque no pude soportar que acusara de ladronas a mis hijas.

La noche en que me enteré no pude dormir.

Y me derrumbé.

Física y psicológicamente.

Me vinieron a la mente y me penetraron el alma todas las imágenes juntas.

Las bolsas de residuos negras con los objetos adentro.

El fuerte golpe de Morena contra la bañera.

Los tremendos cortes de pelo que les hacía a manera de castigo y para que sufrieran.

Y también que me quebré cuando el Negro Oscar González Oro me preguntó, en el medio del pase, si me había dado tiempo para llorar.

Entonces lloré.

Lloré a moco tendido.

Y no solo en ese momento.

Lloré a moco tendido unos cuantos días más.

Supongo que ahora, la gente que suponía que Silvia no veía a mis hijas porque yo no se lo permitía, tendrá más elementos de juicio para analizar cuál es la pura verdad.

Para los que me preguntan si la odio, mi respuesta es: no tengo sentimientos ni malos ni buenos hacia ella. Tampoco tengo odio. Odiarla es perder el tiempo. Si siento que está sola. Muy sola. Y también siento que está recibiendo el peor de los castigos: sus hijas ya no la quieren.

Y yo ya no puedo ni quiero hacer nada para que la quieran.

Lo intenté una y mil veces.

Pero solo recibí amenazas o intentos de extorsión.

Puedo comprender que a Silvia le haya costado demasiado aceptar la adopción, pero no puedo justificar ni avalar las cosas que está diciendo y haciendo ahora.

Ella nunca quiso adoptar, pero terminó de convencerse cuando escuchó la historia de Mabel Prado, la que fue nuestra abogada durante un tiempo.

Mabel es madre adoptiva y además soltera.

Mabel es una madre coraje que movió cielo y tierra hasta encontrar a su hija Pilar.

Lo hizo todo sola.

Mientras estudiaba, laburaba y hacía mil cosas más.

Como las sigue haciendo hoy en día. Porque también Pilar, en su momento, tuvo un problema de obesidad que fue peleando como se pelean esas cosas de la vida.

Mabel me llamó para solidarizarse porque no podía creer las declaraciones de Silvia.

Silvia debería recordar que ella se terminó de convencer al escuchar su historia.

Así como también debería recordar cuando hace más o menos cinco años, empezamos a entrar en crisis, y ella me dijo:

—Me llamaron del juzgado. Hay un nene para dar en adopción, de un año y pico. ¿Qué te parece que hagamos?

Ella debería recordarlo, porque yo percibí, en aquella propuesta, no el deseo real de volver a ser papás, sino una movida perversa para seguir teniéndome agarrado.

Y no porque me amara con locura.

Sino para seguir disfrutando del dinero y del supuesto poder que le daba ser la esposa de un periodista como yo.

No exagero cuando digo que siempre le importó más la plata que sus propias hijas.

Que entregó la tenencia en el mismo instante en que hicimos la división de bienes.

Porque hubo decenas de actitudes que prueban lo que digo.

Un día, cuando todavía las chicas vivían con ella, me llamó Morena y me dijo:

—Papá, mamá no vino a dormir a casa.

Le contesté:

—Bueno, tranquila hija. Yo me ocupo.

No me preocupé. Pensé:

—Se enganchó con alguien. No fue a dormir. Cero problema.

Al otro día, mi hija me llamó de nuevo. Y al día siguiente, también. Porque su mamá no había llegado. Y no sabía nada de ella.

Silvia apareció a los tres días.

Y más tarde me enteré con quién y dónde había estado.

Había viajado a Miami con un objetivo único: vaciar la cuenta que teníamos a nombre de los dos.

Pero no pudo hacerlo porque se necesitaba también mi firma.

El sistema dio el alerta y así me enteré por qué había dejado a mis hijas con una empleada durante tres días y sin avisarles ni siquiera dónde estaba o cuándo volvía.

No les avisó para evitar que mis hijas me lo contaran.

No quería correr el riesgo de que la maniobra le saliera mal.

Yo nunca conté todo esto.

Y no lo conté, primero, porque me da vergüenza.

Y porque nunca quise terminar de aceptar que mis hijas vivieron en semejante clima de violencia física y verbal sin que yo pudiera evitarlo.

Pero Silvia fue demasiado lejos, y ahora siento que tengo que hacerlo no solo por Rocío y por Morena, sino por todos los papás dispuestos a adoptar y todos los niños que merecen ser adoptados.

Lo de Silvia fue brutal.

Pero no pasa nada.

No saben lo sanos que se crían los niños cuando están rodeados de mucho amor y un poco de sentido común.

Recuerdo que hace un tiempo, en el medio de la crisis matrimonial, Rocío hizo un dibujo frente a su psicóloga.

Primero dibujó una isla y después un sol muy grande.

Sobre la isla nos dibujó a su hermana Morena, a mí y también a Paka, nuestra perra labrador. Todos estábamos cerca de la palmera.

Un tanto alejada, en el mar, la dibujó a Silvia, con el agua hasta el cuello.

La psicóloga miró el dibujo y le preguntó:

—¿No está demasiado adentro del mar? Me parece que se va a ahogar.

Entonces Rocío tomó la goma y la borró un poco del agua que tenía alrededor del cuello.

Solo un poquito.

Los suficiente para que no se ahogue.

No la incluyó, en la isla, junto a nosotros.

Ni cerca de ellas, ni cerca de mí.

Ni siquiera cerca de Paka.

A propósito:

Otro día, no hace mucho, sonó el timbre de este departamento donde ahora estoy escribiendo.

Era Silvia y estaba con la perra.

Se paró frente al edificio y, sin bajar del vehículo arrojó a Paka hacia los brazos de nuestra empleada.

Literalmente, la tiró.

Enseguida cerró la puerta de la camioneta y se fue.

Rocío, Morena y yo entendimos el mensaje.

A la perra, Silvia tampoco la quiso nunca.

El psicoanálisis me salvó la vida

Hasta los 43 años me consideré, con estúpido orgullo, un macho de barrio.

Un macho de barrio bien duro.

Uno de los tantos bocones que repetía:

—¿Ir al psicólogo? ¿Qué psicólogo? ¡Solo los putos van al psicólogo! A mí, con contarle lo que me pasa a mis amigos, me basta y sobra.

Tuve que sufrir varios ataques de pánico para darme cuenta de que viví repitiendo una tontería.

Y ahora tengo que reconocerlo: el análisis me salvó la vida.

El primer gran ataque de pánico lo sufrí en el año 2000, arriba de un avión, camino a la provincia de Salta.

Pensé que me moría. Y constituyó el primer aviso. La primera alarma. El primer indicio de que algo estaba funcionando muy mal.

Rocío y Morena eran bebas. Estábamos en mitad del vuelo cuando empecé a sentir que me faltaba el aire. Una compresión muy fuerte en el pecho que cada vez se me cerraba más. No podía respirar.

Quería bajarme del avión y no podía. Empecé a controlar la respiración recién cuando estábamos aterrizando.

En tierra, el pánico desapareció, como por arte de magia. Entonces lo atribuí a cualquier cosa, menos a los que era de verdad.

Fue un grave error.

Porque al poco tiempo, volví a sufrir otro ataque tremendo.

Iba por la calle La Pampa, en el barrio de Belgrano, desde mi casa hacia el canal, manejando el Audi A3 rojo que tenía en ese momento, cuando de repente, me volví literalmente loco.

Y empecé a notar que los autos que andaban cerca de mí eran distintos.

Más que distintos, enormes.

Como camiones o tanques salidos de una película de superacción.

—Mierda —pensé—. Los autos son gigantes. Y los tipos que los manejan también. ¡Todos estos tipos y todos estos autos son mucho más grandes que yo!

Llegué al canal en estado de shock.

De nuevo me faltó el aire.

Estuve a punto de no arrancar *Intrusos*.

Pero la sensación de ser insignificante no me abandonó por un buen tiempo.

De hecho, para atenuarla, enseguida me compré la camioneta Mercedes Benz más grande que pude conseguir.

Agobiado por los ataques y una sensación de desánimo y tristeza interminables, comencé a ir al psicólogo entre 2004 y 2005.

Tenía una idea fija que no me dejaba de rondar por la cabeza y el alma.

Tenía una enorme culpa por haber superado a Ramón, mi viejo, desde el punto de vista laboral. No me bancaba haber llegado a un lugar al que mi viejo, por más que laburó como un animal toda su vida, nunca pudo alcanzar.

Papá era hosco, arisco y duro como yo. Mejor dicho: bastante más que yo.

Papá no tenía pelo, porque se había contagiado paludismo durante el servicio militar, en Melilla, una ciudad que está a orillas del Mediterráneo, muy cerca del Norte de África.

Mi viejo era gallego, de verdad.

Era el gallego más parco y más rígido que conocí en mi vida.

Pero mi viejo y yo nos amamos.

El problema fue que recién nos dijimos que nos amábamos cuando él estuvo al borde de la muerte.

Cuando me llamaron para decirme que estaba muy enfermo, papá no había cumplido los 63 años, y estaba laburando en Negro el 11, un boliche en Villate y Panamericana, en Olivos, que ya no existe. Trabajaba como encargado y, entre otras cosas, tenía que acomodar la carne en la cámara frigorífica.

Mirá qué loco. Y qué injusto. Que un tipo que laburó toda su vida, que fue mozo y al mismo tiempo socio de La Fusta, un selecto restaurante que queda donde ahora está Selquet, a una cuadra y media de mi casa, termine su vida así, acomodando alimentos en una cámara frigorífica,

en vez de disfrutar un poco.

Pero mi viejo amaba lo que hacía.

Y cuando trabajaba en La Fusta, de mozo, siempre esperaba los domingos con ansiedad, porque era el día en que concurrían sus dos clientas más fuertes: Mercedes Sosa, la querida Negra, y Elina Colomer, una deliciosa actriz que brilló en la tele con *La Familia Falcón*. La Negra y Elina no se sentaban en otras mesas que no fueran las que atendía papá. Y las dos eran tan desprendidas con las propinas que vivíamos toda la semana de esa generosidad.

Tiempo después, a papá le empezó a ir mal.

Fue de boliche en boliche hasta que terminó de encargado en Negro el 11.

Cuando se descompuso, lo tuve que sacar de la cámara frigorífica yo mismo, porque estaba desmayado y nadie lo quería tocar.

Sucedió el 1º de mayo de 1990 y no me lo voy a olvidar más. Porque a partir de ese momento fue todo terrible, pero muy rápido.

Un cáncer de colon lo fulminó en apenas cinco meses.

Murió el 15 de septiembre. Entonces yo tenía 30 años. Todos los días intento recordar su voz y todavía no lo consigo.

Aquella tarde en que se descompuso lo saqué del restaurante y lo ingresé al Hospital de Vicente López. Los primeros estudios no dejaron lugar a dudas.

—Tiene carcinoma —diagnosticaron los médicos.

—¿Qué es carcinoma?—pregunté yo, esperanzado.

—Cáncer —me dijeron, entonces, sin rodeos.

Viví todo el Mundial de fútbol Italia 1990 metido en una sala común de hospital público con doscientas camas. Cada tanto, uno se moría y le ponían una cortina alrededor, hasta que lo venían a buscar.

Vi la mayoría de los partidos ahí, rezando para que mi viejo no se muriera.

Vi como perdimos 1 a 0 el primer partido contra Camerún, el 8 de junio.

No pude compartir la alegría del triunfo del segundo, el 13 de junio, cuando le ganamos 2 a 0 a la Unión Soviética, con goles de Pedrito Troglio y Jorge Burruchaga, porque fue el día en que me dieron una de las peores noticias de mi vida. Fue el día en que me dijeron:

—Su papá se va a morir. Es cuestión de días, de semanas o de meses.

Fueron momentos insoportables.

Además de la tristeza, no tenía un mango y quería hacer cualquier cosa para que viviera un poco más.

Nos levantábamos, con mi vieja, todos los días, a las 5 de la mañana, para que le hicieran los tratamientos. Mi viejo se bancó el dolor con orgullo gallego. Más allá, incluso, de lo que se puede soportar el dolor. Hasta que un día, sentados en los banquitos que estaban en un pasillo del hospital, me miró y me dijo:

—Hijo, no quiero sufrir más. Llévame a casa.

Ni lo dudé.

Lo subí a mi Dodge 1500 y me lo llevé a su casa. Prefería morir ahí. Sabía que no había mejor enfermera que su mujer. Dos meses más estuvo bancando la parada. Quejándose en silencio. Con mi vieja durmiendo cada noche a su lado. Tumándonos para cambiarle los pañales.

Quizá, para mí lo más duro fue ver la violenta degradación de mi papá. Pero él seguía luchando y su lucha era un puñal en el corazón. Hasta que un sábado me quedé solo con él. Estaba inconsciente, por la morfina, pero igual le hablé al oído. Estaba seguro de que me iba a escuchar. Le dije:

—Papá: ya está. No tenés que pelear más. Ahora me hago cargo yo. Andate tranquilo. Todos te amamos.

Lo besé y me fui a buscar un video.

Se murió diez minutos después.

Me contó mi vieja que escuchó un suspiro profundo, eterno, y que cuando entró a la habitación el viejo ya se había ido.

Había dejado de pelear.

Fueron días muy amargos, pero tuvieron su recompensa. Porque en el camino hubo muchas personas que se portaron muy bien.

Dos, sobre todo: Pepe Parada y el entonces ministro de Salud de la provincia Ginés González García.

Ginés instaló un tomógrafo en el Hospital Evita de San Martín, cerca del nosocomio donde

estaba internado mi papá. Y lo hizo en 24 horas.

Yo no lo conocía. Ni era ni siquiera tan famoso. Solo me atreví a llamarlo porque tenía una urgencia, y él respondió con una generosidad inmensa. Después fue el primer ministro de Salud del presidente Néstor Kirchner y embajador de Argentina en Chile, pero nunca me voy a olvidar de su gesto.

Y Pepe Parada, un querido representante de actores, uno de los mejores productores que tuvo este país, inconfundible con esos pelos blancos, fue el que me prestó los 5.000 pesos/dólares que yo tanto necesitaba.

Es decir: Pepe me ayudó a comprar la morfina que alivió el dolor de mi viejo hasta el día de su muerte.

En esa época yo laboraba con Lucho Avilés, pero no tenía un mango.

En cuanto Pepe se enteró de la situación me llamó, sacó el dinero del bolsillo y me lo dio.

Y no solo me lo prestó.

Sino que nunca me lo pidió.

Pero después de la muerte de mi viejo, me fui volviendo más miedoso.

Más paranoico.

Lo primero que hacía los domingos era leer los clasificados de *Clarín*: tenía miedo de quedarme sin laburo.

Y el miedo y la angustia a quedarme sin laburo me duró como quince años.

Se me acumuló una tristeza profunda que empezó a disparar los ataques de pánico que relaté más arriba.

Y lo más loco de todo era que cada vez tenía más y mejor laburo.

Que cada vez me iba mejor.

Todas esas cosas hicieron que tomara la decisión de ir al psicólogo.

Alguien me recomendó al doctor Fernando Nachón Ramírez. Lo fui a ver con resquemor. La verdad es que el tipo me dio vuelta la cabeza. Me medicó, me ayudó a comprender y nunca más tuve ningún ataque de pánico. Nunca más tuve ningún problema.

Lo primero que hizo Nachón fue ayudarme a reconciliarme con mi viejo.

Reparar el hecho de no habernos dicho nunca:

—Te amo. Te quiero. Te necesito. Dame un beso. Dame un abrazo.

Ya durante las primeras sesiones me di cuenta de que no tenía el recuerdo de un beso o un abrazo de mi viejo. Y es porque nunca nos abrazamos. Y hace poco caí en la cuenta de que tampoco puedo recordar su voz. Porque tampoco hablábamos. O hablábamos poco. Solo lo necesario.

No voy a negarlo.

Todavía me desespera no poder recordar su voz.

Quiero hacerlo. Me concentro. Trato de bucear en los recuerdos. Pero no puedo.

Por eso, cada tanto les digo a mis amigos, en especial a los que tienen a sus viejos grandes, enfermos, o a punto de morir:

—No sean boludos. Graben a sus viejos. Háganlo, porque va a ser el único modo en que puedan recordar su imagen o su voz.

Se lo comenté un día a Marina Calabró, cuando la salud de su viejo comenzó a flaquear. Aunque Juan Carlos fue tan grande, que el registro de su imagen y de su voz va a perdurar durante muchas generaciones.

No sé. Quizá sea una tontería.

Pero hay momentos en que necesitaría escuchar a mi viejo.

Aunque sea dos o tres minutos.

Para hablar de cualquier cosa.

Para preguntarle cómo está. O contarle cómo me siento. Para abrazarlo. Para decirle cuánto lo amé. Y cuánto lo sigo amando. Para comentarle que no es de maricón decirle te amo a tu papá, a tu hijo o a otro hombre o a otro amigo.

No estoy diciendo que mi viejo haya sido malo.

Solo digo que la única caricia que me hacía consistía en ir a buscarme, cuando era chico y llegaba tarde, a la estación de tren de Munro, del Belgrano Norte, a unas siete cuadras de casa.

Me esperaba, me saludaba y nos íbamos caminando hasta la casa, los dos, en silencio.

Le comenté algo de esto a Santiago del Moro, durante el último Día del Padre y un poco antes del inicio del Mundial de Fútbol Brasil 2014. Le conté que un breve tuit de mi hija Morena me había vuelto a disparar la necesidad de escuchar la voz de mi viejo. Morena me escribió:

—Gracias por estar al lado nuestro siempre.

Y yo le contesté al toque.

Le contesté que la amaba.

Y la fui a buscar enseguida. Para abrazarla y charlar. Y tuvimos una conversación lindísima de padre a hija. Un encuentro que me llenó de orgullo, alegría y emoción. Y lloramos juntos, de alegría.

Ese día yo estuve tan movilizado que llegué a pensar que entonces sí podría recordar la voz de mi viejo antes, durante o después de dormir.

Pero no la puedo recordar.

No la tengo en la memoria.

Sí me acuerdo perfectamente de la voz de mi vieja.

Mamá, Victoria, falleció el 2 de abril de 2002, diez años después que papá.

Y no me da vergüenza decir que mamá me demostraba su cariño cagándome a palos. Ahora no tengo ninguna duda de que esa era su forma de hacer sentir que me quería.

Lo puedo contar como una anécdota porque ni siquiera me trauma. Así como no guardo ningún rencor hacia mi viejo, tampoco tengo nada en contra de ella. Es más: el haber aceptado, con el tiempo, que esa, aunque no era la ideal, era su manera de demostrar amor, me sirvió, y me sirve, para no repetir esa conducta con mis hijas. De hecho, las veces que estuve tentado a pegarles un chirlo, siempre me frenó el recuerdo de las palizas que me daba mi vieja.

A diferencia de mamá, mi papá, solo una vez me puso una mano encima.

Nunca lo voy a olvidar.

Tenía unos 16 años. Le había prometido que volvía a una hora determinada de la noche. No pude cumplir porque había estado con una mina, y la habíamos pasado demasiado bien.

Llegué a mi casa tres horas más tarde de lo acordado. Abrí la puerta muy despacio, para no despertar a nadie, pero ya era en vano. De repente, como un fantasma, apareció mi papá, me tiró una mano y me calzó una piña que me hizo volar desde las escaleras hasta el descanso. No toqué ni un solo escalón. Caí de culo al piso. No me dijo ni una palabra más.

Me pegué tal cagazo que nunca más volví a llegar tarde sin avisar antes.

La vieja era todo lo contrario: me pegaba todos los días.

Me pegaba tanto y tan seguido, que al final parecía una joda. Usaba sus propios métodos. Me pegaba con el cinturón, pero con la parte de la hebilla. Dolía y mucho. También me azotaba con la manguera. Un día, cuando todavía teníamos el almacén, me tiró con un sachet de lavandina. Tenía buena puntería, la vieja: me lo pegó en medio de la boca y explotó. Me tuvieron que internar con una intoxicación de la puta madre. Siete días en el hospital, estuve. Mi vieja, entonces, se llenó de culpa. Pero la culpa le duró unos quince días.

Para ser más precisos, debo decir que mamá me cagó a trompadas desde los 6 hasta los 14 o 15 años. Lo dejó de hacer cuando cayó en la cuenta de que me estaba volviendo hombre. Ese día me corrió por toda la casa. No le costó mucho, porque era muy pequeña. Yo me apuré, me metí en el baño y cerré la puerta. Mi mamá empezó a golpear la puerta como loca. Entonces agarré el toallero que no era más que un palo de madera, abrí la puerta, lo blandí y le dije:

—Mamá: basta de pegarme. Por favor, no aguanto más.

Se ve que me vio la cara de Jack Nicholson en *El Resplandor*. O que cayó en la cuenta de que ya estaba frente a un tipo dispuesto a defenderse.

Fue la última vez que me pegó.

Pero esa era su manera de comunicarse. No tenía otra. Me di cuenta mucho tiempo después, en terapia. La vieja era una mujer que había hecho hasta el segundo grado nomás. Mi viejo tampoco había llegado mucho más lejos: tenía completo hasta el sexto grado.

Ella se vino en barco, en tercera clase, desde España. En esa época duraban un mes los viajes en barco. La había traído papá en la década del 50, durante la peor crisis española después de la Guerra Civil. Primero vino él, solo, y después ella. Era un país absolutamente desconocido para mamá. No tengo necesidad de hacer un gran esfuerzo para comprender lo que pudieron haber sentido mi viejo y mi vieja, al principio, cuando alquilaban una pieza en el fondo de una casa en el barrio porteño de Saavedra, cerca de la autopista General Paz. ¿Cómo no voy a perdonarle, entonces, esa manera tan particular que tenía de relacionarse con su único hijo?

Pero de papá, el recuerdo más potente, es el del Gallego, duro, implacable, que laburaba todo el día.

Se levantaba tempranísimo, para abrir el almacén. Por eso, cuando dormía la siesta, no se podía ni toser. Él descansaba, pero yo no podía ni moverme. Apenas podía respirar en silencio. Mi

compañero durante las siestas de papá era el locutor y periodista Ariel Delgado, en aquel momento la voz de Radio Colonia. Delgado fue uno de mis primeros ídolos. Y mi primer contacto real con los medios fue Radio Colonia y el diario *Crónica*. Es increíble cómo los recuerdos más fuertes, siempre tienen sonido: música o palabras. Me acuerdo de la guerra de Vietnam porque Delgado siempre arancaba con noticias sobre Saigón, la capital de Vietnam del Sur. Yo tenía 7 años. No sabía qué carajo era Saigón. Solo sabía que si caía Saigón se terminaba una guerra absurda. Vivíamos en Munro, partido de Vicente López, en la esquina de Alvear y Francia. Adelante estaba el almacén en el que trabajaba papá y un pasillo en el medio que separaba el comercio de la casa. En realidad la casa no era otra cosa que un cuarto muy sencillo. En ese cuarto, durante muchos años, llegamos a dormir los tres. Es decir: mis viejos y yo.

Al principio yo dormía en el almacén. Recién me mudaron a su cuarto cuando, después de un gran esfuerzo, me compraron una cama que se abría. Dormí durante muchísimo tiempo en el almacén porque no había lugar: cuando cerraba la venta al público me improvisaban ahí una especie de catre. Aunque estuviera de vacaciones del colegio me tenía que levantar si o sí a las 6 y media de la mañana, como mucho a las 7. Esa era la hora en la que empezaban a llegar los proveedores.

El cuarto de los viejos daba a una calle. Había que atravesar un patio para ir a la cocina, y del otro lado estaba el baño. Para llegar a la cocina o al baño había que atravesar el patio, y al fondo del pasillo, entre el almacén y el cuarto, se podían ver dos tanques de kerosén, que en esa época se vendían sueltos en los almacenes.

A mí me encantaba tirarme en ese rincón.

En especial cuando hacía calor, porque era un lugar muy fresco.

Yo me tiraba ahí debajo de los tanques con una radio Spika y escuchaba Radio Colonia, porque era la radio que escuchaba papá. Y después hojeaba *Crónica*, porque era el diario que leía mi papá.

Me impactaban esos títulos rimbombantes, con letras enormes. Era maravilloso.

Estoy seguro de que empecé a hacerme periodista en ese rincón.

Años después, tuve la suerte de trabajar en *Crónica*. Y no solo eso. También pude acompañar a Ariel Delgado, en Radio Splendid. Yo hacía una columna. Pero no me acuerdo sobre qué. Solo

recuerdo que no podía dejar de mirar ni de escuchar al tipo que admiré tanto durante mi infancia en la casa de Munro.

También, de vez en cuando, escucho su voz inconfundible.

Solo me falta recordar, aunque sea por unos segundos, la voz de mi papá, ese Gallego que no hablaba casi nunca. Ese hombre duro y parco que solo pensaba en laburar para vivir con cierta dignidad.

SEGUNDA PARTE

Yo conozco el poder

El Papa, Cristina, Cristóbal, Marcelo y yo

Esta es una historia real, aunque parece tomada de un thriller político y de suspenso.

Sucedió en el living de mi casa, un tarde que jamás olvidaré.

Porque fue el día en que entronizaron al primer Papa argentino.

Los protagonistas excluyentes fueron Jorge Bergoglio, la Presidenta, Cristina Fernández, el megapresidente Cristóbal López y Marcelo Hugo Tinelli.

Yo fui un testigo privilegiado, y no hay nada en esta Tierra que me impida contar lo que de verdad pasó.

Todo comenzó cuatro días antes, durante las últimas horas de la tarde del sábado 9 de marzo de 2013, cuando recibí un extraño llamado de Marcelo:

—Jorge: necesito hablar con vos urgente. Me parece que este año no voy a hacer televisión.

—¿Me lo querés contar?

—Sí, pero prefiero hacerlo en persona. Te espero en casa.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora. Venite lo más rápido que puedas.

Yo ya tenía alguna información, pero lo que enseguida me contaría Marcelo me terminó de convencer. Ya no había ninguna duda: las autoridades de Canal 13 no lo querían en la pantalla, a menos que se subordinara, sin matices, a su línea política antikirchnerista.

La cuestión es que me vestí, agarré el auto y me fui derecho al piso que Tinelli había alquilado en el Chateau de Avenida Libertador, en el corazón del barrio de Núñez. Lo había elegido unos meses atrás, mientras esperaba que le terminaran de refaccionar su departamento de la Torre Le Parc, donde ahora vive, junto a sus hijos, a unos metros del otro piso donde duermen los hijos de su nueva esposa, Guillermina Valdés, y su anterior marido, el productor Sebastián Ortega.

El Chateau Libertador es una exclusiva torre de estilo francés. Tiene, en total, cuarenta pisos. Marcelo había alquilado un departamento, enorme, en el último. Los días de sol se puede ver, desde allí, la costa uruguaya. Los pisos más bajos tienen 231 metros cuadrados. Los más altos,

como el que alquiló Tinelli, 517.

Para que se den una idea, el precio de mercado de los pisos intermedios oscila en alrededor de 1.500.000 dólares.

No lo digo de envidioso, lo digo porque me impactó: parecía una cancha de fútbol. Sin embargo, Marcelo no estaba cómodo allí. Y ese sábado, lucía particularmente fastidioso: lo había despertado demasiado temprano el ruido de las balas del Tiro Federal, porque el polígono se encuentra justo enfrente del edificio.

Estacioné el auto en la cochera de cortesía y subí.

Me impresionó el enorme living con unos ventanales inmensos y la imponente vista del río.

Nos sentamos frente a frente.

En el medio de la mesa, estaba la caja de puros de Marcelo, con la imagen de Ernesto Che Guevara. Me preguntó si quería fumar, pero preferí ir al grano. Él también necesitaba ir a los bifés.

—Me están poniendo contra la espada y la pared. Me la están haciendo demasiado complicada. Y la verdad es que yo tampoco tengo muchas ganas de hacer televisión. Te llamé porque me gustaría saber tu opinión. ¿Qué te parece si me tomo un año sabático?

—¿Un año sabático? Pero, ¿vos estás en pedo? ¿Año sabático? ¿Por qué y para qué? Ni vos ni yo somos Nicolás Repetto. Somos dos tipos de laburo. Animales de televisión. Primero, ¿quién te va a creer? Y segundo, ¿estás seguro de que si te vas, vas a poder volver cuando se te dé la gana y de la manera en que vos quieras?

Fue en ese momento cuando me contó, con lujo de detalles, la tensa reunión que había tenido con Lucio Pagliaro, uno de los tres principales accionistas del Grupo Clarín, y Adrián “El Chueco” Suar, gerente de programación de Canal 13.

Parece que se lo dijeron sin anestesia:

—Marcelo: si este año querés hacer televisión, te vas a tener que alinear con nosotros.

—¿Qué significa alinear? —le alcanzó a preguntar Tinelli.

—Te vas a tener que poner abiertamente en contra del gobierno.

Marcelo, hasta ese momento, la venía piloteando. Es decir, venía haciendo tinellismo, jugando para unos y para otros, sin terminar de definirse con claridad, ayudando a sus amigos y criticando, por ejemplo, la pasividad del gobierno nacional frente a la inseguridad.

La postura hostil de Canal 13 contra Tinelli había empezado a fines de 2012.

Al principio, no se puso de manifiesto desde la gerencia artística sino desde el área comercial.

¿Cómo?

Empezaron a pasarle las facturas de las tandas que Tinelli levantó del aire para conseguir un mejor rating.

Le mandaron, incluso, una factura por las intervenciones del entonces intendente de Lomas de Zamora, Martín Insaurralde, a quien lo hacían aparecer como supuesta pareja de Florencia Peña, para aumentar su nivel de conocimiento antes de presentarlo como primer candidato a diputado nacional por el Frente para la Victoria.

—¿Te lo quisieron cobrar?—le pregunté, de nuevo, porque no lo podía creer.

—Me lo quisieron cobrar no; me lo cobraron —me confirmé.

Ese gesto, sobre todo, había sido un claro indicio de que el Grupo Clarín había decidido meterle a Marcelo el dedo ya se sabe dónde. Y no solo meterle el dedo. También, de vez en cuando, hacerle molinete.

¿Y para qué? Solo para que Tinelli se enterara de quién la tiene más grande.

Porque todo el mundo sabía, en Ideas del Sur y en el canal, que lo del supuesto romance de Martín con Flor Peña no era verdad.

Era un “armado”.

Es decir: un negocio para que Insaurralde apareciera unos segundos, frente a las cámaras, cuando la aguja del rating superara los veinte puntos, y que después Marcelo pasara a cobrar.

¿Cómo le iban a cobrar semejante PNT al “poronga” más grande de la televisión Argentina?

Y enseguida vino lo peor.

Le empezaron a retacear los pagos del porcentaje de la sociedad.

Y de los ingresos por publicidad.

Marcelo la tuvo que empezar a sacar de su bolsillo.

Y no hay cosa que a Tinelli lo ponga de peor humor que tener que sacar la guita de su propio bolsillo.

Por eso, esa tarde, en el living del departamento que alquiló, se lo notaba asfixiado.

Necesitaba aire. Aire del gobierno nacional. Y sus contactos, en el gobierno, no eran los mejores.

Yo lo sospechaba. Por eso le pregunté:

—¿Cómo estás con el gobierno?

—Bien.

—¿Y con quién hablás?

—Con Julio De Vido.

—¿Con De Vido?!

—Sí, con De Vido. ¿Por?

—¿Pero dejate de joder, Marcelo! Vos atrasás por lo menos dos años. De Vido está pintado.

No tiene la mitad del poder que tenía antes. ¿No leíste los diarios? El entorno de la Presidenta cambió mucho. Y no, precisamente, a favor de De Vido.

—¿Y con quién debería hablar ahora?

—Para mí, el hombre, en este momento, es Juan Manuel Abal Medina. ¿Tenés llegada con Abal Medina?

—Cero.

En los primeros años del kirchnerismo, Julio De Vido se ganó el mote de “superministro”. Era el funcionario más poderoso del gobierno, de los más leales al expresidente Néstor Kirchner, y también uno de los más sospechados: se ganó múltiples investigaciones judiciales, casi todas vinculadas a la obra pública, que creció bajo su paraguas.

Cuando Cristina asumió el poder, en los papeles, y tras la muerte de Kirchner, los hombres más cercanos al expresidente vieron cómo disminuía su influencia en el gobierno, mientras empezaban a crecer los “cristinos”.

Y si bien Abal Medina comenzó a ascender de la mano de Kirchner, su ascenso final a la Jefatura de Gabinete, en 2011, fue gracias a la bendición de Cristina.

Hasta que cayó en desgracia, manejó a discreción los millones de la pauta oficial, que utilizaba para disciplinar a los medios. En 2012, por ejemplo, se sentó encima de más de 1.000 millones de pesos.

Cuando Marcelo me dijo que casi no lo conocía, no lo podía creer.

¿Uno de los tipos más influyentes de la Argentina no se sentaba a hablar con el entonces jefe

de Gabinete?

En el medio de nuestra conversación, terminé de comprender cuál es la verdadera relación de Tinelli con el poder.

Él se siente cómodo con los número uno. No entiende nada de la influencia del entorno. Solo entiende, como ninguno, sobre el poder de una pantalla de 20 o 30 puntos de rating.

El expresidente Carlos Saúl Menem, en 1995, había cerrado la campaña para su reelección en *Showmatch*.

El expresidente Fernando de la Rúa había elegido su programa, en el año 2000, para mejorar su imagen, que venía en picada. El hecho de que pasara un papelón al llamar Laura a su esposa de entonces, Paula Robles, o que haya elegido la salida equivocada y haya quedado ante millones de personas como un jefe de Estado torpe, aturdido y confundido no le resta ningún mérito a Tinelli.

Francisco de Narváez le debe, a Marcelo y a su imitador, parte de la victoria que obtuvo en las elecciones de junio de 2009 frente a la lista que había encabezado el propio Néstor Kirchner y que habían integrado, como candidatos “testimoniales”, nada menos que Daniel Scioli y Sergio Massa.

Es decir: el peso político de Marcelo siempre consistió en pararse frente a la pantalla y hablar. Nunca en la rosca ni el entramado de relaciones políticas. Igual, a su manera, algo de la rosca que nunca pudo manejar le sirvió para conseguir ciertos beneficios. Desde la posibilidad de quedarse con Radio del Plata en 2008 hasta el dinero que le dio el gobierno, a través del ministro de Planificación, Julio De Vido, para construir el Polideportivo de Bolívar, el pueblo donde nació. A la inauguración asistieron Scioli y Kirchner, y todavía hay imágenes de Marcelo jugando al vóley, de mentirita, con el expresidente de la Nación.

Pero Tinelli, esa tarde, en ese lugar, donde nunca terminaba de caer el sol, parecía menos poderoso y más vulnerable de lo que cualquiera lo hubiese podido imaginar. Por primera vez, después de más de veinte años, se enfrentaba a la posibilidad de no hacer televisión, y no terminaba de reaccionar. Estaba vestido así nomás. Demasiado descuidado. Con una remera, jean y zapatillas. En un momento, Marcelo se quedó pensativo y una de sus hijas, no me acuerdo si era Candelaria o Micaela, apareció por el living, con una amiga, saludó y se fue enseguida.

Entonces le volví a insistir.

—Si vos querés que te ayude el gobierno tenés que hablar con Abal Medina.

—¿Vos lo conocés?

—Obvio. Y si me autorizás, te gestiono una reunión.

Él, un poco incrédulo o desconfiado, me preguntó:

—¿Y vos podés hacer eso?

—Puedo intentarlo. Si vos estás seguro de que lo querés, vo lo intento y enseguida te traigo una respuesta. Por sí o por no.

El trámite fue express.

Le mandé un mensaje de texto a Abal Medina casi de inmediato. Un mensaje corto. Sin vueltas.

Decía:

“Hola Juan Manuel. Marcelo Tinelli está interesado en hablar con ustedes. Si te interesa, puedo armar una reunión.”

Me despedí de Marcelo cuando empezó a anochecer.

Y una hora después, Abal Medina me pidió que lo llamara.

Estaba de vuelta en casa cuando le hablé y le expliqué, de manera muy escueta, por qué Tinelli pedía la reunión.

Abal Medina no lo dudó ni por un instante. Solo puso a Marcelo una condición: que el encuentro fuera en mi casa. Supongo que lo sintió como un territorio neutral, y como una garantía de que las cosas iban a manejarse en determinado contexto.

Corté con Juan Manuel y lo llamé a Marcelo.

Tinelli no lo podía creer.

—¡Qué rápido sos, hijo de puta!

Marcelo no sabe que juntar gente es una de las cosas que más disfruto y que mejor me sale en la vida.

Quedamos en vemos cuatro días después.

Es decir: el miércoles 13 de marzo, a las cinco de la tarde.

A las 16:12 se anunció que había Papa y que era argentino.

A las 16:23 salió Jorge Bergoglio y dijo simplemente:

—*Buona sera.*

Marcelo llegó inmediatamente después.

Estaba ansioso por la reunión y feliz por la entronización del Papa.

—¡Se puso Francisco, como mi hijo! ¡Y encima es de San Lorenzo! —fue lo primero que gritó.

No podíamos despegar la mirada de la pantalla de TN.

Le serví una Coca-Cola, pero en realidad queríamos festejar.

El clima de alegría cambió súbitamente cuando apareció por la puerta de mi departamento Juan Manuel Abal Medina.

Nos saludó con afecto y enseguida pidió un tiempo para acomodarse.

—¿Me aguantan un par de minutos? Porque con este quilombo no les voy a poder prestar demasiada atención. Además tengo algo que hacer.

Entendimos enseguida que el homo no estaba para bollos. No solamente Abal Medina no lo estaba disfrutando. Además tenía que escribir de inmediato un comunicado, leérselo a la Presidenta y enviarlo sin demora a los medios de comunicación.

Había venido con su I-Pad y pidió permiso para apoyarlo en la mesa del living y escribir desde ahí.

Marcelo y yo nos miramos.

Estábamos siendo parte, sin quererlo, de un acontecimiento histórico.

En efecto: el primer comunicado oficial del gobierno argentino firmado por la Presidenta estaba siendo redactado desde el living de mi casa.

Era una situación rara y excitante a la vez.

Por lo que pude escuchar, la Presidenta apenas le corrigió el sobrio y desangelado texto que acababa de escribir el jefe de Gabinete.

Cuando lo terminó de aprobar, Abal Medina llamó a alguien del canal C5N y le dijo, textualmente:

—Tengo el comunicado oficial del gobierno sobre el nombramiento del Papa. Te lo voy a pasar a vos para que sean ustedes los primeros en publicarlo.

Marcelo y yo nos volvimos a mirar.

Yo agarré enseguida el control remoto y cambié de TN a C5N.

Abal Medina pidió disculpas por la demora y propuso iniciar la conversación.

Pero antes de empezar a hablar nos detuvimos para escuchar lo que acababa de escribir el hombre que estaba junto a nosotros y autorizar la jefa de Estado.

Fue formal, seco, austero y, si uno quería ponerse a interpretar, parecía esconder una cierta preocupación:

Empezaba así:

“Su Santidad Francisco I: En mi nombre, en el del gobierno argentino y en representación del pueblo de nuestro país, quiero saludarlo y expresarle mis felicitaciones con ocasión de haber resultado elegido como nuevo Romano Pontífice de la Iglesia Universal”.

Y terminaba más sobrio, todavía:

“Es nuestro deseo que tenga, al asumir la conducción y guía de la Iglesia, una fructífera tarea pastoral desempeñando tan grandes responsabilidades en pos de la justicia, la igualdad, la fraternidad y de la paz de la humanidad. Le hago llegar a Su Santidad mi consideración y respeto”.

Cuando Abal Medina volvió a prestarnos la mínima atención, para retomar el diálogo, arranqué con un comentario neutro:

—¡Que noticia la del Papa!, ¿no?

Y el funcionario respondió, seco:

—Para nosotros no es una buena noticia.

Poco tiempo después, todos en el gobierno, empezando por Cristina, se hicieron fans de Francisco.

Pero esa es otra historia.

Y tampoco estábamos en mi casa para hablar del Papa.

Estábamos para hablar del futuro de Tinelli en la tele.

Lo recuerdo como si estuviera sucediendo ahora mismo.

Cuando la charla empezó, Marcelo estaba sentado de espaldas al ventanal del living, Abal Medina justo frente a él y yo en el sillón del medio, como haciendo las veces de mediador o componedor.

Tinelli no anduvo con vueltas.

—Pagliaro y Suar me están diciendo que, para volver a la pantalla del 13, tengo que asumir un claro perfil opositor. Yo no estoy dispuesto a eso. Quisiera saber qué piensa el gobierno. Y si eventualmente me puede ayudar, por ejemplo, a firmar un contrato con Telefé.

Abal Medina tampoco fue ambiguo.

—¿La verdad? A nosotros no nos gustaría que sigas en el 13 en esas condiciones. Lo ideal sería que te vayas de ahí.

—¿Y ustedes pueden hacer algo por mí?

—Mirá, Marcelo, para serte sincero no es un tema que esté en la agenda del gobierno. Y no es un asunto que podamos resolver nosotros. Pensemos un poco, ¿qué podría hacer la Presidenta? ¿Hablar directamente con la gente de Telefónica de España? No sé si estaría bien o estaría mal, pero si me lo preguntás a mí, me parece que no da.

Tinelli y yo escuchamos en silencio.

Pero Juan Manuel tenía guardada una carta en la manga.

Y cuando la reunión parecía que no iba ni para un lado ni para el otro, el jefe de Gabinete le preguntó al conductor más importante de la tele.

—¿Vos estás hablando con Cristóbal, no?

Se refería nada más y nada menos que a Cristóbal López.

El rey del juego en la Argentina.

El dueño de C5N, de Radio 10 y del multimedios que le compró a Daniel Hadad el 26 de abril de 2012 en unos 40 millones de dólares.

El propietario de la petrolera Oil.

El mandamás del Grupo Indalo, un imperio que factura más de 5 mil millones de dólares anuales.

Es decir: uno de los dueños de la Argentina.

Tinelli hizo un silencio y después respondió.

—Sí, recién estamos empezando a hablar. Pero todavía no hay nada concreto ¿Por qué me lo preguntás?

—Por nada. Yo solo te sugiero que vayas por el lado de Cristóbal.

—¿Seguro?

—Seguro. Andá por el lado de Cristóbal. Y si necesitás algo de nuestra parte, nos avisás.

—¿Algo como qué?

—Algo como que apuremos los tiempos.

Tanto Marcelo como yo entendimos perfectamente cuál era el mensaje del gobierno.

La Presidenta, a través de uno de sus incondicionales, le estaba diciendo a Tinelli que prefería que no siga en el 13, pero no le daba ninguna garantía de apoyo oficial efectivo. Y mucho menos un apoyo económico directo.

Marcelo, esa tarde, se quedó con una sensación agrídulce.

Por un lado intuía que para firmar un nuevo contrato con el Grupo Clarín se debía poner en un lugar donde no se sentía cómodo.

Por el otro, la gerencia general de Telefé le había mandado una propuesta de contrato que no era mejor que la del 13. Le exigían, para empezar, que hiciera por lo menos 22 puntos de rating en cada emisión, con una cláusula gatillo que le permitía al canal despedirlo de inmediato si no llegaba a esa audiencia. Le ofrecían un contrato en donde ganaría por lo menos la mitad de lo que había logrado durante 2012.

Marcelo me había dicho, en un momento de la charla:

—Canal 13, en el fondo, no me quiere. Y el contrato que me mandó Telefé no es un contrato para decir que sí. Es un contrato para que los mande al carajo.

Una vez que Abal Medina se fue, nos quedamos analizando las alternativas.

Y antes de despedirse, a Marcelo no le quedaron dudas: la única salida que le quedaba para volver a la tele y seguir bancando ese monstruo de productora de más de cuatrocientas personas, era asociarse a Cristóbal Manuel López.

Al final, López y Tinelli rubricaron su sociedad la primera semana de octubre de 2013, exactamente siete meses después de la cumbre que tuvo lugar en el living de mi casa, el día que entronizaron al Papa Francisco.

Al principio Marcelo dudó en arreglar con López, porque sintió que ni el Grupo Clarín ni algunos de sus amigos periodistas se lo perdonarían.

De hecho, cuando Jorge Lanata, desde su programa de radio, salió a involucrar a Tinelli en un

supuesto negocio petrolero, Marcelo sintió que ese había sido un mensaje cifrado o un apriete de Pagliario o del mismo Héctor Magnetto, para obligarlo a firmar en pésimas condiciones o impedir que se fuera a Telefé.

Recién se lo sacó de la cabeza cuando un importante gerente del Grupo le confirmó que solo había sido una mala información que le pasaron a Lanata, y no una orden “de arriba”.

Marcelo no vendió Ideas por amor.

Lo hizo pura y exclusivamente por plata.

Porque estaba ahogado y corría el riesgo de hacer algo que siempre evitó: poner dinero de su propio bolsillo.

De hecho, sin contrato y sin pantalla, tuvo que pagar entre dos y tres meses de sueldo de los más de cuatrocientos empleados que tiene la productora con el dinero que le adelantó López de su participación artística como la cara de Oil, la marca de las estaciones de servicio del Grupo Indalo.

Y tuvo que hacerlo porque Canal 13 de demoraba los pagos, y no tenía, por ese entonces, ninguna intención de ponerse al día.

Marcelo vendió incómodo y exigido.

Para empezar, debió entregar a López el 70% de las acciones de Ideas del Sur.

Para seguir, el acuerdo implicó que Marcelo se transformara casi en un empleado.

Un empleado de lujo, pero empleado al fin.

Porque Cristóbal, si quiere, mañana se queda con todo.

Y, según los términos del contrato, López es el dueño de Tinelli hasta que Marcelo cumpla los 65 años.

En realidad, el matrimonio entre Marcelo Tinelli y Cristóbal López siempre fue por conveniencia. No por amor. Por la tarasca, para que se entienda. Para afuera son socios. Para adentro el conductor es el mejor empleado del empresario. Empleado. Así, para que quede claro, aunque Marcelo ejerza el poder que le da la pantalla de la forma más brutal: gastándolo al aire. La respuesta del otro lado es siempre apretarlo con la guita. A veces pasaban tres meses y el dinero no aparecía por la calle Olleros. Un día, harto de ser forreado, Tinelli se le plantó cara a cara al hombre de negocios. La conversación arrancó amable pero fue subiendo de tono. Hasta

qué Lopez paró los gritos, miró fijo a los ojos a su socio y le preguntó con la tranquilidad del que tiene la vida resuelta:

—Perdoná, ¿vos cuánta plata tenés?

—¿Cómo? No te entiendo —balbuceó el animador sin entender hacia dónde iba la conversación.

—Eso. ¿Cuánta plata tenés? Yo tengo 1900 millones de dólares. Calculo que vos llegarás a los veinte. Tenés razón, necesitás la guita. Mañana la tenés toda. Andá tranquilo.

Y dio por terminada la charla.

A las 48 horas Cristóbal cumplió su palabra y depositó los tres meses que le debía. Eso sí, un leve detalle. Toda la plata fue a parar a la cuenta personal de Tinelli y no a la de Ideas del Sur. De pronto, en la AFIP vieron cómo el patrimonio del presentador se elevaba exponencialmente sin causa alguna. A las pocas horas llegó el llamado de los sabuesos tratando de averiguar de dónde venía tanta guita. En algún lugar, López se estaba riendo del mal momento que le hizo pasar al hombre más poderoso de la tele. Le demostró que, como decía Jacobo Winograd, billetera mata galán. En este caso animador.

¿Por qué lo hizo López, entonces?

La respuesta está en el contenido de la reunión cumbre en el living de mi casa.

Lo hizo, primero, porque el gobierno, se lo pidió.

Y después, porque le empezó a encantar la idea de asociarse con alguien popular, capaz de mejorar su imagen pública.

Quizá de la misma manera en que Matías Garfunkel y Sergio Szpolski se asociaron a Mario Pergolini para su proyecto Vorterix.

Tan entusiasmados parecían los accionistas del Grupo Indalo con las figuras populares, que casi termino yo también formando parte de toda la movida.

Fue en la misma época en que las negociaciones con Marcelo empezaron a avanzar. Nos juntamos con Fabián de Sousa, mano derecha de Cristóbal. En ese encuentro me dijo que estaban pensando armar un canal. Le dije entonces que yo tenía registrada y pensada la idea completa para montar uno de espectáculos. De Sousa me apuró, bien:

—Entonces asociate con nosotros.

Y yo le respondí, sin intención de ofender a nadie:

—No, gracias. Yo no pienso ni voy a ser empleado de Tinelli.

Días después, Cristóbal y De Sousa firmaron la compra de Ideas del Sur.

Dudo de que haya sido o esté siendo un gran negocio.

De hecho, al principio Marcelo no tenía pantalla y hasta se pensó que podía conducir un programa en C5N.

El nuevo contrato con Canal 13 en 2014 es mucho menos beneficioso para Ideas del Sur que todos los anteriores.

Recién cuando termine el año los gerentes de López podrán decir que salieron más o menos “empatados”.

Pero además deberán contabilizar, en el balance, las decenas de peleas que hubo, hay y seguirá habiendo.

La primera pelea, como no podía ser de otra manera, fue por plata.

Es que a Tinelli le encantan los lujos y la guita y en cambio López es un tipo más austero.

Cristóbal jamás pudo entender cómo Marcelo gastó 160 mil dólares en el vuelo privado que llevó al equipo de San Lorenzo a visitar al Papa, el 16 de diciembre de 2013, después de ganar el campeonato local.

Tinelli estaba acostumbrado a cobrar y pagar contratos millonarios en dólares.

Pero ni bien empezó el armado del *Bailando 2014* Fabián de Sousa le puso un tope de 90 mil pesos mensuales a cada contratación, y ahora por cada mejora las discusiones son eternas y cada vez más fuertes.

Pero la pelea de fondo es por el poder.

A Tinelli no le gusta que lo traten como a un empleado.

Ni que le digan lo que tiene que hacer.

Y a López le encanta tenerlo de socio minoritario, pero no tanto como para que lo haga pelear con la Presidenta de la Nación.

La grieta se puso de manifiesto a principios de 2014, cuando se cayó, de un día para el otro, el acuerdo entre el gobierno y Tinelli para manejar Fútbol para Todos.

Como Marcelo se sintió ninguneado, desde su cuenta de Twitter, @cuervotinelli, que en ese

momento contaba con 2.300.000 seguidores, vinculó a toda la familia presidencial con los siete pecados capitales.

A Néstor lo relacionó con la envidia.

A Florencia Kirchner con la pereza.

A Máximo con la gula.

Y a la Presidenta con la soberbia.

Entonces Cristina Fernández llamó a Cristóbal y le dijo:

—Decile a tu empleado que baje los decibeles. A mí no me molesta que me critique ni que critique al gobierno pero que no se meta con mis hijos. El límite es la familia.

Por supuesto, se armó un quilombo bárbaro.

Pero así y todo, Tinelli quedó muy bien parado.

Es que Marcelo es recontravivo.

Más político que cualquiera.

Tribunero, sabe siempre para dónde sopla el viento.

Y siempre termina laburando para él.

Puede opinar sobre la situación en Venezuela o sobre la inseguridad, pero nunca termina jugándose por nadie.

Puede sugerir que Horacio Rodríguez Larreta podría ser un buen jefe de Gobierno de la ciudad, pero jamás le va a poner un pleno.

Nunca diría como yo lo hice en *La Cornisa*, el programa de Luis Majul, que votaría por Sergio Massa, días antes de las elecciones legislativas de octubre de 2013.

Yo conozco bien a Marcelo, y también conozco a Cristóbal, por eso digo que deberán ser muy pacientes y dejar los egos de lado, para evitar que esta sociedad termine mal.

A Cristóbal López lo traté, en persona, por primera vez, mucho antes del acuerdo con Tinelli.

Fue durante la primavera de 2010.

Carlos Infante, vocero histórico del Grupo Indalo, me llamó y me dijo:

—Cristóbal te quiere conocer.

Nos juntamos en el hotel Palacio Duhau, en la calle Alvear. Hablamos primero de la situación del país y después me entretuvo un rato largo con su máxima pasión: los autos de

carrera. Pero la conversación se hizo apasionante cuando tiré sobre la mesa el tema de los vinos. López parece, en este asunto, tan apasionado como yo.

—En mi casa de Rada Tilly, en Comodoro, tengo en el subsuelo la mejor y más completa vinoteca del país.

Solo me falta una botella de vino.

—¿Cuál?

—Un Riglos Gran Malbec cosecha 98. No lo consigo por ningún lado.

La bodega Riglos fue fundada en el 2002 por Fabián Suffern y Darío Werthein, su actual dueño y uno de los miembros más activos y soñadores de la familia Werthein. El nombre de la bodega se originó por el lugar donde se establecieron las familias fundadoras en nuestro país.

Antes de despedimos, y de damos un apretón de mano, yo lo chicaneé.

—Vos no lo conseguís porque no tenés buenos contactos.

—No, Jorge. Yo no lo consigo porque ya no existen.

—¿Y si te lo consigo qué pasa?

—Nada. No va a pasar nada porque no vas a poder.

Subí al auto, llamé a mis contactos y a la media hora ya estaba haciendo bingo: enganché a uno que tenía la última caja de seis vinos Riglos Gran Malbec cosecha 98.

Me salió, literalmente, un huevo.

Pero la compré enseguida y se la mandé a su oficina, la que tiene muy cerca del obelisco, con un breve mensaje:

—Como te lo prometí, acá tenés el vino.

Me llamó en carácter de urgente:

—Hola, Jorge. Solo quiero decirte una cosa. Como te imaginarás, me han hecho favores de todo tipo: políticos, económicos y personales. Pero el regalo más importante es este que acabo de abrir. No sé cómo hiciste para conseguirlo pero eso demuestra que tenés mejores contactos que yo.

Nos vimos unas cuantas veces más.

Y sé perfectamente que Cristóbal nunca se olvidó de aquel momento.

Está claro que lo hice como un juego de poder, para demostrarle, con un poco de humor, que

yo también tenía mis relaciones aceitadas.

Porque el Riglos Gran Malbec 1998, que casi no se consigue, es un vino muy rico.

Y porque a mí me encanta juntar a la gente.

Incluso a Marcelo con Cristóbal López, a través del gobierno, en el living de mi casa y en el mismo día en que entronizaron al primer Papa argentino.

Historia secreta de la entrevista con la Presidenta

Esta no es una historia más.

Es la historia de cómo la entrevista exclusiva que me dio la Presidenta estuvo a punto de morir antes de nacer, y dar inicio a una guerra abierta entre el gobierno y el Grupo América, de consecuencias imprevisibles.

Todo comenzó el sábado 21 de septiembre de 2013, a las nueve de la noche.

Estaba en la cama, leyendo un libro, cuando vi en la pantalla de mi celular el llamado de Daniel Vila, el principal accionista de América.

Me pareció raro. Muy raro.

No solo encontré raro que me llamara ese día, a esa hora. También me resultó inusual que me hablara directamente, sin enviarme antes un mensaje de texto o un WhatsApp.

Lo atendí de inmediato:

—¿Pasó algo, Daniel? ¿Todo bien?

Vila fue directo al grano:

—Todo bien. Todo en orden. Necesito que me digas la verdad. Y que me lo digas ahora.

Tragué saliva hasta que vino la pregunta:

—¿Te gustaría entrevistar a la Presidenta?

—¿Me estás jodiendo, Daniel?

—No. Te lo pregunto en serio. ¿Te gustaría?

—¡Obvio! ¿Dónde hay que firmar?

Vila me percibió tan embaldado que intentó bajar un cambio.

—Me llamaron del gobierno. Por ahora es una posibilidad. Fueron ellos los que pidieron que seas vos.

—¿Cuándo sería?

—Podría ser en la semana. El lunes te lo confirmo. Te pido que no lo hagas público hasta que se concrete. Hay algunos detalles que me gustaría discutir con la gente del gobierno.

—Yo estoy listo, Daniel, olvídate. La hacemos hoy, mañana... Voy a la hora que quieran.

cuando quieran y donde quieran.

—¿Estás seguro, no? Mirá que una vez que aceptemos no podemos volver atrás, ¿eh?

—Obvio. Vamos para adelante.

Ya había salido al aire la primera nota del ciclo denominado *Desde otro lado*. Se la había realizado Hemán Brienza, periodista, historiador y columnista de medios oficialistas. Faltaba emitir la segunda parte. En sus preguntas, Brienza había apelado más a la historia del peronismo y a la militancia de la Presidenta que a la actualidad. No me animaría a definirlo como un mal reportaje. Sí como un diálogo de escaso interés periodístico. Es decir: una nota para el núcleo duro de los militantes de Cristina.

Pero, ¿era verdad o estaba soñando? Reconozco que ni bien corté, me costó conciliar el sueño. ¿Hasta dónde y en qué tono debería interrogarla? Se me empezaron a cruzar todas las preguntas del mundo. Las de coyuntura y las personales. Igual me dormí con la sensación de que, al final, no iba a pasar nada. Que la entrevista no se iba a realizar. No iba a ser la primera vez que la Presidenta mandaba a decir que quizá, algún día, otorgaría una nota. ¿Por qué esta iba a ser la excepción? ¿Y por qué, después de todo, ella iba a elegir hablar conmigo, habiendo tantos periodistas políticos y de actualidad con ganas de hacerle cientos de preguntas?

El lunes 23 no me llamó nadie. Ni Vila ni los funcionarios del gobierno. Miré la pantalla del teléfono mil veces. Quizá lo habían intentado y no me habían podido ubicar, supuse. Pero no. Ni el más mínimo indicio. Esa noche, llegué a pensar:

—Se pudo. Era demasiado lindo para ser verdad.

Pero el martes 24 todo se empezó a precipitar, con la nueva llamada urgente de Daniel Vila.

—Preparate.

—¿Se hace nomás?

—Se hace. Es mañana, miércoles, a las cinco de la tarde, en la Quinta de Olivos. Solo tenemos que arreglar algunos detalles con Abal Medina y el Corcho.

Otra vez los benditos “detalles”.

Juan Manuel Abal Medina era entonces el jefe de Gabinete. “Corcho” es Alfredo Scoccimarro, secretario de Medios y vocero presidencial. Los dos hombres más fuertes del gobierno en relación a los medios. Parecía que la cosa venía en serio. Vila se despidió así:

—Nos encontramos todos, a la una, en Dashi de Alcorta. Tenemos que ser puntuales. De ahí, si está todo bien, te vas a hacer el reportaje.

Debo admitir que la última comunicación me resultó inquietante. ¿Qué significaba “si está todo bien”? ¿Qué era lo que había que arreglar? ¿Acaso alguien pretendía sugerirme que le hiciera o no le hiciera alguna pregunta en particular?

El miércoles 25, debido al compromiso asumido, no pude conducir *Intrusos*.

En la mesa de Dashi éramos cinco: Vila, Abal Medina, Scoccimarro y Gabriel Hochbaum, CEO del Grupo América y hombre de confianza de Daniel.

Después de los saludos formales, la tensión empezó a crecer cada vez más, hasta que se volvió insoportable.

El motivo: había que determinar qué canal ponía antes la entrevista en el aire, si América o la llamada Televisión Pública.

Nadie probó una pieza de sushi hasta que el encuentro terminó.

Habíamos arrancado a la hora señalada.

Pero nos levantamos y nos fuimos tres horas después, todos hechos pelota.

Ni bien empezamos a hablar del asunto, el almuerzo se fue literalmente a la mierda.

Y se inició una negociación durísima.

Tremenda.

Vila, un hombre de carácter fuerte, se plantó en una posición difícil, pero comprensible, desde la perspectiva del canal. Y propuso:

—La nota tiene que ser exclusiva de América. Después, en todo caso, la puede repetir Canal 7, con el cartelito Gentileza de América.

Abal Medina y Scocimarro explicaron que se trataba de un ciclo ideado e impulsado por la Presidencia de la Nación. Que el periodista era solo un invitado y no el conductor del programa.

Se lo dijeron de mil maneras distintas. El Corcho fue el más explícito.

—¿Estás loco Daniel? ¿Cómo te vamos a dar la exclusividad del programa para América? En todo caso te damos el material apenas lo terminemos de emitir. Lo importante es que abrimos el juego y con un periodista de tu canal.

Pero Vila estaba empecinado.

E insistía.

—El periodista es de América, ¿no? Entonces la transmisión tiene que ser de América.

Hasta ese momento, ni Hochbaum ni yo habíamos abierto la boca.

Entonces, de repente, de un momento para otro, tanto Daniel como el vocero de la Presidenta, en el fragor de la discusión, empezaron a levantar la voz.

Yo temí que se fuera todo al diablo.

Y no sería la primera vez.

Porque los que lo conocen saben que Vila, cuando se trata de negociar algo para el canal, no amarga. Y que si tiene que discutir con la misma Presidenta, discute.

Siempre fue así.

Lo fue cuando intentaron pedirle la cabeza de un par de periodistas de América que siempre fueron vistos como “demasiado críticos” del modelo.

En ese caso, ni siquiera les dio lugar para que se lo plantearan de manera formal.

También se plantó cuando alguien, supuestamente, en nombre del gobierno, le transmitió que molestaban las caras y los gestos de Guillermo Andino cada vez que un columnista terminaba su comentario político.

Y Cristina Fernández, por supuesto, a Vila, ya lo conocía.

Sabía que, como adversario, había pronunciado el discurso público más duro contra la Ley de Medios que jamás se haya escuchado.

Pero la cosa, en Dashi, seguía demasiado trabada. Y Scoccimarro tampoco daba el brazo a torcer:

—La nota es nuestra porque el programa es de la Pre-si-den-ta, no de Jorge Rial. El programa se llama *Desde otro lado*, no *Intrusos*.

Mientras tanto, Abal Medina, ostensiblemente incómodo, se paraba a cada rato. Simulaba atender el teléfono de llamadas cuyo sonido no se podía escuchar. Era evidente que el jefe de Gabinete no quería estar ahí. Pretendía irse. O por lo menos anticiparle a la Presidenta que su idea corría peligro de naufragar. Todo hacía suponer que una sencilla discusión sobre los alcances de una nota con la jefa de Estado culminaría en un conflicto político entre la administración y el más importante grupo de medios de la Argentina, después de Clarín.

Fue entonces cuando decidí intervenir, eligiendo con cuidado cada una de las palabras.

Empecé por hablarle a Vila, con respeto y sinceridad:

—Mirá, Daniel, si vos opinás que no, que así no se puede, será no y nos vamos ya. Es decir: yo me voy detrás tuyo, porque soy América y no el gobierno. Y ustedes, muchachos: no se enojen, pero nos vamos a la mierda, ¿eh? Ahora, si me lo preguntás desde la lógica, también tenemos que entender que se trata de un ciclo de la Presidenta.

—¿Qué querés decir? —preguntó Vila.

—Que tratemos de llegar a un acuerdo.

Hubo un silencio que duró una eternidad. Y dije:

—Yo de veras quiero hacer esta nota.

Eran casi las tres de la tarde.

Y la entrevista estaba pautada para las cinco, en Olivos.

El cansancio y la tensión habían aumentado la impaciencia de todos.

Incluso Scoccimarro ya había hecho los arreglos para convocar a otro periodista amigo del gobierno en lugar mío. Y nos había contado por qué:

—El estudio ya está armado. La Presidenta va a estar esperando a un periodista y nosotros tenemos que llevar a alguien, sí o sí.

Fue ese dato el que me puso loco.

Por eso intervine e insistí:

—Daniel, defendamos lo que consideremos justo. Pero comprendamos que desde el punto de vista periodístico, nos sirve también. La Presidenta no le da notas a nadie. Ni siquiera da conferencias de prensa. Y América la va a tener.

Vila me miró con cara de pocos amigos.

Conozco esa expresión.

Estaba harto y quería mandar todo al diablo.

Creo que no me mandó al carajo por el cariño que me tiene.

Pero ahora, visto en perspectiva, creo que mi pedido fue una de las llaves para lograr el acuerdo.

La otra fue una concesión del gobierno, que terminó por destrabar todo. Es decir: los benditos

detalles que nos hicieron ir a todos con la sensación de haber ganado. O por lo menos, empatado.

El entendimiento fue así:

La entrevista se emitiría, primero, en América TV. Después la pasaría la Televisión Pública, con una pequeña diferencia horaria, luego de un partido en el que jugaría Boca Juniors, uno de los equipos que logra más rating, junto con River Plate.

Y el acuerdo se cumplió:

La primera parte de la nota apareció el domingo 29 de septiembre de 2013 a las siete de la tarde, por América. La Televisión Pública la emitió una hora y diez minutos después.

Para nosotros fue un golazo.

Y también fue una concesión rara, viniendo del mismo gobierno que se dio el lujo de convocar a Marcelo Tinelli para organizar el Fútbol para Todos y despedirlo unos días después.

Y para ellos tampoco fue tan malo.

De hecho, lograbán, con un solo programa, una doble repercusión. Como si fuera una cadena nacional, pero más acotada y en forma de entrevista.

Demás está decir que también se trató de algo muy fuerte y muy bueno para mi carrera.

Jamás en mi vida había hablado con ella.

Nunca la había conocido en persona.

Lo más cerca que estuve de hacerlo fue durante 2002, cuando Miguel Núñez, entonces vocero de Néstor Kirchner, me dijo que Cristina quería tomar un café conmigo. La verdad es que nunca le respondí. En realidad, nunca me imaginé que el entonces gobernador de Santa Cruz y su esposa podían gobernar a la Argentina. Como parece evidente, mi olfato para detectar hacia dónde va al poder nunca estuvo demasiado entrenado.

Tampoco es mi fuerte la negociación con los dirigentes políticos.

De eso me di cuenta enseguida cuando, ya a punto de darnos la mano, y después de la enorme tensión, intenté introducir entre las condiciones, una cámara de América que pudiera grabar el back para emitirlo en distintos programas del canal. Era una manera elegante de eludir la férrea estructura que propuso desde el inicio la administración. No lo conseguí. Todavía me acuerdo lo que me respondió Corcho:

—¿Una cámara para el back? Si querés también llevo a la Presidenta a tu casa y le hacés otra

nota desde allí. ¿Una cámara de América, querés decir? Ni en pedo.

El vocero de la Presidenta se enojó tanto que amagó con levantarse para irse. Vila parecía frío como un témpano.

A todos nos salvó el gong.

Porque estaban por dar las cuatro de la tarde y la entrevista estaba pautada para una hora después.

Scoccimarro llamó a Olivos y le dieron un mensaje breve y contundente: la Presidenta ya estaba lista para la nota, todo debía comenzar a las cinco en punto. Entonces el Corcho se levantó, manoteó el teléfono, nos hizo levantar a todos y dijo:

—Bueno, Jorge: vamos para Olivos. Yo te llevo.

Solo le pedí una concesión más.

—Dejame pasar por mi casa para pegarme una ducha y cambíame. Estoy hecho una roña.

El funcionario me miró por enésima vez con su peor cara de pocos amigos, pero no se opuso.

Así que me subí a mi auto, enfilé para mi departamento, lo metí en la cochera y le mandé un mensajito a Scoccimarro, que me seguía, con su auto oficial, desde atrás.

—Dame quince minutos, Alfredo, y no te preocupes que llegamos bien.

Entré a mi casa, busqué un traje clásico, azul oscuro, me pegué una ducha rápida y bajé enseguida.

No tardé ni los quince minutos que había pedido. Me subí al auto del vocero presidencial y encaramos para Olivos.

Recién ahí empezamos a hablar de la nota con tranquilidad. Éramos solo él, el chofer y yo. Ya había confianza y estábamos más distendidos. Entonces jugué mis últimas fichas:

—Corcho, ¿hay algún tema que no se tiene que tocar?

—No, preguntá lo que quieras.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Y mejor que lo hagas de una, porque la entrevista arranca y no se detiene más.

Tenés que meter todas las preguntas en el tiempo acordado porque no se puede parar nada.

—Lo único que pido, Corcho, es que no me hagan quedar como un pelotudo si van a editar. En todo caso, te pido por favor que por lo menos me dejes ir a mirar la edición.

—Olvidate. Acá no se edita nada, te doy mi palabra. Sale como se graba.

—Okey, confío en vos. ¿Porque puedo confiar en vos, no?

—Claro, ¿cómo me preguntás eso?

—Entonces confío. Pero te aviso, y no lo tomes como una amenaza, que si llego a ver en el aire una edición en la que me hacen aparecer como un pelotudo, me voy a enojar mucho. Y voy a contar todo al aire. No me tiendas una trampa, ¿eh?

—Olvidate. Te lo garantizo: no se va a editar nada.

Entramos a Olivos por el túnel que conecta a la quinta con la Avenida Libertador minutos antes de las 17 en el Toyota Corolla en el que salimos de mi casa. Estacionamos junto a la casita donde se filmaron las dos entrevistas del ciclo, el edificio conocido como la Jefatura de Gabinete. Es una especie de chalet donde trabaja la Presidenta cuando está en Olivos en el que hay una sala de reuniones, un escritorio que utiliza ella y un hall enorme de entrada con puertas de vidrio.

El set de grabación se montó en la sala de reuniones.

Ni bien entré, me encontré con los chicos de la productora La Corte, la empresa de los hermanos Pablo y Daniel Monzoncillo, que tiene la exclusividad de todos los actos oficiales y de los partidos de Fútbol para Todos. Nos dimos un abrazo con varios de los productores, porque con algunos habíamos trabajado juntos mucho tiempo en Telefé.

Me senté en la mesa y esperé que llegara. Ya estaba impaciente. Encima Scoccimarro me avisó que tenía que esperar un poco más.

—La Presidenta está demorada, pero no te va a fallar.

—No importa, todo bien, ya estamos acá —atiné a decir y empecé a rezar para que no se levantara la nota. Sabía que si pasaba, no había manera de volver a hacerla. El Corcho me acompañó, para aligerar la espera. Hasta que todos empezaron a moverse en forma nerviosa:

—Ahora sí: ahí viene la Presidenta.

Me quedé parado, quieto, duro y frío, hasta que entró a la sala de reuniones. Recordé lo que me habían dicho en esos días los que la conocen: si ella te da un beso está todo bien, pero si te da la mano está todo mal.

¿Qué hago?, pensé ¿Le tiro la mano o me acerco para besarla?

Mientras lo pensaba, ella se me adelantó... y me dio un beso.

Uf. Empezamos bien, pensé.

—Hola, Jorge, ¿cómo está?

—Bien, señora.

—¿Nos sentamos? —invitó.

Yo estaba vestido, como dije, de traje azul, con una camisa a rayas también azules y cuello blanco, y pañuelo en la solapa del saco al tono. La Presidenta, de negro, con calzas al tono, de las que tanto se había hablado durante aquellos días.

—¿Esas son las polémicas calzas, no? La estaba mirando desde acá.

—La verdad es que no son polémicas. Solo son calzas —me dijo.

Entonces Cristina largó una carcajada. Fue lo primero de la nota que salió al aire.

Pero antes, apenas nos sentamos, habíamos empezado a hablar de la frivolidad y la política.

Yo saqué el tema por la ropa y porque le vi tremendo reloj en la muñeca. El famoso Rolex President de 20 mil dólares del que tanto se había hablado.

—Cuánto lio le trajo, ¿no?

—¿Por qué? ¿Está mal? ¿Uno no se puede vestir o arreglar con cuidado?

—Sí, pero no cae bien.

—Bueno, ¿pero qué tiene de malo? ¿Acaso no somos todos un poco frívolos?

—¿Un poco? Un poco no. Mucho. Política y frivolidad van de la mano.

—Bueno: pero no somos nosotros lo que inventamos la frivolidad.

—Comparto. La frivolidad fue inaugurada por el menemismo, cuando Carlos Menem empezó a invitar a la quinta a los deportistas, los artistas y...

De repente la Presidenta empezó a agitar las manos y yo no supe que hacer.

—¿Qué pasó, chicos? —preguntó Cristina.

El silencio de los camarógrafos y los productores duró una eternidad.

Habíamos estado hablando más de diez minutos sobre política y frivolidad. El arranque había sido apasionante. Pero alguien se había olvidado de grabar o de hacer funcionar el audio.

No solo se habían mandado una macana grande.

Habían perdido el efecto espontaneidad que pensaban agregarle prendiendo la cámara en el

momento en que la Presidenta entró y saludó.

—¿Qué pasó, chicos?—volvió a preguntar la Presidenta. Su rostro se había transformado.

Entonces se acercó una chica y asumió el error:

—No encendimos las cámaras. Esperábamos la orden para hacerlo. No sabíamos que teníamos que tenerlas prendidas desde antes de que usted entrara.

Me preparé para escuchar una felpada histórica.

Ella los retó, pero tuvo la delicadeza de explicarles por qué:

—Ahora los argentinos se van a perder este tramo de la charla sobre frivolidad y política.

Alguien sugirió entonces que la repitieran.

—No se puede repetir—ordenó ella—. Lo que pasó, pasó.

Cuando se volvieron a prender las cámaras, empecé a hablar de las polémicas calzas. Y así se inició la charla que todos pudieron ver por televisión.

La que respondió fue una Cristina auténtica y original.

Explicó que los medios le habían prestado una exagerada atención a las calzas en aquel acto, en Ezeiza, solo para no informar sobre las enormes piletas que se habían inaugurado ese día.

Lo vinculó, enseguida, con los supuestos intentos de desestabilización perpetrados por algunos medios en colaboración con cierta oposición política.

Es curioso.

Todavía hay quienes alimentan la sospecha de un reportaje arreglado.

Se ve que no tuvieron tiempo de verlo.

Lo que salió fue lo que se habló.

Ni más ni menos.

Por supuesto.

Todo el mundo tiene derecho a opinar.

Este tipo de entrevistas da para eso.

Sé que muchos colegas creen que no fue tan buena.

Que tenía que haber repreguntado o insistido sobre tal o cual tema.

Para mí fue una buena entrevista.

O fue todo lo buena que podía hacer, con el límite de tiempo que pautamos de antemano.

Pregunté sobre todo lo que quería preguntar.

La inflación.

El dólar.

El cepo cambiario.

Mauricio Macri y Daniel Scioli.

Y hasta su cuestionado viaje a las Islas Seychelles, durante su gira por Asia en enero de 2013: una escala que solo se hizo conocida luego de una denuncia periodística.

Los que suponen que “la podía haber hecho tiritas” es porque no la conocen.

Cristina no es tonta.

Al contrario. Debe ser la dirigente política más inteligente y despierta de la Argentina.

No manejó la entrevista como quiso.

Pero sí manejó sus respuestas.

De hecho, las “alargó”. Es decir: durmió el efecto “provocativo” de la pregunta y respondió con picardía y tranquilidad.

Y no solo eso.

También intentó chicanearme y correrme por izquierda cuando le pregunté por el cepo y ella me dijo que yo no parecía tener ningún problema, porque viajaba bastante seguido al exterior.

Para que quede claro.

Fue un empate.

Yo pregunté lo que quise.

Y ella respondió manejando los tiempos.

A mí me hacen reír los supermachos que me escriben:

—Che, Rial, ¿por qué no le preguntaste sobre las bóvedas de Lázaro Báez?

Argentina, país generoso. No solo tiene cuarenta millones de economistas y de técnicos de fútbol de River, de Boca y del seleccionado nacional. También tiene cuarenta millones de periodistas preparados para hacerle las preguntas que nunca nadie le hizo a la Presidenta, a Barack Obama o al Papa Francisco.

¿En serio esperaban que le preguntara sobre las bóvedas?

¿Y qué respuesta esperaban? Que la Presidenta me dijera:

—Sí, Rial, menos mal que me lo preguntó. En realidad tengo siete bóvedas con varios millones de euros acá y en el Calafate también. De hecho hay una exactamente aquí, debajo de la silla donde usted está sentado.

¿Me quedaron preguntas sin hacer? Sí. Decenas. ¿Por qué no le hice más preguntas políticas o económicas? Porque decidí, de antemano, buscar el costado más humano.

El último día que pasó con Kirchner.

El último beso que se dieron.

Saber cómo se había sentido cuando pensó que le estaban dando un golpe a través de una corrida cambiaria o financiera.

La descripción de la última noche con Néstor fue muy fuerte.

Todavía me la acuerdo, porque cuando la contó, el silencio que había en la sala de reuniones hacía más ruido que una sirena.

Todos pensamos que lo último que había hecho en vida el expresidente fue discutir, de manera acalorada, con Hugo Moyano, por una reunión del Consejo Nacional Justicialista.

Y no.

Lo último que hicieron juntos fue ver, por televisión, en *América 24*, una entrevista que le estaban haciendo al piquetero Luis D'Elía.

El periodista lo había puesto en posición incómoda cuando le preguntó, en el caso de tener que elegir, a quién votaría para presidente, si a Néstor o a Cristina.

“¡Traidor!”, un poco en broma, un poco en serio, le gritó Kirchner a la pantalla cuando D'Elía la eligió a la Presidenta.

Y con la chicana que me tiró con el tema del cepo cambiario tampoco me hizo quedar mal a mí. Es decir: al periodista que la reportó.

Más bien se puso en evidencia.

Una semana después, cuando tuve que viajar al exterior, volví a pedir autorización a la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) para comprar dólares y me fue denegada.

Entonces pregunté:

—¿Así que el cepo no existe? ¡Qué raro! Porque la Presidenta me dijo, en persona, que no existe, pero los dólares tampoco te los dan. Alguien debe estar haciendo las cosas mal. ¿no?

La entrevista duró poco más de una hora.

Se dio por finalizada por decreto de necesidad y urgencia.

Corcho levantó la mano ni bien terminé de hacer una pregunta, la Presidenta redondeó.

Entonces se paró y empezó a saludar y despedirse. Las cámaras se apagaron de inmediato. Nadie quería contradecir las órdenes de la jefa de Estado. Yo me quedé mirando para todos lados.

Hubiera necesitado por lo menos media hora más. Pero unos segundos después me puse de pie.

Todavía me sigo preguntando:

¿Por qué el gobierno me eligió?

¿Por qué Cristina aceptó que fuera yo?

Nunca nadie me lo dijo.

Ni los funcionarios ni Vila.

Yo supongo que en ese momento necesitaban a alguien con un perfil más masivo y popular.

Alguien con buena llegada a la mayoría de la gente.

La entrevista que la jefa de Estado hizo con Hemán Brienza quizá los pudo terminar de convencer.

No estuvo mal, pero solo interesó a los muy politizados.

A los militantes, funcionarios y adherentes.

De hecho, aun los colegas que nunca simpatizaron conmigo reconocieron que fue atractivo y raro ver a la Presidenta entrevistada por el conductor de *Intrusos*.

Es decir: el Rial de la televisión.

Quizá algunos dijeron el conductor de *Intrusos* para bajarme el precio.

Para no admitir que soy el mismo que entrevistó a decenas de políticos en *Ciudad Gotika*, por Radio La Red.

El mismo que le preguntó a Hugo Chávez por las valijas de Guido Alejandro Antonini Wilson y recibió el insulto de “excremento” por toda respuesta.

No importa.

A mí me hizo bien.

Y nadie me va a quitar la satisfacción de decir que soy uno de los pocos periodistas que entrevistó a una Presidenta que no da notas ni hace conferencias de prensa.

Porque a cualquier periodista le da chapa y prestigio reportear a un jefe de Estado.

Y por supuesto, a mí también.

Al terminar la sesión, salí, me subí al auto, marqué el celular de Vila y le dije:

—Misión cumplida.

—¿Cómo salió? —me preguntó.

Yo todavía estaba aturdido por el encuentro.

—Salió —fue lo único que atiné a decirle.

¡Había sido tan raro todo!

La negociación que casi termina peor que mal.

La cámara que no se había encendido cuando debía.

El encuentro personal.

Y los minutos posteriores con ella, una vez que se aflojó la tensión del reportaje.

Ahora que ya pasó un buen tiempo, lo puedo contar.

Me trató mejor que Chávez, por supuesto.

Entonces yo me animé:

—Presidenta, ¿la puedo tutear?

—Pero claro, Jorge. Por supuesto.

—¿Y te puedo hacer otra pregunta?

—Dale.

—¿No lo vas a tomar a mal?

—¿Pero no!

—La pregunta es ¿por qué tardaste tanto? ¿Por qué no hiciste esto antes? Yo puedo tener algunas diferencias pero sos una muy buena comunicadora. ¿Por qué desaprovechaste todo este tiempo y no empezaste a dar entrevistas antes?

Cristina respiró hondo:

—¿Querés que te diga la verdad? No lo hice antes porque ustedes, los medios y los periodistas, tergiversan todo. Me dan vuelta todo.

—Pero si vos incluí las preguntas, incluso el público va a poder discernir entre los periodistas que interrogan con mala leche y los que no.

—No sé si va a ser así. Sí dejame decirte que este reportaje me encantó.

Antes de despedirse me mandó un beso para Mariana. Y no se equivocó de nombre, como Fernando de la Rúa con Paula Robles, la exesposa de Marcelo Tinelli.

—Mandale saludos a Loly. Sé que es tu pareja y me encanta. Cada tanto sigo el detalle de tu historia de amor.

No volví a hablar con ella. Ni tampoco la vi más.

Hace más de un año que sucedió y todavía la gente sigue hablando de la entrevista.

La volvería a hacer, con todo lo malo y todo lo bueno que experimenté, antes durante y después de la experiencia.

Lanata, Zannini y lo que me pagó el gobierno para “blanquear” a Fariña

Entré como una tromba al salón especialmente acondicionado para fumar habanos del Hotel Sheraton de Pilar y por fin lo vi, junto a su esposa, tratando de pasar desapercibido. Entonces lo miré directo a los ojos y le solté:

—¡Eh, viejo!;Cuándo me va a pagar las 600 lucas verdes que me corresponden?

Al tipo le duró la confusión por lo menos treinta segundos.

No era un individuo cualquiera.

Era nada más y nada menos que el hombre más poderoso de la Argentina después de la Presidenta y de su hijo Máximo Kirchner. El funcionario que guarda los más sensibles secretos del poder desde hace por lo menos treinta años, cuando, recién llegado desde Córdoba, Néstor Kirchner lo llevó a trabajar junto a él, en Río Gallegos.

El dueño de la lapicera de Cristina Fernández y de todos los ministros.

El secretario Legal y Técnico de la Presidencia, Carlos “El Chino” Zannini.

No lo había visto nunca en persona.

Jamás me lo había cruzado.

Ni en una fiesta. Ni en los pasillos de la Casa de Gobierno. Ni dentro ni fuera de un estudio de televisión.

Zannini se quedó frío.

Era evidente que no estaba acostumbrado a ese tipo de preguntas.

Y menos en un contexto familiar y social.

Por eso levantó la vista con mucho cuidado y esperó que yo le hiciera la pregunta otra vez:

—Hola, Zannini, soy Rial. ¿Cómo le va?

—Bien.

—¿Y? ¿No me escuchó? ¿Cuándo me va a pagar las 600 lucas que me debe?

La escena es real y tuvo lugar a fines del año 2013.

Cinco minutos antes, había salido del salón donde le festejaban el cumpleaños de 15 a la hija de uno de mis mejores amigos, Mario Kohan, uno de los jueces de la Sala IV de la Cámara de

Casación Penal de la provincia de Buenos Aires.

Necesitaba ir al baño y de paso tomar un poco de aire.

Precisamente en el baño de caballeros me encontré con el ministro del Interior y Transporte
Florencio Randazzo.

Con “El Flaco” si nos conocemos hace tiempo.

Se podría decir que nos une una relación cordial y fluida.

Nos saludamos y Randazzo me preguntó, divertido:

—¿A que no sabés con quién estoy cenando?

—Ni idea.

—Con Zannini.

—¡No! ¡Me estás jodiendo?

—Te lo digo en serio.

—Presentámelo va. Lo quiero conocer. Le quiero pedir las 600 lucas que supuestamente me
“dieron” para blanquear a Fariña. ¡Si me van a ensuciar así por lo menos denme la guita, hijos de
puta! —me quejé, divertido.

Randazzo se dobló de la risa y se prendió en “la jodita”.

—Vení que te lo presento. ¡Cuando te vea va a saltar de la silla!

Entré a la sala especial para fumadores primero yo y detrás Randazzo.

Zannini tuvo que mirarme otra vez a los ojos para comprender que lo mío solo era un poco de
humor corrosivo.

Un chiste que hacía en alusión al rumor que me acusó de haber recibido 600 mil dólares del
gobierno a cambio de “blanquear” al supuesto testafiero de Lázaro Báez, Leonardo Fariña,
“farandulizar” la investigación de Jorge Lanata sobre la ruta del dinero K y operar para alejar al
gobierno del centro del escándalo de corrupción.

El Chino recién se aflojó cuando percibió que solo queríamos divertirnos un poco. Entonces
acotó.

—¡Qué quilombo!, ¿no?

Y su esposa terminó de distender el ambiente.

—¡Lo veo todos los días, Rial! ¡Cómo me hace reír!

Enseguida me ofrecieron un habano.

Lo rechacé no por mala educación sino porque debía volver a la fiesta de la hija de mi amigo.

Así empezó y terminó mi “cumbre” con Zannini.

Duró menos de cinco minutos.

Ojalá la hubiese grabado alguien.

De esa manera les hubiera podido refregar el video en la cara a los hijos de puta que me acusaron de trabajar para el gobierno para desacreditar a Lanata.

Y Lanata también tiene su cuota de responsabilidad.

Porque en vez de chequear la información y confirmar los datos de la ruta del dinero K, se concentró más en pelearse conmigo, con el Canal América y en especial con Luis Ventura. Y lo hizo de mala manera. Como si los tres hubiésemos sido parte de una conspiración contra él.

La verdadera historia de este malentendido empezó no con la primera cámara supuestamente oculta que Lanata le hizo a Fariña sino apenas unas horas antes del debut de la segunda temporada de *Periodismo para Todos*, por Canal 13.

Y la verdad es que Lanata intentó usarme de pelotudo.

Fue, exactamente, el sábado 13 de abril de 2013, al mediodía, cuando nos encontramos, con el Gordo, en el restaurante Gardiner, de la Costanera Norte. Yo comía con mi amigo y socio Guillermo Marín y su pareja, Valeria Archimó. Lanata entró, saludó y se fue a la mesa del fondo.

Al rato volvió y me encaró:

—Jorge, ¿puedo hablar con vos?

—Sí, claro.

Me paré y nos apartamos apenas de la mesa. Entonces Lanata me dijo:

—Prepará todo lo que tengas sobre Rossi.

—¿Sobre “El Chivo” Rossi?—le pregunté, creyendo que se trataba del actual ministro de

Defensa y ex jefe del bloque de Diputados del Frente para la Victoria.

—No, boludo, sobre Fabián Rossi.

—¿El esposo de Ileana Calabró?

—El mismo. Lo enganchamos en una transa en la que está metido ese tipo Fariña, el esposo de (Karina) Jelinek. Parece que es el eslabón que falta en la ruta del dinero K de Lázaro Báez a la

Presidenta.

Yo solo atiné a decir:

—Ah, mirá vos.

—Prepará todo: el lunes, con esto, si lo aprovechás bien, te hacés un picnic.

—Dale, voy a empezar a juntar material.

Lanata volvió al ataque:

—Es más, estaría bueno que adelantaras algo en tu cuenta de Twitter. Se va a amar un quilombo infernal.

Nos despedimos con un abrazo.

Y yo debo confesar que caí en la trampa del Gordo, como un pelotudo.

Efectivamente adelanté algo en mi cuenta de Twitter. Al rato me llamó Marina Calabró, hermana de Ileana, preocupada: se dio cuenta por lo que había escrito de que estaba hablando de Rossi, su cuñado.

Al otro día, salió el programa de Lanata, con dos cámaras ocultas a Leonardo Fariña, la confesión del financista Federico Elaskar, y el caos político de lo que empezó a llamarse “la ruta del dinero K”, por los supuestos bolsos con plata negra del gobierno nacional y la vinculación con Lázaro Báez.

La investigación de Lanata empezó a preocupar al gobierno por la supuesta participación de Báez en las maniobras relatadas por Fariña y Elaskar para sacar dinero del país por parte del empresario de la obra pública hacia paraísos fiscales.

Según denuncias de la oposición e investigaciones periodísticas, Lázaro está sindicado como supuesto testafiero del expresidente Kirchner.

La mañana siguiente, el lunes 15, Karina Serafino, mi productora periodística, me avisó que Fariña estaba al teléfono y que quería hablar conmigo.

Era el personaje de la semana.

Yo no lo había visto en mi vida: nunca había venido a *Intrusos*, ni le había hecho una nota.

Tenía cero relación.

Sabía de él lo mismo que sabíamos todos. Que se mostraba como un empresario pujante con mucho dinero, que se había casado en una megafiesta con Karina Jelinek, y no mucho más.

Rumores siempre hubo sobre su persona, pero nunca me habían interesado.

Él tenía muchísima relación con Ventura. Luis lo contó una y mil veces. Pero conmigo, cero.

Sali del aire y me puse al teléfono con él:

—¿Qué tal, Fariña?

—¿Qué hacés, Rial, cómo estás?

—Bien, ¿querés que te ponga al aire?

—No, no, pará, pará... yo quiero ir a *Intrusos*.

—Bueno, dale, fenómeno.

—Pero pará porque hoy voy a otro programa. A *Intrusos* voy mañana.

—Si hoy vas a lo de Fantino, a mí mañana no me sirve.

—Si las cosas son así, voy a *Intrusos*. Hoy a las 11 de la noche te llamo y terminamos de arreglar, ¿estás despierto a esa hora?

—Sí, llamame.

Le pasé mi celular y nunca le pedí a él el suyo. Eran las 11 de la mañana del lunes 15 de abril.

A las 12 de la noche, Fariña todavía no había llamado.

—Ya está, me cagó —pensé. De inmediato me quedé dormido.

A la 1 y pico de la mañana sonó el teléfono.

Me desperté algo exaltado.

Era Fariña:

—Disculpame, Jorge, no te pude hablar antes porque estuve reunido con el abogado. Viste el quilombo que es todo esto, ¿no?

—Todo bien. No venís, ¿no?

—No, sí que voy.

—¿Venís seguro?

—Olvidate, mañana voy a *Intrusos*.

—Bueno, te tomo la palabra.

—¿A qué hora querés que esté?

—A la una menos cuarto, así arranco con vos.

—Okey, dale. Voy a contar todo, vas a ver.

Me fui a dormir, todavía con algunas dudas sobre si vendría o no.

Al mediodía siguiente, pasadas las 12 y cuarto, me sonó el celular. Otra vez Fariña.

—Se cayó la nota, me cagó—volví a pensar. Atendí casi resignado:

—Leonardo, ¿qué pasó?. ¿no venís?

—Sí, boludo, voy, pero te tengo que pedir un solo favor.

—¿Qué necesitás?

En ese momento pensé:

—La puta madre, me va a pedir cualquier cosa.

—Lo único que quiero, Jorge, es un lugar para estacionar en la puerta. No quiero tener ningún quilombo en la calle.

—Pero sí, olvidate boludo, ahora te reservo el lugar. Te hago entrar el auto al estudio si hace falta, ¿pero venís, no?

—Estoy saliendo para allá. Estoy arriba del auto. Te veo en un rato.

Cumplió.

Enseguida apareció en el estudio.

Intrusos ya estaba en el aire. Fariña se sentó a un costado.

También estaba Marina Calabró, que había ido a defender a su cuñado. Lo primero que hizo Marina al empezar el programa fue atacarlo a Fariña.

Cuando vi el quilombo que se empezaba a amar, lo hice entrar a él de inmediato. Ni siquiera lo saludé. Y era la primera vez que lo veía cara a cara. De hecho, me llamó la atención porque era distinto a cómo lo imaginaba: mucho más flaco. Y más bajo.

Así empezó el histórico programa que teóricamente salió 600 mil dólares.

Los que me “pagó” Zannini (y todas las barbaridades que dijeron alrededor de eso).

Antes de cargar contra Lanata y las cámaras ocultas, Fariña tuvo que escuchar a Marina Calabró, que al comenzar *Intrusos* había defendido a Rossi y, en especial, quería dejar bien limpio el honor de su padre:

—Papá en este momento no está como para enfrentar la cámara, le cuesta y no quiere decir nada. Ileana sí ha dado la cara y fue valiente, y dijo la verdad, aun con los márgenes de error que pueda tener.

El eterno Juan Carlos Calabró ya había empezado a flaquear en su salud desde hacía rato. Falleció finalmente siete meses después, en la mañana del 5 de noviembre de 2013, en una habitación del Hospital Británico, por una insuficiencia renal.

Fariña, después de Marina, intentó dejar en claro que él no atacaba al esposo de Ileana Calabró:

—Yo lo único que dije es que el pelotudo de Rossi armaba sociedades en el exterior, que no es un delito. (A Marina) Estás juzgando en base a la explicación que yo di y que no es nada malo.

Después de eso el supuesto valijero empezó con su histórico monólogo que le dio pie a Lanata para pensar que era una operación montada por el gobierno para desacreditar su informe.

Lejos de eso. Muy lejos. De hecho, no le creí un carajo a Fariña, se notaba que venía con un guión armado. Por eso le pregunté dos o tres veces si había sido asesorado por el gobierno. Siempre dijo que no.

Pero nunca le creí.

Su respuesta al informe de *Periodismo para Todos* parecía eso. Un discurso previamente guionado:

—Acá me están hablando de dos cámaras ocultas que me hicieron, y en mi discurso voy a tener que pedir perdón solo por una cosa, pero voy a tener que explicar el contexto de todo. Tanto la primera cámara como la segunda, yo sabía que él (por Lanata) me estaba grabando. En realidad, en la primera cámara oculta yo presumía que me estaba grabando. En la segunda yo sabía que me iba a grabar. Como yo sabía que Federico Elaskar había vuelto al país en el año 2011 luego de su estadía en Estados Unidos, que también hay que contar quién es Federico Elaskar. Entonces, qué es lo que vos me preguntás, ¿por qué hablé?

—Sí, te pregunté eso.

—Bien. Yo estoy hablando para lavar mi imagen. Yo no tengo la capacidad de autoincriminarme ni de presentarme a un juzgado y decir: “Señor juez, investigue todas estas cosas que me dijeron durante dos años a mí y que se cagaron en la repercusión que tenían sobre mí”. Entonces, el señor Jorge Lanata, con el apoyo de la corporación, quería ficción, y yo le di ficción. Mis supuestas cámaras ocultas son expresiones de todo esto. Absolutamente todas las cosas que yo dije son cosas que me autoincriminaron los periodistas. Yo le di ficción.

—¿Y por qué hiciste eso? ¿Para lavar tu imagen?

—No, más allá de lavar mi imagen, yo soy una persona que estoy conforme a derecho. Yo reproduje todas las cosas que se encargaron de vincularme a mí. Una de las personas que más siguió mi historia es el señor Jorge Lanata. Yo también sabía que el señor Jorge Lanata, con los intereses que él representa, me iba a dar a mí la posibilidad de que esto resulte en que realmente se tenga que aclarar. Entonces, primer punto y principal, todo lo que yo dije, y desafío a cualquier persona que se siente a ver el video, toda esa ficción que yo le di a él, que es lo que él quería escuchar, está acá.

Fariña había venido al programa con las copias de las notas periodísticas en las que, según él, se hablaba de todo lo que había repetido en esas supuestas cámaras ocultas.

Agitaba los papeles nervioso.

El único que le creyó fue Ventura.

Él tiene sus ideas y yo las mías.

Y en ese caso quedó demostrado: no coincidimos en nada. Yo nunca le creí a Fariña, ni antes, ni después, y Luis sí.

Ventura lo defendía porque tenían una relación, no sé si comercial, que el propio Luis se encargó de ventilar. Y él tomó esa posición que a mí no me gustó.

Igual, yo nunca terminé de entender si Fariña era el lavador de plata que decía Lanata.

O un verdadero pelotudo.

Cuando terminó el programa, Rolando Graña, todavía gerente periodístico de América, ya estaba en el estudio. Saludó al invitado y le pidió que se quedara unos minutos. Quería llevarlo a los demás programas del canal y deseaba que yo me quedara en la reunión con ambos. Mi respuesta fue tajante:

—No, gracias, para mí ya está. Lo mío terminó acá.

Saludé a Fariña, subí a mi camarín, me cambié y me fui a mi casa. Nunca más lo vi por ese tema, ni por el contexto de la investigación judicial que lo tenía como centro junto a Lázaro Báez. Vino al programa un par de veces más pero por motivos personales vinculados con su vida sentimental.

Al otro día, el miércoles 17 de abril de 2013, fue cuando Lanata me salió a matar por radio,

diciendo que el programa había salido 600 mil dólares.

Yo no le iba a permitir que semejante mentira se siguiera repitiendo.

Hicimos un dúplex en la radio.

No tuvo más remedio que pedirme disculpas.

Hasta reveló el encuentro que habíamos tenido el día anterior al informe en Gardiner, y reconoció que, más allá de las diferencias, tanto a mí como a Ventura nos respetaba profesionalmente.

Le expliqué, en el aire de Radio La Red y de Radio Mitre, que nadie me baja línea.

Ni desde el canal, ni desde el gobierno:

—Me molesta que quieran relacionarme a una supuesta llamada de Zannini a quien, te quiero decir, Lanata, no conozco, ni personalmente, ni siquiera por su voz. No hablé con él nunca en mi vida. Y no me llamó nadie, ni gente del gobierno ni gente de Báez. A Fariña lo veníamos buscando porque obviamente era la nota. Él no quiso salir por radio. Sí quiso venir a Intrusos. Costó bastante, porque desapareció. Y recién apareció a la 1 de la mañana. Yo quería hablar con vos porque estás sugiriendo que dos periodistas importantes de espectáculos, uno debo ser yo, tuvimos una llamada de Zannini. Si vos decís eso me lastimás. Porque no es así. Porque es mentira. A mí no me llamó Zannini, ni nadie de parte de él. Es más: si querés mandá a alguien a revisar el teléfono...

—No seas boludo. Estoy hablando con vos de buena fe. Si vos me decís no, es no. Y se acabó.

—Y quiero aclararte que América no es mi canal. Vos decís mi canal y parece que fuera el dueño. Yo apenas bajo línea en Intrusos. Y quiero decirte que creo que vos tenés una gran oportunidad, y yo espero que lo puedas hacer de verdad, de pegarle un golpe de knock-out al gobierno. Ojalá puedas, que todos vayan en cana, y que por fin podamos descubrir la red de corrupción, de una vez por todas. Lo único que yo quería aclarar es que no me llamó Zannini, ni nadie del gobierno, ni para pedirme ni para putearme.

—¿Y le creíste a Fariña?

—No, obvio que no. ¿Cómo le voy a creer a un tipo que no puede decir de qué labura? Obviamente no le creí. Pero más allá de que yo le crea o no, tenía que hacer la nota.

La charla con Lanata por radio duró poco más de diez minutos.

Esos fueron los entretelones de la aparición de Fariña en *Intrusos* y de toda la polémica generada alrededor del caso.

En ese dúplex, a Lanata le dije la verdad. Yo no negocio con nadie, ni con Ventura, ni con el canal, ni con el gobierno. Con nadie.

Pero Lanata es demasiado vivo. Por eso salió tan rápido a mezclar todo. Entonces al canal no le quedó otra que defenderse. Es decir, Lanata inventó una pelea donde no la había.

Es más, todos estuvimos de acuerdo, desde el principio, en que había que descubrir la ruta del dinero y que había que desnudar la corrupción. Todos estuvimos de acuerdo en que había que presionar a la Justicia para que investigara y no pelearnos entre los medios, como ocurrió finalmente.

Pero el caso terminó en esa frivolidad pelotuda.

Y la denuncia de Lanata terminó casi en la nada.

O mejor dicho: en un poquito más de lo que alguna vez aportó Elisa Carrió.

Y los personajes, que al principio parecían unos "pijudos" bárbaros, terminaron como unos cuatro de copas. Porque Fariña no es nada más que eso, un cuatro de copas.

Es cierto que algo de guita manejó, porque él mismo lo contó. Pero hay toda una mitología alrededor de su figura que no sirve para nada.

Por otra parte, Lanata tenía más cámaras que las que mostró al aire. Yo lo sé. Yo vi todo el material completo. Y la verdad es que no era muy oculta la cámara a Fariña: se ve muy claro cuando entra, saluda a los camarógrafos, se notan las cámaras, está todo a la vista. Fue una cámara semioculta, no una cámara oculta. Indudablemente Fariña intentó protegerse, resguardarse o sacar alguna ventaja, y Jorge encontró en eso una veta periodística.

Está bien, no lo crítico.

Para mí, el tema está saldado.

Es verdad que él, cada vez que puede, sigue hablando de eso porque le gusta la frivolidad. Pero para mí se acabó.

El problema de Lanata fue que se creyó como una verdad absoluta lo que le dijo una periodista que trabaja con Román Lejtman en Radio Milenium, y que labura para la Secretaría de Inteligencia. Esa periodista repitió en el aire información falsa. El dato que decía que

habíamos cobrado 600 mil dólares por ese programa.

Lo hablé con Lejtman. Le pregunté si él también bancaba aquella información falsa.

—Román: me extraña. Vos me conocés bien. ¡Ni siquiera levantaron un tubo para chequearlo conmigo!

—Mañana hacemos una desmentida, Jorge.

—No, dejá, ya me voy a encargar de esa periodista que trabaja con vos.

No había ni una prueba de nada.

Lo único real es que la única vez que hablé con Zannini fue después de ocho meses del escándalo. Y de casualidad.

Menos mal que estaban presentes su mujer, Randazzo y cientos de personas que habían ido a festejar un cumpleaños de 15. Si no, hubieran inventado que se trató de otro encuentro secreto para intercambiar información por dinero.

Mis amigos Sergio, Daniel y Mauricio

Me gusta la “rosca” política.

Me fascina.

Me encanta hablar con políticos. Juntarlos con colegas o con otros funcionarios. Darles una mano, de onda, sin perder la compostura. Disfrutar de su amistad sin abandonar mi condición de periodista que pregunta o que critica.

Me reconozco hábil para la “rosca”, pero me sale con naturalidad. Ya saben que, por ejemplo, lo junté a Tinelli con el entonces jefe de Gabinete, Juan Manuel Abal Medina, en el living de mi departamento, el día en que entronizaron a Francisco, para que Marcelo terminara de entender que la única manera de volver a la televisión era de la mano de Cristóbal López. (Ver capítulo “El Papa, Cristina, Cristóbal, Marcelo y yo”).

A la mayoría le cuesta comprender por qué hago este tipo de cosas, aunque es muy sencillo de explicar.

Por ejemplo, durante la primavera del año 2009, yo destrabé una tremenda pelea entre el jefe de Gobierno de la ciudad, Mauricio Macri y Daniel Hadad, que entonces era uno de los más importantes empresarios de medios en Argentina.

Los reuní, en una cena de tres horas, para que se dijeran en la cara todo lo que se tenían que decir y comenzaran una nueva etapa de “armonía”.

Fue en Nectarine, un exquisito restaurante de Recoleta, justo en la esquina de Rodríguez Peña y Vicente López, arriba de un mercadito precioso. Es un primer piso, con un pequeño salón que se puede reservar para comer en privado. Coordiné agendas, llamé, reservé y los senté, como debe hacer cualquier componedor que se precie de tal.

Los primeros veinte minutos de charla fueron durísimos.

Casi insoportables.

Se dijeron de todo.

Entonces ambos tenían un poder de fuego inconmensurable.

Mauricio era nada menos que el jefe de Gobierno de la ciudad.

Y Daniel era una topadora: Radio 10, en ese momento, era la más escuchada, por escándalo, y C5N estaba en franco crecimiento.

Hasta esa noche, Daniel, a Mauricio, lo tenía de hijo.

Le pegaba por lo que hacía y por lo que no hacía.

Por los baches y por la basura. Por la línea política y por su manera de hablar. El Negro Oscar González Oro no lo dejaba respirar. Le daba demasiado fuerte, al borde de lo personal.

Y Macri estaba convencido de que el motivo había sido el hecho de que Hadad no había podido entrar a una licitación de la cartelera de la vía pública. Por eso le dijo:

—Daniel, me estás pegando porque no pudiste entrar en un negocio. Las cosas no funcionan así.

Y Hadad, que fuma debajo del agua, argumentó:

—No te estamos pegando por eso. Te criticamos porque te estás manejando mal políticamente.

Los dos parecían tener algo de razón, pero ninguno quería reconocer los motivos del otro.

Hadad y yo tomamos vino.

Macri no tomó alcohol.

Fue una de las cenas que más disfruté: dos tipos con mucho poder, midiéndose, cara a cara, a punto de pelearse de manera casi definitiva o establecer una tregua que podía ser beneficiosa para ambos.

Cuando terminamos, se dieron un fuerte apretón de manos.

Pagó Daniel, con la tarjeta de crédito. Fue el que se levantó primero.

Antes de despedimos, Mauricio me preguntó:

—¿Me podés explicar para qué hicimos esta reunión, Jorge?

Y yo le respondí, para que se quedara tranquilo:

—Para que tuvieras un mano a mano con uno de los empresarios de medios más importantes del país, Mauricio. Vas a ver que tarde o temprano te va a servir.

—¿Y cómo creés que salió todo?

—Me parece que salió muy bien. Porque Daniel, antes que un empresario de medios, es un periodista.

No me había equivocado.

A la semana siguiente, no solo empezaron a amainar las críticas. Además el Negro Oro lo sacó al aire, dando inicio de esa manera a una nueva y fructífera relación.

¿Por qué lo hice?

Porque era y soy amigo de los dos.

De Daniel, porque me bancó en uno de mis peores momentos.

Y de Mauricio, porque lo conozco desde hace tiempo, más allá del ámbito profesional.

Mi trabajo terminó ahí, en el momento en que salimos del restaurante.

Y jamás les pedí nada a cambio.

Es que yo sé dividir lo público y lo privado.

Y, en general, nunca me confundo.

Tengo pruebas y registro de lo que afirmo.

A mí, por ejemplo, no me importó decirle a mi amigo Macri que él, como jefe de Gobierno de la ciudad, no podía tomarse vacaciones en cualquier momento. Que era una vergüenza hacerlo en medio de una tormenta tremenda que provocó una inundación peor. Nunca pensé en las consecuencias de lo que estaba haciendo. Porque estaba seguro de que era lo que tenía que hacer.

Fue el miércoles 3 de abril de 2013.

Nos cruzamos feo, en el aire de radio La Red, desde mi programa *Ciudad Gotika*. El día anterior, una tormenta brutal había dejado varios muertos en la ciudad de Buenos Aires. Y Mauricio ¡estaba de vacaciones en Brasil!

Este fue el diálogo, textual:

—Vos no te podés tomar vacaciones, Mauricio. Un funcionario público con tu responsabilidad tiene que estar disponible las 24 horas. Disculpame que te lo recuerde.

—Lamento decirte, Jorge, que no coincido con vos. Soy un ser humano. Y aparte de estar y compartir la vida con mi familia necesito descansar.

—¿Entonces para qué aceptaste la responsabilidad? ¿Sabés cuántos quieren ser jefe de Gobierno, Mauricio? Además vos querés ser presidente. La gente te necesita acá. Y más en el medio de una inundación.

Lo admito: Mauricio nunca esperó que yo le dijera eso en la cara. Y menos en público.

Por eso se enojó.

Y se enojó muy mal conmigo.

Yo registré su reacción y, para que no hubiera malos entendidos, tomé una decisión contundente: levantar de todos mis programas las pautas del gobierno de la ciudad.

Recuerdo que llamé a Silvia, mi exmujer, a la productora, de inmediato:

—Silvia, ¿qué pasa si nos quedamos sin la pauta del gobierno de la ciudad de Buenos Aires?

¿Nos fundimos?

—No. No pasa nada, podemos seguir perfectamente sin problemas.

—Entonces levántala ya.

La levantamos.

Y lo hicimos de inmediato.

Durante mucho tiempo, la gente del gobierno de la ciudad de Buenos Aires creyó que yo les iba a pegar mal. Y nunca lo hice.

O en todo caso no lo hice por ese motivo.

La cobertura de los temas fue normal. Los funcionarios siguieron saliendo al aire cada vez que el tema lo exigía.

Por eso en su momento me sorprendí tanto cuando los responsables de la revista *Noticias* entrevistaron a mi ex mujer y ella me acusó de usar en el aire un mecanismo de extorsión.

Al revés.

Fui yo quien decidió levantar la publicidad, para poder tener las manos libres, igual que lo hice con la empresa Felfort, después de haberme peleado con Ricardo Fort.

No había pasado ni una hora de la pelea con él cuando la llamé a mi exmujer:

—Silvia, levánta Fort. Que se vaya a la mierda.

—¿Estás loco? Es la empresa que más guita nos deja.

—No me importa. A mi Fort no me va a silenciar ni por toda la guita del mundo. ¡Levántala!

Y la levanté.

Muchos colegas y anunciantes me preguntan por qué lo hago.

Lo hago para trabajar sin condicionamientos.

Para evitar que el auspiciante levante el teléfono y me endilgue en la cara que él me está bancando y que no tengo derecho a criticarlo.

Un día, Ricardo Fort le dijo eso mismo a Gerardo Sofovich en el aire. Y Gerardo se tuvo que quedar mudo.

A mí, eso, nunca me va a pasar.

Porque prefiero mil veces perder la publicidad que no decir lo que pienso.

En el fondo es muy liberador. Y por otra parte, las consecuencias son mínimas. Quiero decir: solo es plata.

Volví a hablar con Mauricio bastante tiempo después de aquel áspero cruce que tuvimos en La Red:

—Jorge, vos sos amigo. No me podés decir eso públicamente. En todo caso me lo podés decir, pero en privado.

—Ponele, Mauricio, que me haya equivocado en la forma. Pero en ese momento no éramos dos amigos hablando de la vida. Vos eras el jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires. Y yo un periodista, al otro día de la inundación. Y el tema era público, no privado.

La relación se resintió. Nos dejamos de ver durante un buen tiempo.

Recompusimos cuando se enteró de que me había separado y se volvió a portar como un buen amigo.

Yo estaba solo, triste, tratando de recuperarme, y él pasó un par de veces por mi casa, siempre a eso de las seis de la tarde, solo para preguntarme si necesitaba algo.

Tocaba el timbre, se sentaba, me escuchaba y se iba.

Eso lo voy a sentir y valorar siempre como un gesto de amistad.

Como supongo que él computará como un gesto de amistad el hecho de que haya sido uno de los doscientos invitados que salió corriendo para ver si necesitaba algo el día en que festejó su casamiento con Juliana Awada, y que casi se muere, atragantado con el bigote falso de Freddie Mercury, mientras lo intentaba imitar.

No es una manera de decir: casi se muere de verdad.

Fue el sábado 20 de noviembre en La Carlota, la estancia de la familia en la que Mauricio nació y que se encuentra en Tandil.

Estuvieron ahí, entre otros, Francisco de Narváez, Ramón Puerta, Miguel del Sel y Martín Seefeld. Todos nos doblamos de risa cuando empezó a imitar al líder de Queen hasta que la música se interrumpió, de golpe, Mauricio pareció desmayarse y se lo llevaron para un costado.

Salimos corriendo para ver qué pasaba. Uno me atajó en el aire:

—Aguantá, Jorge, que esto es un quilombo. Mauricio se tragó el bigote falso, se ahogó y no se lo pueden sacar.

Estuvimos durante veinte minutos en vilo. Muchos pensaron que Macri se moría ahí.

Menos mal que el entonces ministro de Salud, Jorge Lemus, estaba entre los invitados. Parece que Lemus hizo lo necesario para quitarle el bigote y reanimarlo. Si no, no sé cómo hubiera terminado todo. Y yo, por supuesto, me hubiese puesto muy mal.

Porque yo a Mauricio no lo conozco de la política, sino de la vida.

Me lo presentó Sofóvich, hace muchos años, antes de que se metiera en política, cuando todavía era más el hijo de Franco y el presidente de Boca que el jefe de Gobierno de la ciudad con aspiraciones presidenciales.

Fuimos a cenar a La Bourgogne, el restaurante del Hotel Alvear, con nuestras respectivas esposas de aquel momento. Él estaba casado con Isabel Menditeguy. ¡Qué linda mujer! ¡Y qué cabeza! ¡Y qué nivel de escepticismo! En cinco minutos contradijo a Mauricio mil veces, lo bajó de la candidatura a jefe de Gobierno de la ciudad, le frenó sus ganas de hacer política, ¡hasta me sacó las ganas de vivir! Nunca vi una mina tan linda, tan inteligente y tan crítica. Ella no lo quería a Mauricio haciendo política. No había forma de hacerle entender que era un deseo muy fuerte.

Isabel lo dejó hablar durante varios minutos y enseguida le dio vuelta todo, con argumentos lúcidos y puro sentido común. Le habló de la imagen, del barro de la política, le analizó el país, hizo una comparación con los Estados Unidos. Yo pensé:

—A la mierda, esta mina es una luz. Pero a Mauricio no lo va a dejar vivir.

De hecho, a Mauricio no le gustó nada que su mujer lo contradijera de esa manera. Tuvimos que cambiar de tema porque esa comida iba a terminar muy mal.

Aquella noche me di cuenta de un par de cosas.

Una: que Macri, si quería ser candidato, debía separarse de ella.

Y dos: que Mauricio se estaba empezando a comportar como un político tradicional, porque a ningún político en la Argentina le gusta que le digan la verdad, o en todo caso algo que no le cae bien, en la propia cara.

Ni a Macri, ni a ningún otro.

Son demasiado sensibles.

Sensibles y quisquillosos.

Por ejemplo, cuando en la radio empezamos a hacer el “momento Coqui”, jugando con las conferencias de prensa diarias donde el jefe de Gabinete, Jorge Capitanich no dice nada de nada, sus asesores nos llamaron una y otra vez, para que no lo repitiéramos más.

Y, el día en que Claudio Rico empezó a imitar a Hugo Moyano cuando el camionero repetía: —¿Covelía? ¿Qué carajo tengo yo que ver con Covelía?—el mismo Moyano nos dejó de atender el teléfono.

Y no es que hicimos una denuncia en Comodoro Py. ¡Solo era un chiste!

Pero Moyano no se lo bancó, quizá porque es de la “vieja guardia”. Su hijo Facundo, en cambio, tiene otro humor. Otro carácter. Pero en cuánto crezca va a empezar a cambiar. Seguro.

Porque todos, en algún momento, se creen intocables.

Y Sergio Massa, otro de los candidatos a presidente, tampoco es la excepción.

A él también lo considero mi amigo. Y ahora, con Sergio, las cosas están más o menos bien.

Nos conocemos desde que él asumió en la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES).

Sergio venía seguido a los estudios de Radio 10, donde trabajé un par de años, antes de pasar a La Red. Después de salir al aire, nos quedamos, muchas veces, varias horas charlando.

Pegamos muy buena onda y cuando asumió, como intendente de Tigre, en 2007, un par de veces me invitó a verlo y conversar sobre la política y la vida.

Pero nos empezamos a ver y hablar más seguido cuando lo designaron jefe de Gabinete en julio de 2008. Cada tanto me llamaba para “captar” el pulso de la calle.

—¿Qué dice la gente? ¿Qué cosas le preocupan a la gente?—no dejó nunca de preguntarme.

De alguna manera, me usaba como termómetro para saber para dónde soplabla el viento. Pero siempre lo hizo de una manera desinteresada. Él, más allá de eso, nunca me pidió un solo favor. Y

yo tampoco.

O, mejor dicho: la única vez que le pedí un favor no fue para mí, sino para Marcelo Tinelli.

La verdad es que a Marcelo lo estaba investigando la AFIP, y estaba muy preocupado.

Me lo confesó mientras almorzamos, solos, sushi, en el restaurante Dashi de Palermo.

Entonces agarré el teléfono, ahí nomás, y lo llamé a Massa.

—Che, Sergio, acá Marcelo tiene un quilombito con la AFIP. ¿Te lo puedo pasar, así conversan?

Hablaron y quedaron en algo, pero desconozco qué pasó después. Es decir: si le arreglaron o no lo arreglaron el problema. Es que yo, en estos casos, hago las veces de cirujano: opero, pero no sigo al paciente. Para que se entienda bien: mi trabajo es adentro del quirófano; afuera, que se arreglen como puedan.

Igual, yo supongo que esa charla les habrá servido tanto a Sergio como a Marcelo porque fue a principio de 2009, cuando Tinelli lanzó “Gran Cuñado” y todos los candidatos, incluido Massa, se morían por ser imitados, de la mejor manera posible.

Y digo que la relación entre ambos habrá seguido por un buen carril porque el personaje de Sergio, que era imitado por Mariano Iúdica, empezó a aparecer cada vez más.

Recuerdo como si fuera hoy que la primera vez que apareció Massa, Iúdica lo hizo quedar como un chupamedias. Lo único que decía era:

—Sí, Presidenta. Como no, Cristina —y no mucho más.

Pero, conociéndolo a Sergio, habrá agarrado el teléfono, habrá llamado a Marcelo y le habrá dicho:

—Che, Marce, ¡no me hagás quedar como un pelotudo!

La cuestión es que el personaje cambió de la noche a la mañana. Y se dio cuenta todo el mundo. Ahí, sin duda hubo una negociación.

Una, entre las decenas de negociaciones que habrá habido.

Si un día alguien se decidiera a contarlas todas, podría publicar un libro entero.

Yo conocí solo a algunas.

Y una la puedo contar completa, con lujo de detalles. Porque fui un testigo privilegiado. Casi un partícipe más.

Se trata del pacto que involucró, nada más y nada menos, que al candidato que al final resultó ganador: Francisco de Narváez.

Todo comenzó una tarde, cuando Marcelo me llamó caliente. Necesitaba abrir “Gran Cuñado” con las figuras políticas más fuertes, en vivo, en el piso, y no las podía conseguir.

—Quiero abrir “Gran Cuñado” con Kirchner, pero Néstor no me da pelota. Mi gente llamó al Colorado pero parece que tampoco quiere venir. Me pone mil peros. Estoy recaliente. No puedo empezar así.

—Dejame ver qué puedo hacer—le dije.

Primero tuve una reunión con Gustavo Ferrari, la mano derecha de De Narváez. Nos sentamos en Vitrum, el hotel boutique que queda sobre la calle Gorriti, a la vuelta de América TV. Gustavo quería negociar que Francisco fuera el último en aparecer. Entonces le expliqué.

—Decile a Francisco que acá hay dos lugares clave: el que arranca en el programa, por la expectativa que hay alrededor, y el que cierra. Y el que cierra tiene que ser Néstor Kirchner. Es la lógica. Es un expresidente.

—¿Y vos qué recomendás?

—Que aparezca en el arranque. El comienzo es la explosión, Gustavo. Si el Colorado necesita rating lo va a conseguir ahí.

Ferrari se lo contó a De Narváez. Y Francisco pidió verme. Quería que le repitiera en persona lo mismo que le había dicho a Gustavo.

Me citó en una suite del Four Season de Retiro. Había montado una especie de oficina en una habitación. Fue al grano:

—Explicame de nuevo por qué me convendría ir al piso desde el arranque.

Le expliqué, entendió y se metió de cabeza en “el personaje”. Hasta contrató una bailarina para que le enseñara unos cuantos pasos. Aparecer bailando “La Vecinita”, el reggaetón del rapero Vico C, le sumó puntos y votos también. Y la imitación de Roberto Peña, el que inmortalizó la rima “alica/alicate”, lo terminó de hacer explotar. De hecho, una vez que terminó “Gran Cuñado” y De Narváez le ganó las elecciones a Kirchner, Francisco contrató a Peña para que no lo imitara en otra parte. Habrá pensado, y con razón:

—Mejor que lo tenga de mi lado. Porque así como me infló, en cualquier momento me puede

matar.

Le estuvo pagando 50 mil pesos por mes, durante un buen tiempo, solo para que no imitara a un Colorado malo, sonso o con cualquier otra característica negativa. También lo contrataron para un programa en América, pero el proyecto no terminó de funcionar.

El “Gran Cuñado” de 2009 fue un éxito.

No me consta que los políticos hubieran pagado por aparecer.

Sí me consta que se la pasaron llamando a Marcelo.

Llamó, por ejemplo, la Presidenta, para que Martín Bossi no la matara con la imitación.

Llamó todo el mundo después de ver, por primera vez, la escena en la que los personajes de Kirchner y Fernando de la Rúa aparecieron juntos en una cama. Ser armó un escándalo tremendo. A Marcelo lo apretaron mal, y tuvo que suavizar un poco.

Y no dejaron de llamar a Tinelli ninguno de los que quedó mal, como el entonces vicepresidente Julio Cobos.

No sé qué opinarán los encuestadores, pero yo no tengo ninguna duda: así como *Showmatch* hizo ganar a De Narváez también lo hizo perder a Néstor Kirchner.

Lo recuerdo bien.

El expresidente iba a salir en vivo, desde la Quinta Presidencial de Olivos.

Habían montado el móvil y tenían todo preparado. Pero a último momento, Néstor se empacó y dijo que no. Entonces salió por teléfono.

Y ahí perdió gran parte de la elección.

Se quiso hacer el gracioso, pero quedó antipático y lejano.

Habló de fraude, de encuestas mentirosas y lo chicaneó a Marcelo, sugiriendo que tenía personal en negro y que le iba a mandar al ministro de Trabajo, Carlos Tomada.

Mientras el Kirchner de Freddy Villarreal aparecía, en el piso, simpático, el verdadero se escuchaba enojado, como producto de la tensión que habían dejado las negociaciones. El diálogo, textual, fue así:

—Me parece que vos me tenés miedo, Marcelo.

—¿Por?

—Porque yo quería hacerlo en vivo y vos querías hacerlo grabado. Y además, querés jugar de

local siempre.

—No, para nada, Néstor. Lo que pasa que queríamos tenerlo acá (en el piso). Habíamos preparado todo el equipo.

Entonces Néstor lo atacó:

—¿Y a la gente la tenés ahí toda en blanco, no, Marcelo? Si no te va a ir a visitar Tomada.

No sé cuánta gente cambió el voto en ese instante.

Sí sé que la aparición de Kirchner en esas circunstancias cayó muy mal.

La verdad es que la imitación de Freddy nunca lo ayudó.

Porque los imitadores influyen.

Y mucho.

Si el imitador te hace bien, buena onda y ganador, te salva.

Si te hace garca, bobo o malo, te hunde.

Y si el político se enoja con la imitación o con su imitador, le va peor todavía.

En *Ciudad Gotika*, Claudio Rico hizo, durante mucho tiempo, una imitación espectacular del gobernador Daniel Scioli.

Aparecía contando su agenda, todos los días.

Participaba de cinco o seis inauguraciones por minuto.

Nos reíamos de él y él se reía con nosotros. Y se reía hasta cuando le hacíamos jodas con el tema del brazo.

No sé si le molestaba o no.

Pero siempre tuvo claro que enojarse no le hubiera servido de nada.

Y lo mismo le pasó a Horacio Rodríguez Larreta, jefe de Gabinete del gobierno de la ciudad.

Cuando lo empezaron a imitar en el programa de Lanata lo hicieron más conocido y más importante.

Y él, en vez de enojarse, lo festejó y lo promovió.

En realidad, todos los políticos, con la televisión, se vuelven un poco cholulos.

Y algunos tienen asesores que miden el rating minuto a minuto como si fueran productores del programa al que van invitados.

Uno de ellos es Massa.

Y yo se lo digo en la cara:

—Estás demasiado pendiente del minuto a minuto. Mirá que la tele no es la política, y mucho menos la vida.

Me siento con autoridad para hablarle así porque estamos a mano, en todo.

Así como él fue el primero en enterarse de mi separación y siempre estuvo al lado mío, preocupado por mí. Y también vivió en carne propia los aprietos de Silvia. No hay un solo día en que no tenga un mensaje de él. También yo estuve con él en las malas, cuando lo rajaron de la jefatura de Gabinete y reasumió como intendente de Tigre el viernes 24 de julio de 2009.

Él me invitó y yo estuve ahí, en primera fila.

Y no tuve “la suerte” de ver a ninguno de la larga lista de artistas que ahora le chupan las medias, por no decir otra cosa.

Él siempre me lo recuerda.

—Nunca me voy a olvidar de eso. Vos estabas ahí. Y no precisamente escondido. Me habían echado del gobierno. Era una lacra. Tenía lepra. Y todos los que me habían pedido favores no estaban. Pero vos, que nunca me pediste nada, sí. Eso te lo voy a agradecer siempre.

Massa me volvió a recordar esa frase en enero de 2010. Fue porque estuvimos todo el verano peleados y él quería recomponer, de alguna manera, el vínculo.

Yo me había enojado feo por culpa de su impuntualidad.

No me gusta que dispongan de mi tiempo. Y menos que lo hagan sin tener el menor registro de mis necesidades.

Ese verano, Sergio, me pidió que fuera el conductor de un concurso, en el que participaban los mejores cocineros del país para elegir el plato que mejor representara el Delta del Tigre.

Lo hice gratis, por la amistad.

Lo conduje como un verdadero profesional, solo porque el intendente me lo había pedido.

Sin embargo, el concurso terminó y Massa no apareció.

Entonces lo llamé:

—Che, boludo, estoy acá, en el concurso. ¿venís?

—No, Jorgito, disculpame. No sabes el quilombo tengo. Mejor venite vos a la intendencia.

—¿Cómo?

—Que te vengas a la intendencia, así charlamos un rato.

—¿Cómo “venite para la intendencia”? Yo estoy acá de onda. Porque somos amigos y me gusta la buena comida. Y sobre todo porque me lo pediste vos. ¿Ahora encima tengo que ir a la intendencia?

—No te enojés, Jorge. Dejate de joder.

—Ma que dejate de joder. ¿Vos creés que sos el único tipo que está ocupado? No voy un carajo. Me voy a hacer *Intrusos*. Chau.

Le corté el teléfono. Y no lo llamé más.

Unos días después, Massa me llamó, indignado, por lo que interpretó como una venganza mía.

Fue porque yo denuncié, que en el cruce de la Ruta 197 y la Panamericana había un container de la Policía bonaerense pero vacío. Sin policías ni otros efectivos de seguridad.

Yo vivía en el country San Carlos, partido de Islas Malvinas, y todos los días pasaba por ahí.

Me parecía un papelón y una irresponsabilidad.

—No sé para que montan semejante container si nunca hay nadie adentro —escribí desde mi cuenta de Twitter.

Y Massa enloqueció.

Enseguida me mandó un mensaje de texto.

—¿Qué te pasa, Jorge? ¿Me estás pegando porque estás enojado conmigo?

Le respondí:

—Es cierto que estoy enojado con vos. Pero no lo hice contra vos. Siempre pensé que el cruce de la 197 y Panamericana pertenecía a Malvinas.

Fue como si no lo hubiera recibido. Porque siguió con su teoría:

—Ay, Jorge, vos me pegás porque estás enojado conmigo.

Intenté que volviera a comprender:

—Te equivocás, Sergio. Insisto: no pensé en Tigre ni en vos cuando lo escribí. Pero si querés quedarte con esa idea, quedate. Y a la mierda.

Me siguió escribiendo, pero no le contesté más.

Y no nos volvimos a hablar ni a encontrar durante los próximos tres meses.

Nos volvió a reunir un amigo común, Mario Kohan, miembro del Tribunal de Casación Penal

de la provincia de Buenos Aires. Con Mario somos amigos desde hace años, porque sus hijas compartieron colegio con mis hijas. Compartimos unas vacaciones y varios almuerzos de domingo.

Kohan fue fiscal y juez de San Isidro. Siguió casos resonantes, como el de Hugo Conzi o Candela Rodríguez, dos de los casos policiales más fuertes de los últimos años.

Conzi, por entonces dueño del restaurante Las Olas —ex Dallas— de Martínez, fue a prisión por matar a Marcos Schenone en la madrugada del 16 de enero de 2003. Disparó catorce balazos con una pistola nueve milímetros al remis en el que el joven Schenone viajaba con un amigo y dos chicas. En ese momento, Kohan era fiscal de Instrucción de San Isidro.

En el caso Candela, mucho más reciente, Mario ya actuó como juez de Casación bonaerense. Candela Rodríguez fue secuestrada el 22 de agosto del 2011 cerca de su casa de Hurlingham, y fue encontrada muerta y estrangulada, dentro de una bolsa, nueve días después, a treinta cuadras de su domicilio. El caso Candela nos conmocionó a todos, y volvió a poner la lupa en las complicidades políticas y policiales con los delincuentes.

Mario Kohan, un profesional intachable, fue entonces el que más insistió para que Massa y yo nos amigáramos.

Nos sentamos los tres. Y arrancó Sergio:

—Jorge, ¿qué carajo te pasa?

—¿Vale la pena que te lo explique? Porque para vos es una pelotudez y para mí es muy importante.

—Sí no me lo decís, no me voy a enterar.

—Tiene que ver con algo que me parece muy importante en la política y en la vida: la impuntualidad.

—¿Qué?

—Sí. Vos y la mayoría de los políticos llegan tarde a todos lados. Y eso significa no registrar y ningunear al otro.

No sé si esa tarde Massa alcanzó a entender el sentido que le quise dar a las palabras. De hecho, nos fuimos los dos con una sensación de que no habíamos reparado el vínculo.

Yo tampoco pretendí cambiarle la vida.

De hecho, él sigue haciendo las mismas cosas. Es decir: usando la impuntualidad como coartada para justificar decisiones más importantes.

Guillermo Montenegro, ministro de Seguridad del gobierno de la ciudad, lo sabe muy bien.

Porque él debió entrar en la lista de candidatos a diputados en las legislativas de 2013 en las que el Frente Renovador le ganó al Frente para la Victoria, como producto de las negociaciones entre Massa y Macri, pero al final no lo pudo hacer.

Montenegro estaba de vacaciones en Punta del Este cuando lo llamó Mauricio Macri, urgente:

—Tenés que viajar a encontrarte con Massa ahora mismo. Las listas de candidatos cierran hoy.

Montenegro dejó todo, alquiló un avión y llegó a Tigre a las 23 horas. Esperó a Massa hasta las 4 de la mañana. Pero Sergio nunca apareció. Y el Gordo se fue de ahí caliente como una pipa.

Obvio: Montenegro iba a ingresar en un lugar expectante de la lista. Algo pasó en el medio y el acuerdo se cayó. Montenegro y Massa se conocen desde hace años. Hasta se podría decir que son amigos. Por eso nunca le va a perdonar que lo haya hecho “juntar orina” horas y horas, en vez de decirle la verdad desde el principio. Nunca va a entender porque decidió desaparecer y no darle la oportunidad de que el Gordo continuara de vacaciones con su familia.

Esas son las cosas que me molestan de los políticos en general y de Massa en particular.

Sin embargo puedo separar mis asuntos personales de mis decisiones como ciudadano.

Por eso no tuve ningún problema en admitir, días antes de aquellas mismas elecciones, que votaría a Massa como primer candidato a diputado nacional.

Me lo preguntó Luis Majul, con su insistencia habitual, por televisión, en *La Cornisa*. Yo, finalmente, lo confirmé, de manera pública, aunque nunca sospeché que tendría semejante repercusión.

Los tipos de la segunda y la tercera línea del gobierno no dejaron de llamarme, enojados, desde el mismo momento en que lo dije hasta horas antes de los comicios.

Mi socio, Guillermo Marín, se pegó un susto tremendo.

—¿Qué hiciste, boludo?

—Dije que iba a votar a Massa. ¿Y?

—Nos van a mandar la AFIP. Nos van a perseguir hasta el día del juicio final. ¿Vos estás loco?

—No, estamos en democracia. Si yo no puedo decir en voz alta a quien voy a votar, el problema no soy yo. Es que estamos todos locos.

El senador Aníbal Fernández jamás dejó de chicanearme:

—Así que Massa es tu candidato, ¿no?

Pero yo seguí mi vida como siempre.

Es más: unos meses después me llamaron del gobierno para entrevistar a la Presidenta de la Nación.

Y esa revelación pública no me condicionó en lo más mínimo.

Como tampoco me condicionó, ni me va a condicionar, el hecho de que Daniel Vila sea amigo de Massa.

La amistad de Daniel con Sergio no es de ahora.

Viene desde hace tiempo.

Para sustentarlo, voy a contar algo que jamás apareció en público.

Se trata de un almuerzo en el que participaron, entre otros, Vila y José Luis Manzano, antes de las elecciones de 2007.

Un almuerzo en la estancia de Vila, llamada San Isidro, donde se habló sobre la posibilidad de enfrentar a la entonces candidata a presidenta Cristina Fernández con una fórmula integrada por el santafecino Carlos Reutemann y Massa.

No era una fórmula posible “auspiciada” o “apoyada” por Vila ni por Manzano. Era algo de lo que se habló, y estaba claro que Daniel tenía más información que la mayoría de quienes estaban sentados a esa mesa.

De hecho, a un año de las presidenciales de 2015, todavía hay quienes sueñan con una fórmula con los mismos componentes, pero al revés. Es decir: Massa presidente, Lole vicepresidente.

Repito: Sergio y Daniel se conocen desde hace mucho ya. Sin embargo Vila jamás levantó el teléfono para pedirme por Massa.

Ni una sola vez.

Tampoco lo hizo para pedirme, por ejemplo, por otros de mis amigos “presidenciables”, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Daniel Osvaldo Scioli.

A Daniel, igual que a Macri, lo conozco desde antes de que se metiera en la política, cuando todavía era un motonauta y su papá tenía una participación accionaria en el Canal 9 de Alejandro Romay.

Me lo presentó su jefe de prensa de entonces, el excampeón argentino de ajedrez Miguel Quinteros.

Conocí el famoso quincho del Abasto por el que desfilaron Néstor, Cristina y casi todos los políticos, empresarios, sindicalistas, dueños de medios y periodistas de este país.

Conozco La Ñata, la casa de Tigre donde Scioli vive con su esposa, Karina Rabolini, con cancha de fútbol y ring de boxeo incluidos.

Daniel me invitó más de una vez a comer asado, tomar buenos vinos y fumar unos exquisitos habanos.

Compartimos los mismos gustos y funcionamos, en privado, con una dosis de serenidad que nos hace disfrutar y mucho de la vida.

Con el gobernador tenemos una relación muy buena. Nos llamamos por teléfono y nos juntamos al menos una vez por mes. Me pide lo mismo que me pide Massa: que le cuente cómo lo ve la gente común.

Cuando no nos vemos en La Ñata, lo hacemos en un lugar muy especial.

Se trata de un helipuerto que se encuentra sobre la calle Salguero, a metros del shopping Paseo Alcorta.

—Venite —me pide. Y si estoy, voy con gusto a “cambiar figuritas”.

Yo siempre le digo lo mismo.

No soy original, pero es muy evidente.

Daniel es de teffón. Cuando más le pegan, más crece. Su imagen pública es mucho mejor a su gestión real.

La provincia de Buenos Aires no es fácil de gobernar. Es, para decirlo mal y pronto, un verdadero quilombo.

Pero a Scioli la gente lo reconoce como un tipo que se mueve y se preocupa.

Él suele decir que la provincia de Buenos Aires es un país dentro de otro país. Y, en cierto sentido, tiene razón.

Daniel, a diferencia de Mauricio y de Sergio, tiene más predisposición para escuchar.

Y se enoja mucho menos que la mayoría cuando uno le dice las cosas en la cara.

Un sábado de mayo de 2012 hizo algo demasiado audaz para su estilo: se lanzó como candidato a presidente para 2015 a través de una nota que le concedió a Radio Rivadavia. Fue durante la semana en que la Presidenta a través de Gabriel Mariotto, su vicegobemador, intentó marcarle la cancha de una manera grosera. Scioli sorprendió a todo el peronismo y también al Frente para la Victoria. Después de consumarla, me preguntó qué me había parecido la jugada y yo le respondí.

—¿Te volviste loco? La Presidenta y sus muchachos te van a querer cocinar. ¡Es demasiado pronto!

Daniel me lo explicó así:

—Jorge: si no lo anunciaba así, y ahora, no me iba a llevar puesto el gobierno, sino Mariotto.

Mariotto, cuando recién asumió, parecía que se iba a llevar a Scioli por delante. Ahora muchos dudan si no está jugando para Daniel, aunque en apariencia responda a Cristina Fernández.

Es que Scioli es así: los que se lo quieren llevar por delante terminan abrazados a él, y encima se van contentos.

Massa, en ese sentido, es igual: te envuelve, te abraza, utiliza su poder de seducción a pleno, y, aunque no le gusta recibir consejos políticos, alguna atención te presta, cuando intuye que tu sugerencia le puede servir.

En su momento, le dije, por ejemplo, que si quería ser presidente no se podía seguir vistiendo como lo venía haciendo.

Tardó en prestarme atención, pero al final “compró”. Para la gira que hizo a los Estados Unidos a fines de marzo de 2014, le mandé a hacer un traje de Agustino, y le quedó impecable.

Sergio, Mauricio y Daniel son bastante distintos entre sí.

La personalidad de cada uno es determinante a la hora de definir el vínculo.

El más personal de todos es con Daniel. Por eso nos vemos cara a cara más seguido.

Con Sergio lo que predominan son los mensajes de texto y con Mauricio siempre va a ser intermitente. A veces me parece que la relación nunca se terminó de componer después de aquella nota que le hice en la radio, luego de aquella tremenda inundación.

Si alguno de ellos llega a ser presidente, seguro me va a encontrar, tarde o temprano, en la vereda de enfrente. Y seguro, además, que la relación va a cambiar ciento ochenta grados. No creo que vayan a tener tiempo y ganas para seguir intercambiando SMS o compartir un vino, un almuerzo o una cena tal como lo venían haciendo conmigo hasta ahora.

Tampoco creo que me ofrezcan un cargo, o que estén con ganas de tomar ningún pedido o hacer algún favor.

En todo caso, si Sergio, Daniel o Mauricio llegan a ser presidentes, los que van a cambiar son ellos. Yo seguiré siendo el mismo de siempre.

Cirio, Insaurralde, los extras de Rodríguez Saá y el milagro de Altamira

Cristina Fernández supo antes que la mayoría de los argentinos que Martín Insaurralde estaba de novio con Jéssica Cirio.

Peo yo lo supe antes que ella, y sin embargo me lo callé, porque ese fue el compromiso que asumí con la pareja.

Jéssica, a su vez, fue la primera en enterarse que Martín iba a encabezar la lista del Frente para la Victoria en la provincia de Buenos Aires en 2013.

Se enteró el sábado 22 de junio de ese año.

Y lo supo porque él la llamó delante de la propia Presidenta.

Antes de eso, Martín no se había atrevido a blanquear el romance. ¿El motivo?: no estaba seguro de si le daría más o menos votos.

Por eso hicieron pública la relación recién después de las PASO.

Martin dudaba acerca de cómo podía impactar su noviazgo en el votante de la provincia de Buenos Aires.

De alguna manera, especulaba.

Sin embargo, puedo dar fe de que estaban enamorados.

Al final, la que terminó de confirmar el romance fue Jéssica, a mediados de septiembre, un mes antes de las elecciones generales, junto a Chiche Gelblung, en Canal 9.

—No me voy a casar. Y “de novios” es una palabra muy fuerte. Prefiero decir que nos estamos conociendo. Tampoco lo voy a acompañar en la campaña. Al menos por ahora. La gente, cuando nos ve, reacciona bien y nos saluda, pero insisto, todavía no somos novios. Él se separó hace cinco años.

Poco después Jéssica hizo, todo junto, y de una sola vez, lo que había dicho que todavía no iba a ser: lo acompañó a todos lados, armó la lista de casamiento en el programa de Marcelo Tinelli, se casó y lo anunció a los cuatro vientos.

¿Por qué me enteré del romance varios meses antes de hacerse público?

Porque Jéssica es amiga de Mariana.

Ellas se conocieron a través de Leandro Roud, quien fue el representante de ambas.

Una noche, Jéssica había organizado una cena en su departamento que al final se suspendió.

Entonces yo les ofrecí hacerla en casa.

Vinieron Insaurralde con Cirio, Paula Peralta —una modelo amiga de Mariana— con su novio; Florencia de la V con su marido, Pablo, y Marcelo Manau, “Marcelito”, de XT, una empresa de joyas y bijouterie.

Por supuesto: los anfitriones fuimos Mariana y yo.

En aquella cena que armamos en casa terminamos de confirmar que estaban de novios.

Estuvieron a los besos y abrazos. Pegadísimos.

Me pidieron que no contara nada.

Se lo pidieron al “amigo”. No al periodista.

Y yo nunca conté nada hasta el día que lo blanquearon.

Un par de semanas después fuimos a comer a Gardiner, en la Costanera Norte.

No es un lugar muy discreto.

Suelen comer allí, entre otros, Tinelli y Jorge Lanata.

Pensamos, por un momento, que después de eso alguien iba a filtrar la información.

Pero no.

No pasó nada.

Y ni siquiera nadie se dio vuelta cuando mi hija Morena les empezó a tomar fotos a los dos.

En ese entonces, Martín no lo vivía con tanta naturalidad.

Al contrario.

Estaba muy preocupado.

Y no solo por él: se sentía demasiado presionado por el gobierno, como cabeza de lista que era.

Cada vez que me preguntó qué hacer, yo le dije:

—Olvidate de los votos. Lo que importa es que estás superenamorado.

En los primeros días de octubre de 2013, a pocos días de las elecciones legislativas, tanto Jéssica como Martín asistieron a la inauguración de Agustino.

Entraron cada uno por su lado y también se fueron separados.

Sin embargo, terminamos cenando todos en un restaurante de sushi, en Palermo, cuyo dueño es un amigo que casi siempre nos brinda “protección mediática”.

O para decirlo de otra manera: discreción absoluta.

Era la primicia del momento.

La que todo el mundo de la farándula y la política intentaba confirmar.

Pero me la guardé.

Es que si algo aprendí, en todos estos años, es que ya no dejaría la vida por una nota de tapa o una primicia.

No, por encima de un compromiso de amistad o una situación personal.

Lo único que siempre pido, a cambio del silencio, es que cuando los involucrados estén dispuestos a hacerlo público, lo hagan a través de mi programa.

No es mucho ni poco: es el precio que pongo para guardar ciertos secretos.

Con esta regla de juego, tan mal no me va.

Al contrario.

Los políticos, en vez de evitarme, se me acercan más.

Y me cuentan sus infidencias. Políticas y personales.

Porque saben que, si me lo piden, las guardo bajo siete llaves.

Y a mí me gusta. Y me sirve también.

Muchos políticos me quieren conocer o se me acercan, precisamente, porque no soy un periodista político.

Porque veo la realidad con otro prisma.

Muchos se desnudan, como si estuvieran frente a un terapeuta.

Y otros tantos son capaces de montar una escenografía para convencerme de que son los más populares del mundo.

De estos últimos, el caso más pintoresco es el de Alberto Rodríguez Saá, exgobernador de San Luis.

Lo juro: una tarde me plantó un grupo de extras, en el medio de un shopping, para hacerme creer que era archiconocido, muy creíble, y además imbatible.

La historia de su intento de seducción empezó primero en su provincia, en San Luis.

Sucedió antes de las elecciones de 2009.

Siendo gobernador me invitó junto a mi familia al Potrero de los Funes, ya ni me acuerdo con qué excusa.

Rodríguez Saá nos subió a un avión privado y nos invitó a comer a su casa, un sábado a la noche.

Se trata de una mansión enorme, majestuosa, con pinturas y esculturas que él mismo diseña, de muy mal gusto, horribles.

Él mismo nos explicó por qué lo hizo: alguna vez se consideró admirador de genios del arte como Jackson Pollock, Mark Rothko, Frida Kahlo o Antoni Gaudí. Y ha creado obras a partir de chatarra o elementos de descarte.

Cuando llegamos al enorme quincho que tiene para recibir visitas, había como cuarenta personas: se estaba filmando *Mis días con Gloria*, una película dirigida por Juan José Jusid, y protagonizada por la Coca Sarli, Luis Luque y Nicolás Repetto, en esa movida rara que armó la provincia para revitalizar a la industria audiovisual.

Estaban todos los del elenco comiendo, y yo sentado frente al gobernador, hasta que de golpe entró Juan Curuchet, campeón olímpico argentino de ciclismo, con cuarenta ciclistas más.

Entonces Rodríguez Saá se paró, empezó a mover las manos y ordenó:

—¡Bueno! Levántese todos, que llegó el segundo turno!

Todos empezaron a levantarse. Yo miré a Silvia, que por entonces era mi mujer:

—¿Segundo turno? ¿Qué carajo es esto? Hagamos de cuenta que estamos comiendo porque nos van a echar a la mierda.

Rodríguez Saá pareció escucharme:

—No, Jorge, ustedes quédense, por favor.

Todos los demás se levantaron. Enseguida las camareras cambiaron los platos y se sentaron todos los ciclistas. Parecía una escenografía viviente.

Y era demasiado. Hasta para mí.

En un momento me levanté de la mesa y salí al balcón que daba al quincho. Había un hombre parado, solo. Le pregunté:

—¿Ciclista o actor de la película?

—Ni una cosa ni la otra.

—¿Y qué hace acá?

—Vine porque mi invitó un amigo. Y mi amigo tampoco sabe bien qué está haciendo acá. A él alguien le dijo: “Vénganse a comer a lo de Rodríguez Saá”. Y acá estamos.

—¿Me está jodiendo?

—No, en serio. No conocemos a nadie, pero la estamos pasando de puta madre.

Toda la escena era lisérgica.

Cuando me estaba por ir, me atajó el gobernador.

Yo, para sacarle un tema de conversación le pregunté por qué la provincia no se metía más en el tema de los vinos.

Me dijo que le parecía una idea genial y me propuso encontramos en Buenos Aires en un par de semanas. Incluso fijó día, hora y lugar:

—Patio Bullrich, en una mesa de la planta baja. Justo la que está debajo de la escalera.

—¿Allí mismo?—pregunté, porque pensé que me estaba tomando el pelo.

—Sí, justo ahí —me confirmó sin dudar.

Llegué primero.

Enseguida apareció el gobernador.

No habíamos empezado a charlar sobre los vinos cuando aparecieron un par de viejitos y se le abalanzaron:

—¿Gobernador! ¡Usted puede salvar a este país!

Rodríguez Saá se paró, agradeció y respondió:

—Les prometo que voy a hacer todo lo posible.

A los cinco minutos apareció otra pareja. Eran grandes, un poquito más jóvenes, pero tenían el mismo discurso:

—¿Usted no es Rodríguez Saá? ¡Necesitamos un presidente como usted!

—Gracias, amigo. ¿Cómo están? Yo acá, tomando un café con Jorge Rial.

Al rato aparecieron dos “espontáneos” más.

Y cuando se estaba acercando el tercero, lo encaré y le dije:

—Gobernador, ya está. No es necesario.

Primero intentó hacer como que no entendía.

Entonces fui lo más claro que podía ser:

—En serio. Pare con los extras. Ya es suficiente. Ya entendí el mensaje. En este shopping, a esta hora, nunca hay nadie. Y encima, los pocos que vienen, van directo a saludarlo a usted.

Lejos de negarlo o amilanarse, le agarró un ataque de risa y enseguida llamó a su colaborador, que estaba revoloteando por el medio de las mesas.

—Ya está. Paralos a todos. Ya está. Ya no es necesario.

Yo no lo podía creer.

¡Me había puesto extras!

Me puso extras para demostrarme la “empatía” y el “nivel de popularidad” que tenía entre la gente.

Supongo que pensaría que yo no me daría cuenta y que iría corriendo a comentarlo en mi programa de televisión.

Ahora que pasó tanto tiempo, estoy seguro de que no le habrá gustado nada que lo pusiera en evidencia.

Porque nunca más me volvió a hablar de vinos.

Y nunca más me volvió a llamar para nada.

Un poco más serio resultó Amado Boudou.

Él pidió conocerme hace tiempo ya, cuando parecía que el mundo le sonreía.

El ministro de Economía, en ese entonces gozaba de la confianza plena de la Presidenta.

Todavía no se imaginaba ni por asomo que un par de años después de transformaría en un cadáver político, acusado de haberse quedado con una imprenta para fabricar los billetes que reparte el Estado, sospechado de enriquecimiento ilícito y de truchar los papeles de un auto para excluirlo de los bienes gananciales que debía repartir con su primera esposa.

Me llamó uno de sus colaboradores más cercanos con la muletilla de siempre:

—Jorge, el ministro te quiere conocer.

Al principio me sentí un poco desconcertado. ¿Con qué intenciones pretendía verme el ministro de Economía?

Pero enseguida lo entendí muy bien.

Fue uno de los primeros que supo ver en mí algo distinto a lo que tienen los periodistas políticos. Según sus asesores, un tipo popular y con buena llegada a la opinión pública. Y con un adicional: yo veo a los políticos como tipos normales. No les rindo pleitesía. Y tampoco tengo ningún problema en compartir con ellos acontecimientos sociales.

Mauricio Macri, por ejemplo, cada tanto me invita a su quinta de San Miguel.

Me invita a comer asados que él mismo hace.

El problema es que a la tira de asado la corta en pedazos que parecen de miniatura.

Una vez fuimos a comer con Miguel de Godoy, ahora su principal hombre frente a los medios, y me acuerdo que casi nos morimos de hambre.

Miguel todavía no había formalizado su ingreso al gobierno de la ciudad, pero ya lo estaba sufriendo.

—¿Nos podrías cortar la tira un poquitito más grande, que con esto no nos alcanza ni para empezar?—le teníamos que pedir.

Un anfitrión no demasiado desprendido.

Con Boudou fue más o menos igual.

Fui a visitarlo, repito, porque él me lo pidió.

Me recibió en su despacho del Ministerio de Economía.

Antes de llegar a la antesala de su oficina, sus secretarías me atajaron para tomarse un par de fotos conmigo.

La primera impresión que me dejó fue la mejor: me pareció un tipo piola, joven, divertido y abierto, nada que ver con el Boudou cuya carrera política, un par de años después, estallaría por los aires.

Muy lejos del hombre que se transformaría en el primer vicepresidente procesado de la República Argentina.

Una semana después de conocerlo, en junio de 2011, me lo volví a cruzar, de pura casualidad, en la vinoteca Aldo's, en Moreno al 300, barrio de San Telmo, a metros del Ministerio de Economía.

Yo había decidido presentar ahí mi nueva línea de vinos, Rocío Moreno, porque conocía al dueño, Aldo Graziani, desde la época en la que él era *sommelier* del Hotel Faena.

Boudou justo entró en Aldo's cuando empezaba la presentación.

Fue a comprar un par de cajas de vino, para llevarlas al ministerio.

Su presencia generó una confusión que todavía perdura: muchos creen que el vicepresidente es uno de los dueños de Aldo's.

La otra mentira que algunos medios se encargaron de publicar sin chequear es que Boudou se apersonó allí para asistir a la inauguración de mi vino.

Aprovecho para desmentirlo una vez más: no vino a mi presentación.

Solo lo invité a probar el vino para ver si le gustaba.

Tomó un poco, saludó a todos y se fue.

Esa es la verdad de la milanesa.

La segunda vez que lo vi, ya había sido elegido vicepresidente de Cristina Fernández de Kirchner.

Me invitó a su despacho del Senado y aprovechó para mostrarme, en detalle, las refacciones que, decían, había realizado en el baño de su oficina, a comienzos de 2012. La acusación era porque supuestamente había instalado un jacuzzi en lo que era la ducha del baño, y un gimnasio personal, en un lugar que era patrimonio histórico. Al final, el director de Mantenimiento de Obras del Congreso de la Nación declaró ante el juez Norberto Oyarbide, en julio de ese año, que el vicepresidente no había realizado las refacciones por las que había sido denunciado.

Yo lo pude ver con mis propios ojos. Porque el mismo Boudou, apenas entramos a su despacho, me invitó a verlo:

—Vení conmigo al baño, Jorge, así te muestro.

—No, todo bien, te creo. No hace falta —le respondí, yo, con cierta incomodidad.

Pero Boudou insistió.

Entramos juntos y no había nada. Al menos, no estaba el famoso jacuzzi que, decían, se había instalado. Solo un pequeño baño pintado de blanco.

Y lo conté en la radio, tal y como lo vi con mis propios ojos.

Y eso, en su momento, cayó muy bien en el resto del gobierno.

Me percibieron como un tipo que no inventa o no miente con tal de perjudicar al poder.

Después de eso, a Boudou, no lo vi más.

Si lo entrevisté varias veces para la radio, igual que a muchos.

En la mayoría de los casos ni necesito llamarlos.

Al contrario: ellos me llaman para salir.

Hablan con mi eficiente e histórica productora, Karina Serafino, y los sacamos al aire si consideramos que vale la pena la nota.

En el caso de Boudou, sucedía eso mismo. Sergio Poggi, su vocero de los últimos años, siempre nos avisaba cuando él tenía intenciones de hablar.

Porque en esto no hay que engañarse: los funcionarios de gobierno, casi siempre, dan las notas cuando les conviene. O, en todo caso, cuando se los pide la Presidenta.

Eso sí: todos los que me conocen saben que yo pregunto lo que se me da la gana. Y que lo peor que pueden hacer es pedirme que no pregunte tal o cual cosa.

Los pocos desprevenidos que me lo pidieron, ya se curaron de espanto. Porque lo primero que hice por preguntarles precisamente lo que no querían responder.

Soy verdaderamente estricto en ese punto.

Y también debo decir que puedo trabajar con tranquilidad porque nunca, nadie, ni un político, ni los dueños de los medios donde lo hago, me vinieron a apretar.

Tampoco nadie me vino a apretar desde el cristinismo, el sciolismo, el macrismo o el massismo.

De hecho, cuando en la radio inventamos la movida “Un milagro para Altamira” nadie me dijo ni mu.

Ni desde la radio ni desde ningún lado.

“Un milagro para Altamira” fue una “campana” que nació en la radio casi como un chiste.

Surgió durante las primarias de 2011.

Estábamos reunidos en la producción cuando vimos el spot del Partido Obrero.

Era gracioso.

Altamira casi rogaba para lograr el 1,5% de los votos que necesitaba para seguir en carrera después de las PASO.

Me dio tanta lástima esa manera de pedir el voto que le dije a la producción que lo íbamos a ayudar.

—¿Cuántos votos necesita?—pregunté.

—Más de 400 mil—me respondieron.

Para esa época, yo ya pasaba los 800 mil seguidores en mi cuenta de Twitter.

Estábamos haciendo el pase con “El Gato” Gustavo Sylvestre y le propuse que se sumara a “la joda”.

—Armemos el hashtag #UnMilagroParaAltamira

Ahí mismo lo llamamos por teléfono a Altamira, lo pusimos en el aire y le dijimos que lo íbamos a ayudar.

Al principio no entendió nada.

Cuando le contamos que pronto se había transformado en *trending topic* no lo podía creer.

Esa misma mañana, escribí en mi cuenta:

—Vamos todos x #UnMilagroParaAltamira. Votemos a Jorge Altamira el 14 en las primarias para que llegue a octubre, la idea es ver si un partido chico se mete en las presidenciales. En octubre cada uno vota lo que quiere.

Altamira no solo pudo sortear las PASO y entrar como candidato.

Además, obtuvo la friolera de más de 2 millones de votos.

Fue una cosa de locos.

Explotó.

Y el caso #UnMilagroParaAltamira ganó el premio Eikon que se otorga todos los años a la excelencia en comunicación social. Compitió y arrasó en el rubro “campana social media”.

Pero lo más divertido de todo es que nadie me pudo acusar de interesado o de estar cobrando plata por debajo de la mesa para favorecer a un candidato.

Porque si hay algo que es vox pópuli en la Argentina es que la izquierda, y menos la izquierda del Partido Obrero, tiene dinero para financiar una campana electoral.

Igual, como yo no me guardo nada, revelaré aquí cuál fue el verdadero precio que nos pagó Altamira, agradecido por haberlo ayudado a cumplir semejante milagro.

Lo recibimos en la mano el lunes 15 de agosto de 2011, un día después de la celebración de las PASO, mientras hacíamos el programa de radio, y dimos cuenta de él apenas lo puso sobre la mesa.

Altamira nos trajo dos docenas de facturas.

Nosotros invitamos el café.

Siempre fui peronista, ¿y qué?

Soy peronista, ¿y qué?

Me hice peronista el miércoles 1° de mayo de 1974, el día que Perón echó a los Montoneros de Plaza de Mayo.

Tenía apenas 13 años, pero nunca había visto tantos “fierros” juntos en mi vida.

Yo estuve ahí.

Salimos, junto a dos compañeros de clase, desde el colegio, para la plaza, en el viejo Citroën de Sturla, un profe nuestro que era medio “monto” y nos contagió su pasión por la política.

Cuando llegamos era tanta la cantidad de gente que nos tuvimos que quedar allá en el fondo, sobre la calle Diagonal Norte, cerca de la Catedral. Desde allí vimos cómo, de golpe, la mitad de la plaza “se dio vuelta”. Enseguida nos empezamos a mirar, desconcertados. No entendíamos demasiado lo que pasaba. Solo escuchábamos los cánticos de las columnas que abandonaban la plaza y repetían: “¡Qué pasa/ qué pasa/ qué pasa General/ Está lleno de gorilas el gobierno popular!”.

A Sturla lo perdimos, pero teníamos al lado a otros dos profesores, cuyos nombres no recuerdo, de los que también nos separamos un rato después.

Para qué voy a mentir: yo estaba exultante.

Me gustaba la joda, el ruido, la gente, la movilización.

Me encantaba ver todo.

Y cuando los Montoneros se empezaron a desconcentrar, pasaron por al lado nuestro, todos armados. Absolutamente todos.

Fue impresionante.

No me puedo borrar esa imagen de la mente.

Fue tal el desorden, el caos y la confusión que salimos con mis compañeros corriendo, hasta que nos perdimos.

Éramos tres pibes de 13 años extraviados en el centro de la ciudad de Buenos Aires, y en medio de un caos.

—¿Cómo carajo volvemos a Munro?

Los tres nos preguntamos lo mismo, y nos miramos desconcertados. Solo atinamos a caminar hasta Avenida del Libertador, por donde habíamos venido. Pensamos que si enfilábamos derecho más tarde o temprano íbamos a llegar. Y llegamos. Solo que nos demoramos como cuatro horas.

Terminamos con los pies a la miseria, pero llenos de emoción.

Desde ese momento le tomé cariño al peronismo.

Y me hice peronista.

Sí: yo soy peronista.

Lo vuelvo a decir, sin vergüenza.

Es más: me animaría a decir que todos los argentinos tenemos algo de peronistas.

Sin embargo, en el retorno de la democracia, en 1983, no voté al peronismo.

Porque cuándo vi quiénes eran los candidatos, salí espantado: Herminio Iglesias en la provincia de Buenos Aires e Ítalo Luder como postulante a presidente, acompañado de Deolindo Felipe Bittel.

En fin: un espanto. No me gustaban nada los candidatos. Más bien me alejaban del peronismo.

Entonces me afilié al Partido Intransigente, al PI. Me había encandilado con la figura de Oscar Alende, líder del espacio. El Bisonte sí me fascinó. Era el que representaba, en ese momento, lo que yo sentía como “peronismo de izquierda”. Además —y esto es lo más importante, hay que admitirlo— el PI estaba lleno de lindas minas. Es cierto que no eran las más lindas de todas. Las más lindas, para mi gusto, siempre militaron en el Partido Comunista (PC).

Igual que muchos, apenas terminó la guerra de Malvinas, cuando cayó la dictadura, fui a ver a todos los políticos que hacían los actos en la Federación de Box, en Almagro: Raúl Alfonsín, Alende, Luder. No me perdí a ninguno. Quería saber qué pensaban. Cómo se movían. Cuáles eran sus propuestas.

Alfonsín me pegó mucho, aunque no coincidíamos ideológicamente. Y cuando vi lo que había en el peronismo, no me gustó nada. Así fue que escuché por primera vez a Alende y me cautivó enseguida.

Fue durante 1982, justamente en la Federación de Box, en la misma época en que conocí a

José Eduardo Pastor, el viejo y querido “Chuenga”, un personaje espectacular, que se hizo famoso porque vendía, en la cancha y en los actos, caramelos que él mismo fabricaba con su esposa, y a los que llamaba Chuenga.

—¡Chuengaaa! —gritaba Pastor. Y te daba una determinada cantidad de caramelos de acuerdo a la cara.

La cuestión es que empecé a militar activamente en Villa Martelli, cerca de casa. Hicimos un primer gran acto con el PI en el mítico Luna Park y el cierre de campaña se hizo en Plaza Once, bajo una lluvia torrencial.

“Si llueve/si llueve/ Alende no se mueve”, cantamos, desaforados, y nos mojamos de arriba abajo.

Alende salió tercero en las elecciones de octubre del 1983, con algo más de 300 mil votos, detrás de Alfonsín y de Luder.

En ese momento dejé de militar en el PI, pero nunca me desafilé.

Es decir: si el Partido Intransigente todavía existe, yo sigo siendo afiliado. Porque nunca me fui.

A excepción de ese 1983, casi siempre voté al peronismo. En 1989, por ejemplo, lo voté a Carlos Menem. En 1995 lo hice por José Octavio Bordón, en lo que fue el comienzo del Frepaso. En 1999 voté a Fernando de la Rúa, aunque mi elección verdadera fue para su compañero de fórmula, Carlos “Chacho” Álvarez.

Ahora está devaluado, pero, para mí, Chacho fue el último gran político en serio que tuvo este país.

Era brillante.

Me acuerdo de que dirigió la revista *Unidos*, que se lanzó allá por mayo de 1983. El debate de ideas que planteaba era inédito y muy rico. A *Unidos* más tarde la dirigió Mario Wainfeld, actual columnista de *Página/12*. *Unidos* fue muriendo de a poco, igual que se fueron muriendo de a poco los grandes temas de la “primavera democrática”.

Pobre Chacho.

Le tocó en suerte uno de los peores presidentes de la Argentina. Y encima, altamente sospechado de corrupción. Siempre pensé que, con otro compañero de fórmula, al país no le

hubiera ido tan mal como le fue.

En 2003, voté a Néstor Kirchner. A esa altura, a Menem no lo quería ver ni en figuritas. Cuatro años después, en 2007, no fui al cuarto oscuro porque estaba afuera del país. Pero en 2011 la voté a Cristina. Dos años antes, en las legislativas de 2009, había elegido a Francisco de Narváez, con la intención de darle más poder a la oposición en el Congreso.

Debo reconocerlo: al principio, el kirchnerismo me deslumbró.

Me gustaba todo.

Me acuerdo de aquel discurso de Néstor Kirchner, cuando una tarde le entró a la Corte Suprema menemista.

Ese discurso fue, para mí, un antes y un después en la política argentina.

Yo salía de cargar nafta en la YPF de la calle Godoy Cruz, casi en la esquina Libertador. Y cuando salí, con la radio encendida, empezó a hablar Kirchner. Frené el auto para escuchar sus palabras. Tenían una fuerza arrolladora. Recuerdo que arremetió duro contra Julio Nazareno, entonces presidente del máximo tribunal, y pidió al Congreso que acelerara los juicios políticos contra varios de sus colegas:

Fue un planteo durísimo, pero emocionante:

—El aporte a la calidad institucional que pedimos como ayuda es la instrumentación urgente de los remedios al mal que enfrentamos. Son los remedios de la Constitución. No queremos nada fuera de la ley. Es la puesta en marcha de los mecanismos que permitan cuidar a la Corte Suprema de Justicia como institución de la Nación, de alguno o algunos de sus miembros; la triste y cèlebre “mayoría automática”, que con su accionar afecta seriamente su prestigio y la posibilidad de que contemos con una Justicia independiente y digna. Reclamamos que cada uno ejerza con responsabilidad el rol institucional que le compete. Separar a uno o varios miembros de la Corte Suprema no es tarea que pueda concretar el Poder Ejecutivo. No es nuestro deseo contar con una Corte adicta, queremos una Corte Suprema que sume calidad institucional y la actual dista demasiado de hacerlo.

Aquellas palabras del Presidente, durante los primeros días de junio del 2003, me emocionaron.

—Este es el tipo que dice lo que todos queríamos decir—pensé, todavía dentro del auto.

No conocí a Néstor. Tampoco estuve cara a cara con él. Si tuve la oportunidad de conocer a Cristina Fernández cuando era senadora, mucho antes de haberla entrevistado en calidad de Presidenta.

Una tarde, Miguel Núñez, entonces vocero del Presidente, me llamó por teléfono y me dijo, textual:

—Jorge, Cristina Kirchner te quiere conocer.

—Sí, Miguel, no hay drama. Llamame la semana que viene.

Miguel trabajó conmigo en *La Razón*, y me llamó más de una vez para concretar la cita.

Pero la pateé una y otra vez y al final no insistió más, porque se dio cuenta de mi falta de interés.

Se ve que mi visión política, en ese entonces, no era la mejor.

Después, con los años, cuando la entrevisté, ya como Presidenta, fui como un tipo común, no como un periodista político, como ya conté, llegué a Olivos en pelotas, a los gritos y corriendo.

El kirchnerismo fue una etapa interesante de la historia argentina, y la muerte de Kirchner, el 27 de octubre de 2010, me pegó fuerte. Tan fuerte como a millones de argentinos.

Esa mañana estaba en la radio. Desde muy temprano me empezaron a llegar los primeros mensajes que decían “murió Néstor”.

No me atreví ni en pedo a tirar primero la noticia.

—Llega a ser mentira y quedo como el tipo que dijo que se había muerto Néstor—pensé.

Les pedí a los chicos de producción que empezaran a llamar a las fuentes más cercanas. Me lo terminaron de confirmar los colegas de la agencia OPI, de Santa Cruz.

Fueron unos días de locos, con el multitudinario velorio en la Casa Rosada. Yo hacía la radio a la mañana, luego me iba a hacer *Intrusos* y a la tarde volvía de nuevo a la radio a seguir con las repercusiones de la muerte del expresidente.

Fue muy fuerte la muerte de Kirchner. La mayoría la sintió muchísimo.

Y yo también.

Hasta la muerte de Néstor, salvo excepciones, mi vínculo con los políticos siempre estuvo teñido por la desconfianza.

Desconfianza, en especial, de parte de ellos.

Muchos creían que yo, como vengo del palo del espectáculo, no podía entrevistarlos o hablar de la actualidad.

Pero a partir de mi debut en *Ciudad Gotika*, por Radio La Red, de a poco comenzaron a comprender que tan ingenuo no era.

Que sabía y podía preguntar.

Que los escuchaba y que era capaz de sacarles títulos.

Entonces me empezaron a llamar para conocerme mejor.

Un día mi productora, Karina Serafino, me llamó por teléfono, con un mensaje de Juan Manuel Abal Medina:

—Jorge, el secretario de Comunicación Pública te quiere conocer.

Lo arreglamos para esa misma semana, un miércoles, a las seis de la tarde.

Abal Medina todavía no había asumido como jefe de Gabinete.

Me invitó a verlo directamente a la Casa Rosada.

Entré por la explanada, me hizo esperar unos minutos y me invitó a pasar. Me habían hecho saber, antes del encuentro, que no era habitual que Abal Medina hiciera entrar a los periodistas a su oficina.

Agradecido por haber hecho una excepción, y en honor a su apellido, le empecé a hablar de su padre, el histórico dirigente del peronismo revolucionario que ahora reside en México.

Le recordé cuando su padre recibió a Perón en Ezeiza, el día que volvió a la Argentina, después de 18 años de exilio. Me acordé de otros detalles mínimos que lo hicieron sorprender.

—¿Pero vos sos peronista? —me preguntó.

—Tan peronista como vos. Me perdí muy pocos actos. Y si a alguno no pude ir, seguro que lo vi por televisión.

Tengo presente ese día como si fuera hoy, la vuelta de Perón, el 20 de junio del 73. Los amigos de mi mejor amigo en aquel entonces, Gustavo Álvarez, habían ido a Ezeiza, y nosotros mirábamos todo por televisión. Fue una masacre.

Hubo más de diez muertos por el enfrentamiento entre la izquierda y la derecha peronistas, una locura.

Además, nosotros, en esa época, teníamos un sindicato a la vuelta de casa que nos regalaba

pelotas de fútbol.

¿De qué otro partido podías ser si no eras peronista?

Es más: tenía un muy amigo al que le decíamos "Pendorcho".

Y Pendorcho tenía un loro que cantaba la "Marcha Peronista".

Junto a Pendorcho y unos cuantos amigos más, en 1973, los muchachos de la Unidad Básica nos subieron a un micro y nos llevaron a cantar contra los militares, el día en que Augusto Pinochet dio el golpe contra Salvador Allende.

Ahora que me pongo a repasar, tuve una infancia muy politizada.

Con apenas 12 años me pasaba buena parte del día en la Unidad Básica de Malaver y Mitre, que era de Montoneros.

Pero esa tarde, en la Casa Rosada, Abal Medina pensó que conocería al Rial frívolo, al chimentero.

Pero no fue así.

Tan sorprendido quedó que me llevó al balcón más importante de la Casa de Gobierno.

El balcón desde donde hablaron Evita, Juan Perón y donde apareció con la Copa del Mundo Diego Armando Maradona, en junio de 1986.

Cuando nos asomamos y vi la Plaza de Mayo desde esa perspectiva, casi me muero.

La verdad es que se me puso la piel de gallina.

Lo único que le pedí, antes de irme es que el Estado saldara una deuda de publicidad que teníamos con Télam desde hacía ocho o nueve meses.

No fue una gestión tan exitosa: me la fueron pagando a los premios.

Pero desde ese momento pegamos buena onda. Quedamos con una buena relación.

Cuando lo llamábamos para salir en la radio, a veces salía.

Y si necesitaba chequear algo importante, lo chequeaba con él.

Y tampoco me dejó de atender cuando se hizo más importante, el día en que asumió como jefe de Gabinete.

No sé si Juan Manuel Abal Medina es bueno o es malo.

Sé que conmigo se portó como un caballero y para mí eso es valioso.

Hay políticos con los que me llevo bastante bien, como el senador Aníbal Fernández y otros

que, en su momento, me reputaron de arriba abajo.

Entre los últimos se encuentra Eduardo Duhalde.

Pero no el Duhalde de ahora, casi retirado.

El Duhalde más poderoso.

El que trabajaba de presidente.

Él nunca terminó de asimilar que transmiéramos, en directo, desde América TV, el primer cacerolazo de su gestión.

Fue ni bien asumió, después de la fatídica semana en que los argentinos tuvimos cinco presidentes distintos, luego de la caída de De la Rúa.

Empezamos a hacerlo durante la tarde del 2 de enero de 2002.

Estaba por terminar mi programa y en la calle se empezaron a escuchar los primeros cacerolazos. Entonces invité a Luis Majul y Nancy Pazos, dos de los pocos periodistas “políticos” que no se habían ido de vacaciones.

Fue un verdadero golazo.

Fuimos el único canal que lo transmitió.

Todos los demás habían “dormido”.

O estaban arreglados.

Después, algunos colegas hablan de periodismo independiente.

Cada vez que escucho “periodismo independiente” se me ríe el culo.

Ese día sí que hicimos periodismo independiente de verdad.

Era más de la una y pico de la mañana y el cacerolazo no paraba.

A esa hora, tardísimo, el mismísimo Duhalde lo llamó a Juan Cruz Ávila, en ese momento gerente del canal, para pedirle que quitáramos los móviles del aire.

Debo reconocer que Juan Cruz nos bancó a morir.

Al poco tiempo, pagamos las consecuencias.

O al menos las pagué yo.

Porque me hicieron comer una inspección integral de la AFIP.

Me investigaron a mí, a mi ex mujer y hasta a mi suegra. Y tuve que soportar una cagada a pedos feísima de Hilda “Chiche” Duhalde, dos días después de ese cacerolazo:

—¿Le parece bien lo que hizo, Rial?

—¿Qué hice?

—Exageró un cacerolazo insignificante.

—No exageré nada, solo mostramos el cacerolazo.

Parece que no le gustó nada mi respuesta, porque me cortó el teléfono.

La AFIP enseguida. La soporté meses y meses. Buscaban mierda por todos lados.

La política es así.

Algunos políticos son así.

Es increíble, por ejemplo, como todos, por un lado, se la pasan diciendo que este país está en ruinas y por el otro se desesperan por ser presidentes.

¿Presidente de las ruinas quieren ser?

Algo debe tener la Argentina para que todos los políticos se desvivan por gobernarla.

Me preguntan, cada tanto, quien creo yo que va a ser el próximo presidente.

No tengo la menor idea.

Pero de lo que sí estoy seguro es de que la interna del peronismo será apasionante, como siempre.

Y que van a ser buenos tiempos para hacer periodismo político.

Porque yo, a diferencia de muchos periodistas de política, puedo sentarme enfrente de cualquiera y decirle lo que pienso, sin ningún compromiso y ningún temor.

Sea quien sea.

Eso hice, por ejemplo, con Rodolfo Galimberti, uno de los íconos del peronismo de izquierda de los años setenta. Uno de los dirigentes más importantes y activos de Montoneros. El mismo que se exilió en Francia durante la última dictadura militar y que cuando retornó al país se reconvirtió en empresario.

Galimberti se encontró conmigo porque tenía “algunas cuentas que arreglar”.

Es que días atrás del encuentro, yo había escrito, para la revista *Veintiuno* la investigación sobre el desfaldo de Hard Communication en el programa de Susana Giménez en Telefé. La cuestión era que el padre Julio César Grassi había denunciado que estaba recibiendo mucho menos dinero de lo estipulado por el famoso y polémico concurso del “Su llamado”.

El encuentro, cara a cara, sucedió una tarde, en Rond Point, enfrente de los estudios de la entonces Argentina Televisora Color.

El contacto lo había hecho un amigo en común, el abogado penalista Oscar Salvi.

Antes de Galimberti llegó su socio de entonces, una de las parejas que más se enamoró Susana Giménez y actual esposo de Verónica Lozano, Jorge “Corcho” Rodríguez.

Fue una de las tardes más tensas de mi vida.

El exmontonero de la mirada helada se sentó frente a mí, me clavó los ojos, de manera fulminante y me gritó, casi sin respirar:

—¡Vos sos un hijo de puta, Rial! ¿Cómo vas a decir que yo mandé a matar a mis compañeros? Solamente un hijo de puta como vos puede decir semejante barbaridad. ¿Vos querés saber si yo alguna vez maté a alguien? Sí, maté, Rial. Y no a uno solo. Maté a mucha gente. ¿Y querés saber si volvería a matar a alguien? Sí, volvería a matar, Rial. ¿Te queda claro?

El Corcho se puso blanco.

Algunos se dieron vuelta para mirar.

Le respondí, con absoluta tranquilidad:

—Está bien... ¿Ya terminaste?

—Sí, ya está. ¿Por qué? ¿Tenés algún problema?

—No, tengo dos. Primero, lo de hijo de puta no te lo voy a permitir. Y segundo, sigo creyendo que vos mandaste al muere a muchos de tus compañeros. Mientras muchos de los tuyos fueron a la muerte con el invento de la contraofensiva, vos te quedaste en París. Y eso no lo digo solo yo. Lo dice la historia.

No sé cómo me animé a enfrentarlo, pero pensé que saltaba la mesa y me arrancaba la cabeza.

Cinco segundos atrás, me había dicho con sus ojos clavados en los míos, palabras más, palabras menos, que era capaz de matarme.

Sin embargo, de un momento para el otro, Galimberti empezó a reírse de costado:

—¡Tenés huevos! ¡Tenés huevos, me gusta! ¿Y sabes qué? Yo, hasta ahora, te veía en la televisión. Pero como voy a empezar a producir televisión, te voy a producir a vos. ¿Y sabés por qué? ¡Porque me gusta lo que hacés, Rial!

A su lado, su socio, Corcho Rodríguez no decía ni mu.

La trama que denuncié y por la que terminé cara a cara con el exmontonero Rodolfo Galimberti no era una tontería:

En abril de 1997, Susana Giménez lanzó el concurso en su programa de televisión, con premios que ascendían hasta un millón de pesos y con el objeto de recaudar fondos para la fundación Felices los Niños, que dirigía por entonces el cura Julio César Grassi, todavía impoluto. (Una década después, Grassi terminaría condenado por el aberrante delito de abuso sexual de menores).

Hard Communication, la empresa que organizaba el juego telefónico, estaba integrada por Corcho, Galimberti y el empresario Jorge Bom.

Telinfor era la empresa que proveía las líneas telefónicas para el concurso.

En el acuerdo suscripto entre Hard Communication y la fundación de Grassi, el cura aceptaba recibir nada más que el 7% de lo recolectado por el juego, una cifra muy inferior al 50% estipulado por las leyes nacionales.

El concurso alcanzó una recaudación de 16 millones de pesos y la empresa de Rodríguez, Bom y Galimberti embolsó ganancias por más de 3 millones y medio de pesos, pero a Grassi le cedieron solo 400.000, apenas un 2% de la recaudación.

Fue un escándalo administrativo y mediático que colocó a Susana y a su pareja bajo la lupa de la Justicia y del que yo me enteré de pura casualidad.

Es que durante el largo periodo antes de adoptar a Rocío y a Morena, Grassi fue una gran contención espiritual, tanto para mí como para mi exmujer.

Unas semanas antes de publicar la investigación, lo fuimos a visitar y nos quedamos un buen tiempo.

Creo que vaciamos un par de termos de mate. Y hablamos de mil cosas, incluido el escándalo con el juego de Susana.

Entonces, el sacerdote no daba la sensación de ser el personaje deleznable que años después sería presentado como un abusador por una cámara oculta de *Telenoche Investiga*.

Grassi estaba visiblemente preocupado:

—Estoy metido en un quilombo legal.

—¿Por qué, padre, qué le pasa?

—Los de Hard Communication me estafaron con el concurso del 0-600.

—¿Cómo, padre?!

—Mi abogado hizo la presentación en los tribunales. Ya está todo en la Justicia. Es un escándalo.

Grassi me explicó la operatoria, con lujo de detalles. Días después, uno de sus secretarios me entregó toda la información que había en el Juzgado Nacional en lo Criminal de Instrucción 49, a cargo del juez Facundo Cubas.

Era miércoles. En dos días empezaba la feria judicial, y necesitaba chequear con el juez si los datos eran correctos.

Cubas no quería atenderme, ni hacer declaraciones públicas. Pero insistí tanto que me respondió solo una pregunta: la más importante de todas.

—Doctor, ¿es cierto todo esto? Tengo un montón de papeles y solo necesito confirmar si los datos son falsos o verdaderos. Dígame sí o no, nada más.

—Sí, es verdad —me dijo.

Y me cortó.

Estaba en la redacción de *Veintiuno*, en el centro porteño, y corrí a la oficina de Jorge Lanata, el director y creador de la revista.

Le tiré sobre la mesa toda la información:

—Tengo todo esto, Jorge.

Y Lanata, sin pensarlo dos veces, me bancó,

Es decir: se portó como un verdadero periodista.

Él mismo fue quien me llamó para contratarme.

Y lo hizo en un momento en que yo no tenía laburo en televisión y apenas trabajaba unas horas, junto a Luis Ventura, en Libertad, la radio de Alejandro Romay.

Siempre le voy a estar agradecido por eso.

Porque Lanata no solo me dio laburo.

También confió en mí como profesional.

Y lo hizo a pesar de la cara de culo que me ponían otros colegas de la revista, como Ernesto

Tenembaum.

Pero Lanata tenía una buena razón para contratarme. Y me la confesó cuando me llamó.

Ya había recurrido a mí, en la época de *Página/12*, cuando conseguí las pruebas de cómo Gerardo Sofovich, entonces al frente de ATC, se había mandado tremendo negociado con Televisa.

Para él, mis fuentes eran buenas.

Y jamás dudó de los datos que publiqué.

De cualquier manera, con el escándalo de Susana, el Corcho, Galimberti y Born pasó lo que pasa siempre en la Argentina: nada.

Los acusados fueron absueltos, y nadie pudo probar los presuntos delitos que habían cometido.

Porque Grassi desfiló por todos los canales de televisión, pero ante la Justicia se desdijo de las acusaciones que había hecho ante los medios.

Por mi parte, durante la feria judicial, después de la nota de *Veintiuno* y con el impresionante rebote que tuvo la primera, continué la saga.

En realidad, me dediqué a escribir la historia de cada uno de los protagonistas. Entre ellos, la de Galimberti. Y publiqué lo que sabía: que durante la famosa contraofensiva montonera, de fines de los años setenta, donde murieron varios integrantes de la agrupación, Galimberti prefirió resguardarse en el exilio.

Fue, como dije, lo primero que me enrostró apenas me tuvo frente a frente.

El tipo, al principio, parecía más preocupado por su historia personal que por las acusaciones de fraude.

Pero luego, junto con Jorge Rodríguez, se dedicaron a defenderse, como si estuvieran ante un juez de la Nación.

Días después me invitaron a la sede de Hard Communication, a las oficinas que tenían en Olivos, sobre la Avenida del Libertador. Allí comprobé lo que era vox pópuli: que tenían un tiro al blanco en una de las paredes con un enorme agujero.

No me lo contó nadie, lo vi con mis propios ojos.

Con el tiempo, con Galimberti, terminamos “casi amigos”.

Él murió en febrero de 2002, pero antes nos vimos unas cuantas veces, y siempre en circunstancias sociales.

El pasó del odio más profundo al afecto más considerado cuando yo, al final, le pude contar de dónde venía, y cómo había sido mi infancia.

Galimberti, el de los ojos de hielo, me dejó de ver como un periodista.

Y me empezó a tratar como un compañero peronista.

TERCERA PARTE

Los secretos de la televisión

Maradona, Mirtha, Lucho y Sofovich

El día que Lucho Avilés me difamó en cámara fui y le pegué una trompada. Sin vueltas.

Y no me arrepiento.

Ahora ya no tengo ningún problema con él.

Yo le agradezco a Lucho un montón de cosas. Me dio la oportunidad de hacer televisión antes que nadie. Pero yo también le di muchísimo a él.

A principios de 2000, cuando empecé con *Intrusos*, el mercenario de Diego Gvirtz puso al frente de *Indomables* a Lucho. Yo se lo recomendé. Me parecía que era el mejor conductor para ese programa.

Pero nunca imaginé que me podía traicionar.

A Lucho nunca le importó otra cosa que no sea él mismo. Pero jamás pensé que eso lo pudiera llevar a decir cualquier cosa.

Una noche, soberbio y canchero, se despachó al aire:

—Uno de los que sacó plata del corralito fue un conductor de un programa de espectáculos de un canal de La Plata.

No había que ser demasiado vivo para darse cuenta de que se refería a mí: el único canal de La Plata era América, y el único programa de espectáculos del canal era el mío.

Decir eso al aire en ese momento, tras la crisis de 2001, el corralito de Fernando de la Rúa y Domingo Cavallo, era encasillarte en una lista incómoda, casi de traidores a la patria, en medio de una sociedad convulsionada a la que le habían arrebatado absolutamente todo.

Lo esperé al otro día, en el pasillo del canal que da al sector de maquillaje, en el primer piso. Estaba furioso.

Lo encaré de una, y otra vez se quiso pasar de vivo:

—Lucho, ¿para qué carajo mentís con eso, boludo? La gente me va a matar, yo no saqué nada, ¿por qué dijiste eso?

—Bueno, ya está, que sé yo por qué lo dije.

—¿Cómo qué se yo?

—Sí, no sé, yo tenía la información y la tiré, y además a vos no te tengo que dar explicaciones.

Lo que había dicho el día anterior ya había pasado a un segundo plano.

Ahora me molestaba que se hiciera el boludo. Que, a su manera, me patoteara.

No le dije nada más. Le tiré una trompada en medio del mentón. Y lo impacté de lleno.

Se armó un revuelo de aquellos. Todos gritaban.

Nos separó Patricia Beber, que en ese momento era gerente de programación del canal, una mujer muy grandota. Si no nos separaban, no sé cómo terminábamos.

Yo estaba sacado:

—¡Decidan ustedes, es él o yo, decidan!

Les repetí la misma frase a las autoridades de América. Era Lucho o yo.

Por suerte decidieron por mí. Y no me arrepiento.

Lo dejé sin trabajo, es verdad.

Pero hubiera pensado antes de decir semejante disparate de un colega y compañero, y, encima, el mismo que lo había recomendado para estar donde estaba.

Era un gran conductor, pero tenía esas cosas.

Y me tomé revancha.

Mucho tiempo atrás, en el segundo año de *Indiscreciones*, cuando pasamos a Canal 9, me había maltratado de la peor manera.

Me hacía jugadas adolescentes.

Por ejemplo, me ponía en el primer bloque y después me borraba del programa, y recién me volvía a dar unos minutos de aire al final.

Teníamos una mesa redonda y el muy turro me sentaba en la punta para que la cámara no me ponchara.

Contaba con la complicidad de Raúl Caserta, histórico director de cámaras, que Dios lo tenga en la gloria. Caserta no me enfocaba, me sacaba de plano.

Y yo entonces luchaba cada programa por meter mi cabeza en el plano. Una locura.

Hasta que un día me cansé de un año entero de maltrato:

—Me voy, Lucho, hasta acá llegué.

Me pidió un último favor: que le cubriera la temporada de verano en Mar del Plata y que después me dejaba libre.

Yo tenía un amigo que había inaugurado un boliche dentro del Hotel Provincial. Así que decidí irme con él para allá. Y, de paso, efectivamente, le cubría la temporada a Lucho.

Tan mal no hacía las cosas porque en febrero, cuando terminé el trabajo, viajó personalmente para convencerme de que siguiera en el programa.

Me insistió con todos los argumentos que se le ocurrieron. Pero le repetí, una y mil veces, que no. Estaba cansado. No quería saber más nada con él. Prefería estar sin laburo.

Por suerte, al poco tiempo, empezamos en *El Periscopio*, con Andrea Frigerio. Con ella tampoco nos llevamos muy bien.

Yo estaba sin trabajo y me enteré que había vuelto al canal Carlos Montero. Lo conocía de Telefé, y siempre habíamos tenido buena onda.

Me atreví a llamarlo por teléfono, y viajé desde Mar del Plata a Buenos Aires solo para verlo.

Montero tenía una particularidad: iba al grano.

“Vos pone la ‘mierdita’ acá arriba, y para mí eso basta”, era su frase de cabecera. Era un pragmático.

—¿Qué necesitás, Jorge?

—Solo ser columnista de espectáculos del noticiero, nada más que eso.

—¿Eso querés?

—Sí. Igual te quería comentar que tengo un proyecto para hacer un programa de espectáculos.

—Dejámelo que lo estudio.

Me volví a Mar del Plata.

Me volvió a llamar a los dos días:

—Venite de vuelta, Jorge.

Viajé de nuevo.

Y nos sentamos en su oficina:

—¿Te animás a hacer un programa de chimentos, a las siete de la tarde?

—Sí, obvio Carlos.

No me importaba nada. Hacía el programa a cualquier hora.

—Solo tenemos que buscar a una compañera.

Y ahí salió el nombre de Andrea Frigerio.

Empezamos mal porque, un tiempo atrás, me había carajeado con ella por la muerte de Daniel Mendoza, el conocido periodista al que encontraron suicidado en su departamento de Belgrano, con un disparo en el pecho en 1994. Había sido su pareja, y él había caído en una profunda depresión después de separarse de ella.

Y yo no tuve mejor idea que preguntarle por eso, después de un desfile:

—Andrea, ¿te sentís responsable por la muerte de Mendoza?

Me mandó a lo de mi mamá.

A partir de ese momento, me odió.

No nos llevábamos demasiado bien, pero en pantalla zafábamos.

Igual, siempre quería cagarme.

Con el tiempo, descubrí que guardaba en el camarín un diccionario de bolsillo, y antes de salir al aire se buscaba tres o cuatro palabras difíciles que las tiraba al aire para descolocarme, algo que nunca le salió bien. Una chiquilina.

Increiblemente, con el tiempo *El Periscopio* se convirtió en un éxito para América.

Otra de mis peleas históricas fue con el mejor jugador de fútbol de toda la historia, Diego Armando Maradona. En realidad, el que se quiso pelear conmigo fue él. Fue con aquella triste y cobarde frase: “Huevo duro”.

Ahora nadie se acuerda porque en este país lo único que queda en el tiempo son las peleas, pero antes de eso, Maradona venía a *Intrusos*.

Por ejemplo, cuando Dalma, una de sus dos hijas, cumplió 15 años, Diego vino al programa a mostrar el video de la fiesta y aprovechó para atacarlo al suegro, a Coco Villafañe.

Hasta ese momento, mi relación con Maradona era la de un tipo al que le encanta el fútbol con el jugador más espectacular de todos los tiempos.

No era mucho más que eso: no nos hablábamos por teléfono, no íbamos a comer, pero había una relación de muchísimo respeto.

De hecho, hablé muy pocas veces con él en mi vida.

Por aquellos días, Diego estaba peleado con su suegro, el padre de Claudia Villafañe.

Nada nuevo: Maradona se pelea con todo el mundo. Así como en ese momento le tocó a Coco Villafañe, debería haber imaginado que quizá más adelante me podía tocar a mí.

Lo cierto es que Diego eligió *Intrusos* para declararle la guerra al suegro. Era una batalla campal.

Me acuerdo de que Villafañe no había tenido su vela en la fiesta de 15, una costumbre que reza que las quinceañeras le entregan una vela o un diploma —a elección de la cumpleañera—, a aquellos familiares o amigos cercanos más representativos. Y Diego se encargó de recordárselo en *Intrusos*.

Claudia, la ex de Maradona, todavía recuerda ese programa. “No me olvido más, fue aquella vez que se peleó en vivo con mi papá”, me dijo en más de una oportunidad.

No sé por qué Diego eligió venir al programa, pero creo que después de esa vez, a principios de 2000, nunca más hablé con él.

Hasta que unos años después, después del verano de 2006, empezamos a desnudar su supuesta relación con Nazarena Vélez, un rumor que había comenzado porque, en teoría, él le mandaba flores al teatro.

Era todo una mentira: Nazarena, muy viva, se mandaba ella misma unos frondosos ramos de flores y hacía correr la versión de que eran cortesía de Maradona.

En verdad, lo que nosotros sabíamos era que a la que buscaba Diego era a Silvina Luna, y no a Nazarena. ¡¿Para qué?!

Maradona enloqueció.

Nunca supe demasiado la razón de su locura, ni me preocupé demasiado por averiguarlo porque se volvió tan loco que ahí fue cuando me lanzó esa desafortunada y tristemente célebre frase de “huevo duro”.

En la vida aprendí a perdonar, pero hay cosas que no olvido.

Fue el viernes 24 de marzo de 2006, en el programa *Antes del Mediodía*, de Telefé, mientras Verónica Lozano y Leo Montero, los conductores, se cagaban de risa de los desatinos de Maradona hacia mi persona. Ninguno de los dos fue capaz de decir “me parece que lo que estás diciendo, Diego, es una barbaridad”.

Pero tampoco se puede esperar demasiado de ellos. Siempre fueron así.

Y así como el Diez utilizó las cámaras de *Intrusos* para despotricar contra su suegro, esa mañana hizo lo propio con *AM* para tirarme mierda a mí. Así es Diego.

Elige sus rivales, y los sube al ring de la televisión porque sabe que, casi siempre, el público está de su lado.

Esa vez, vía telefónica, y ante la pasividad de Lozano y Montero, primero se tiró contra Nazarena:

—Ayer le firmé una carta documento a Nazarena porque no tiene sentido común y me parece que si se quiere hacer publicidad no tiene que hablar con forros, estúpidos, boludos... Ella aprovecha de todo para la publicidad y sabemos bien quién es el sponsor.

—¿Quién es el sponsor? —le preguntó, rápido de reflejos, Montero, que se hizo el sorprendido.

Y ahí sí, Maradona se fue al pasto:

—La maneja huevo duro —dijo por mí—, huevo duro, porque no puede tener hijos.

Nunca entendí porque Telefé, supuestamente el canal para la familia, le dejó decir semejante barbaridad, pero el rumor que corrió por esos días es que el canal de las pelotas quería estrechar buenos lazos con Diego para que dejara el 13, donde hacía *La noche del Diez*.

Me enteré de las declaraciones al aire, en Canal 9, mientras me entrevistaba Chiche Gelblung. Pero contesté muy breve.

Mi respuesta formal, por ponerlo en esos términos, fue al otro día, al comienzo de *Intrusos*.

Le podría haber pagado con la misma moneda.

Podría haber dicho una sarta de barbaridades, imitar su estilo.

Pero no.

Contesté con el corazón.

Con altura.

Con la dignidad que él no tuvo.

Le contesté a él, mirando a cámara:

—No me ofendés. Ya empieza a correrse el velo del verdadero Diego. Creo que el Maradona ser humano cada día se denigra más y esa denigración del ser humano va a opacar al Diego deportista. Si alguien no conoce mi historia personal, se las voy a contar. Yo tengo dos hijas

adoptadas. Para mí es un orgullo tener estas dos hijas, ser padre, reconocer a mis hijas. No me da vergüenza ni miedo lo que me decís, Diego. Y tampoco me hiera. A Diego lo entiendo. Yo tuve que luchar muchísimo con mi mujer para ser padre. Luché contra la burocracia, porque Dios no quiso que seamos padres naturales. Pero me hizo ser padre, estoy orgulloso de ser padre adoptivo y me costó mucho. Empieza a correrse el velo del verdadero Maradona, el mismo que el año pasado no reconoció a un hijo en cámara. ¿Sabés los huevos que hay que tener para tener un hijo? Los huevos hay que tenerlos fuera de la cancha. Yo tendré los huevos duros, pero sé dónde los tengo puestos. No me ofendiste. No estoy ofendido ni lastimado. No voy a derramar lágrimas. No me ofendiste, al contrario. Me siento orgulloso de ser padre adoptivo.

El año anterior, en su programa, Maradona había dicho que solo tenía dos hijas, Dalma y Giannina, desconociendo a Diego Jr., hasta ese momento, su otro hijo.

A partir de ahí empezamos una pelea durísima.

Y le busqué de todo, y por todos lados.

No me pensaba quedar atrás.

Una vez, por ejemplo, tuvo un accidente con su auto, y me enteré de que en realidad había chocado porque manejaba borracho, y se la seguimos hasta el final. La pelea ya era personal. No pensaba entrar en su juego, pero lo iba a correr por todos los frentes.

Maradona, en realidad, me daba pena.

Sus dichos sobre mi persona me enojaron porque en su ignorancia él pensaba que al decirme “huevo duro” se metía con mi hombría, con mi virilidad.

Pero lo que más me enojaba eran los felpudos de Maradona, repartidos en todo el país, que repetían la frase una y otra vez.

O los felpudos maradonianos, disfrazados de periodistas, como Viviana Canosa, que se había hecho eco de eso.

Lo que más enojaba a Diego era que cada vez que lo internaban por su problema de adicción a la droga, la primicia la teníamos nosotros. Siempre había alguien de adentro que nos contaba primero a Luis Ventura o a mí.

Hacíamos, ni más ni menos, lo que mejor sabemos hacer: informar antes que nadie.

E informar con la verdad.

Cuando en enero de 2000 lo internaron en Punta del Este de urgencia y su entorno hablaba de una indigestión estomacal, lo que nosotros contamos era que, en realidad, estaba dado vuelta como una media.

Y eso a Diego le molestaba.

A Ventura hasta le mandó una carta documento. Porque Luis le dijo que tenía las neuronas quemadas.

Yo me le planté de igual a igual. Nunca le tuve miedo, ni le bajé la guardia. No me importaba pelearme con Maradona.

A la distancia, creo que si dijo lo que dijo es porque estaba bajo los efectos de alguna sustancia.

Y porque no me conoce. Si no, no hubiera dicho algo así.

El problema que tienen los que me eligen como enemigo, que por suerte son pocos, es que yo no me como los mocos con nadie, ni siquiera con los poderosos. O los intocables de la televisión.

Porque yo no creo en los intocables, ni los de la política ni los del espectáculo. Así como me enfrenté con Lucho y con Maradona, no tuve reparos en criticar a Mirtha Legrand, cuando hubo que criticarla. Y la defendí cuando hubo que defenderla.

El problema no fue mío hacia Mirtha, sino de ella hacia nosotros.

La reina de los almuerzos siempre nos ninguneó.

Y eso es algo que me molesta mucho.

Porque para colmo, América contribuyó a eso. Había algo de culpa de parte de las autoridades del canal. Porque para ellos, ella fue siempre la diva máxima (y es entendible, es Mirtha Legrand). A cualquier lugar que iba le estiraban la alfombra roja, le tiraban pétalos de rosas. Una intocable con todas las letras. Algo que, al menos a mí, nunca me importó.

Sin embargo, cuando sentí que había que defenderla, lo hice.

Cuando todo el mundo salió en fila a pegarle por su ideología, por sus dichos sobre la inseguridad, que reconozco que son polémicos, yo me planté y dije:

—No, muchachos, Mirtha es así. No cambió, estuvo siempre parada en el mismo lugar, fue siempre de derecha, pasaron gobiernos radicales, peronistas, radicales y de nuevo peronistas, y ella sigue estando.

Mirtha tiene la virtud de decir lo que piensa.

No le importa reconocer que hay que aplicarle mano dura a la inseguridad. O advertir que se venía “el zurdaje”, como les dijo a Néstor y Cristina Kirchner cuando asumieron al frente del país, allá por mayo de 2003.

Mirtha es así.

Yo me calenté muchísimas veces con Mirtha. En general porque nos entregaba el programa cuando se le cantaba el culo. El cachetazo era doble: nosotros empezábamos tarde *Intrusos*, y encima con un rating bajísimo, porque hay que reconocer que Legrand, en América, siempre tuvo bajo rating.

Mi enojo era doble.

Era con ella y también con el canal, que no le exigía entregar su programa a tiempo.

Esa fue constantemente mi gran pelea con Mirtha.

Ni más ni menos.

Porque durante el tiempo que trabajó en América, se cagó en mí.

Esa es la pura verdad.

Cuando terminaba sus almuerzos decía:

—Adelante el programa que sigue.

Ni siquiera nos nombraba. Era un ninguneo muy injusto.

Como profesional, se portó muy mal conmigo. Y no entiendo por qué.

Tal vez, no le gustaba mi personalidad. O tal vez le molestaba que nunca le rendí pleitesía.

Como fuera, nunca me importó ser Jorge Rial y que ella sea Mirtha Legrand.

Ella era la que venía delante mío, y si vos venís delante mío me tenés que entregar el programa en horario.

No importa si sos Mirtha Legrand, Marcelo Tinelli o Susana Giménez.

Lo mismo me hizo Mariano Grondona. Y yo le dije de todo.

Fue durante el año 1997. Yo era el conductor de *Paparazzi a la Medianoche* en el Canal 9 de Alejandro Romay, el zar de la televisión argentina.

Una noche, Grondona, que tenía su programa antes que el nuestro, se despidió a la 1 menos cuarto de la noche. Se pasó cuarenta minutos. Ni uno ni dos: cuarenta. Nunca me pasó algo igual.

Era un jueves y Grondona, en los últimos años del menemismo, estaba en su mejor momento.

Pero tampoco me importó.

Arranqué el programa así:

—Me encantó el programa de Mariano Grondona, se habló de democracia, de libertad, pero lástima que él no la aplica, porque se cagó en mi libertad, y entonces como él se cagó en mi libertad yo decidí que acá se terminó el programa. Chau, hasta mañana.

Eso fue todo. Tres minutos de aire y a otra cosa.

Al otro día, me llamó Romay, furioso.

Grondona, además de contar con un rating impresionante, tenía el aval de la política: los políticos se desvivían por su programa.

Me cagué en todo.

—Yo soy un laburante —le enrostré a Romay— y la televisión es como una fábrica, todos somos compañeros y tenemos que respetarnos.

Grondona nunca dijo nada. A Mariano no le gusta el conventillo.

A Mirtha sí. Ella usa el aire. Lo que mejor le sale es la victimización, es su mejor papel.

Siempre tiene a mano dos argumentos en su favor: que es una dama y que es la víctima.

En lo primero tiene razón. Es una dama, y por eso la respeto.

Pero no es víctima de nada.

Cuando en 2013 volvió a América con *La Noche de Mirtha*, al principio quería retener su horario habitual de los almuerzos, al mediodía.

Yo me planté:

—Al mediodía no vuelve. Es mi horario. Yo lo levanté y lo remonté. De acá no me muevo. Y si no, me voy.

Antes de irse del canal, la señora hacía 3, 4 puntos de rating como máximo. Cuando estaba ella, nosotros hacíamos *Intrusos* de 2 y media a 4 de la tarde, y cuando se fue nos quedamos con su horario, de 1 a 2 y media de la tarde, y lo levantamos, con picos de 10 puntos de rating.

Le ganamos la puja.

Al final, ella pasó a la noche: su primer programa, en septiembre de 2013, tuvo como invitados al gobernador Daniel Scioli y su mujer, Karina Rabolini, Antonio Gasalla y Marcelo

Polino. En 2014, debutó en Canal 13, lo que siempre había querido. Y tuvo, esta vez sí, muy buenas mediciones de rating, y bastante rebote.

Pero no se privó de tirar la bronca en cámara, algo que le encanta. Es mentira que no le gusta mediatizar todo.

Fue ella la que dio a conocer todos los quilombos de su nieta, Juanita Viale.

Y fue Mirtha, por ejemplo, la que mandó en cana en vivo a Andrea del Boca con su embarazo, en el año 2000, en ese programa memorable.

La actriz había ido a promocionar su nueva película, *Apariencias* —con Adrián Suar—, y se encontró con la incómoda pregunta:

—Te voy a hacer una pregunta, me la contestás por sí o por no, ¿es cierto que estás esperando un bebé?

—No...

—¿No? Lo dijeron anoche por radio, que estabas embarazada de dos meses y medio.

—Mirá vos. Qué suerte, qué suerte, qué linda noticia... gracias por decírmelo.

—Te juro, ¿no lo sabías? ¿Te tomó de sorpresa?

Del Boca no sabía dónde meterse. Sonrió, nerviosa.

Mirtha se reía a carcajadas.

Le encanta hacer público todo. Es la más mediática de todas.

Y yo, ante eso, defendí siempre mi lugar. Tuviera el nombre que tuviera quien me antecediera.

Nunca me dolieron las peleas mediáticas.

O mejor dicho: me dolió solo una, la que tuve con Gerardo Sofovich.

Con él había cariño de verdad. Lo quería mucho a Gerardo. Nos queríamos mucho. Él les decía “nietas” a mis hijas. Por eso no entiendo por qué pasó lo que pasó.

La relación con Gerardo era la de una familia. Él pasaba los 24 de diciembre en mi casa, porque si no tenía que recibir la Navidad solo. Gerardo se sentaba en la cabecera de la mesa. Mi casa era su casa, tenía las puertas abiertas siempre.

Y eso que nunca fue un tipo fácil. Una noche, cuando todavía en la casa que compartíamos con las nenas y Silvia no se podía fumar en su interior, Gerardo prendió un pucho, y mi ex mujer le

pidió que por favor lo apagara. Más que nada por Rocío y Morena, que todavía eran chicas.

Él la miró con ira en los ojos y apagó el cigarrillo, casi entero, en la comida. Era muy soberbio, y lo hacía notar.

A pesar de eso, estuve siempre al lado de él, aun cuando ni sus seres más íntimos lo hacían.

Un domingo de mayo de 2005, por ejemplo, su médico Alfredo Cahe lo internó en la clínica Suizo Argentina para evaluar su estado cardiológico —Gerardo tiene problemas del corazón desde principios de los 90 y ostenta el récord nacional de angioplastias—, y terminó con un stent porque tenía una arteria obstruida.

Fui uno de los primeros en enterarme, y el único que lo acompañó en la clínica: salí a las corridas para ir a verlo.

Gerardo estaba de novio con Sofía Oleksak, cuarenta años más joven que él, que había sido bailarina en *La noche del Domingo*.

Cuando estaba en la Suizo Argentina, Sofía me llamó por teléfono. A mí me había extrañado que ella todavía no estuviera ahí:

—Jorge, ¿estás con Gerardo?

—Sí, acá estoy con él.

—¿Y está bien?

—Sí, está bien, quedate tranquila.

—Ah... Porque estoy en la Panamericana y hay un lío de tránsito..., así que si vos me decís que está bien pego la vuelta y me vuelvo a casa.

Y se volvió. La novia, su pareja, no fue a verlo a la clínica. Es una muestra de cuánto lo querían las mujeres.

Sofovich y Sofía Oleksak se casaron en abril del 2009, con una megafiesta para quinientos invitados en Señor Tango, en La Boca, después de siete años de noviazgo.

Se separaron menos de un año después, en medio de acusaciones cruzadas y con cartas documento de ambos lados.

Cada vez que Gerardo no podía cumplir con sus obligaciones, yo lo reemplazaba en *Tiempo Límite*, el programa de preguntas y respuestas que condujo con éxito en América y por el que ganó el Martín Fierro en el rubro “entretenimiento” en 2007. Se emitía a la tarde, y en esas

oportunidades en que lo reemplacé parece que lo hice bien, porque aumentaban el rating y la cantidad de participantes telefónicos. Y eso, a Gerardo, nunca le gustó.

Cuando llevamos los sorteos por teléfono a *Intrusos* fue lo peor que podíamos haberle hecho a Gerardo.

Ese fue uno de los detonantes de nuestra pelea.

Y se agrandó ese mismo año, en 2007, con su pase a Canal 9, después de que Daniel Vila lo repatriara y lo sacara del ostracismo.

Vila fue el que lo convocó de nuevo para *Tiempo Límite*, en momentos en los que el empresario, actor y uno de los mejores productores teatrales de la Argentina, estaba fuera de la televisión.

Cuando Gerardo se enfermaba, o lo internaban, o viajaba, yo hacía el programa en su lugar, y lo hacía gratis, sin un mango. Éramos amigos, no había plata de por medio.

De hecho, le promocionaba todos los días *El champagne las pone mimosas*, la última obra de teatro en cartel exitosa de Gerardo, y nadie me pagaba nada.

Vila se volvía loco:

—¿Cuánto te paga Gerardo por promocionarle la obra, Jorge?

—Nada.

—Sos más pelotudo de lo que pensaba entonces.

Cuando me enteré que Sofovich empezaba a coquetear con el 9, me puse loco. Y traté de frenarlo por todos los medios:

—Gerardo, no vayas a Canal 9, ¿qué carajo vas a hacer allá? Acá en América estás bárbaro, te va bien, ganás bien, te premiaron con un Martín Fierro, dejate de joder.

En el medio también supe que, por ejemplo, una de las condiciones que pedía para negociar el contrato, además de una fortuna, era que le pusieran su nombre a uno de los estudios del canal.

Ahí, Vila estalló:

—Gerardo se fue a la mierda.

Porque para colmo sabía que Sofovich le hacía un doble juego: cuando no conseguía lo que quería de Daniel, lo llamaba a Francisco de Narváez, que todavía tenía cierta influencia en las decisiones de América.

Gerardo jugaba a dos puntas y eso a Vila lo sacaba.

Tanto se sacó que terminó con las negociaciones, y Gerardo se mudó a Canal 9.

Y lo primero que hizo cuando llegó allá fue sentarse, dar una conferencia de prensa y hablar loas de ese canal, ninguneando a América.

Lo sentí como una traición. Ahí nos peleamos definitivamente, en serio.

Y desde ese momento, cada vez que pude, lo atendí.

Porque cuando quiero, soy el peor de todos.

Al casamiento con Oleksak, por ejemplo, lo bauticé “el canjeamiento”, porque todo lo que había en la fiesta, desde el catering hasta las cortinas, era de canje.

Lo hicimos mierda.

Y lo rematamos unos meses después, con “el cucharicidio”, aquellas famosas imágenes de Gerardo con una morocha infartante, de nombre Gabriela, a la que le dio de probar un bocado con la cuchara en la boca, frente a los enormes ventanales de Rond Point, uno de los restaurantes más concurrido por dirigentes políticos, operadores, y empresarios.

La mujer vino al piso de *Intrusos* después de las imágenes, en octubre de 2009, y enterró al productor teatral, que se había casado cinco meses atrás: dijo que la había querido seducir, que él le aseguró que estaba en crisis con su esposa y que después del “cucharicidio”, el empresario le robó un beso.

Fue una bomba.

Y el principio del fin del matrimonio de Sofovich.

Después nos enteramos de que la mujer estaba nombrada en una investigación por narcotráfico, en el marco de la causa de la narcomodelo colombiana Angie Valencia, que integraba una banda que supuestamente enviaba cocaína desde nuestro país hacia México.

En realidad, esa comida en Rond Point tenía que ver con eso. Lo que nos contaron en aquel momento era que esa mujer representaba a un narco mexicano preso en la Argentina que buscaba un contacto de peso que le hiciera un nexo con la Justicia para aceitar algún tipo de vínculo que lo dejara en libertad.

Según mis fuentes, Sofovich se habría ofrecido como nexo. Pero al final no pudo hacer nada.

Cuando nos peleamos, Gerardo tuvo un problema muy grande conmigo: él es soberbio y

despectivo a la hora de dar batalla, y yo soy muy ingenioso.

Cada vez que lo llamo “Mister Gas”, se brota de furia. Le digo así porque su nombre completo es Gerardo Andrés Sofovich, GAS son sus siglas. Y se vuelve loco. Se lo toma muy en serio. Y yo juego con la ironía, me divierto.

Con el tiempo, Gerardo fue desapareciendo de mi vida.

Y la remató cuando se metió con Rocío y Morena. Eso sí que me dolió: nadie como él sabía lo que significan mis hijas en mi vida.

Sin nombrarme, un día dijo en cámara que si a su hijo le practicaban un ADN, el resultado daba que era su hijo. Un puñal en el corazón, en obvia alusión al hecho de que Rocío y Morena son adoptadas.

—Para mí Gerardo se murió—fue lo primero que pensé ese día.

Me dolió mucho, de verdad.

Primero sentí que él era capaz de tirar a la mierda una relación por un simple concurso telefónico, por una nimiedad comercial como esa.

Después vi que era capaz de cualquier cosa, como meterse con mis hijas.

Nos volvimos a hablar por teléfono un par de veces. Lo llamé cuando lo operaron en alguna de sus múltiples intervenciones, pero me volvió a echar en cara todos sus argumentos acerca de por qué se había distanciado de mí.

Y ya no me dieron ganas de volver a hablar.

En alguno de esos llamados quedamos en ir a cenar, pero me di cuenta de que no tenía ganas. De que algo se había roto y que era imposible recomponerlo.

Gerardo solía mandarme mensajes desde el programa de Viviana Canosa, *Los Profesionales de Siempre*, que intentaba competir con nosotros y que moría en el intento.

Canosa se fue mal de *Intrusos*, a fines de 2002, pero se fue mal porque ella quiso, no por mí. Fue ella la que entabló en una pelea personal conmigo.

Lo que me molestó de ella no fue que se pasara a otro canal, sino que no me lo dijera de frente, como sí habían hecho otros panelistas.

Cuando me enteré de que estaba en tratativas, a punto de firmar con el 9, en lugar de decirme en la cara “me voy”, se hizo la enferma y faltó al programa.

Fue lo peor que pudo hacer con un gallego testarudo como yo: le mandé una ambulancia a la casa. Fue su último día en *Intrusos*. No vino nunca más y al tiempo se mudó a Canal 9.

A partir de ese momento, Canosa empezó una guerra con *Intrusos*, algo lógico, por otro lado: cuando uno está abajo necesita hablar del que está arriba. Yo lo hice muchísimas veces en mi carrera.

Lo que más me enfadó fue que no tuvo la valentía de admitir que se quería ir para ocupar un papel más protagónico dentro del espectáculo. Al contrario, mintió: la excusa para irse de América fue que se había molestado por la cámara oculta a Marcelo Corazza, el ganador de la primera edición de *Gran Hermano* en la Argentina, a mediados de 2001.

En la cámara oculta, puesta al aire en *Intrusos* al año siguiente, se lo veía a Corazza coqueteando con un joven, dejando al desnudo su homosexualidad.

Mi enojo fue doble, porque esa cámara fue un caramelo que me comí gratis.

Todos sabíamos que Corazza era gay y a nadie tenía por qué llamarle la atención.

En aquel momento yo ocupaba la Gerencia de Programación de América, y no paraba un segundo. Me metía en el contenido de *Intrusos* quince minutos antes de entrar al aire. Nunca había visto el video del ex Gran Hermano antes de que el programa empezara. Y cuando lo vi, ahí en vivo, me quería morir.

Minutos antes de empezar me dicen: "Hay una cámara oculta de Marcelo Coraza". Yo estaba en otra. Me pasaba el día peleándome con los periodistas.

Cuando le pregunté a Juan Cruz Ávila, una de las máximas autoridades del canal en esos días, si la cámara estaba bien, me dice: "Sí, mandala, mandala que está bien". Si me dijo así fue porque imaginé que la habían visto. Confiaba en su racionalidad.

Cuando vi al aire la pelotudez que era, Corazza con un joven que encima le estaba haciendo una cama, me quería esconder detrás del decorado.

No era relevante, pero ya estaba al aire, y la tenía que bancar como fuera.

Si la hubiera visto antes de estar al aire, no salía. Pero ya está.

Ya pasó, y ahora no tengo excusas.

Es el día de hoy que asumo el error como propio porque yo soy cabeza de equipo.

Pero en ese momento ni Canosa, ni ninguno de los panelistas dijo que se había ofendido, y

que se iban del programa por eso.

Será que algunos de los que a veces me eligen para pararse en la vereda de enfrente tienen miedo de enfrentarme.

Saben que a la hora de atacar, ataco con munición gruesa.

Y no me achico. No importa quién esté enfrente.

Llámeseme Maradona, Sofovich o Legrand.

Tampoco nunca voy para atrás.

Ni siquiera para tomar impulso.

En eso, sí, lo reconozco: soy el peor de todos.

La mejor cocaína del mundo

Nunca consumí cocaína.

Sin embargo, durante los años noventa, vi, sobre la mesa de un boliche, la mejor droga de Buenos Aires.

Mis conocidos dijeron que fue la mejor cocaína del mundo.

Sucedió en el VIP de Trumps, en Bulnes al 2700, casi esquina Libertador, una de las discotecas ícono del menemismo.

Y no solamente pasó frente a mi nariz la mejor merca del mundo.

También pasaron las mejores minas de la época.

Hasta entonces, mi pecado "máximo" había consistido en fumar un par de fasos de marihuana, algo que compartimos con varios compañeros en 1985, durante la histórica toma de *La Razón*. Un año antes, Jacobo Timerman se había hecho cargo del diario, pasamos de vespertinos a matutinos y de formato sábana a tabloide. Pero los cambios no prosperaron y el diario entró en una profunda crisis.

Como dije, la toma tuvo lugar en el enorme edificio que tenía *La Razón* en la calle Homos, en Barracas. Había varios rincones para hacernos la vida más fácil mientras durara la ocupación. En un sector, denominado Chemobyl, se practicaban, con mucha intensidad, relaciones sexuales. En otro, bautizado El Fumadero, se fumaba de todo, incluidos algunos porros.

Pero falopa, nunca. Ni siquiera la había visto de cerca.

Todo cambió cuando entré por primera vez a Trumps.

Su dueño, Leopoldo "Poli" Armentano, quien fue asesinado tiempo después de un tiro en la cabeza, era el empresario símbolo de la noche porteña.

Y Poli, a determinada hora de la madrugada, solía cerrar las puertas de la discoteca para compartir algunos lindos momentos con algunos pocos amigos.

Yo, más que amigo, era el único notero de la noche.

Y por eso me había ganado un lugar en el codiciado VIP.

Es verdad: Guillermo Coppola y Carlos Menem Junior, el hijo del expresidente, eran los más

rutilantes. Pero yo vi pasar a todos: empresarios, políticos, fiscales y jueces.

Y vi pasar también a pendejas de 20 años que terminaban en pelotas frente a los tipos más poderosos de la Argentina.

La diferencia entre ellos y yo es que siempre me mantuve al margen.

No tomé cocaína.

No me aproveché de esas mujeres.

Un día, alguien muy conocido y también muy desconfiado me encaró así:

—Qué tipo extraño que sos. Te pasan por al lado las mejores minas y la mejor falopa del mundo y vos como si nada. ¿Me podrías explicar por qué?

—Por supuesto: no hago nada porque quiero estar lúcido y conservar la memoria.

—¿Para?

—Es que algún día, alguien tiene que contar las cosas que están pasando aquí adentro. Y ese alguien quiero ser yo.

Ahora, veinte años después, es un momento muy oportuno.

Podría contar mil noches, pero fue una, en particular, la que me quedó grabada para toda la vida.

Fue la noche en que vi entrar, desesperada, a los gritos, a una de las más exitosas vedettes del momento.

Fue un espectáculo tremendo.

Pedía cocaína y ofrecía sexo al instante a quien se la pudiera proporcionar en el acto.

Yo estaba justo donde funcionaba la recepción de Trumps. Era una especie de hall pequeño. Me acompañaban mi camarógrafo, el Gallego y un asistente. El asistente, alguien que “fumaba debajo del agua”, picó una aspirina que llevaba encima y se la dio al Gallego. A su vez, él, que moría por tocar a la vedette, le ofreció aquella pasta de inmediato.

Ella se la esnifó de un tirón, como si le hubieran procurado la mejor cocaína del mundo.

Creo que nunca se dio cuenta.

Quizá porque ya tenía la nariz demasiado rota.

La cuestión fue que el Gallego se la llevó de inmediato a la oficina de Poli.

Dijo mi camarógrafo de entonces que fue una de las mejores sesiones de sexo oral que le

practicaron en su vida.

Y que todavía, cuando lo recuerda, le cuesta creer que el beneficiario haya sido él.

Toda la situación era una locura.

Una mujer bellísima, en el mejor momento de su carrera, pidiendo falopa a cambio de sexo.

Una mujer a la que no nombré antes y no voy a nombrar tampoco ahora, después de veinte años.

Además, quizá este momento no sea el mejor de su vida.

Pero otro de los recuerdos de aquellas locas noches de Trumps fueron los momentos que pasé junto a Carlitos Menem, el único amigo hijo de un presidente que tuve.

Contra lo que dijeron muchos, Carlitos era un tipo normal. Solo una vez lo vi hacer uso del enorme poder que tenía, cuando allanaron, allá a principios de los noventa, la concesionaria que la familia tenía en la Avenida Figueroa Alcorta, frente a la cancha de River, en Núñez.

Carlitos y Zulemita eran socios de José “Cacho” Steinberg, un intermediario en la compra y venta de vehículos, en la preparación de autos de carrera y la importación de motos.

Steinberg y los hijos de Carlos Menem habían quedado en la mira de la Justicia por la importación de autos de lujo por parte de varios famosos, que Steinberg hacía entrar al país a nombre de discapacitados para abaratar los costos. Susana Giménez—cuya historia de la cupé Mercedes Benz dorada detallo más adelante porque también fui protagonista, y no tiene desperdicio—, Ricardo Darín, Julio Ramos y Constancio Vigil habían sido algunos de los que recurrieron a los servicios de Cacho.

Fui testigo de esa tarde en que Carlitos usó su poder, porque estaba junto a él en la concesionaria. Fue en el preciso instante en que paró en seco al fiscal que entraba a allanar el lugar con la orden de dar vuelta todo:

—¿Adónde van? —preguntó Carlitos.

—Esto es un allanamiento, señor.

—¡Atrás! ¿Adónde se cree que va? ¡Esta es un área presidencial! ¡Usted no puede entrar acá, soy el hijo del presidente!

El fiscal y sus colaboradores se miraron desconcertados y se quedaron inmóviles, mientras Carlitos los desafiaba de frente, con dos mecánicos que le cuidaban la espalda. Uno de ellos se

llamaba Alcides. Y al lado de Alcides, estaba yo.

Entonces uno de los secretarios del fiscal, el más ofuscado por la paralización del allanamiento, me reconoció:

—¿Usted no es periodista?

—Sí...

—¿Y qué hace acá?

Me rajaron en cuestión de segundos. El allanamiento finalmente se llevó a cabo, pero nunca vi parar en seco a un funcionario judicial de esa manera.

Carlitos Menem caminaba medio rengo, producto de los clavos en la pierna que la habían puesto después del accidente en moto que tuvo ni bien su padre asumió la presidencia por primera vez, en julio de 1989.

Y conmigo siempre fue muy generoso.

Varias veces, por ejemplo, me invitó a comer al departamento que tenían en la calle Posadas, en pleno corazón de Recoleta.

Recuerdo que una noche, a mediados de 1991, me invitó a cenar junto a Zulemita y su mamá.

Zulema Yoma estaba recién separada. Carlos Menem la había desalojado de la Quinta de Olivos por orden de su edecán, el brigadier Andrés Antonietti.

Ni bien nos sentamos los cuatro a la mesa, noté que sucedía algo extraño.

En la cocina nadie se movía y yo, con hambre, me empecé a preguntar dónde estaba la comida.

Mi estómago empezó a hacer ruido cuando sonó el timbre e hicieron pasar a tres hombres con sendas bandejas forradas en papel de aluminio.

Contenían los mismos alimentos que le tocaban, ese día y a esa hora, al Presidente de la Nación.

Esa noche, el menú presidencial consistió en un lomo con papas y ensalada.

Y nosotros comimos lo mismo.

Mientras lo hicimos, ellos me explicaron que no fue una ocasión especial.

Que era lo que exigía el protocolo del jefe de Estado.

No fue la única sorpresa de la noche.

Porque Junior, antes de terminar, me dijo que quería conocer a Marcelo Tinelli y que teníamos que ir a verlo apenas terminara *Videomatch*.

Me insistió tanto que accedí.

Terminamos de cenar y nos fuimos, celosamente seguidos por la custodia, hasta los estudios de la calle Pavón.

Carlitos manejaba entonces una cupé Renault Fuego, flamante. Se la acababa de regalar su papá, el Presidente, y él, fanático de los autos, quería pisarla a fondo.

Los policías de la custodia se movían en un Ford Falcon.

No habían transcurrido ni dos minutos cuando Carlitos me dijo:

—Mirá cómo los jodo a estos pelotudos.

Y enseguida aceleró y los perdió.

Nunca pasé tantos semáforos en amarillo como durante aquella noche.

Llegamos a Telefé en un suspiro. Marcelo había terminado el programa y fue en esas circunstancias cuando los presenté. Tiempo después se hicieron bastante amigos.

Sí, fueron los malditos años noventa. La época de la frivolidad, los excesos, la convertibilidad, la pizza con champagne y la fiesta permanente del menemismo.

Pero no por eso voy a negar que fui amigo de Carlitos.

Ni tampoco me voy a olvidar de cómo me rompió las costillas un amigo de Poli Armentano, y los beneficios que pude obtener de aquella dolorosa situación.

Poli no solo era el dueño de Trumps.

Era, además, el rey de la noche.

Y como parte de su monarquía un día anunció y concretó la inauguración de El Cielo, el boliche que marcó un antes y un después en el mundo de la joda.

Dicen que la fiesta estuvo maravillosa, pero yo no la pude disfrutar porque, en el medio de una serie de forcejeos, los custodios y el socio de Poli me rompieron dos costillas.

La puerta de entrada era una romería de famosos, poderosos y curiosos. Poli me vio entre la multitud, me vino a buscar, me agarró en el medio del tumulto y me empezó a gritar:

—Agarrate de mi brazo así entrás conmigo.

Era el único periodista al que Armentano pretendía dejar entrar. Pero no quería que ingresaran

las cámaras.

Mientras Poli intentaba llevarme adentro, yo me resistía y le decía:

—No quiero entrar ahora si no es con una cámara. Más tarde puedo entrar solo. Ahora no.

—Pero dale, boludo, que esto es un quilombo.

En un momento determinado, Marcela Tauro, entonces periodista de la revista *Gente*, gritó, desahogada, bien fuerte:

—¡Acá venden droga, por eso no dejan entrar a los periodistas!

Fue lo último que pude escuchar.

Acto seguido apareció un tipo grandote, altísimo y superancho, que me pegó una tremenda trompada en la cara y me tiró contra el piso.

Intenté levantarme como pude, pero antes de hacerlo me sorprendió una lluvia de patadas y trompadas que venían de todos lados.

Me dieron en las piernas, en los costados y en la espalda.

En cuestión de segundos me rompieron todo.

Casi inconsciente, alcancé a preguntarle a mi camarógrafo si había registrado todo.

Cuando me lo confirmó, intenté apartarme un poco de la zona para despejarme un poco.

A los diez minutos me empecé a quedar sin aire.

Me desesperé.

Grité:

—¡Llévenme a alguna parte, porque me muero!

Llegamos al Hospital Fernández y al poco tiempo mis peores temores se confirmaron: tenía dos costillas rotas y el dolor era cada vez más intenso.

Al otro día, apenas me levanté, lo llamé a mi abogado de entonces, Oscar Salvi y le conté el episodio.

Ni bien corté, recibí el llamado de Poli, quien, muy preocupado, se ocupó de reconstruir qué fue lo que realmente había pasado.

—Esto es un desastre. El que te pegó primero fue mi socio. Lo recagué a puteadas. Le dije: “Le pegaste a un amigo, la concha de tu madre”. ¿Qué podemos hacer para arreglarlo, Jorgito?

—El asunto ya no está en mis manos. Está todo bien, pero me fracturaron dos costillas. Me

hicieron mierda. Hablá con Salvi. Él va a saber qué hacer.

El lunes siguiente pasamos las imágenes con Lucho Avilés en *Indiscreciones*. El martes nos juntamos en el estudio de los abogados de Poli, en la calle Uruguay, a metros del Palacio de Tribunales. Salvi fue directamente al grano:

—Esto es gravísimo.

Los abogados de Poli no perdieron tiempo:

—¿Cómo lo podemos arreglar?

Y Salvi fue más preciso todavía.

—Lo pueden arreglar con plata.

Cerramos en 50 mil pesos o dólares de la época.

Tenía 30 años y nunca había visto tanta plata junta.

Salvi se quedó con 15 mil dólares y con los 35 mil restantes cambié el Volkswagen Gacel azul que tenía por un Ford Escort blanco, al que le mandé a pintar en la parte de atrás la siguiente leyenda: “Gracias al cielo”.

Después del arreglo, con Poli seguimos siendo amigos. De hecho, además de pagarme, su socio me llamó y me pidió disculpas.

En el fondo, la sacó barata.

Porque la piña que me embocó a mí, en realidad iba dirigida a Marcela Tauro, la mujer que no paraba de gritar.

La desvió sobre la marcha.

Y yo cobré porque era el pelotudo a quien tenía más cerca.

Tengo que agradecerle a la Tauro. Después de todo, me hizo ganar plata. Y con el tiempo la terminé contratando en *Intrusos*.

Aquella no fue la única vez que me embocaron.

Porque años después, en 1996, alguien me mandó a pegar.

Fue en la esquina de Figueroa Alcorta y Salguero, a metros del shopping Paseo Alcorta.

Durante años supuse que quien había mandado a fajarme había sido Guillermo Coppola a pedido de Diego Maradona. Sin embargo, después de un tiempo, Guillermo me juró y me perjuró que ni él ni Diego podían ser capaces de hacer eso.

El año en que me mandaron un matón a pegarme estaba conduciendo *El Paparazzi*, por la tarde, en el viejo Canal 9, que funcionaba en los estudios de la calle Gelly.

Había dejado el auto en el estacionamiento del shopping, y Silvia, quien todavía no era mi esposa, me esperaba en el patio de comidas con un cliente que quería poner publicidad en el programa.

Estaba esperando que cambiara el semáforo de la esquina de Figueroa Alcorta y Salguero para cruzar la calle. Tenía el teléfono en una mano y un bolso en la otra. Estaba por bajar el cordón cuando de golpe se frenó, delante de mí, una moto con dos hombres arriba: el que manejaba usaba casco, el de atrás no.

El acompañante se bajó de inmediato, me encaró de una y sin decir agua va me dio un cabezazo y me partió la nariz al medio. Fueron cinco segundos. El mundo empezó a dar vueltas.

Cuando me quise acordar, ya se había subido a la moto y estaban lejos, a unas cuantas cuadras.

Fue así de sencillo como lo acabo de contar.

No hubo gritos, ni forcejeos, ni nada: se bajó, me pegó, y volvió a subir a la moto y se fueron.

Me hizo pelota la nariz.

No paraba de chorrearme sangre.

Estaba muy mareado.

Un hombre se apiadó y me ayudó a cruzar la calle.

Logré llamar a Silvia. Ella bajó a las corridas, se subió al auto y me llevó a la Clínica del Sol, en Juncal y Coronel Díaz, frente a la Plaza Las Heras, a metros del shopping Alto Palermo.

Me acomodaron la nariz con un "crack" que me hizo ver las estrellas. Y me dejaron en observación un par de horas.

El revuelo que se armó fue más grande que el daño que pretendieron hacerme.

Vino la policía y un comisario se comprometió solemnemente en encontrar a los agresores.

Pero nunca pude saber quién había sido.

Es cierto que sospeché, en un primer momento, de Coppola, porque un año antes, en 1995, había escrito el libro *Polvo de estrellas*, donde contaba algunas infidencias de él junto a Maradona.

Y mi sospecha aumentó porque una tarde recibí un llamado anónimo desde Salta. Fue cuando me contaron que un pibe rubio, jugador de rugby en esa provincia, de rasgos parecidos al que me tiró el cabezazo, se estaba jactando de haber sido el que me rompió la nariz.

Nunca investigué más.

Lo dejé pasar.

Por otra parte, en este país, es muy difícil que la Justicia encuentre a quien es capaz de hacer una cosa como esa.

¡Si después de veinte años todavía no se sabe quién mató ni quien mandó a matar al propio Poli Armentano!

Lo asesinaron en la madrugada del miércoles 20 de abril de 1994, antes de entrar en su departamento de Sinclair y De María, en Palermo, después de bajarse de su BMW. Un homicida le gatilló una vez en la cabeza con un revólver calibre 38 a metros de la puerta de su casa.

Apenas le alcanzó para subir los cinco pisos hasta su departamento: cuando llegaron los policías, la puerta estaba abierta y el cuerpo sin vida de Poli desparramado sobre un charco de sangre.

Cubrimos el caso junto a Andrea Frigerio en *El Periscopio*, hasta que un día nos citó el tristemente célebre juez de Instrucción porteño Francisco Trovato, el primero en llevar adelante la causa. El expediente pasaría después por las manos de veinte jueces distintos. La causa sería archivada sin culpables en 2006.

Trovato nos citó en su despacho a Andrea y a mí.

Quería saber de dónde había sacado la información un periodista al que invitamos al programa y que había asegurado que a Poli lo había mandado a matar la mafia.

El juez nos hizo ir a Tribunales a las 7 de la tarde, cuando caía el sol.

Nos atendió con el cigarrillo en la boca y sus famosos zapatos blancos, un fiel reflejo de lo que era la Justicia.

Nos pidió la fuente de manera insistente. Yo engrané y le dije:

—Antes que nada, usted debería saber que los periodistas protegemos a la fuentes si nos quieren suministrar información de manera reservada. Además, si quiere más información vaya y pregúntele al periodista que invitamos. No debe ser muy difícil encontrarlo para citarlo.

Trovato insistió. Nos pegó una apretada fenomenal. Recién cuando comprendió que no nos podía sacar información, la dejó ir a Andrea y me pidió que me quedara solo unos minutos más. Entonces, en un tono más amigable, me preguntó:

—Dígame Rial, ¿es cierto lo que se dice?

Yo miré para todos lados. No entendía adónde quería llegar.

—¿Qué se dice ?

—Que en el ambiente están las mejores minas.

Me quería morir.

Al tipo, lo único que le interesaba era quién era gato y quién no. Cuánto cobraban por hacerlo. Cuál era la más puta y cuál la más recatada.

No lo podía creer.

Me tomé la revancha tiempo después, en 1996, cuando hicimos *Paparazzi de noche*, por Telefé.

Incorporamos al programa un sketch titulado “El doctor Trogato”.

El tipo llamó para putear, fuera de sí.

Era un impresentable.

Fue destituido el 27 de diciembre de 1997 por haber recibido una coima de una empresa para archivar el expediente por la muerte de una chiquita de 5 años que se cayó por el hueco del ascensor de una obra en construcción.

La constructora le compró a Trovato un lujoso vestidor de casi 20 mil dólares.

Trovato se fugó a Brasil hasta que fue capturado, en abril de 1998. Estuvo preso durante dos años y ocho meses, cuando le dieron el beneficio de la libertad condicional, en abril del año 2000.

Pero no todas fueron espinas durante el año en que hicimos *Paparazzi de noche*.

También nos divertimos mucho, detrás y enfrente de las cámaras.

Me acuerdo, por ejemplo, de que, por sugerencia de nuestro productor general, Daniel Roncoli, empezamos a traer dobles a piso. En especial cuando los personajes grandes no podían o se negaban a venir.

Roncoli era un experto en detectar dobles e invitarlos a la tribuna. Y la verdad es que los tipos medían bien.

Teníamos dobles de famosos, como el de Bill Clinton, expresidente de los Estados Unidos.

El tipo laboraba de remisero, pero era igual.

Otro que nos rindió mucho, sobre todo durante el caso Coppola, era el doble del exrepresentante de Diego Maradona.

Pobre: el tipo laboraba de arreglar barcos y un día lo hicimos venir desde la mitad del río.

El asunto es que habíamos embocado al abogado Mariano Cúneo Libarona con Samanta Farjat en la esquina de la Esso de Libertador y Maure y necesitábamos alguien que hiciera de Coppola para reconstruir la situación y cagamos un rato de risa.

El doble del mismo Diego Maradona debutó, también, en *Paparazzi de noche*.

Un día lo mandamos a Colombia, para mostrarlo en un partido de las eliminatorias del Mundial de Francia de 1998 y cientos de personas se lo confundieron con el real.

De hecho, el doble de Diego todavía sigue trabajando de eso y no le va tan mal.

Una noche, este mismo tipo y la que hacía de doble de María Martha Serra Lima se me pararon de manos cinco minutos antes de salir al aire y me hicieron un planteo.

—Hoy no podemos salir al aire.

—¿Por?

—Estamos por armar un sindicato de dobles y lo hacemos para reclamar por nuestros derechos.

No lo podía creer.

Suponía que me estaban cargando.

—No, estamos hablando en serio. O reconocen el sindicato o no salimos al aire.

Me dieron ganas de cagarlos a trompadas. Pero solo les pregunté:

—¿Así que quieren abrir un sindicato de dobles?

—Efectivamente.

—Bueno: entonces váyanse ahora todos a la reverenda concha de su madre y no vengan nunca más.

Los tipos eran una risa.

Convocaron una reunión de urgencia, volvieron a los cinco minutos y anunciaron:

—La idea del sindicato de dobles acaba de ser desechada.

Eran los típicos personajes de los noventa en el mundo de la televisión.

No sé si tomaban o no cocaína de la buena, pero estaban volados de la cabeza y vivían, como la mayoría, la loca fiesta del 1 a 1 y de la pizza con champagne.

Me voy de América

—Me voy a la mierda. Me voy de América. Y me voy ahora —le anuncié a mi abogado

Rafael Cúneo Libarona.

Estaba adentro de mi auto, en la puerta del canal, listo para irme sin hacer *Intrusos*, que debía empezar en cuestión de minutos.

—Aguantá, Jorge, no te vayas —intentó detenerme.

—No, no aguanto más. Me voy. No me pueden tocar el culo de esa manera.

—Ok. Andate. Pero no te vayas así.

—¿Y cómo querés que me vaya?

—Mandá a un escribano para corroborar que tu intención es hacer el programa pero no en las condiciones que te exige el canal. Si te vas ahora mismo, la empresa va a aducir abandono de laburo y va a ser un quilombo negociar la indemnización.

Me volví a bajar del auto y mandé llamar a un escribano. Así empezó uno de los días más difíciles de mi vida profesional.

El día en que abandoné *Intrusos* y me fui de América TV.

Sucedió el lunes 23 de mayo de 2011.

Estaba listo para presentar una de las coberturas anuales más esperada por los seguidores de *Intrusos*: la entrega de los premios Martín Fierro, que se había realizado la noche anterior.

Somos, sin lugar a dudas, el programa más crítico de este premio de la radio y de la tele.

Para mí APTRA (Asociación de Periodistas de la Radio y la Televisión Argentina) tiene menos importancia que un club de bochas. No influye en nadie ni en nada. Para lo único que sirve es para entregar los premios, una vez por año. Premios que, para colmo, siempre estuvieron, y siguen estando bajo sospecha.

Cuando me piden que argumente por qué APTRA no sirve para nada, siempre pongo el ejemplo de la Ley de Medios.

Se supone que el gobierno hizo ronda de consultas con decenas de organizaciones vinculadas a los medios de comunicación. Llamaron hasta a las universidades más desconocidas, ¿no?

Bueno, a los socios de APTRA ni los llamaron por teléfono. Ni les mandaron una carta. Ni los invitaron a ninguna comisión del Parlamento para exponer. Ni siquiera para hacer número. Es que APTRA es un sello.

Un poco menos que un sello.

Un sello bajo sospecha de corrupción y favoritismo.

¿Saben ustedes a qué le dedicaron toda su vida la mayoría de los socios de APTRA?

A recibir dádivas y prebendas de canales, radios y de algunos periodistas y artistas con el único objetivo de asegurarse un voto, una nominación o la entrega de un Martín Fierro.

En APTRA, los casi cien socios —digo casi porque en realidad son noventa y uno— no eligen a los nominados ni a los ganadores de una manera transparente. El mecanismo no es tan difícil de comprender: los que mandan son cinco o seis socios. Se transforman en la voz cantante a la que los demás siguen u obedecen. Los lobbistas piden a las radios, los canales, los periodistas y los artistas “especies” y luego las reparten entre los socios “repetidores”. Puede ser dinero, iPad o productos de canje por publicidad.

No se cómo estará funcionando “la vaquita” durante los últimos años, porque los canales están empobrecidos y las radios apenas subsisten. Sí sé que en mayo de 1995 la entonces tesorera de APTRA, Norma Vega, fue separada de la Comisión Directiva porque se había comprado un Renault 4 a un precio astronómico, como si fuera un Mercedes Benz. La echaron a ella y a casi toda “la plana mayor”. Recuerdo que estaba Manlio Accinelli y también lo obligaron a renunciar.

Por lo demás, fueron públicas las sospechas sobre el Martín Fierro de Oro que ganó Nicolás Repetto por su exitoso ciclo *Fax*, en el 1992. Todavía se dice que le habría costado 80 mil dólares, y que ese monto habría sido abonado, en efectivo, por el productor de Repetto, Raúl Naya. En 1998, el ganador del Martín Fierro de Oro resultó *Fútbol de Primera*. En esa oportunidad también se aseguró que los socios de APTRA fueron “recompensados” por el resultado de la votación.

APTRA es trucha.

APTRA es sospechosa.

Por eso, para mí es un orgullo que APTRA me haya ignorado o que me forree.

Siempre llevé como una cucarda en el traje el hecho de que, durante años, jamás me hayan nominado.

Rompieron “el invicto” en 2013, por *Ciudad Gotika*, mi programa de radio en La Red.

Sin embargo, ni bien me enteré, renuncié públicamente a la nominación. Los socios, en vez de aceptarla, intentaron volverse a forrear. Porque la mantuvieron, y lo hicieron a propósito: ellos y yo sabíamos que no me iba a poder llevar el Martín Fierro a mi casa de ninguna manera.

El descrédito del Martín Fierro tampoco es un invento mío.

La poca transparencia de las votaciones se puso en evidencia una y otra vez a lo largo de los años.

Nunca me voy a olvidar, por ejemplo, de la entrega de premios del año 2000.

Yo conducía *Paf!*, y en el panel me acompañaban Marcelo Polino, Marcela Coronel y Lito Pintos, entre otros.

Dos horas antes de la ceremonia, cuando se suponía que todavía nadie tenía que saber quiénes eran los nominados y los ganadores, pusimos en el aire, y por anticipado, los resultados definitivos de jocho temas completas!

Correspondían a los programas del año anterior, 1999, y a la ceremonia de entrega la condujo Guillermo Andino, por Canal 13.

Fue un escándalo.

Fueron las siguientes:

* Mejor animación y conducción masculina: Nicolás Repetto.

Compitó con Marcelo Tinelli y Dady Brieva.

* Mejor programa periodístico: *Día D*, conducido por Jorge Lanata.

Compitó con *Caiga Quien Caiga* y *Punto.Doc*.

* Mejor labor masculina en programa deportivo: Fernando Niembro.

Compitó con Quique Wolff y Adrián Paenza

* Mejor programa deportivo: *El equipo de Primera*.

Le ganó a *Fútbol de Primera* y a *Carburando*.

* Mejor conducción periodística masculina: Enrique Llamas de Madariaga.

Compitó con Mario Pergolini, Jorge Lanata y Eduardo Aliverti.

* Mejor noticiero: *Telenoche*.

Competió con *América Noticias 19 horas* y *América Noticias 21 horas*.

* Labor periodística en Radio AM: Nelson Castro.

Estuvo temado junto a Daniel Hadad y Marcelo Bonelli.

* Labor en programa deportivo de radio: Gonzalo Bonadeo.

En ese tema estuvieron Enrique Chequis Bialo, Alejandro Fantino y Quique Wolff.

Preparamos las placas a las cuatro de la tarde, porque ya sabíamos quiénes serían los ganadores. Así de secretas y transparentes eran las votaciones de los premios Martín Fierro.

Después de semejante fraude, a alguien en APTRA se le ocurrió implementar un sistema informático. Tuvo como objetivo aparentar la transparencia que no tenían los anteriores. Lo bautizaron *el sistema anti-Rial*.

Pero no les funcionó.

Casi todos los años pudimos conseguir con mucha anticipación los resultados finales.

Por todas estas razones los televidentes esperan la cobertura que *Intrusos* hace cada año de los premios Martín Fierro.

Y aquel lunes 23 de mayo no podía ser la excepción.

Por eso me puse loco cuando mi productora me informó, media hora antes de salir al aire, que, por orden de las autoridades del canal no se podía hablar de la ceremonia.

La reunión se había realizado en el Hilton. Había ganado el Martín Fierro de Oro un unitario de Canal 13, llamado *Para vestir santos*. Además, el canal que programa Adrián Suar se había llevado nueve estatuillas en diferentes rubros.

Ya teníamos todo armado.

La cobertura. Los móviles. Las críticas.

No entendía las razones ni los argumentos por los que no podía hablar del Martín Fierro.

Entonces exploté:

—¡Esto es una falta de respeto! ¡Nadie se merece que le toquen el culo así!

Es verdad: se me salió la cadena.

Nadie me pudo controlar.

No quise permitir que nadie me manejara el contenido del programa.

Y menos en un tema como ese.

Un tema y una cobertura donde siempre habíamos sido críticos. Y siempre nos había ido muy bien.

—¿Qué está pasando? ¿Hay una conspiración en nuestra contra? ¿No quieren que llegemos a los dos dígitos con un contenido que siempre nos rindió? —grité, dentro de mi camarín.

Empecé a ver fantasmas por todos lados.

No me importó correr el riesgo de quedarme sin laburo.

Lo único que deseé en ese instante fue irme del canal.

Bajé del camarín al estudio casi sin tocar el piso.

Me pusieron el micrófono y la cucaracha y cuando tomé conciencia de que no teníamos material para reemplazar el que no nos dejaban emitir, me arranqué todo y me fui a la mierda.

El piso de *Intrusos* se congeló.

Y al mismo tiempo se llenó de tensión.

Luis Ventura fue el primero en imitarme.

—Si se va el Gallego, yo no tengo nada que hacer aquí —fue su grito de guerra, al abandonar el estudio.

Se levantaron todos mis compañeros, en solidaridad conmigo.

Hubo unos minutos de confusión, hasta que el canal manoteó una “lata” y puso en el aire una repetición de *Ran 15*, el programa que en ese momento conducía Luis Rubio, los sábados a las 21.

Fui a paso firme desde el estudio hasta mi auto, llamé a mi abogado, recibí sus instrucciones y me paré en la puerta del canal, sobre la calle Fitz Roy.

Los empleados y los encargados de seguridad del canal no entendían nada.

El escribano llegó en cuestión de minutos.

Me acompañó al estudio y allí certificamos el acta que dejó constancia que no fue mi intención abandonar mi lugar de trabajo, sino que me vi afectado por la pretensión del canal de querer manejar el contenido de mi programa.

Enseguida, las autoridades de América tomaron conciencia de lo que estaba sucediendo. La respuesta fue inmediata: mandaron al escribano en segundos otra vez a la calle.

Entonces Cúneo Libarona me volvió a llamar y me siguió marcando los pasos:

—Si ya firmaste el acta, mandá una carta documento, dejá todo asentado y volveme a llamar.

Llegué a mi oficina de la calle Jorge Newbery, en Belgrano, luego mandé la carta y volví a leer la copia. Era una locura: pedía, palabra más, palabra menos, la rescisión del contrato.

Lo reconozco: fue una gallegada.

Una calentura desmedida.

Un problema de mala comunicación que nunca debió haber dado lugar a semejante quilombo.

El otro problema fue que Daniel Vila también se calentó.

Y se calentó tanto o más fuerte que yo.

Justo un rato antes de la llegada del escribano, me había empezado a explotar el teléfono.

Eran los oportunistas de siempre.

Los que intentaban, con un golpe de teléfono, sacar amplio provecho de la situación.

Uno de los primeros fue el Gallego Francisco Paco Mármol. Hace un par de años se mudó a las oficinas de C5N, contratado por Cristóbal López. Pero en ese momento, todavía estaba en “el canal de las pelotas”.

—Vente para Telefé, Jorge. Aquí tienes un lugar para hacer lo que tú quieras.

Una parte muy importante del medio enseguida se solidarizó con mi situación, pero yo no especulé ni un minuto. Es más: al otro día fui a radio La Red e hice el programa como todas las mañanas, con la intención de separar la paja del trigo.

—Tuve problemas con el canal, pero no con la radio—dije en el aire, para que nadie creyera que estaba haciendo una locura.

Después de haber mandado la carta —una verdadera declaración de guerra— escribí, desde mi cuenta de Twitter.

—América es mi casa. Y nadie renuncia a su casa. En todo caso uno se va cuando le cambian la cerradura.

No fue suficiente para enfriar las cosas.

Vila estaba a las puteadas con el Grupo Clarín.

La Ley de Medios había desbarajustado todo.

No quería poner en la pantalla de América nada que tuviera que ver con Canal 13.

Daniel, a mi criterio, se ennegueció, porque yo siempre compartí la mayoría de sus argumentos en esa batalla, y nunca fue mi intención promocionar la entrega de los premios Martín Fierro. Él creyó que hablar de ellos era promocionarlos. Pero yo siempre los había criticado y no entendía por qué no podía comprender mi posición.

¿Cómo no iba a ser crítico de APTRA para Canal 13, si siempre lo había sido, incluso, cuando a la entrega de los Martín Fierro la transmitió América?

En 2003, por ejemplo, produje un programa llamado *Horizontal y Vertical*. Salía todos los domingos a las 23, por América. Lo conducía Carlos Polimeni.

Una noche, hicimos un programa entero criticando a APTRA y los Martín Fierro. Solo había un pequeño problema. La entrega de los premios estaba a punto de ser transmitida por América.

Todavía estaba al frente de la programación Juan Cruz Ávila. APTRA pidió que levantarán nuestro programa. Y América lo levantó. Es decir: tuvimos que comernos esa galletita.

Por eso no estaba dispuesto a comerme otra.

La tarde en que renuncié, cerca de las siete de la tarde, hablé, finalmente, con Daniel Vila.

El que terció fue Gabriel Hochbaum:

—Dale Jorge. Dejate de joder. Llamalo. Llámense. No sean pelotudos.

El que lo llamó fui yo:

—¿Dónde estás, Daniel?

—En el canal.

—Esperame, voy para allá, estoy cerca.

Nos sentamos frente a frente, cara a cara, en su oficina.

Él me dijo, en un tono fuerte, tenso, que no le había gustado mi actitud. Que no se bancaba el hecho de que me haya ido así, con un escribano metido dentro del canal.

Yo le contesté que a mí tampoco me había gustado su actitud.

Nos puteamos muchísimo. Lo hicimos durante largos minutos.

Después de que nos sacamos las ganas, bajamos las revoluciones un poco.

Le dije que había mandado una carta documento, que le llegaría al canal al día siguiente, y que no me importaba nada. Le expliqué que lo único que iba a hacer era defender el contenido de mi programa y que siempre había tenido una misma línea editorial:

—Mirá Daniel, la historia de *Intrusos* demuestra que siempre fuimos críticos del Martín

Fierro. Siempre. Ahora no va a ser la excepción.

Vila me explicó sus razones. Yo las entendí. Y creo que él también entendió, porque al final transamos. A los dos días, el miércoles 25 de mayo, hicimos la cobertura que teníamos preparada.

Anduvo, como siempre, muy bien.

Logramos más de 10 puntos de promedio.

Y yo volví a mi casa: América TV.

Susana, su hermano, el Mercedes trucho y los consejos de Menem

Hubo una época en la que casi no tenía límites profesionales.

Y me arriesgaba más de la cuenta.

Y le tiraba con todo a cualquiera.

Incluso a Susana Giménez, una de las grandes divas de la televisión.

Ahora que pasó el tiempo, con Susana me llevo bárbaro. Pero en los años noventa hice dos notas que la involucraron y que quebraron nuestro vínculo durante mucho tiempo.

La primera fue a fines de 1991.

Me había llegado la versión —también la tenía Luis Ventura— de que, en ese momento, uno de sus cuatro hermanos, Jorge Giménez Sanders, estaba internado en el hospital psicoasistencial José Borda.

Jorge padecía de esquizofrenia.

Nadie podía chequear la información, a menos que lo hiciera in situ.

Era casi imposible saber si era real o era otro de los mitos televisivos alrededor de las grandes figuras del espectáculo.

Lo primero que hice, cuando me llegó el rumor, fue pasarle la información a mi jefe de entonces, Lucho Avilés, quien conducía *Indiscreciones*, por Telefé. Para mí era una bomba. Pero a Lucho solo le interesaba su imagen y, en especial su peinado. Por eso, cuando le pedí autorización para investigar, solo musitó:

—Hacé lo que quieras.

Repito: no había manera de confirmar el dato a menos que alguien se metiera en el nosocomio. Pero era arriesgado. Más aun tratándose, ni más ni menos, que del hermano de la diva número uno de la televisión argentina.

Le pedí a Luis Toni, compañero de *Indiscreciones*, que me hiciera “inteligencia”:

—Luisito, andate al Borda a ver si es verdad o es chamuyo. Es la única manera de sacarnos la duda.

No solo fue, sino que se pasó toda la mañana allá.

Volvió a la tarde, con la excitación propia de haberse topado en sus narices con la primicia:

—Jorge, ¡es verdad! Lo vi, estuve con él.

—¡¡Qué?!

Al principio, pensé que era una joda. Pero, a menos que Luis se hubiera vuelto loco durante su estadía en el Borda, todo parecía indicar que la información era confiable:

—Sí, Jorge, me hice pasar por médico. Y me mandé. Pregunté por un tal Jorge Giménez Sanders, y me lo marcaron enseguida: “Ah sí, el hermano de Susana”.

Fue más fácil de lo que pensé.

—¡Me estás jodiendo Luis?

—No. Estuve hablando un rato largo cara a cara con él. ¡Es el hermano de Susana y dice que ella no va nunca a verlo!

Yo no me lo quería ni me lo podía perder.

Al otro día, nos mandamos de nuevo. Fuimos Luis, el camarógrafo y yo. El problema es que en esos años, la tecnología todavía venía en envase grande.

Es decir: no existían, como ahora, las cámaras chiquitas. Entonces, nos llevamos una U-matic enorme, que el camarógrafo guardó en su bolso. Era tan grande que quedaba el lente afuera. Además, no había manera de disimularla.

Pero nos mandamos igual. Nos entregamos al destino.

Algunos conocen solo parte de la historia.

Pero lo que nunca revelé es que, para ingresar, nos disfrazamos de médicos.

Solo espero que Susana, después de todos estos años, haya entendido mi adrenalina de periodista casi adolescente.

Es la primera vez que lo cuento: mandé a comprar tres guardapolvos blancos, impolutos, y entramos por la puerta grande como tres especialistas en medicina.

(Hay que reconocer, de todos modos, que en esos años era más fácil entrar al Borda que robarle un caramelo a un niño).

Caminamos por los pasillos hasta el lugar donde supuestamente se encontraba el hermano de la diva.

Y efectivamente, ahí estaba. Bien atento y con ganas de hablar:

—¡Doctor! —gritó ni bien reconoció a Luis Toni.

Era evidente que se acordaba que el día anterior había estado durante un rato charlando con él.

Entonces temí que todo se fuera al diablo en menos de un minuto.

También sentí ese consquilleo único que experimentamos los periodistas cuando estamos frente a algo que consideramos “grande”. Sin perder tiempo, le susurré a nuestro camarógrafo, el Pelado.

—¡Uy, la concha de su hermana, prendé la cámara!

Tardó segundos en prenderla y poncharlo.

La luz roja se prendió.

Y empezamos a grabar.

Jorge Giménez Sanders era esquizofrénico.

Y yo un loco sin límites.

Empezaba, tal vez, la nota más difícil de mi vida. Una de las que más adrenalina me ofreció. Pero también uno de los reportajes que más vergüenza me dio, cuando pude comprender que todo tiene un límite.

Lo repito una vez más: me arrepiento de haberme metido con un tipo enfermo. Fue una situación que me desbordó por completo. Y lo admito: si fuera hoy no lo haría.

Pero ese día, me sentí muy movilizadísimo cuando el hermano de la conductora empezó a responder mis preguntas, lejos del glamour de los estudios de televisión.

—¿Sos o no sos el hermano de Susana?

—Sí, soy el hermano de Susana, pero ella no viene nunca a visitarme. Igual yo la quiero mucho. Acá la vemos en la televisión todos los días.

—¿Susana no te visita?

—No, pero mamá sí viene.

Su madre, María Luisa Sanders —también mamá de la diva—, todavía vivía y lo visitaba, efectivamente, a menudo.

La nota estaba siendo todo un “éxito”.

Con Luis y el Pelado nos miramos como para grabar un rato más y lo hubiéramos hecho de no

haberse presentado un inconveniente.

Un inconveniente bastante serio.

Porque la mayoría de los internos nos empezó a reconocer de la televisión.

Después entendimos todo. ¿Cómo no nos iban a reconocer si se pasaban mirando todo el día la tele?

Y los locos eran locos, pero no boludos.

Primero me encaró uno, que me sacó la ficha enseguida:

—¿Vos no sos el que trabaja con Lucho?

Y después, todos los habitantes de ese gran pabellón, se dieron vuelta y asintieron.

—¡Ah, es verdad! ¡Este trabaja con Lucho! —empezaron a gritar por lo menos diez. Y todos al mismo tiempo.

Además de los gritos, sentí todas las miradas clavadas en mí.

No tuve miedo.

Solo la conciencia de que la nota se podía ir al diablo, porque la estábamos haciendo sin ninguna autorización.

Mi tranquilidad se transformó en alarma cuando se nos empezaron a venir todos al humo.

Entonces puse en práctica mi segunda gran jugada maestra.

Agarré, uno por uno, los seis o siete paquetes de Marlboro que había comprado para la ocasión, los abrí y empecé a lanzar cigarrillos de a montones, al mismo tiempo que le grité a mis compañeros:

—¡Rajemos ahora porque estos nos matan de verdad!

Vista en perspectiva, fue la mejor decisión que pude tomar.

Los locos se tiraban al piso y se peleaban por un par de cigarrillos, divertidos, como nenes que juntan golosinas tras el estallido de una piñata.

Jorge Giménez Sanders se había parado. Miraba la escena inmóvil.

No nos dieron las piernas para correr, hasta que por fin salimos del nosocomio, agitados y con el corazón latiendo a mil por segundo.

Insisto: no sé qué hubiera sido de nosotros sin los cigarrillos.

Volvimos al canal con esa exclusiva infernal.

Se la mostramos a Lucho Avilés, muy contentos y excitados.

Sin embargo, Lucho, prefirió guardárselo, y no ponerlo al aire, sin darnos ninguna explicación.

Y no solo eso.

Aproveché la circunstancia de mi viaje a las Cataratas del Iguazú contratado por los productores de *Los Exterminators IV, como hermanos gemelos*, con Guillermo Francella, para hacerme “desaparecer” del programa.

Yo tenía que hacer de mozo en un hotel de las Cataratas. Me habían dado una participación mínima. Sin embargo, en ese entonces, yo valoré el papel casi como un protagonista. Lucho aprovechó las circunstancias para “aconsejarme”.

—Andate y aléjate un poco del quilombo.

Nunca entendí demasiado a qué se refería. Sin embargo, me enojé, y mucho, por su negativa a poner la nota en el aire:

—Lucho, es una nota de la concha de la lora. La pantalla va a explotar.

—No insistas, Jorge, no la voy a poner.

Me respondió lo mismo varias veces, hasta que me cansé.

Después me enteré de los motivos de su negativa: Lucho se había embarcado en una pelea feroz con Gustavo Yankelevich, en ese momento el número uno de Telefé. Gustavo no lo dejaba irse a Canal 9 donde le estaban ofreciendo el oro y el moro. Y Avilés estaba enojado porque Yankelevich mimaba demasiado a Susana y Antonio Gasalla, las dos figuras estelares del canal.

Enorme fue mi sorpresa cuando Lucho, al final, despachado, pasó de Telefé a Canal 9 y lo primero que hizo fue poner en el aire la nota que le habíamos hecho al hermano de Susana.

Un mal jefe. Un mal compañero. Con una falta de códigos evidente.

Como siempre, se lo dije en la cara:

—Lucho, al final terminaste usando la nota para tu beneficio. Eso está muy mal. Eso no se hace.

El asunto transcurrió a fines de 1991 y fue el principio del fin de mi pelea con Avilés.

De hecho, me terminé yendo.

No lo aguantaba más.

Igual, Susana Giménez me odió, y tenía todas las razones del mundo como para hacerlo.

Como también me odió el día que encontré su cupé Mercedes Benz dorada 500 SE, escondida en la estancia de su pareja de entonces, Huberto Roviralta.

Pero ese no fue un golpe bajo.

Fue, para decirlo de alguna manera, puro olfato periodístico.

Susana estaba acusada de haber comprado ese auto con una licencia trucha de discapacitados.

El vehículo no aparecía por ningún lado.

Todo el periodismo estaba detrás de su huella. La versión era que todavía se encontraba en el país. Pero nadie sabía dónde.

A Susana la acusaban de perpetrar la misma maniobra que su expareja, Ricardo Darín: ingresar al país autos de alta gama con la ayuda de su importador, Cacho Steinberg. La licencia para discapacitados les permitía ahorrar mucho dinero en pago de impuestos y derechos de Aduana.

Todos los días aparecía un dato nuevo.

Era un verdadero escándalo.

El último había sido que Susana había pagado apenas 90 mil dólares por un vehículo que valía por lo menos el triple. Y para colmo el Mercedes 500 SE había entrado a la Argentina a nombre de un discapacitado llamado Cayetano Ruggiero.

La espuma de la noticia estaba empezando a bajar hasta que una tarde recibí el llamado de un policía, que trabajaba en Don Torcuato, al que había conocido años atrás en Munro, el barrio donde nací. Nos hablábamos de vez en cuando para cambiar figuritas sobre la vida. Cuando lo trasladaron le perdí el rastro.

Hasta esa tarde en que me llamó.

Son esos diálogos de película con los que soñamos los periodistas:

—Hola, Jorge, ¿cómo andás?

—Bien, ¿vos?

—Bien, todo bien. Te la hago corta: ¿querés saber dónde está el auto de Susana Giménez?

—Dale boludo, no jodas con eso.

—Te repito, ¿querés saber o no?

—Obvio, ¿cómo no voy a querer saber?

—Bueno, está en un campo de Roviralta, cerca de Luján.

—Dejame de joder. Todo el mundo vende carne podrida con el tema del auto de Susana.

—En serio. Estoy saliendo con una mina que labura para Roviralta y la cagó. La echó a patadas, no le pagó un mango ese hijo de puta. Por eso me contó, de despechada nomás, dónde está el auto.

—¿Vos estás seguro, no?

—Segurísimo. Confiá en mí. Pero mirá que te lo estoy tirando a vos y también al juzgado. Mi novia está hecha pelota, y yo a ese hijo de puta lo quiero hacer mierda.

Ese día aprendí que nunca hay que pelearse con la gente que trabaja en tu casa.

Te pueden hundir sin ninguna contemplación.

Corté la comunicación y mandé enseguida a un productor. Quería confirmar primero la existencia del campo.

Y existía. Se llamaba San Huberto. Quedaba en Luján, a la vera de la ruta 6, por una calle de tierra.

Más tarde me enteré de que el fiscal Martín Nickilson y el entonces juez en lo penal económico Enrique Lotero estaban persiguiendo el mismo dato y que, de un momento a otro, allanarían el campo de Roviralta.

Me levanté de madrugada.

Nos parapetamos en la tranquera del campo desde la seis de la mañana.

Lotero apareció una hora y media después, con sus secretarios y el personal policial.

—¿Qué hace usted acá, Rial?

—Parece que tenemos la misma fuente, doctor—canhereé un poco.

—Ya veo. Está bien. Quédese acá.

—Sí doctor, no hay problema. Lo único que le pido es que me deje entrar en algún momento.

—Primero ingresamos nosotros. Después, si no pasa nada raro, usted podrá cubrir la información.

En efecto: cruzaron la tranquera y se perdieron en la estancia.

Una hora después me encaró un policía:

—Parece que es su día de suerte, Rial: el juez dice que pase.

Entonces la vi.

Era el auto que todo el mundo buscaba.

Justamente donde debía estar: escondido en el establo de la estancia.

Días después, Darín me acusó falsamente de tirar fardos de pasto y paja en el establo para hacer el hallazgo más espectacular. Yo lo vi clarito. Sin pasto ni paja encima.

Ya era demasiado escandaloso guardar semejante cupe Mercedes en un establo para tapanlo con paja.

Por otra parte la cupé estaba escondida ahí desde hacía meses.

Me lo confirmó, en exclusiva, uno de los cuidadores del lugar. Y no se le movió un pelo.

—¿De quién es este auto?—le pregunté de entrada.

—Es de Susana. El señor Huberto lo trajo acá hace por lo menos cuatro meses.

Para qué los voy a engañar: fue otro de los orgasmos periodísticos de mi vida profesional.

También me sirvió para entender que Roviralta era un tipo raro: sus caballos dormían dentro de la casa, y los cuidadores en los establos. Nunca entendí por qué este empresario trataba a la gente así. Pero desde ese día lo desprecié todavía más.

El hallazgo precipitó el escándalo final.

Susana había intentado hacer desaparecer ese auto de mil maneras. Primero se lo había dado a su productor, Ovidio García, para que lo guardara en su casa del barrio porteño de Belgrano.

Hasta que no lo pudo soportar más.

Es que ese Mercedes Benz quemaba.

Más tarde lo llevó al campo de Roviralta, donde supuso que nadie lo encontraría.

Y pasó lo que pasó.

A Susana la procesaron por contrabando, pero le echó la culpa a Steinberg. Al final, para no terminar en la cárcel, tuvo que pagar una fianza de 10 mil dólares.

Darín la pasó un poco peor, pero al final también zafó.

Lo mejor de toda esta polémica historia fue el consejo de Carlos Menem, por entonces presidente de la Nación, quien para esa época gozaba de un poder casi absoluto.

Nunca lo había contado antes.

Es un buen momento para hacerlo.

Antes de llevarlo definitivamente al campo de Roviralta, Susana, desesperada, llamó a Menem por teléfono, para pedirle un consejo.

—Carlos, ¿qué hago con el auto?, ¿se lo entrego a la Justicia?

El jefe de Estado no se anduvo con vueltas:

—Pero no, Susana. ¡Tíralo al río y dejate de joder!

No exagero cuando digo que Argentina es un país generoso.

Un país donde el Presidente de la Nación le aconseja a la diva más grande de la televisión que tire al río el auto importado en forma ilegal que acababa de comprar, para hacer desaparecer el cuerpo del delito.

Por suerte, Susana no le hizo caso.

De eso, puedo dar fe.

Los monstruos que inventé

—Hay una chica que quiere hacer algo en televisión. Quizá la podemos meter en algún quilombo.

—¿Cómo se llama?

—Wanda Nara.

—Dejá de romper los huevos, Julián. No la conoce nadie.

Fue un mediodía de febrero de 2006.

Julián León, Aldo “El Tano” Albamonte —mis dos históricos productores de *Intrusos*— y yo comíamos unos churrascos en la parrilla a la que íbamos siempre, en Humboldt y Gorriti, en Palermo.

Julián me insistía con esa tal Wanda Nara. Yo no la había escuchado nombrar. Recién arrancaba su carrera como vedette con un papel menor en *Humor en Custodia*, la obra teatral que Beatriz Salomón encabezaba en Mar del Plata.

Wanda tenía 18 años. Y ningún escándalo mediático entre sus pergaminos.

Estábamos a punto de terminar el almuerzo cuando recibí un llamado de Fabio Cuggini, un gran amigo y uno de los mejores estilistas:

—Jorgito, estoy por la ruta 2 volviendo de Mar del Plata, y tengo una bomba para tirarte:

Maradona pasó la noche con una mina en el Costa Galana.

—Espectacular, ¿quién es la mina?

—Wanda Nara.

Le clavé la mirada a Julián y aparté el teléfono apenas de la oreja, mientras sentía la voz de Cuggini del otro lado de la línea:

—Julián, ¿cómo se llamaba la piba?

—Wanda Nara.

Apoyé el celular de nuevo en mi oído izquierdo. Volví a la conversación con Fabio, que seguía hablando solo:

—Contame más Fabio, contame todo.

Me entregó la historia en bandeja.

La materia prima, detalle por detalle.

Solo teníamos que producirla. Darle valor agregado al producto.

Diego Maradona había llegado a Mar del Plata para pasar unos días de vacaciones, y había revolucionado la temporada de verano.

Corté con Cuggini y volví a mirar a mi productor, que a esa altura no entendía mi euforia:

—¡No puedo creer lo que son las casualidades! ¡Justo que vos me hablabas de esa piba!

Llamala ya, Julián, ¡la puta que te parió! ¡Lo tenemos a Maradona con Wanda Nara!

Julián la llamó. Wanda atendió enseguida. Apenas se saludaron y mi productor me pasó el teléfono:

—Hola, Wanda, ¿cómo estás? Soy Rial.

Del otro lado de la línea, un silencio sepulcral.

Fue tal la sorpresa que ni pudo saludarme.

“Se desmayó”, pensé yo.

—Wanda, mirá, me acabo de enterar lo de Maradona...

Recién ahí reaccionó ella:

—Sí, bueno, pero no es tan así, en realidad no estuve con él.

—¿Pero estuviste o no?

—Bueno sí, estuve con Maradona comiendo, pero nada más.

—¡No importa Wanda! Vos estuviste con Maradona, ¡no me rompas los huevos!

A partir de ahí le empezamos a poner “valor agregado” a la historia.

Mientras hablaba conmigo, Wanda todavía estaba en la casa que Alejo Clerici, por entonces mano derecha, y el mejor amigo del Diez, alquilaba en Los Troncos, una de las zonas más exclusivas de Mar del Plata, en Playa Grande.

Instalamos rápidamente la cámara en la puerta de la casa.

Y, como saludaba el genial Tato Bores, “vermouth con papas fritas y good show”.

La hicimos salir a Wanda de esa casa en la que paraba Maradona. Fue esa famosa imagen en la que apareció con el calzoncillo que en teoría era de Diego (pero eso era un invento nuestro), mientras hablaba por teléfono conmigo.

La historia cerraba por todos lados, tenía todos los condimentos.

Nunca supimos si en realidad intimó o no con Maradona, o con Clerici, con ninguno de los dos. O con los dos.

Pero sí era verdad que había cenado con Maradona y que en esa casa de Los Troncos estuvo al menos un rato con el mejor futbolista de todos los tiempos.

Para colmo, el calendario no podía haber sido más conveniente para nosotros: era martes 14 de febrero de 2006, Día de los Enamorados.

Rompimos la tarde de *Intrusos*. La versión que dimos era que el astro y la vedette se habían conocido en la fiesta de la revista *Gente*, y que se habían ido juntos a pasar la noche a la habitación 1505 del hotel Costa Galana, frente al mar. Y de allí a la casa de Clerici, donde la hicimos salir en exclusiva para nosotros con el supuesto calzoncillo de Maradona.

Si la hubiésemos planeado con más tiempo, no nos habría salido mejor.

Maradona prefirió hacer silencio.

Y Wanda negó cualquier tipo de intimidad con el Diez.

—No pasó nada —dijo, dejando más sospechas alrededor de la relación.

Apenas volvió de Mar del Plata, la presentamos en sociedad en *Intrusos*. Cayó al estudio con unas Converse All Stars blancas, una remera y un jean. La mandamos a vestuario, la producimos, mucho más televisiva y, a partir de ese verano, la rubia explotó.

A los cuatro meses, volvimos a la carga.

“Todavía soy virgen, Maradona ni me tocó”, titulamos en *Paparazzi*, el último viernes de junio de ese año 2006, para que terminara de tocar el cielo con las manos.

Teníamos que encontrar alguna forma de llamar la atención, porque las cualidades físicas estaban intactas.

En esa nota, que causó un revuelo fenomenal, decía cosas como estas:

“En principio, vivo la virginidad como una virtud, pero a esta altura ya es una carga”.

“Defiendo la virginidad porque soy muy religiosa. Soy devota de Santa Teresita, voy todos los domingos a misa, rezo cada noche antes de dormir. Creo un montón en la Iglesia y en Dios. Fui a un colegio de monjas, y ahí incorporé que no se tiene sexo con cualquier chico solo por hacerlo”.

“Diego está obsesionado conmigo. No puede creer que le haya dicho que no, que no me pudo tocar un pelo. Y ahí le empecé a interesar más porque pudo percibir que yo era diferente a las demás. Está obsesionado conmigo”.

“Me hace llamar, me manda cosas, flores con mensajitos. Me dicen que me quiere ver. Que se quedó muerto conmigo, que se quedó loco. Me quisieron mandar al teatro un anillo y no lo acepté. Aceptar regalos o cobrar es lo mismo, es prostituirse”.

Era todo una burda mentira.

Lo de la virginidad de Wanda Nara fue un invento de Luis Ventura y de *Paparazzi*.

No sabíamos qué tapa hacer. Y ella fue la que empezó a joder con que era virgen. Y salimos con ese foco.

Tuvo tanto éxito que a las dos semanas la volvimos a poner en tapa.

Pero esta vez desnuda, con una especie de pañuelo largo en la cabeza, que apenas le cubría los pezones, bajo el título “¡Virgencita mía!”.

La bajada de la portada decía: “Pablo Echarri es el hombre que elegiría para regalarle mi virginidad”.

Se vendió como pan caliente.

Wanda, a quien no la conocía nadie, enseguida entendió cómo hacerse un lugar en este medio. Y lo entendió muy bien.

Al tiempo se filtró el video en el que se la veía haciendo gala de sus dotes con el sexo oral.

Después se paseó por todos los canales y las revistas de chimentos. Más tarde se casó con el jugador Maxi López y tuvo tres hijos con él. Se divorció con un escándalo internacional que involucró a Mauro Iccardi, por entonces excompañero de López en el Inter de Italia, con quien al poquísimo tiempo se puso de novia, y de quien quedó embarazada.

Ella se amoldó a la exigencia de los medios como nadie.

Pero Wanda Nara fue un invento nuestro.

Un invento de *Intrusos* y de *Paparazzi*, como lo fueron en su momento Silvia Süller o Nazarena Vélez, otros de los “monstruos” *made in Rial*.

A esta altura, los “monstruos” ya están todos inventados.

Süller, uno de los fenómenos más estridentes y exitosos de la televisión de los últimos veinte años, contó con una enorme mano nuestra.

Después de encontrar la fama a través de Silvio Soldán, con quien tuvo una relación de amor muy fuerte, la volvimos a reinventar a mediados de los 90 con Jacobo Winograd, otro personaje de la fauna chimentera porteña, al que ella le dedicó un tema musical: “El chizito de Jacobo”, por esa famosa frase de la exuberante blonda que blanqueó —o inventó— que Jacobo portaba un arma de corto calibre.

Corría 1997, los últimos años de la fiesta menemista, cuando creamos con Süller *Süllermania*, un disco en el que ella intentaba cantar.

En la portada se la veía con una peluca colorada, provocadora.

Los temas del CD eran doce, entre ellos el famoso “El beso seco”, “Caviar o Mortadela”, “Silvia te enamora”, “El dedo mayor” y “El equipo de la Süller”, además del hit del chizito.

La letra no tiene desperdicio:

Cuando él se acerca al lado mío, siento calor y siento frío, siento una cosa tan extraña, no puedo hablar es un delirio.

Su cuerpito, tostadito, petisito, ay papito qué olorcito.

Él anda siempre perfumado, luciendo coches importados, él solo tiene un defecto, después su cuerpo está perfecto.

Su chizito paradito, bien durito, ay Jacobito, ¡qué quesito!

Y cuando va Jacobo caminando por las calles, al grito de “¡Chizito!” todo el mundo está que arde.

Yo quiero conquistarlo, mucho más enamorarlo, decirle que yo quiero su chizito.

Ay Jacobito, ¡qué chizito!

Yo cobré derechos de autor por ese disco. Sí. Sé lo que están pensando: soy un verdadero hijo de puta.

Vendimos bastantes discos, y como el tema del chizito y el del “Beso seco” los pasaban en todos lados, cobré una suma nada despreciable.

En el fondo, me divierto.

Y no me meto en la vida de cualquier famoso.

Me meto en la vida de quien me abre la puerta.

Hay famosos que no quieren tener vida privada, y hay otros que sí, como el queridísimo Alfredo Alcón, brillante actor y director de teatro, que falleció en abril de 2014, a los 84 años, por una complicación respiratoria, después de luchar mucho tiempo contra una infección intestinal. O el genial Pepito Cibrián, otro de los maestros de teatro que dio nuestro país, que marcó la raya de lo privado, como hacen los perros, y le cerró la puerta a los medios.

El territorio lo marca el famoso, y si no te deja entrar, no entrás, no hay vuelta que darle.

El problema es como en los últimos años en la Argentina se deterioró casi todo, la farándula acompañó a ese fenómeno.

En los últimos tres, cuatro años, el único valor artístico que tienen para ofrecer algunos es su vida privada. Y cuanto más enrevesada, mejor. No tienen mucho más para mostrar.

Entonces te ofrecen su vida privada como si fuera un talento. Y acostarse con seis tipos o hacer quilombo hoy en día es tener talento.

Y a mí no me queda alternativa que divertirme con eso.

Una tarde, no hace mucho tiempo, habían venido a *Intrusos* dos ignotas, que ni siquiera me acuerdo el nombre, aunque creo que una era Violeta Lo Re, una de estas vedettes o modelos reconvertidas en actrices y conductoras que afloraron en la televisión durante los últimos años.

Las dos, en cámara, se peleaban por los minutos de aire, como si fueran dos estrellas

consagradas:

—Nena, yo hace una semana que estoy en el aire y vos hace solo dos horas nada más.

No podía creer la escena que miraba.

—¿Qué hago con estas dos acá? —pensaba, mientras el programa seguía.

Terminamos y encaré a mis productores:

—Chicos, ¿es necesario soportar esto?

—Midió muy bien, Jorge...

—Y bueno, que vuelvan mañana entonces, ¿qué quieren que les diga? Una va a tener un día más de experiencia y la otra dos horas más de aire. Van a ser más importantes que hoy, supongo.

La televisión que sigue el chimento también se degradó, como el país y como toda la televisión.

Pero esa televisión también es poder.

Y aunque parezca mentira hay gente que cree que trabajamos para la Secretaría de Inteligencia (SI).

No es un invento mío.

Elisa Carrió llegó a decir una vez que *Paparazzi* le había montado una guardia en la puerta de su departamento, y que por eso éramos parte de la maquinaria de la SI. La misma secretaria que este y todos los gobiernos utilizaron para amedrentar y extorsionar a políticos y empresarios.

Una noche, en *La Cornisa*, el programa de Majul, le dije a Carrió, en la cara, que era mentira lo que había dicho. Por supuesto no me contestó nada, porque yo tenía razón.

¿Para qué queríamos seguirla a Carrió? Seguramente sería algún fotógrafo de otro medio que le habrá dicho “soy de *Paparazzi*”.

Carrió no es nuestro target.

Lo nuestro es otra cosa. Nuestras estrellas son de otra constelación.

El caso de Nazarena Vélez no es muy distinto al de Wanda Nara.

Ellas se parecen en algo: ninguna de las dos tiene filtro, van para adelante sin medir las consecuencias, y exponen todo.

Pero Nazarena es una máquina.

Te atropella. Te pasa por arriba.

Es puteadora, sincera, muy vital, peleadora.

Y eso para la televisión es muy atractivo.

En marzo de 2006, por ejemplo, un mes después del boom de Wanda, Nazarena y Daniel Agostini, el exitoso cantante bailanero que por entonces era su pareja, se pelearon en el corte de *Intrusos*.

—Esto se terminó —gritaba Agostini.

Ella, en un momento, simuló propinarle un codazo. Era en el corte del programa, pero Nazarena sabía que todo se grababa.

Así es Nazarena: desnuda su vida privada sin ponerle límites.

Y a medida que ella se fue desvistiendo en televisión, casi siempre lo hizo en *Intrusos*. Por eso pegamos tanta buena onda de entrada.

Además, empezamos a tener un poco más de relación porque mi hija Morena se vinculó, de manera muy afectuosa, vía Facebook, con Bárbara, la hija mayor de Nazarena, producto de su relación con Agostini.

A partir de ese momento empezamos a escribirnos con frecuencia.

Yo nunca le había pedido nada.

Si se daba alguna nota, o lo que sea, se daba naturalmente.

Ella eligió venir a *Intrusos* dos meses después de la muerte de Fabián Rodríguez, su marido empresario que se quitó la vida el lunes 24 de marzo de 2014.

Fue una de las notas más difíciles de mi vida.

Ese episodio, que a Nazarena la quebró para siempre, lo cubrimos en *Intrusos* de manera muy respetuosa y con muy buena información.

Una semana Nazarena se había sentado a la mesa de Mirtha Legrand, el domingo 18 de mayo del 2014, y, frente a la diva de los almuerzos, rompió el silencio tras al suicidio de su marido.

Llevó el programa con muchísima entereza y dignidad: dijo que era un “león herido, un león que sale a pelear por sus tres hijos, con un dolor muy fuerte y desgarrador”.

Estaba muy golpeada, pero entera. De la misma manera se mostró en la revista *Gente*.

Pero en *Intrusos*, a la semana siguiente, fue diferente.

Primero me había llamado para pedirme perdón por no ir primero a mi programa:

—Quedé para ir a lo de Mirtha, ¿no te enojás? La otra semana voy a Intrusos.

—Está todo bien Nazarena, lo que vos quieras.

Según tengo entendido, la producción de Mirtha le pagó para romper el silencio con ella. Y no me parece mal.

Ella necesitaba muchísimo la plata. Su marido le había dejado una deuda de unos 500 mil dólares, y si ella volvió como volvió es porque de verdad necesitaba el dinero.

Estaba hecha pelota, desgarrada. Pero tenía esa necesidad.

A *Intrusos* no vino por plata.

Recuerdo muy bien ese viernes 23 de mayo.

Nunca vi algo igual en mi programa.

Nunca vi a una persona temblar tanto.

Quería tomar el vaso de agua, pero se lo tiraba encima de los nervios y de la angustia.

Tenía las uñas destruidas, los dedos lastimados.

La noche anterior al programa de Legrand había tenido que llamar a su peluquero para que la emprolijara y le recompusiera las uñas.

Nunca vi una Nazarena igual a esa.

Me encontré con una nota muy difícil, de las peores que me tocaron.

Y me tuve que comer las puteadas de los miserables de siempre, quienes me enrostraron:

—Hijo de puta. Te aprovechás de alguien que está mal.

La verdad es que no me aproveché de nada. Ella quiso venir al programa. Le pregunté una y otra vez si estaba segura y me dijo que sí.

La noche anterior había vuelto a *Los Locos Grimaldi*, la obra que protagonizaba junto a Miguel Rodríguez, Rodolfo Ranni y Georgina Barbarrosa, entre otros, y que había interrumpido por el suicidio de Rodríguez.

Apenas entró al estudio, nos fundimos en un abrazo conmovedor que me llegó a lo más profundo del alma.

Era una mujer destruida. Decía cosas como “me quiero quedar en la cama, no tengo ganas de salir”, y le afluaban sentimientos desgarradores.

En uno de los cortes, me dijo:

—Me quiero ir a casa, llamen a mi marido.

Y ahí se quebró.

Desvariaba.

Nunca pensamos que iba a decir eso.

Empecé a notar que cada vez estaba peor.

No paraba de llorar.

Se acercó su jefa de prensa. También Marcela Tauro, Marcela Baños, todos los que estaban en el estudio.

Nazarena pidió ir al baño. Y cuando volvió quiso seguir con el programa.

Pero no daba para más:

—Nazarena, no te quiero cagar. Cortemos.

Ya estábamos en el aire. Le di un abrazo, ella me lo devolvió con más fuerza, y terminamos la nota.

Son muy pocos, pero esos son los momentos en los que la televisión tiene corazón.

Estaba parado frente a una Nazarena absolutamente endeble.

Débil por donde se la mirara.

Era seguir adelante con una nota sin sentido. Cuando la abracé me di cuenta de que no daba para más.

Sentí su energía, como si me arrancaran el corazón.

Estuve todo el día fulminado.

Sentí su angustia en mi cuerpo. Fue muy fuerte.

Mucho antes de eso, Nazarena había estado un tiempo largo fuera de los medios. Tenía esa ciclotimia de ir y venir constantemente.

Durante meses, se metió para adentro y se guardó de los medios después de un *affaire* con Maradona.

Cuando conoció a Agostini, volvió a la tapa de las revistas a través de *Paparazzi*, con aquella portada que titulamos “La chica del momento”, esa frase que quedó inmortalizada y que le sirvió para reinventarse.

Hacía tiempo que no la veía.

Y cuando la volví a ver, estaba radiante:

—Qué linda que está Nazarena, que venga a *Intrusos*.

Y así, volvió una tarde al living del programa. Y explotó de rating.

Enseguida la hicimos portada de *Paparazzi*, de nuevo, totalmente desnuda y pintada con la bandera de Argentina en su cuerpo. Una edición que vendió más de la cuenta.

Esa fue la primera gran pelea con Agostini, un tipo que la celaba muchísimo. Ese fue el puntapié de la crisis del matrimonio Agostini-Vélez.

Por esa vidriera, por *Paparazzi* e *Intrusos*, Nazarena llegó a encabezar *El champagne las pone mimosas*, la obra de Gerardo Sofovich que brilló en la Avenida Corrientes.

Esa historia empezó en el quincho de mi casa, una noche, comiendo con Gerardo.

No había que ser muy vivo para darse cuenta de lo que generaba Nazarena. Era matemática pura.

—Jorge, ¿qué chica te vende más en tapa, y cuál te da más rating? —me preguntó esa noche Sofovich.

—Nazarena —respondí.

Otro producto de *Intrusos*.

El mercenario Gvirtz, el arrugue de Tognetti y el caso Ferriols

Me le fui al humo como un rayo.

Ni siquiera le dije hola. Solo lo apuré para comprobar si tenía lo que hay que tener.

—Levantate —le grité.

—¿Qué?

—Que te levantes, boludo, porque te tengo que decir una cosa bien cerca de la cara.

Diego Gvirtz se levantó de la mesa sin chistar, entre sorprendido y nervioso. Ni siquiera le dije “hola”:

—Decime, ¿yo soy un hijo de puta?

—¿Cómo me decís?

—Ya lo escuchaste, así que contestame lo que te pregunto. ¿Vos pensás que yo soy un hijo de puta? ¿Me considerás una mala persona?

—No, para nada.

—Entonces ¿por qué mierda me tratás como a un hijo de puta en esos programas de mierda que tenés?

—No, pará.

—¡No paro nada! Si querés pegame como profesional, pero no te metas más conmigo personalmente, porque entonces, el verdadero el hijo de puta sos vos.

—Bueno, perdoname, Jorge. Pero son las reglas del juego...

Me dio un abrazo falso y casi por obligación. Lo hizo para evitar que nos cagáramos a trompadas.

Igual, eso nunca iba a suceder, porque Gvirtz, además de ser un mercenario, es un cagón.

Aquel encuentro casual sucedió hace unos años, a un par de mesas de distancia, en Grappa, el restaurante de cocina italiana de El Salvador y Carranza, en Palermo.

Hacia rato que no nos veíamos, pero para él, eso era lo de menos. Porque cada vez que podía, me castigada duro y parejo desde sus programas *678* (TV Pública), *Televisión Registrada* (Canal 9) y *Duro de Domar* (Canal 9), tres chatarras al servicio del kirchnerismo que propala con su

productora Pensado Para Televisión (PPT), y financia con la plata del Estado. Solo para tener una idea, según él mismo tuvo que develar tras un fallo judicial que se lo exigió, 678 nos costó a los argentinos más de 24 millones de pesos en 2014.

No me extraña para nada.

A Gvirtz lo único que le interesó siempre fue la guita, nunca le importó otra cosa, aunque confieso que en los últimos años perfeccionó su habilidad para acomodarse bien cerca del que le da de comer.

No sé qué será de su vida cuando el kirchnerismo abandone la Casa Rosada, pero mientras escribo este capítulo, a fines de septiembre de 2014, me entero de que Gvirtz ya le está ofreciendo sus “fierros” a Sergio Massa, el enemigo número uno del kirchnerismo, con serias chances de ser presidente en 2015.

Será decisión de Massa aceptar o no el ofrecimiento del empresario televisivo, pero Gvirtz ya empezó a olfatear otros tiempos. Y por eso buscó acomodarse.

Es, sin lugar a dudas, el mayor mercenario de la televisión. Según la Real Academia Española, un mercenario es aquel “hombre que desempeña por otro un empleo o servicio por el salario que le da”.

A Gvirtz lo conozco muy bien, teníamos una relación bárbara. Éramos amigos, yo lo apreciaba muchísimo, y él decía que era recíproco.

Nos conocimos a mediados de 1999. Yo hacía dos años que estaba fuera de la televisión y él era un simple productor que increíblemente no sabía —y todavía no sabe— nada de televisión.

Ese año yo solo había hecho un especial para *La noche de Moria*, el programa de Moria Casán. El canal me había pedido que lo condujera yo porque Moria había decidido reunir a toda su familia ante la inminencia de la muerte de su entonces exmarido, Mario Castiglione. Estuvieron Moria, Castiglione, Sofia Gala, la hija de ambos, y la pareja de Moria, Luis Vadalá. Fue un programa maravilloso que dobló el rating habitual. Rosita Sueiro fue la de la idea, y me convocó. Se trata de una gran productora de tele. Le enseñó a conducir a muchas estrellas. Yo siempre le estaré agradecido.

La cuestión es que, mientras corría en su cinta, en su departamento de Nueva York, Eduardo Eumekian, entonces uno de los dueños de América, pensó que yo había regresado al canal de

manera definitiva.

Siempre tuve una excelente relación con Eumekian. Cada tanto, él me invitaba a comer a su casa de Avenida del Libertador. Nos teníamos, y nos tenemos, mucho respeto.

El que no me quería nada era el entonces gerente de programación, Alfredo Odorisio. La última vez que lo había intentado contactar, ni siquiera me había dejado entrar a las oficinas del canal.

Pero Eumekian, ni bien terminó el programa, lo llamó a Odorisio y le dijo:

—¡Qué bueno que Jorge volvió al canal!

Y Alfredo le tuvo que aclarar.

—No, solo lo invitamos a conducir un especial de *La Noche de Moria*.

Eumekian hizo como que no lo escuchó, pero se las ingenió para que Odorisio entendiera lo que le estaba diciendo.

—Por eso, ¡qué bueno que Rial volvió al canal!

Y Odorisio comprendió de inmediato. Porque me llamó casi al instante, resignado.

—Jorge, queremos que vuelvas al canal —me propuso.

Le respondí una media verdad:

—¡Uy! Qué casualidad. Justo me acaba de llamar Diego Gvirtz. Quiere reunirse conmigo para producirme un programa. Se lo suspendí porque tenía algo que hacer.

—Reprogramala. Yo después hablo con él. Es así como te digo: queremos que vuelvas al canal.

La verdad completa es que Gvirtz me había llamado para volver y yo no tenía muchas ganas de regresar a la tele.

En ese momento estaba laburando solo con Jorge Lanata, en la revista *Veintuno*, que el Gordo había fundado ese mismo año, y que ahora se conoce como *Veintitrés*, manejada por Sergio Szpolski, uno de los empresarios de medios K más oficialista. Un dignísimo competidor de Gvirtz: según los últimos registros oficiales, entre el segundo semestre de 2009 y el primer semestre de 2013, Szpolski, asociado al millonario Matías Garfunkel (dueños de los diarios *Tiempo Argentino* y *El Argentino*, la revista *Veintitrés*, las radios AM América, las FM Vortex y Rock & Pop, y el canal de cable CN23), recibió 391 millones de pesos de pauta.

Seguí el consejo de Odorisio y llamé a Gvirtz. Nos juntamos al día siguiente en el bar de la esquina de Blanco Encalada y Libertador.

Ese mismo día, después de la charla, nació *Paf! a la tarde*, un programa que fue un verdadero y estrepitoso fracaso.

Gvirtz era el productor general del ciclo.

Salimos al aire el lunes 1° de noviembre de 1999, de 17 a 18. *Paf!* era un magazine periodístico. Pretendíamos debatir temas de política, de deportes y del espectáculo: yo venía de hacer *El Paparazzi* y *El Periscopio*. No quería hacer más chimentos, al menos en aquel momento.

Dalmiro Sáenz, Quique Karpinsky y Connie Ansaldi eran los columnistas. Al programa pensábamos llamarlo *Preparen, apunten, fuego*, pero sonaba demasiado violento. Preferimos dejar las siglas y quedó *Paf!*

Paf! era un caos.

No tenía formato.

Y no lo tenía porque Gvirtz nunca entendió nada de tele. Solo se especializó en tirarle mierda a la gente sin poner la propia cara.

No habían pasado ni dos semanas de programa cuando lo encaré a Gvirtz, en el camarín:

—Diego, esto es un fracaso. Si no lo damos vuelta nos va a costar volver a la televisión.

La verdad es que yo ya estaba negociando la posibilidad de que nos dieran la noche. Quería hacer otra cosa. Por eso le sugerí:

—¿Por qué no hacemos un programa de debate? Pero debatamos todo: la televisión, los medios de comunicación y lo que pasa en el día...

—No, Jorge, no me gusta eso del debate. Estoy seguro de que no va a andar.

—Bueno, si vos no querés hacerlo, lo hago yo y listo.

Estaba embalado. La llamé a Rosita Sueiro, y me junté con ella en Carita Morena, un bar en Honduras y Humboldt. Le expliqué la idea para la noche, la temática de los debates, los panelistas, todo.

—Vamos para adelante —me contestó ella.

Y lo fui a ver a Gvirtz, apenas terminé de hablar con Rosita:

—Diego, si vos no querés, lo hago con ella, ya lo hablamos.

Era lo que necesitaba escuchar. Porque enseguida cambió de opinión.

—No, bueno está bien, hagámoslo juntos.

Arrancamos juntos con *Paf! a la noche* el primer día hábil del año 2000, el lunes 3 de enero, a las 9 de la noche, con la tapa de la revista *Gente* sobre los personajes del año. Tenía en el panel a Luis Toni y a Marcela Coronel. Hicimos un rating muy bueno, 8 puntos y pico.

A la tarde, en cambio, apenas habíamos pasado los 3 puntos. ¡Una locura! ¡El Pelado no lo podía creer!

Evidentemente era el horario, y el nuevo formato. Se lo había dicho a Gvirtz:

—Pelado, ponemos tres panelistas de un lado, tres del otro y tratamos los temas del día de la televisión, y listo.

No había que ser un genio para darse cuenta. Igual, a las pocas semanas, empezamos a discutir también los temas de actualidad. Y no bajamos de los 10 puntos.

Fue increíble lo que nos pasó

Pasamos del fracaso al éxito total en cuestión de semanas.

Metimos un par de notas muy buenas. Una fue una exclusiva con Zulema Yoma, quien había roto el silencio en televisión después de muchos años.

En paralelo, Gvirtz producía *Televisión Registrada*: el primer *TVR* que conducían Esteban Morgado y Fabián Gianola. En ese entonces no hacían demasiado rating y tenían problemas de dinero. En realidad, el que terminaba bancando a *TVR* era *Paf!*

Igual, estábamos locos. Decíamos y hacíamos barbaridades. Una noche, Carlos Ferro Viera, “Fierrito”, famoso relacionista público, íntimo de Diego Maradona, nos tenía que dar una nota, a través de un móvil, para hablar de las adicciones a las drogas de Diego y de Guillermo Coppola. En el momento en que estábamos por salir al aire le salió un pedido de captura de la Policía. Y lo hicimos igual. La verdad es que Fierrito estaba un poco loco. Nos hablaba en el móvil, arriba de un auto, dando vueltas por la ciudad, para que la Policía no supiera dónde estaba y no lo pudieran arrestar. Estábamos en vivo, transmitiendo con él, desde un auto. Nunca dijimos dónde estaba para que la cana no se lo llevara.

¡No teníamos límites!

Además, competíamos de una manera feroz con Chiche Gelblung, que conducía *Memoria*, por

Canal 9.

Chiche era una topadora.

Una noche nos enteramos de que la tenía de invitada, en exclusiva, a Mariana Nannis, la mujer de Claudio Caniggia. Nannis era una bestia. Lo que en la tele se denomina una invitada del carajo. Una fiel exponente del menemismo.

—Hoy Chiche me la pone —le dije a la producción.

Empezamos a pensar qué hacer para evitar la catástrofe.

Entonces se me prendió la lamparita.

Por un lado invitamos a Gonzalo Nannis, hermano de Mariana. Y detrás de él, pusimos a doce mujeres con una careta de la Nannis cada una.

Algunos se nos cagaron de risa, pero le ganamos a Chiche por 12 puntos contra 8. Gelblung se había gastado un fortuna para torcer el brazo, y nosotros con el hermano, doce caretas y sin poner un solo peso lo pasamos por encima.

Eso era *Paf!*

Hacíamos cualquier cosa para ganarle al 9.

Mil veces le enviamos un taxi a nuestro a un invitado que sabíamos que había cerrado con Chiche. Le decíamos que éramos de la producción de *Memoria* y, cuando llegaba a América, se le hacía tarde para llegar a lo de Gelblung.

Otro día nos enteramos de que Zulema Yoma había arreglado para atender por teléfono a Chiche. Entonces llamamos antes, dijimos que éramos de la producción de *Memoria* y la tuvimos una hora en el teléfono.

Chiche, esa noche, no se pudo comunicar con ella.

Con Gelblung siempre tuve y todavía tengo la mejor.

Pero en la tele competíamos como dos leones.

De ahí nació mi frase:

—No jodamos. Parecemos dos pelados peleándonos por un peine.

En esa época, Gvartz era mi amigo.

O por lo menos me decía que era mi amigo.

Vino varias veces a comer a mi casa.

Asistió al bautismo de una de mis hijas y compartimos más de una cena con nuestras mujeres.

Pero aun así el tipo me cuidaba poco y nada.

O mejor dicho: no me cuidaba como un buen productor debe cuidar a su conductor.

Un día llegué al canal quince minutos antes de entrar al aire y un productor me dijo:

—Tenemos una bomba. Vamos a hablar con la verdadera madre de Cristian Castro.

Yo, sin tiempo de chequear nada, apenas pregunté:

—Che, ¿pero la madre de Cristian Castro no es Verónica Castro?

—Noooo —me aclaró mi productor—. La verdadera es esta.

No me voy a olvidar nunca más de esa pobre mujer.

Parada, en el medio del pasillo, con un peinado de la década del sesenta y una cartera en la mano.

Me acerqué tímidamente a ella para darle conversación.

—Qué dolor más grande debe ser para usted que no la reconozcan como la madre de su hijo,

Cristian Castro.

—Sí, pero Cristian no es el único.

—¿Cómo que no es el único?

—Me pasó lo mismo con otros seis hijos.

Yo me puse blanco.

Era evidente que esa mujer no estaba en sus cabales.

O que se llamaba Castro de apellido y había perdido a siete, uno de los cuales se llamaba Cristian.

Salí como una tromba a encarar a Gvirtz.

—Diego, la puta que te parió. Esa mujer no es la madre de Cristian Castro. Tuvo un hijo que se llamó Cristian Castro, que es algo muy distinto. ¡Ustedes son unos hijos de puta!

—Tenés razón, Jorge, pero ahora no tenemos tiempo. Ni tenemos invitados.

—Sacarla al aire es una locura.

—Sí, pero peor es salir sin nada. Algo tenemos que hacer.

Y algo hice.

Remé durante todo el programa.

Y volvimos a meter 12 puntos de rating.

Pero así no podíamos seguir.

Aguanté hasta el 2 de octubre del mismo año 2000, el día en que un grupo comando entró a la planta de Aguas Argentinas, en Palermo y se robó un camión de caudales con 280 mil pesos de entonces. En el medio del atraco llegó la Policía y hubo un tiroteo que produjo cinco muertos: un ladrón, un rehén, un policía y dos custodios.

Fue una mañana terrible.

La gente no hablaba de otra cosa.

Entonces le planteé a Gvirtz que teníamos que hacer algo con eso.

Los delincuentes tenían armamento más sofisticado que la Policía y los custodios.

Entonces llamamos al comisario Gómez, un tipo canoso, gritón y medio loco.

El tipo vino con un arsenal.

Trajo ametralladoras cortas y largas.

Trajo Itacas.

Creo que solo le faltó traer granadas.

Antes de ir al corte, me calcé la Itaca al hombro y mandé la tanda. Segundos después se me acercó Gómez, un tanto inquieto.

—¿Qué le pasa, comisario?—le pregunté.

—¿Cómo? ¿No le dijeron que tenga cuidado?

—¿Cuidado de qué?

—Esa Itaca está cargada.

—¿Cómo que está cargada?

Empecé a gritar en el medio del estudio:

—¿Ustedes no se dan cuenta de que me pude haber matado al aire?

Cuando terminó el programa lo fui a ver a Gvirtz y le dije:

—Basta. No hago más el programa. Ustedes son unos locos. Unos irresponsables. No cuidan nada de nada. Para mí esto se acabó.

Casi al mismo tiempo, el director de programación de América, Sergio Ramírez, me había propuesto volver a hacer un programa de espectáculos. Las autoridades del canal estaban

preocupadas porque ya había empezado *Rumores*, con Susana Rocasalvo y Carlos Monti, y les estaba yendo demasiado bien.

Como a pesar de todo lo consideraba mi amigo, le hablé a Gvirtz y le dije:

—Me propusieron hacer un programa de espectáculos.

—¿De espectáculos? Hummm. No lo veo.

Un gran visionario, Gvirtz.

Porque así empezó, en enero de 2001, el programa de espectáculos más exitoso de la televisión: *Intrusos*.

Lo empezó a producir nada menos que Liliana Parodi, la actual gerenta de programación de América, quizá la mujer que más sabe de televisión en la Argentina.

Y Gvirtz siguió haciendo *TVR*, desde donde me empezó a pegar, al principio, de manera solapada.

Intrusos, al comienzo, no se despegaba del espectáculo.

Recién empezó a “marcar agenda” cuando mostramos el video de cómo la Policía se había llevado la falopa de adentro de la camioneta con la que Rodrigo Bueno se había matado seis meses antes.

En cuanto pusimos las imágenes en el aire, me empezaron a amenazar de muerte.

Entonces hicimos 12 puntos, y nos empezamos a instalar con fuerza.

Enseguida pegamos otra buena cuando Facundo Pastor contó por primera vez cómo se dio cuenta de que el cadáver que había visto era el del verdadero Alfredo Yabrán, acusado de haber mandado a matar al fotógrafo José Luis Cabezas, y que se suicidó en mayo de 1998, en su campo de Entre Ríos.

Intrusos siempre fue una máquina de televisión.

Por eso a *Rumores* lo doblamos en rating en menos de un año.

Y cada tanto metíamos notas imperdibles.

La aparición de Tamara, en un video con Rodrigo Bueno, fue una de esas.

Tamara Paganini fue después una de las grandes protagonistas del *Gran Hermano* que se empezó a emitir por Telefé en marzo de 2001.

Tamara salió segunda, detrás de Marcelo Corazza.

Con Tamara nunca bajamos de los 9 puntos.

Aunque la pusimos en el aire para mostrarla con Rodrigo, nos empezamos a dar cuenta de que a la que querían ver era a ella.

A partir de ese momento empezaron a desfilar, por *Intrusos*, exnovios, novios, padres, hermanos y todo lo que se relacionara con Tamara.

Más tarde estalló el caso de Malena Candelmo, el actual travesti que había sido también el chico del que el Bambino Veira había abusado, como en su momento probó la Justicia.

Después de todo eso *Intrusos* despegó y no se detuvo nunca más.

Al año siguiente, en 2002, entramos, con Gvirtz, en una guerra fría.

Juan Cruz Ávila, que encabezaba el directorio de América, me ofreció ser gerente de programación, un puesto que Gvirtz deseaba.

El Pelado nunca se terminó de bancar que me lo hayan concedido a mí.

Mientras tanto contrató a Lucho Avilés para reemplazarme en *Paf!*

A Lucho, en realidad, lo llamó por sugerencia mía.

Y a *Paf!* le cambió el nombre, primero por *Indomables*, y después por *Duro de domar*.

Digo esto para aclarar, de una vez por todas, que a Gvirtz nunca se le cayó una idea.

Que el formato de *Paf!*, *Indomables*, *Duro de domar* o el nombre que elija el lector fue, en realidad, una idea mía.

Porque lo único que Gvirtz sabe hacer bien es “archivo”. De televisión, pura y dura, no sabe nada.

La guerra fría se transformó casi en la Tercera Guerra Mundial cuando, siendo yo gerente de programación, hizo un informe tremendo contra mí.

No lo llegué a ver hasta el final.

Directamente fui al estudio a cagarlo a trompadas.

El Pelado salió corriendo porque alguien le avisó que yo estaba bajando para eso.

Subí y decidí renunciar a la gerencia de Programación.

Me fui solo.

Me pidieron que me quedara, pero no quise.

No llegué a permanecer ni un año, pero me fue muy bien.

Levantamos el rating del canal, lanzamos *Tumberos* con Ideas del Sur y la programación tuvo una repercusión inusitada.

El único problema siempre fue Gvirtz.

Porque usaba la pantalla para sus guerritas personales.

Le pegaba a *Día D* y Jorge Lanata se me venía a quejar a mí.

Le pegaba a *La Cornisa* y Luis Majul me preguntaba si lo hacía con mi consentimiento.

Me costó un tiempo comprender por qué Gvirtz es así.

Y es porque envidia a quienes les va mejor que a él.

El Pelado terminó de estallar por los aires cuando se fue de América dando un portazo y denunciando que le habían impedido poner en el aire a Mario PONTAQUARTO, el domingo 7 de agosto de 2005.

Fue cualquier cosa menos censura.

Gvirtz armó la denuncia con premeditación y alevosía.

Ni lerdo ni perezoso, emitió un comunicado durante la mañana del jueves 11 de agosto. Decía así:

Como consecuencia de los hechos que son de público conocimiento y que afectaron nuestra libertad de expresión, nos vemos obligados a rescindir los contratos que nos vinculan con el canal América TV. No obstante ello, agradecemos al canal la libertad con la que nos permitieron trabajar desde 1999 hasta la semana pasada.

Seis horas después, el canal hizo pública su posición:

América TV comunica a todos sus televidentes que en el día de la fecha ha recibido una notificación de Pensado Para Televisión (PPT), productora por los programas TVR, TVR edición especial e Indomables, mediante la cual la mencionada productora comunicó su decisión de resolver los contratos que la unían a América TV. En virtud de ello América TV se ve impedida de poner al aire el programa Indomables. Lamentamos mucho y pedimos disculpas a nuestros televidentes por esta decisión injustificada y abrupta de PPT, productora que ha iniciado sus actividades y ha crecido a través de la pantalla de América TV. Por el presente, América TV ratifica

su absoluta vocación por la libertad de prensa enmarcada en un total respeto a las instituciones democráticas.

Lo conozco muy bien a Gvirtz y sé que no hubo censura. Él armó todo porque ya tenía contrato firmado para mudar sus programas a Canal 13, e inventó todo ese escándalo para irse con el cartelito de perseguido.

Ni bien aterrizó en Canal 13 inició una campaña furiosa contra los Kirchner. Después, la historia es más que conocida: Néstor le puso la guita —mucho guita— y se transformó en el más furioso de los K.

Es una lástima, porque era mi amigo.

Aunque al final demostró que siempre mordió la mano de quien le dio de comer.

Por eso no tengo ninguna duda: cuando el kirchnerismo termine, él va a ser el primer antikirchnerista.

Pero no va a estar solo.

En ese proceso camaleónico, Gvirtz va a contar, como siempre, con sus soldados, tan genuflexos y cobardes como él. Siempre listos para defender lo indefendible. Para disparar contra el que le digan.

A uno de ellos, Daniel Tognetti, uno de los alfiles más leales del general Gvirtz, no lo molí a trompadas solo porque él se fue al mazo.

Fue en mayo de 2012. Recuerdo la escena como si fuera hoy. Cerré los puños y apoyé con fuerza los nudillos en la mesa, mientras me paraba e inclinaba el cuerpo hacia adelante. Quedé frente a Daniel Tognetti, ambos bien pegados, cara a cara. Él estaba demasiado pálido. Pero yo esperaba ese momento hacía varias semanas. No veía la hora de tenerlo frente a frente.

Le grité:

—Escuchame cagón, ¡cagón! ¿Sabés una cosa? ¡Y escuchame bien lo que te voy a decir, cagón! Te quiero recontra cagar bien a trompadas. ¿Entendés? Resolvamos esto como dos hombres, bajemos y caguémonos bien a piñas, ¡cagón!

Tognetti seguía pálido.

No atinaba a pronunciar una palabra. Juro que si a mí me dicen la mitad de las cosas que yo le

dije esa tarde, me levanto y lo recago a trompadas. O me caga a trompadas él, no importa. Pero quieto no me quedo.

Porque si un tipo tiene huevos, honor o algo de dignidad, no puede dejar que otro le diga eso justo en medio de la cara, te desafie a pelear así y no mueva un músculo.

Los abogados tampoco atinaban a abrir la boca.

Ni los míos, ni los de él.

Lo volví a invitar a pelear, no me importaba nada. Seguía con los nudillos apoyados sobre la mesa:

—¡Dale, boludo! ¡Salgamos a pelear! Ah. Ya sé: lo que pasa es que vos sos tan cagón que solamente le pegás a las mujeres. Eso sí que es bien de cagón. Y porque sos un recagón te quiero arrancar la cabeza, ¡hijo de puta!

La mediadora temblaba, pobrecita. Temblaba de verdad. No sabía qué hacer.

Esto no es una fantasía, ni un sueño, ni un programa de televisión.

Sucedió, tal como lo estoy contando en una sala de mediación en la Avenida Córdoba, entre 9 de Julio y Suipacha.

Tognetti, o “Tontognetti” como yo le digo, me había iniciado una demanda porque un tiempo antes había contado en *Intrusos*, y de hecho lo sigo diciendo, que él es un tipo un tanto violento con las mujeres. Un individuo con gustos sexuales un tanto fuertes, según me contó más de una chica. Un tipo generoso. Que da y recibe. Solidaridad que le dicen.

Lo dije así. Con las mismas palabras que lo estoy diciendo ahora. Él se ofendió, por supuesto, y me mandó una carta a documento. Y ahora quiero aclarar que lo dije porque tengo los nombres de las mujeres a las que golpeó. Lo de “Tontognetti” es buenísimo: no nos podemos meter con la vida privada de él porque se enoja. Pero él sí puede hablar barbaridades de mí en *Duro de Domar*, el mayor fracaso de la televisión argentina.

En fin.

La Argentina, como siempre digo, es un país generoso.

Pero no por eso me voy a transformar en un hipócrita.

Y voy a contar la verdad de este encuentro

Porque mi reacción no fue impensada o impulsiva.

Se los había avisado a mi abogado antes de subir a la audiencia de mediación. Les anticipé a Rafael Cúneo Libarona y Bernardo Beccar Varela, lo que iba a pasar. Estábamos en la puerta del estudio:

—Les voy a decir algo para que les quede claro. Yo subo a cagarlo a trompadas a este pelotudo. No subo a mediar un carajo. Quiero que lo sepan para que no se asusten. Yo subo y lo recago bien a trompadas

—Dale, Jorge, dejate de romper las pelotas, no seas boludo, me dijo cagándose de risa Cúneo Libarona.

Se lo tomaron en joda. Pero se los dije de nuevo.

El que avisa no traiciona:

—Se los anticipo, nada más. Yo subo y le arranco la cabeza. Después, ustedes hagan lo que quieran.

—Dale, Jorge, no lo tenés que hacer. Y no lo vas a hacer. Lo que debés hacer es subir, escuchar y dejamos trabajar a nosotros. No rompas más los huevos —me insistió Rafa, que seguía cagándose de risa, porque pensaba que, en el fondo, estaba todo bien.

Y subimos.

Nos sentamos Tognetti y yo frente a frente, los abogados de cada lado y la mediadora en una punta de la mesa.

El primero que habló fue el abogado de él:

—El honor de mi defendido fue manchado, y entonces...

Pero lo lo corté en seco:

—Doctor, todo bien con usted. Pero basta, no hable más por favor. Porque yo a su cliente tengo que decirle unas cositas.

Ahí fue cuando me apoyé en la mesa y lo invité a pelear.

¿Y saben lo que hizo “Tontognetti”? Nada.

Nada.

¿Lo pueden creer?

Ni abrió la boca.

Fue increíble.

Nunca vi una cosa igual. Parecía que se iba achicando en la silla. Yo lo seguía invitando a pelear a ver si reaccionaba:

—Hay una obra en construcción acá en la esquina, vamos los dos, solos, hasta que uno salga roto. ¡Dale, cagón, reacciona!

Habían pasado como dos minutos desde la primera puteada.

Y recién entonces reaccionó:

—¡Miren lo que me está haciendo, miren lo que me está haciendo! —gritó, como si fuera una mujer desamparada.

¡No dijo otra cosa! Ni siquiera se quedó a firmar el acta. Si le quedaba un poco de honor, aunque sea un poquito, por lo menos me tenía que meter un cabezazo.

Pero demostró que es un tipo que no se la aguanta. Alguien que quiso jugar en Primera División y que terminó en Atlas, por el equipo de la D de nuestro país. Lo único que pretendió, y sigue pretendiendo, es sacarme plata. Porque dignidad, lo digo y lo repito, no tuvo ni tiene. Si mal no recuerdo me pidió en ese momento, 300 mil pesos.

Parece que pretende vender muy cara su supuesta dignidad.

Así como les anticipé a mis abogados que lo iba a cagar a trompadas, también les dije que no me importa si el juicio sigue adelante.

Mejor.

Así se entera todo el mundo de la clase de persona que es.

Y que nadie suponga que yo soy un compadrito.

Al contrario. Si yo quise, antes de la demanda, hablar primero, en buenos términos, para aclarar lo que hubiera que aclarar.

Pero no se pudo.

Fue imposible.

El señor quería la plata y nada más.

Es que Tognetti siempre fue un hipócrita, un mentiroso un veleta y un caradura.

Pensar que cuando estaba en América, haciendo *Punto.Doc* me chupaba las medias. Me decía que era el mejor. Que no había otro número uno. Y que por eso me lo comentaba.

¿Cómo se transformó, no?

Pero no importa.

Tarde o temprano la vida nos va a volver a encontrar.

Todavía mis abogados, cada tanto, me recuerdan la locura que, según ellos, estaba a punto de cometer.

—¡Hijo de puta! ¡En serio estabas dispuesto a cagarlo a trompadas! —me encaró Rafa, una vez que bajamos por el ascensor.

—Yo les avisé, muchachos. Y ustedes no me dieron pelota. Se cagaron de risa. Creveron que iba en joda. Por las dudas se los vuelvo a advertir: en cuanto lo vea otra vez, frente a frente, lo cago a trompadas.

Cúneo Libarona se reprochó no haberme prestado atención. De hecho, más tarde recordamos juntos lo que había pasado en el bar de los tribunales de Comodoro Py, cuando un tipo me dijo algo como al pasar y yo lo encaré de una.

El tipo se limitó a hundir la medialuna en el café. Y ese día Rafa se dio cuenta de que no iba a ser un cliente cualquiera.

—No sos un cliente fácil, pero sí sos un buen amigo —me recuerda ahora, más de una vez, cuando nos encontramos.

Y el día de la mediación, me preguntó:

—¿Pero qué tiene Tognetti de especial? ¿Por qué le tenés tanta bronca?

Se lo expliqué como pude.

Es que “Tontognetti” es el único periodista con el que tengo problemas en serio.

Es algo personal.

El caso del típico garca y pelotudo.

Esa es la palabra: pelotudo.

Alguien que arrastra el karma de haberle hecho una cámara oculta al cirujano plástico Alberto Ferriols, ex de Beatriz Salomón, a quien le pusieron un travesti de camada para acusarlo en un programa de televisión.

Porque hay que decirlo con todas las letras: el gran responsable, el que hizo esa abominable cámara oculta fue él, “Tontognetti”, junto a su compañera Miriam Lewin.

Porque el periodismo es así.

La misma Lewin que denunció los abusos del sacerdote Julio César Grassi es la que filmó a un tipo solo porque le gustaban los travestis. Yo le preguntaría a Tognetti: ¿qué tiene eso de malo? ¿Qué tiene de malo que le gusten los travestis? ¿Acaso él no tiene gustos sexuales bastante particulares también? Quisieron manipular la información y dar a entender que Ferriols ofrecía su laburo a cambio de sexo.

Y esa porquería de cámara oculta le arruinó la vida y le costó el matrimonio a Beatriz Salomón.

No fue una denuncia periodística seria.

Fue un asco.

Y el gran responsable de todo fue Tognetti.

El cagón de Tontognetti.

El que pide plata porque no tiene ni un poquito de dignidad.

Algunos colegas me atribuyen la responsabilidad de haberle arruinado la vida a Beatriz y a Ferriols a mí, pero no pasa nada.

Estoy acostumbrado a que me juzguen como si fuera el peor de todos.

El único pequeño detalle, en este caso, es que están faltando a la verdad.

Porque yo no hice esa cámara oculta.

Y para ser todavía más sincero, debo decir que yo tampoco la pasé bien.

Que fue uno de los momentos más incómodos que viví desde que hago televisión.

Fue el miércoles 6 de octubre de 2004.

Ya había dejado la gerencia de Programación de América y todavía conducía *Intrusos a la medianoche*.

Esa noche, casi todos en el canal, sabíamos que *Punto.Doc* pondría al aire un durísimo informe sobre Ferriols, por entonces un reconocido cirujano plástico.

Sin embargo nadie sabía concretamente acerca de qué. Llamé por teléfono a Mario Pergolini y Diego Guebel, los dueños de Cuatro Cabezas, la productora que ponía al aire *el programa*. Se los pregunté una y mil veces. Juro por lo que sea que ninguno de los dos me quiso adelantar nada.

Salomón tenía la sospecha de que la cámara mostraría algo parecido a las supuestas cirugías clandestinas que su esposo practicaba en el consultorio particular.

Aparentemente, Ferriols le había adelantado que el programa había ido a buscar la práctica in fraganti de un delito, pero que no habían encontrado nada.

Tognetti y Lewin habían recibido la información previa de que Ferriols realizaba cirugías plásticas sin permiso.

Por eso plantaron una cámara oculta.

Para comprobar si era cierto.

Sin embargo, se encontraron con una primicia más escandalosa.

“Descubrieron” que Ferriols operaba a travestis y les hacía un descuento a cambio de sexo.

Hay que decirlo una vez más, en especial en este caso, donde los periodistas se presentaban como los reyes de la moral: se trata de una práctica controvertida, pero no de un delito penal; tampoco de un caso de corrupción con dinero público.

Es decir: morbo del peor.

Así empezó el detrás de escena de esa cámara oculta infame, que voy a contar en detalle por primera vez.

Desolada, desesperada, expectante, pero sin imaginar el verdadero contenido de la cámara oculta, Salomón telefoneó a Ventura para responder a la acusación ni bien terminara el programa de Tognetti:

—¿Podemos ir a *Intrusos a la medianoche* para responderle a la gente de *Punto.Doc*?

Luis, ni lerdo ni perezoso, aceptó enseguida:

—Lo mejor es que vean el programa, en el estudio, con nosotros, y después salgan a aclarar.

Para que se entienda bien: la actriz y vedette y el cirujano vinieron a *Intrusos* a desmentir algo que creían que era una cosa y al final resultó otra. Algo, para ellos, mucho peor.

Punto.Doc siempre salía grabado.

Apenas terminaba, empezábamos nosotros, en vivo. Esa noche armamos el estudio con la intención de ver juntos la cámara oculta, y prendimos las cámaras de *Intrusos* antes, para captar la reacción de ellos.

Dispusimos un sofá grande, en el que nos sentamos Salomón, Ferriols y yo.

El lugar estaba invadido por una tensión particular.

Todos suponíamos que no íbamos a ver nada bueno.

Pero nadie estaba seguro de lo que iba a ver exactamente.

Entonces pasó algo terrible.

De repente apareció, nítida, la imagen de Ferriols, franeleando con varios travestis.

Él los besaba y participaba del juego.

Al poco tiempo quedó suficientemente claro que el cirujano les estaba ofreciendo cirugías más baratas a cambio de sexo.

Ferriols se puso blanco.

Beatriz se quedó paralizada.

Fue como si estuviera mirando la muerte de un familiar, en vivo y en directo.

Todos nosotros quedamos en estado de shock.

Es que no lo podíamos creer.

Nadie hablaba. Y nadie hablaba porque nadie sabía qué decir, ni qué hacer. No había la más mínima capacidad de reacción.

Salomón sintió en el cuerpo el peso de la humillación.

Y debió soportar frente a por lo menos quince personas, diez de las cuales no conocía, cómo su marido revelaba sus gustos sexuales, en tiempo real.

El clima en el estudio se volvió insostenible.

El tremendo silencio lo rompí yo:

—Beatriz, ¿se quieren ir?

No me dejó ni terminar la pregunta:

—No, de ninguna manera, nos quedamos acá.

Estaba entre perpleja y furiosa.

Golpeaba todo el tiempo su pie contra el piso, nerviosa. Al mismo tiempo hacía sonar la birrome contra el cuaderno que había llevado para anotar todas las imputaciones que después se encargaría de contestar, una por una.

Esa era la idea original.

Pero no pudo anotar absolutamente nada.

Solo se escuchaba el chasquido de la birrome contra el cuaderno, cada vez más fuerte:

—Tac-tac-TAC.

Parecía el ruido de un raro tambor resonando en un estudio de televisión en el que no volaba ni una mosca.

Mariano Cúneo Libarona, por entonces abogado de la actriz, no tardó en llamar:

—Beatriz, ¡andate de ahí ya!

El pedido de Cúneo Libarona se escuchó desde el auricular casi como un ruego.

Pero la Salomón no le hizo caso.

Les insistí, de nuevo, a ambos, para que abandonaran el estudio. Y lo hice aun sabiendo que el rating iba a explotar:

—Beatriz, váyanse. No tienen la obligación ni la necesidad de quedarse. En serio, esto es terrible.

—Nos quedamos, Jorge, y punto. Esto no puede quedar así.

Lo juro.

Nunca pensé primero en el programa.

Lo primero que pensé fue en ese pobre tipo, agobiado y aturdido, que seguía mirándose por la tele a los besos con travestis, al lado de su esposa y frente a miles de televidentes que no se despegaron de la pantalla hasta que terminó el programa.

Ni bien terminó *Punto.Doc*, empezó *Intrusos a la medianoche*, en vivo.

Solo recuerdo como arranqué.

—No tengo necesidad ni de aclarar que lo que acabamos de ver es terrible. Están, con nosotros, en vivo, Beatriz Salomón y Alberto Ferriols.

Como no podía ser de otra manera, hicimos una locura de rating. Estuvimos conversando una hora.

Y desde el principio supimos que no había manera de explicar ni de justificar lo que estábamos viendo.

Durante el primer corte, uno de los abogados del canal me llamó especialmente para darme instrucciones, porque imaginaba el escándalo que se venía:

—Jorge, lo único que te pido es que, antes de terminar, le preguntes si estuvieron cómodos.

También si necesitan algo más. Es una buena manera de evitamos un juicio.

Seguí sus sugerencias al pie de la letra:

—¿Dijeron todo lo que tenían que decir? ¿Están cómodos, se sintieron presionados?

¿Necesitan decir algo más?—pregunté.

—No —fue la lacónica respuesta de ambos.

Terminamos el programa, nos saludamos, y se fueron juntos.

Hay que decirlo con todas las letras: Beatriz Salomón, con una entereza envidiable, bancó, en público, a su marido, durante todo el programa. Después nos enteramos que en el auto de vuelta lo puteó en todos los idiomas. Pero mientras estuvo en el piso de *Intrusos*, lo defendió como una leona.

Esta es la pura verdad sobre el detrás de escena de una cámara oculta que los medios presentaron como una trampa de *Intrusos*, con la que no tuvimos nada que ver.

Hay un montón de testigos que pueden dar fe de que la que pidió venir al piso fue la propia Salomón y que más de una vez yo les di la posibilidad de levantarse y salir de esa situación incómodísima.

Insisto: fue uno de los momentos televisivos más duros de mi vida.

Porque fue terrible ver tan cerca la reacción de esa pobre mujer y de ese pobre hombre.

Y también comprendo, porque conozco las reglas de este medio, que era más fácil tirarme el fardo a mí, Jorge Rial, el peor de todos.

Yo, el creador de los monstruos televisivos más repugnantes. Desde Silvia Süller hasta el pibe Candelmo.

Pero, en este caso, los verdaderos responsables fueron Miriam Lewin y Daniel Tognetti.

Ambos eran y son adultos.

Ambos eran los conductores de *Punto.Doc*.

Yo, hasta ese momento tenía una buena relación con “Tontognetti”.

Me acuerdo de que después de los hechos, me lo crucé en los pasillos del canal y le achacué esa brutal cámara oculta. Él había dicho, como buen garca que es, que la idea había sido de la producción. Es decir, de Cuatro Cabezas. De Mario Pergolini y Diego Guebel. Pero, entonces, ¿para qué la había presentado? ¿Para qué se puso enfrente de la cámara y asumió el contenido del informe? Es más, si tenía las pelotas bien puestas y los principios éticos y morales tan arraigados ¿Por qué no renunció a la conducción de *Punto.Doc*?

—Flaco, asumí el error—le dije, en la cara.

—El error no fue mío —me respondió, sin hacerse cargo.

—Si nunca lo quisiste presentar, ¿por qué no te fuiste del aire? ¿Para qué te quedaste?—le pregunté.

No me contestó.

Se colocó en el lugar de víctima.

Pero, por suerte, al final, nadie le creyó.

Porque él presentó el *tape* sabiendo de qué se trataba.

Distinto fue lo mío.

Yo nunca supe sobre el contenido del informe antes de que lo pusieran en el aire.

A Ferriols y a Beatriz Salomón, por supuesto, Tognetti y Lewin les arruinaron la vida.

Ferriols, hasta el momento en que el país vio por televisión su jueguito con los travestis, era considerado un cirujano plástico serio y un buen profesional. Hacía, cada tanto, viajes por las provincias para operar a niños con labio leporino.

¿Qué importancia tenían, en ese contexto, sus gustos sexuales?

Varias veces me preguntaron qué hubiera hecho yo si hubiese tenido el material. Claro: con el diario del lunes todos somos el Papa Francisco, y Jesucristo también.

Si tengo que ser sincero, no lo sé.

De verdad.

No lo tengo claro.

Hubiera consultado con nuestros abogados. Lo hubiera puesto en contexto.

Lo que sí sé es que, una vez puesto en el aire, me habría hecho cargo.

Y también sé que no fuimos nosotros, aunque nos quisieron colgar el San Benito.

Si alguna gente y muchos colegas nos siguen responsabilizando por algo que no hicimos, todo bien, estamos acostumbrados a que nos traten como si fuésemos una mierda.

Pero estaría bueno ya que son tan rápidos para levantar el dedo acusador, que por lo menos chequeen la información.

Lo mismo nos pasó después de la muerte de Juan Castro, el 5 de marzo de 2004.

Juan era un periodista irreverente, ocurrente, de los más brillantes, que explotó en la

televisión con *Kaos en la Ciudad*, en Canal 13, el programa con el que alcanzó la madurez profesional. Había arrancado allá, a finales de los 80, en la Rock & Pop, bajo el paraguas de Pergolini.

Nos acusaron de “un delito” que no cometimos.

Porque en realidad fuimos los primeros en revelar la verdad. Y eso, a la competencia, le duele mucho.

Desde el primer día explicamos que Juan no se había suicidado, sino que había tenido un ataque psicótico.

Es cierto que Juan Castro se tiró del balcón. Pero lo hizo porque sintió que se le estaba quemando todo el cuerpo y alucinó que abajo, en el piso, había una pileta.

Fue su psicólogo el que lo enloqueció.

Nosotros viajamos a Mar del Plata para encontrarlo. Y así pudimos contar toda la historia.

Y se mostraron los documentos que lo probaban.

Pero es más fácil matar al mensajero que reconocer un trabajo de investigación.

Más fácil y rápido decir que hicimos mal en revelar la intimidad médico-paciente que demostrar las causas de la muerte de Juan.

Porque nosotros somos considerados periodistas de segunda. Profesionales que solo corremos detrás de los chimentos.

Casi todos nos hicieron campaña en contra casi todos.

Muchos periodistas y muchos artistas nos tiraron a la hoguera.

Nos hicieron mierda.

Una de las críticas injustas que más me dolió fue el editorial de Ernesto Tenembaum en la revista *Veintitrés*.

Fue tremendo.

Jamás pude entender por qué los propios compañeros de la revista donde trabajé no levantaron el teléfono para preguntar sobre cómo habíamos llegado a la conclusión de que Juan se había tirado del balcón porque estaba alucinando.

Lo mismo me pasó con el secuestro del padre de Pablo Echarrí, Antonio, en octubre de 2002. Yo todavía era gerente de programación de América.

En medio del secuestro, Echarri me llamó en persona. Estaba desesperado:

—Jorge, por favor sacame el camión de exteriores de América de la puerta de mi casa. Los secuestradores nos piden que se vayan los medios para poder liberar a papá.

—Cuelgo y le pido al gerente de noticias que se vayan.

—Por favor, Jorge, corre peligro la vida del viejo.

—Dalo por hecho —le prometí.

El gerente de noticias de América en ese momento era Eduardo Cura. Él, en principio, no quería saber nada con levantar el móvil. Levanté el tubo y nos puteamos un rato largo:

—;Sacá el móvil de ahí! No te digo que lo saques y lo traigas de vuelta al canal. Te pido que lo pongas a un par de cuadras del hecho, nada más. Cuando liberen al viejo de Pablo lo mandamos de nuevo.

Fuimos los primeros que quitamos el móvil de la puerta de la casa.

Los demás canales lo dejaron, hasta que comprendieron que estaban cometiendo un grave error.

Lo que hicimos era lo que correspondía. Y apenas liberaron a Antonio Echarri, después de siete días de cautiverio, en la noche del jueves 31 de octubre de 2002, volvimos a estacionar el móvil en la puerta de la casa familiar de Villa Dominico.

Esa noche, durante el programa de televisión que conducían en ese momento, por América Luis Majul, Marcelo Zlotogwiazda y Ernesto Tenenbaum, pusieron al aire las escuchas del caso.

Y nadie los criticó.

Resulta que, para los exigentes colegas, pasar las escuchas era puro material periodístico. Y entonces estaba bien.

Pero todo lo demás, en especial, lo que hicimos y hacemos nosotros, es una mierda.

Debemos ser una especie muy particular de mierda. O quizás a veces no olamos tan mal, porque cuando necesitan algo nos vienen a buscar.

Es algo que pasa todo el tiempo. En especial, con quienes nos señalan con el dedo.

Tarde o temprano toman decisiones peores que las que critican.

Recordemos si no la decisión de Cynthia García, actual panelista de 678 y columnista de Víctor Hugo Morales en su programa de radio.

Ella, que se la pasa levantando el dedo todo el tiempo, que nos da clases sobre el bien y sobre el mal, en su momento mostró las fotos del cadáver de Nora Dalmaso, uno de los casos policiales más enrevesados y mediáticos de los últimos diez años.

Dalmaso fue encontrada sin vida en su lujosa casona del country Villa Golf, en Córdoba, el domingo 26 de noviembre de 2006. La habían asesinado 36 horas antes. Su esposo, Marcelo Macarón, jugaba golf en Punta del Este, y el caso desnudó una red de complicidades familiares y de impunidad política que mantuvo al país en vilo durante meses. La escena del crimen, con vestigios de juegos sexuales y detalles escabrosos, fue la delicia de los medios de comunicación, y puso en jaque la ética periodística.

Cynthia García, visiblemente nerviosa, mostró en exclusiva, detalladamente, en el noticiero de América, las fotos del cuerpo de Dalmaso, en la habitación de su hija.

Desnuda, ensangrentada, con las piernas abiertas: así la mostró.

Sin ningún pudor. En la televisión abierta.

Repito: parece que los demás hacen periodismo y nosotros solo fabricamos mierda.

Pero en el caso de Salomón-Ferriols fue el revés, la mierda la fabricó y la puso al aire Tognetti; nosotros solo mostramos la reacción de los afectados.

Encima, cuando Salomón empezó un juicio contra Cuatro Cabezas, también intentaron meteme en el medio del quilombo.

Pero Tognetti no solo le destruyó la profesión y la vida a Ferriols.

También le derrumbó la carrera a Beatriz, quien a partir de ese momento no trabajó más en ningún lado.

De hecho, como también le inició juicio a América, le prohibieron la entrada al canal.

Y yo, el peor de todos, intenté arreglar las cosas. Pero no pude.

Un día senté a Salomón con su abogada, Ana Rosenfeld, y lo abogados de América.

Rosenfeld pedía una pavada millonaria para reparar y resarcir el honor de Beatriz.

El canal le ofreció 50 mil dólares y la posibilidad de volver a trabajar en algún programa.

Pero no hubo caso.

Su abogada se puso terca y fue peor.

En un momento, me fui a hablar a solas con Salomón. Le sugerí:

—Beatriz: con Cuatro Cabezas hacía lo que te parecía, pero estaría bueno que arregles con América. Te llevás una guita que necesitás mucho y te vuelven a dar aire en el canal.

—¿Te parece?

—Es la mejor opción. Ella te está defendiendo desde su realidad, no desde la tuya. La Rosenfeld tiene un yate en Punta del Este y un departamento en Nueva York. Para ella la plata que te ofrecen a vos no es nada. Para vos sí.

—Dejámelo pensar.

Lo pensó, pero no aceptó.

Todavía me arrepiento de no haberle insistido más.

Beatriz aún carga con su cruz. Y cada tanto, repite:

—¿Qué ganaron con hacer esa cámara? ¿Qué ventaja sacaron? A mí me destruyeron la vida. Me sometieron el escamio público. Todavía les estoy dando explicaciones a mis hijas sobre las cosas que les dicen y se van enterando. ¿Por qué los que me hicieron esto no asumen su error? ¿Acaso no son hombres?

En abril de 2014, en C5N, en el programa de Baby Etchecopar, la vedette reveló que después de que le pidió la separación, su exmarido, Alberto Ferriols, intentó suicidarse.

Y que casi lo consigue.

Es decir: el daño que hicieron Tognetti y Lewin no se terminó esa noche.

Se prolongó durante años y años.

Quizá, más allá del juicio, hubiese estado bueno que Tognetti hubiera asumido su error, de manera pública.

Pero Tognetti, como siempre, arrugó.

Y lo hizo en televisión como la hace en la vida.

Le voy a dejar de decir “Tontognetti” una vez que se haga hombre.

Cuando ponga sobre la mesa lo que tiene que poner.

Antes no.

Entre El Trece y Telefé, el día que volaron la AMIA

El día que volaron la AMIA, el lunes 18 de julio de 1994, me convocaron al mismo tiempo desde Telefé y Canal 13 para ofrecirme trabajo.

El primero en llamarme fue Hugo Di Guglielmo.

Director de Programación de Artear, hasta septiembre de 2001, Di Guglielmo fue, durante mucho tiempo, uno de los hombres fuertes de la televisión argentina.

Me lo adelantó por teléfono:

—Jorge, te queremos en Canal 13. Y te queremos ahora. ¿Nos vemos hoy?

—¿Hoy? Me parece un poco difícil.

—¿Por?

—¿No te enteraste? Acaban de volar la AMIA. Esto es un desastre. Juntémonos la semana que viene, mejor.

—No importa, Jorge. Reunámonos hoy, igual.

No me dejó alternativa.

Ese día, a las 9:53 de la mañana, un coche bomba había explotado en la puerta del edificio de la AMIA, en Pasteur al 600. Ochenta y cinco personas fallecidas y más de trescientos heridos fue el saldo de esa mañana fatal, inolvidable, dolorosa. El centro porteño estaba teñido por una cortina de humo. Se palpaba muerte y dolor en todas las esquinas de Buenos Aires.

Fue el atentado más brutal sufrido en la Argentina.

Sin embargo, Di Guglielmo, su segundo, el gerente de producción de Artear, Alejandro Piccinini y yo, éramos las tres únicas personas que estábamos almorzando en La Cabaña, un restaurante en Entre Ríos y Belgrano, a metros de Plaza Once, y bastante cerca de lo que hasta esa mañana era el edificio de la AMIA. Afuera, lo único que se escuchaban eran las sirenas de las ambulancias, y la sensación colectiva de que a partir de ese momento nos volvimos vulnerables para siempre.

Canal 13 me ofrecía tres veces más plata que los 7500 pesos/dólares que ganaba en América TV.

Di Guglielmo me prometía casi 35 mil dólares, el horario de las 5 de la tarde —antes de *Montaña Rusa*, que era un tanque—, y la libertad para hacer un programa de espectáculos con el nombre que quisiéramos.

Yo ya había registrado el nombre *Paparazzi*. Pero todavía hacíamos *El Periscopio*, con Andrea Frigerio.

Era una oferta más que tentadora. Canal 13 era como la NASA. Pero ese mediodía me fui con un mal sabor del almuerzo. No me había gustado el hecho de juntarme justo ese día:

—La puta que los parió, en el medio de este quilombo. Qué cagada —pensé cuando me despedí de Di Guglielmo.

El 13 era la NASA, es cierto, pero yo sentía que no encajaba ahí. Era un canal frío, no tenía nada que ver con lo que yo era y con lo que yo sentía a la hora de hacer un programa de televisión. Eso de entrar, pasar por los molinetes, registrarse todo el tiempo. Sé que para la mayoría de los que laburamos en la industria de la tele es difícil de entender.

Pero era una cuestión de piel.

Y a mí no me cerraba.

La decisión dependía solo de mí. Di Guglielmo y Piccinini me habían dado una copia del contrato.

Tenía que haber sido un día importante en mi carrera.

De nuevo.

Uno de los canales más importantes del país me venía a buscar, me ofrecía el oro y el moro, con una cifra cinco veces mayor que la que cobraba en América. Pero no me convencía. Y menos el día elegido para reunimos.

Pensé:

—Si a las autoridades del Canal 13 no los afectó que volaran la AMIA, ¿qué los puede afectar entonces?

Justo esa misma tarde me llamó Marcelo Tinelli:

—Jorge, quiero hablar con vos, ¿no tenés ganas de venirme a laburar a Telefé?

—¿Te tengo que responder ahora? ¡Acaban de volar la AMIA!

—No, claro. Juntémonos la semana que viene.

Y yo, que a esa altura no entendía nada, le dije que sí.

Fue todo muy raro. Al mediodía, los popes de Canal 13 me habían intentado convencer para que me vaya con ellos, y ahora recibía un llamado de Tinelli, que también quería convencerme para irme a Telefé.

Días después, nos juntamos con Marcelo en Lola, el restaurante de Recoleta que está frente al cementerio.

El mediodía estaba soleado, muy apacible, ideal para sentarse afuera.

Marcelo, muy vivo, llegó acompañado de Gustavo Yankelevich, el tipo que más sabe de televisión en la Argentina, entonces el hombre más fuerte de Telefé. El turro no me había avisado.

Era demasiado fuerte: estaba frente al conductor que dominaba la tele en esos días, y delante de una eminencia de la TV.

Si hay algo que Tinelli tiene es esa viveza para atraer a la gente. Un encantador de serpientes:

—Vamos a comer afuera, en la vereda, que está lindo —me convenció.

Había planeado todo. Nos sentamos en las mesas que estaban en la calle y toda la gente que pasaba nos venía a saludar. Hicieron toda una puesta en escena para engatusarme, como el día que Alberto Rodríguez Saá contrató extras en un shopping de Buenos Aires para mostrarse su cercanía con la sociedad delante de mí. (Pero eso ya lo conté con lujo de detalles en el capítulo 9 de la segunda parte del libro).

No podía parar de pensar en la situación en la que estaba:

—Putá madre, estoy con los dos tipos que más saben de televisión, que me vienen a buscar a mí para convencerme de irme a laburar con ellos.

Era como si ahora te llamara Lionel Messi para convencerte de ir a jugar con él al Barcelona de España.

Tinelli fue al grano:

—Queremos que te vengas para acá, ¿qué te ofreció el 13?

—El horario de las cinco de la tarde.

—Bueno, nosotros también te ofrecemos las cinco. Vení para acá. No seas boludo, Jorge, esto

es Telefé. La vas a romper.

Cuando salí de almorzar, más de dos horas después, tenía el ego más inflado que nunca.

No me importaba nada.

Era Telefé, un canal imposible de bajar, una topadora. Seríamos un producto de Tinelli, pero en el canal de la calle Pavón, el número uno.

El 13, entonces, y ahora también, tenía algo que yo siempre llamé “la enfermedad del segundismo”. Era segundo, no tenía forma de ganarle al 11.

Aunque debo reconocer que me porté mal con la gente de Canal 13, en especial con Di Guglielmo, que después, con razón, me hizo la cruz.

Pero no fue por maldad que no le respondí.

La verdad es que no me atreví a sentarme con él y decirle que no. No tuve las agallas para levantar el teléfono y decírselo. Di Guglielmo se enteró por los medios unas semanas después de firmar para la competencia.

Nunca me lo perdonó.

A partir de ese momento, cada vez que el canal hizo la edición de *Un sol para los chicos*, mi nombre fue borrado, tachado, e ignorado sistemáticamente.

Estaba literalmente prohibido.

En 1994, Tinelli todavía tenía su sociedad con Felipe Mc Gough. Se llamaba TM.

Funcionaban en Uriarte y Nicaragua, en Palermo, donde después se instalaría el estudio de Radio 10.

Raúl Fernández era uno de los socios de Marcelo en esa sociedad, y me junté una tarde con él, tras ese provechoso almuerzo en Lola. Subí con Fernández al primer piso: tanto él como Tinelli tenían dos oficinas enormes, muy ostentosas, plagadas de lujo.

No iba con ninguna cifra en la cabeza. Ganaba, como dije, 7500 dólares. Canal 13 me había ofrecido cinco veces más, pero mi idea era, como mucho, pedir el doble. Con eso me bastaba. Con 15 lucas agarraba viaje, pero me envalentoné cuando los escuché hablar de proyectos a futuro, y de millones.

Hablaba Marcelo:

—Bueno, Jorge, ¿cuánto querés ganar?

—35 mil dólares.

—¡¿Cuánto?!

—35 lucas, quiero 35.

—¡A la mierda!

—Yo valgo eso muchachos. Ese es mi precio.

Habré sonado convincente, y habré puesto cara de naípe, como si nada, porque ellos se miraron y se quedaron sorprendidos.

A esa altura, Eduardo Eumekián ya se había enterado de que me quería ir del canal, o al menos que tenía ofertas de los dos principales canales de televisión.

Eumekián siempre me quiso mucho, y es un tipo al que yo también quiero mucho.

Uno de los pocos que me bancó siempre.

Tanto me bancaba que me ofreció la misma plata que los demás, más la posibilidad de armar un canal de cable de espectáculos, una idea que siempre estuvo dando vueltas y era uno de mis viejos anhelos.

Pero no hubo caso. Yo ya me había calentado con Telefé.

A las 48 horas de la reunión con Tinelli me telefoneó Raúl Fernández:

—Jorge, están las 35 lucas que pediste. Ahora no tenés excusa.

Y tenía razón. No tenía ninguna. Me ponían sobre la mesa las 35 nomás.

—Es Teléfé, es Telefé, es Telefé —pensaba, además, a cada minuto.

Y al final acepté.

Y aterricé en el canal “de las pelotas” a mediados de 1994.

Fue un error grave. Debo confesarlo.

No porque me haya ido mal, al contrario.

En los números, en el rating, nos fue muy bien. Hacíamos 12, 13 puntos de promedio, estaba bárbaro.

Pero 1995 fue el año en el que empezó la pelea entre Tinelli y Yankelevich, porque Marcelo ya había firmado un precontrato con Alejandro Romay, “el zar de la televisión”, para irse a Canal 9.

Era un precontrato millonario y sería el gerente de programación del canal, algo que, al final,

por motivos que desconozco, nunca se terminó de concretar.

La cuestión fue que cuando Yankelevich se enteró, le empezó a hacer la vida imposible a Tinelli. Y uno de los que sufrió las consecuencias de esa guerra fui yo, y de la peor manera: nos empezaron a recortar el presupuesto.

El primer productor que tuvimos en el programa, que ya se llamaba *El Paparazzi*, fue Alejandro Stoessel, el histórico de Marcelo, con el que después, en 2009, terminaría distanciado y con un juicio laboral de por medio.

Pero Stoessel no me gustaba. Entonces le pedí a Tinelli que me lo cambiara.

Probamos con Claudio Villarruel, otro de los históricos de Marcelo, con quien, a medida que pasó el tiempo, también tuvo sus idas y vueltas.

—Tampoco me sirve, Marcelo —le dije al mes a Tinelli. Y también voló Villarruel.

Ahí es cuando empecé a producir el programa yo mismo.

Y nos empezó a ir bárbaro.

Cuando el número empezó a repuntar, nos recortaron el presupuesto cada vez más.

Por otra parte, la guerra entre Marcelo y Yankelevich era insoportable, y estaba a punto de estallar.

Y estalló.

En esas semanas, Yankelevich me cruzó en uno de los pasillos del canal:

—Está todo mal con Marcelo, Jorge, pero nos queremos quedar con ustedes, nos gusta mucho lo que hacen. Tengo una sola condición.

—¿Cuál?

—Tenés que echar a la mitad de la gente.

—Lo lamento, Gustavo, pero yo no echo a nadie. O nos quedamos todos o nos vamos todos.

—Bueno, la decisión es tuya, Jorge. Decidís vos.

—Así no son las cosas, Gustavo.

—Pensalo. Pero yo ya te dije lo que te tenía que decir.

El pasillo estaba todo alfombrado, el techo, el piso, las paredes, todo. Fue un trámite. Y encima, de parado. Ahí me di cuenta de que, en realidad, al canal no le importábamos.

Y no les importábamos, principalmente, porque éramos un producto de Marcelo.

Ya era octubre de 1995 y necesitaba renovar para el año que viene.

Pero no lo pensé demasiado. Cuando me lo volví a cruzar, le repetí que nos íbamos.

Y en el medio aparecieron los directivos de Canal 9, enterados de que estábamos en conflicto con Telefé.

Me senté dos o tres veces en el Club de Golf de la ciudad de Buenos Aires, en Palermo, con Adrián Amenábar, uno de los popes del 9, que respondía directamente a Romay:

—Venite para el 9, Jorge, dejate de joder.

—Pero está Lucho a la tarde.

—No importa. Venite igual. Te damos la misma hora. Nosotros te queremos a vos.

Estaba peleado con Lucho Avilés, desde la época de *Indiscreciones*, pero se ve que en el 9 me querían sí o sí, y estaban decididos a sacar provecho de la batalla entre Tinelli y Yankelevich.

Con esa propuesta de Canal 9, fui a verlo de nuevo a Yankelevich. Usé el mismo argumento:

—Gustavo, o nos quedamos todos o nos vamos todos.

A Gustavo no se le movió un pelo:

—La decisión es tuya, Jorge. Seguimos pensando lo mismo.

Estaba claro que no les importábamos demasiado. Era el momento de juntar al equipo y plantearles cuál era el escenario:

—Muchachos, les voy a ser franco: me pidieron que para quedamos tengo que rajar a la mitad de ustedes, porque dicen que no hay presupuesto. Si yo rajo a la mitad, me quedó acá en Telefé ganando muy buena gaita. No estoy dispuesto a hacerlo.

Teníamos mucha gente en nuestro equipo. Ya estaba Luis Ventura, que era productor, y muchos de los que hoy todavía trabajan conmigo.

Uno de los que hacía producción era Javier “El Pelado” Vicente, que muchísimos años después, con la estatización de las transmisiones del fútbol se popularizó como el “relator militante” de Fútbol para Todos.

Su hermano, Andrés Vicente, “El Zurdo”, que laburaba como actor en *Los Benvenuto*, era muy amigo mío. Un día me preguntó si le podíamos dar una mano a Andrés, y se la dimos. La verdad es que no era muy hábil, ni muy rápido, ni muy vivo. Lo suyo era el fútbol, no le gustaba nada el espectáculo.

Le planteé el mismo escenario a Andrea Frigerio, que era la que conducía el programa conmigo.

Le conté que querían que echáramos a la mitad de los tipos, le expliqué cuál era la oferta del 9, pero tampoco le importó:

—No te preocupes, yo me quedo, Jorge.

—¿Cómo que te quedás?

—Sí, yo me quedo, no te preocupes por mí.

Y nos fuimos a Canal 9 nomás, con un contrato muy inferior al que teníamos en Telefé.

Era, comparado con Telefé, casi nada.

Hasta le planteé a Amenábar hacer un contrato de acuerdo con el rating del programa. Se lo dije así:

—Hacemos un trato, no le pongamos ningún número al contrato: si yo supero los 8 puntos de rating, me pagás la plata que yo quiero, si no lo supero no cobro un peso.

—No puedo hacer eso —me respondió.

Tuvimos que arreglar el contrato que me pusieron ellos. Tan bajo era que, en vez de irme con la familia a París, como teníamos pensado, nos fuimos a San Bernardo.

¡Qué verano de mierda pasé!

Encima me quebré dos dedos del pie en la playa, jugando a la pelota en la arena. De hecho, arranqué el ciclo en el 9, en 1996, con una ojota, porque tenía los dos dedos del pie machucados.

Para colmo, Tinelli me había quedado debiendo una plata. Y no me pagaba, y no me pagaba, hasta que un día empecé a joder al aire:

—Dame la mía, Marcelo —le decía, cada tanto.

Nunca se dio por aludido, hasta que un día levantó la información *Clarín*.

Marcelo me llamó la misma mañana, desesperado:

—¿Qué pasa, Jorge? No entiendo nada.

—Pasa que me deben un mes de sueldo, Marcelo. ¡Déjense de joder!

Como siempre, Marcelo se hacía el sonso.

Por supuesto, la plata apareció enseguida.

Pero mi experiencia artística con Tinelli como productor no fue buena, sino todo lo contrario.

Lo que vendría más tarde tampoco sería del todo bueno: un par de años más en Canal 9 para luego regresar a América, bajo la batuta de Diego Gvirtz.

Una locura tras otra.

Una decisión que nunca debí haber tomado.

CUARTA PARTE

Esta es mi vida

Por qué le pedí a Ventura que diera un paso al costado

No tenemos un mano a mano con Luis Ventura desde el momento en que le pedí que abandonara *Intrusos*, la tarde del jueves 12 de junio de 2014.

Fue una decisión absolutamente solitaria y difícil. La decisión profesional más dolorosa que tuve que tomar en mi vida. Pasé dos largos días madurando y meditando cómo hacerlo. No quise dar muchas vueltas:

—Luis, necesito hablar con vos. Vamos para mi camarín —le pedí.

Nos acomodamos uno frente al otro, cara a cara. Fue muy complicado sentarme delante de un tipo al que conozco desde hace más de treinta años. Alguien que fue durante la mitad de la vida mi mano derecha. Fue muy denso mirarlo a los ojos y decirle, con una frialdad que vaya a saber de dónde saqué:

—Luis, te pido por favor que des un paso al costado.

Más que un pedido, fue un cuchillazo en medio del pecho.

Un mazazo que rompió todo en miles de pedazos y que nos aturdió a ambos, en medio de la soledad de mi camarín.

Luis me miró desorbitado. Al principio no entendió:

—Decime qué me estás planteando exactamente, Jorge.

—Que dejes *Intrusos*, Luis.

—¿Cómo?

—Como lo escuchás. Creo que es lo mejor para vos y también para el programa.

—¿Me estás hablando en serio?

—Nunca te hablé tan en serio. Me parece que hoy, para vos, es más importante recuperar a tu familia que seguir en *Intrusos*. Porque yo sé lo que sentís por tu familia, pero también sé que lo que dijiste sobre el hijo que tuviste con la Liuzzi no es lo que de veras pensás. Y el problema es que lo que dijiste en el aire fue como tirar una bomba atómica. Una bomba que acaba de explotar dentro y fuera del del programa.

No me voy a hacer el distraído ni voy a mentir.

Sé que lo que le planteé le cayó como un balde de agua fría. Y también sé que es posible que afecte nuestro vínculo durante mucho tiempo.

Supongo que también habrá tomado por sorpresa a muchos periodistas y amigos.

Es que ni Luis ni nadie sabían de mi decisión.

No se lo había contado a nadie.

No había dejado ni una migaja de pan sobre la mesa, para que no me empezaran a volver loco.

Sin embargo, intenté ser lo más sincero y claro que pude.

Le recordé que había dos programas en la televisión argentina que te pueden dejar muy expuesto.

Uno es *Showmatch*.

Lo que cualquiera diga o haga ahí tiene una repercusión inusitada. Y no solo en los asuntos profesionales. También en los personales.

El otro es *Intrusos*.

Y no se trata solo de rating.

Se trata de rebote, de impacto, de verdadera repercusión.

Los 20 puntos del programa de Marcelo Tinelli son un cañón.

Pero los 9 puntos de *Intrusos* son devastadores.

Y lo que dijo Luis Ventura en *Intrusos*, para explicar el nacimiento de su hijo, también fue devastador.

En especial, para él.

Nunca vi una figura pública que haya sido más atacada que Ventura en esas circunstancias.

Prendías la tele, a cualquier hora y veías cómo, desde cualquier programa pedorro, lo incineraban sin piedad.

Fue tan intenso y tan profundo que no solo yo sino la mayoría de sus amigos y muchos de sus familiares dejamos de ver televisión.

Es que fue una camicería.

Yo, por lo menos, no lo quería ver más.

Me hacía mal.

Y fueron varias semanas las que Ventura estuvo dentro de una gran picadora de carne. Desde

antes del nacimiento de Antonio, el hijo sietemesino que tuvo con la vedette cordobesa Fabiana Liuzzi.

Luis ya se había tomado una licencia previa en *Intrusos* para evitar que los demás medios lo destrozaran. También, en ese momento, fui yo el que se lo pedí.

Pero la gota que rebalsó el vaso fue aquel monólogo que hizo al comienzo del programa, el mismo jueves 12 de junio.

Porque no solo confirmó que se había hecho el ADN. También dijo que le había pedido a Liuzzi que abortara.

Esa “revelación” nos pegó a todos los que hacemos *Intrusos* en medio de la línea de flotación. A mí, especialmente.

Porque si hoy puedo ser feliz y criar a dos hijas del corazón, es porque dos mujeres, por suerte, decidieron no abortar.

Lo que pienso yo sobre el aborto merece una explicación.

Por un lado están mis hijas.

Ellas son la razón de mi vida y todo lo que digo y lo que hago está condicionado por su existencia.

Por el otro creo que cada ser humano es libre de decidir qué hacer con su cuerpo. Y, en el caso de un embarazo, entiendo que lo que importa, más que cualquier otra opinión, es la decisión de la mujer en cuestión.

Las palabras de Luis, en el monólogo desesperado de ese mediodía, todavía me erizan la piel:

* “Mi relación fue de encuentros. Escasos y esporádicos encuentros. La mayor parte de la relación era vía mensajitos de texto”.

* “La única interpretación que hay de mi relación con ella es sexo. Sexo ocasional”.

* “Yo la conozco a esa señora desde hace muchos años. Compañeros nuestros me han propuesto traerla a mi habitación cuando yo estaba haciendo temporada. Y los propios compañeros que me lo propusieron saben que yo nunca acepté”.

* “Me enteré de que estaba embarazada después del tercer encuentro. Yo me quería matar”.

* “Es un lugar en el que nunca hubiera querido estar, pero estoy”.

* “A todo esto, en el medio, yo me opuse a que continúe el embarazo. Si bien yo tengo un concepto de vida, me opuse porque el médico me dijo que iba a ser un embarazo de alto riesgo. Y yo planteé: si va a ser un embarazo de alto riesgo, si vos tenés tu vida amada y tenés dos hijas grandes, ¿Qué necesidad hay de desarrollar un embarazo? Ella tenía una experiencia anterior con un señor famoso. Famoso y casado, con el que había abortado un embarazo anterior. En mi caso no quiso abortar. No quiso discontinuar cuando sabía a los riesgos a los que se exponía”.

Esa tarde, terminé el programa cinco minutos antes de lo habitual. Las palabras de mi amigo me golpearon muchísimo. Todo había resultado muy tenso. Y los panelistas también estaban golpeados por las palabras de Luis.

Debo admitir que el hecho de que en *Intrusos* se hablara del aborto con esa rudeza, y para colmo con un bebé recién nacido, que estaba peleando por su vida, me sacó de eje.

Fue la primera vez que un programa se me fue de las manos. Y eso que me han pasado cosas, eh. Me entraron tres veces a un estudio en vivo.

Se me levantaron invitados en por lo menos una decena de oportunidades.

Pero que mi amigo, mi hermano, dijera semejante cosa, fue demasiado. Me dolió y me indignó.

Y me dolió por partida doble porque sé que Luis nunca pensó así sobre el aborto.

Porque desde el primer día Ventura me había anticipado que, si el ADN resultaba positivo, él se iba a hacer cargo del bebé.

De hecho, incluso antes de hacerse el ADN, pagó religiosamente la internación de Fabiana. Es decir: nunca le había sacado el culo a la jeringa. Por eso me chocó más todavía que dijera lo del tema del aborto. ¿Cuál era la necesidad de decir semejante cosa si ni siquiera le pensaba de verdad?

En el aire, después de su intervención, lo paré en seco:

—Primero, dejame aclararte, porque suena muy brutal decir “yo le pedí que abortara”, en este país, el aborto, todavía es un delito.

Después argumenté que me parecía sano abrir un fuerte debate sobre el tema, pero que esa no era la oportunidad ni el lugar ni el contexto.

Es que yo sabía que Luis quería y necesitaba hablar de su situación.

Lo que nunca supe es que dispararía su discurso para el lado del aborto.

Incluso, esa mañana, mientras estaba desayunando, Ventura me llamó para decirme:

—Jorge, necesito unos minutos para hablar del tema.

—¿Y de qué querés hablar exactamente?

—Quiero contar que me hice el ADN, para que la gente sepa toda la verdad.

—Me parece bárbaro. Si es para eso, tenés los minutos que necesitas.

Y se lo dije con el corazón: me parecía muy bien que aclarara que él nunca se había negado a hacerse el examen de paternidad. Que lo dijera con todas las letras, para desmentir a todos los buitres que se regodeaban con su situación.

Lo que sucedió, en realidad, es que arrancó bien, pero después desbarrancó, se atropelló, no encontró las palabras adecuadas y entonces resultó imposible volver atrás.

Ahora que pasó un tiempo, estoy seguro de que lo hizo de calentón.

Sin pensar, ni por unos segundos, las consecuencias que tendrían sus palabras.

También creo que tuvo mucho miedo de perder el amor de su familia, y que supuso que contar que le había pedido a Liuzzi que interrumpiera el embarazo podía ayudar a evitar “el desastre”.

Además, en el último tiempo habíamos hablado mucho a solas.

Luis tenía claro que la prioridad era su esposa y sus hijos.

Pero lo que dijo aquel día fue ilevante.

Mientras hablaba, y se enterraba más, yo lo sentí aturdido. Mal. Demasiado expuesto. Como entrando en una espiral de la que no podía salir.

Y eso me terminó de convencer para pedirle que diera un paso al costado. Que saliera de la exposición diaria para no seguir haciéndose más daño.

Siempre supe que, hacia afuera, iba a ser muy fuerte.

Que me podían acusar de abandonar a un amigo de toda la vida.

Pero siempre, mi decisión, fue defenderlo, sin importar el precio a pagar.

Y estoy seguro de que elegí bien.

De hecho, ni bien Luis dejó la pantalla de *Intrusos*, la intensidad del asunto bajó de manera abrupta.

Es decir: Ventura dejó de responder a cada uno de los embates y el tema se fue enfriando.

El paso al costado de Ventura también le hizo bien al programa: porque en el panel llegó a haber una carga de tensión que llegó a ser insoportable.

Es curioso, la mayoría de la gente siempre creyó que Luis y yo pensamos igual.

Que él fue mi brazo ejecutor. Que yo pensaba y él actuaba.

Pero la verdad es que no pensamos igual en casi nada. Los que nos conocen en serio saben que es así. Tenemos dos maneras distintas de vivir la vida y de sentir las cosas. Es más: creo que eso es lo que hizo más fuerte la relación. Eso era lo interesante para el que quería verlo.

Lo otro es prejuicio.

O mala leche.

Como la tapa de la revista *Noticias*, absurda por completo, del 10 de mayo de 2014, titulada: “El show del apriete, Rial & Ventura S.A.”, en la que nos mostraban como dos mafiosos.

Esa tapa me dolió.

Me dolió y mucho. En especial porque en la nota el gran acusado era Luis y no yo.

Pero no hay mal que por bien no venga.

Porque esa tapa también me sirvió para pensar. Yo ya tenía lo mío con mi pareja, Mariana. No tenía por qué pagar los platos rotos que no me correspondían. Pero entonces comprendí que cualquier cosa que dijera o hiciera Luis también me la iban a cobrar a mí, por carácter transitivo.

Lo que dijo sobre el aborto aquel jueves, visto desde esa perspectiva, me pareció definitivo.

Por eso lo miré a los ojos y le pedí que diera un paso al costado.

Y tampoco fue gratuito para mí.

La tarde en que se lo dije llegué a mi casa aturdido.

Habían sido catorce años muy intensos.

Y se acabaron con una frase de unas cuantas palabras.

Caí, abatido, en el sillón del living y manoteé el teléfono para llamar a Daniel Vila:

—Daniel, acabo de tomar la decisión: lo separé a Luis de *Intrusos*. Mañana lo voy a decir al aire. La responsabilidad es exclusivamente mía.

—Si me lo preguntás, creo que hiciste lo correcto. Y la responsabilidad no es solo tuya. A partir de ahora es compartida por el canal.

Todos creímos, o preferimos creer, que era el camino indicado. Liliana Parodi, gerente de

programación del canal, una gran amiga pero también muy cercana a Ventura, apoyó la decisión.

A nadie le gustó lo que pasó, pero no quedó otra alternativa que hacerlo.

Y el más angustiado fui yo.

Porque lo banqué hasta donde pude.

Me culpé durante mucho tiempo, por no poderlo bancar más.

Y ese jueves, antes de terminar la tremenda charla que tuvimos en mi camarín, lo despedí con una frase que, para mí, terminó de explicar la decisión:

—Esto no es en contra tuyo. Yo soy tu amigo y quiero que recuperes la paz, Luis. Tenés que recuperar la paz. Es lo único que importa.

Espero que Ventura haya logrado esa paz.

La mínima paz que significa levantarte de la cama y no encontrarte con tu cara y tu apellido en la tapa de los diarios, las revistas y los programas de televisión.

Para los que opinan que tenía que haberlo pensado mejor y haberlo consultado antes con otras personas la respuesta es: un líder a veces también tiene que tomar decisiones drásticas y que no le gustan.

Y nadie lo supo hasta que lo hice: ni amigos ni colegas ni los dueños del canal.

Los carroñeros de siempre intentaron decir que fue una decisión política: ¡Hasta lo metieron a Sergio Massa en el medio!

Por supuesto: los miembros del equipo de *Intrusos* fueron los primeros en enterarse. Mis tres productores principales Julián León, Aldo Albamonte y Ana Laura Guevara no lo podían creer:

En verdad, hubo cierta resistencia de parte de los tres. Aldo, incluso, derramó unas cuantas lágrimas. Y yo lo entendí perfectamente. Hace treinta años que nos conoce a los dos. No quería que el vínculo laboral se terminara de esa manera y de un día para el otro.

A los panelistas también los tomó por sorpresa.

Pero el impacto, para ellos, fue distinto.

Más allá de la tristeza, a Marcela Baños y Marcela Tauro la frase de Luis sobre el aborto las afectó de manera personal.

Baños estaba muy herida. Y fue por algo íntimo y muy privado que le pasó. Ella me lo contó y le juré que jamás repetiría en público. Me pidió irse del programa:

—Tenés razón—le respondí—. Tenés que irte.

Tauro se sintió desolada. Su hijo nació a los siete meses y estuvo complicado varias veces.

Las palabras de Ventura le hicieron recordar los peores momentos de su vida.

Y cuando los junté a todos, después de la charla con Luis, les di vía libre para que hicieran lo que quisieran:

—Si hay alguien que no está de acuerdo con mi decisión, o cree que soy injusto, si alguien piensa que soy una mierda y tiene ganas de irse, puede hacerlo ahora mismo. Si no, hagamos catarsis todos juntos y sigamos adelante.

El desahogo fue colectivo.

Es que no estábamos acostumbrados a ver a Luis tan fuera de órbita. Tan descontrolado. Tan poco racional.

Y todavía a mí me quedaba la peor parte.

La escena de pararme frente a la cámara y anunciar la salida definitiva de Luis Ventura de *Intrusos*.

Fue el viernes 13 de junio.

Y fue muy complicado.

Debí elegir muy bien las palabras.

Cualquier frase que hubiera dicho de más nos habría condenado a todos.

Lo expliqué así:

* “Luis lo manejó como pudo. Creo que es el momento para hacer un paréntesis, porque nos estábamos afectando los dos. Lo sufrimos mucho, fueron unos meses muy duros para todos”.

* “Luis, por sobre todas las cosas, es un hombre de bien, desbordado y en medio de una situación difícil. Es un hombre de bien que quiere a su familia y que cometió errores. Tampoco lo vamos a sacrificar, como lo hicieron muchos colegas. Cada cosa que se dice de él me hace mal a mí”.

* “Le pedí que diera un paso al costado porque deseo que no sufra más. Él necesita paz. Lo vi desbordado y no quiero que esté más así. No lo quiero ver más en otros programas de archivo, con la situación de vida que se le planteó y de la que él es responsable. Insisto, es un hombre de bien”.

* “A Luis le costó manejarlo, siendo un tipo inteligente, con una espalda enorme. Sigue siendo mi amigo, va a seguir siendo mi amigo, y lo voy a seguir bancando”.

* “La decisión fue personal, mía, en absoluta soledad. El canal se enteró después de que hablé con Luis. No era para discutir. Creo que un líder debe tomar este tipo de decisiones”.

* “Quiero que entiendas, Luis, que lo estoy haciendo porque te quiero. Te quiero cuidar y me duele ver que te golpea cualquiera”.

* “No es fácil decirle a tu amigo ‘da un paso al costado’. Pero quiero lo mejor para Luis porque nos bancamos absolutamente en todo. Tiene mucho que rearmar y sin verse expuesto, Luis nos pertenece”.

La televisión es un arma letal, y cuando uno la padece desde adentro se transforma directamente en una especie de bomba neutrónica.

Fue lo que le pasó al pobre de Luis. No pudo manejar el desborde, y es entendible: una vez que el agua te tapó, ya está. Es muy difícil reaccionar cuando tenés la soga en el cuello.

Ventura padeció un cóctel explosivo, aun siendo un periodista de raza, acostumbrado a la miseria de los medios: estuvo tironeado entre el poder de su familia, una mujer que tenía un bebé suyo y que le decía “es tuyo”, y el terrible y desmedido pase de facturas de los medios, que lo estaban esperando.

Fue demasiado para un hombre que de algún modo se vio frente a las cámaras de televisión bebiendo de su propia medicina.

A mí también me pasó, pero con asuntos menos graves y que, por suerte, pude manejar.

Quizá también en este caso yo sea un poco responsable.

Porque no supe cómo ayudarlo a tiempo.

Si Luis me hubiera preguntado qué hacer en el momento debido, yo le hubiera dicho que se fuera a realizar el ADN de inmediato.

Porque no era su pareja. Y Luis siempre tuvo la sospecha de que no fue el único hombre con quien ella estuvo durante ese tiempo.

Si Ventura, en cambio, me hubiera pedido autorización para confirmar que le dijo que se hiciera un aborto yo le habría respondido que para mí, eso, no correspondía.

Con volver a ver mi cara en el momento en que lo dijo, basta para confirmar por qué me sorprendí tanto.

Todavía me pregunto por qué lo hizo.

Por qué planteó la idea de “interrumpir el embarazo”.

Mi respuesta, por deducción o intuición es: Luis, en ese momento, era un hombre desesperado. Para que se entienda bien: era un hombre desesperado repitiendo el libreto de Estela, su mujer.

No soy quién para juzgarlo. Tampoco soy quién para condenar a Estela. Pero supongo que su desesperación por recuperar a su familia fue la que lo hizo decir lo que dijo.

Imagino que Estela le habrá hecho una lista de prioridades antes de salir al aire, y que ese fue el libreto con el que se presentó en sociedad.

Todos sabemos que Ventura ama a su familia. Eso es innegable. Pero, otra vez, ¿por qué pasó lo que pasó? ¿No se podía haber evitado algo así?

Podría ensayar una respuesta básica. Decir:

—La came es débil.

Pero no lo sé. Nunca lo supe y tal vez nunca lo voy a saber.

Por eso no lo crucifico, ni lo critico.

Intenté ayudarlo, pero no pude.

Fui un inútil. Un completo inútil.

Y por eso, al final de la película, tuve que tomar la drástica decisión, que para muchos, no tiene ni pies ni cabeza.

La mitad me putea.

Dice:

—Rial es el peor de todos.

Para la otra mitad, fue lo mejor.

La otra mitad comprendió que dejarlo en cámara, respondiendo, golpe por golpe, era terminar de matarlo.

Ahora parece que hubieran pasado mil años, pero yo lo recuerdo bien: cada vez que lo acusaban, Luis se enojaba más. Y cada rabieta de Luis eran tres días de informes de los demás

programas.

Le pasaban todas las facturas juntas.

Su paternidad.

La carta que el hijo de Mirtha Legrand le había escrito a su madre y que él nunca había revelado, aunque había dado cuenta de su existencia.

Su vínculo con Leo Fariña, el supuesto testafiero de Lázaro Báez.

Mil puteadas de veinte años atrás.

Yo tomé conciencia de que Luis estaba fuera de su eje cuando se peleó con Casella, el día en que Beto llamó por teléfono.

Fue la mañana del 5 de mayo de 2014, durante la emisión del programa de Casella, *Bien levantados*, que se escucha por la FM Pop 101.5.

Lo recuerdo y me hace mal a los oídos.

Luis había mencionado la supuesta falta de códigos de Casella en su cuenta de Twitter, @LuisVenturaSoy.

Y Beto lo puso al aire sin avisarle que los estaban escuchando miles de personas.

Se putearon y se amenazaron durante más de veinte minutos.

Fue algo realmente demencial.

—¡Vos vas a terminar en cana!—gritaba Casella.

—¡Te protegí durante años, rufián! ¡Te voy a volar esa peluca!—le contestaba Luis, visiblemente descontrolado.

El repertorio de puteadas fue tremendo: “bobo”, “tarado”, “gil”, “boludo”, “hijo de puta”, “extorsionador”, “alcahuete”, “vigilante”, fueron solo las que “sonaron” más fuerte.

Y los gritos.

Todavía los tengo grabados en la cabeza.

Luis no paró de gritar ni un segundo.

Fue un error.

Uno gravísimo.

Se lo dije, con todas las letras, el mismo día de la pelea.

Le dije que se había equivocado, que estaba sacado, que no era para pelearse así, de forma

tan violenta.

Pero no me escuchó.

Porque Luis, durante esos días, no podía escuchar a nadie.

La enorme presión que venía cargando sobre sus espaldas no le permitió pensar con claridad.

Fueron cuatro o cinco meses infernales.

Los constantes aprietes de Liuzzi pidiéndole dinero y desafiándolo a que se hiciera cargo de su hijo fueron insoportables.

Y la presión que soportaba se le notaba demasiado. En la vida y también en el piso de *Intrusos*. Parecía como ido. Estaba en otra dimensión.

Porque el secreto se lo guardó solito, durante mucho tiempo.

Tal vez, si me lo hubiera contado antes, esta historia triste habría sido otra.

Lo hubiese podido ayudar más.

Pero Ventura se lo contó a otras personas antes que a mí.

Es más: yo no me enteré por él, sino por Daniel Vila, una noche de febrero de 2014.

Cenábamos en Miami cuando Daniel me dijo:

—Pobre Luis, ¿no? ¡El quilombo en el que está metido!

Dudé unos segundos. Pensé que hablaba de sus ideas y vuelta con Estelita. El reality que habían amado con eso. El juego de que iban y venían cada dos por tres.

Vila, en realidad, pensó que yo sabía.

Cuando se dio cuenta de que no, no tuvo más remedio que contarme toda la historia.

Yo no lo podía creer.

Sin embargo, ahora que ya sucedió, ¿quién tiene la autoridad o la receta para decir yo lo hubiera manejado de tal o cual manera?

Porque casi al mismo tiempo yo me había peleado con Mariana y parecía que los medios no tenían otro tema que mi separación.

Sé que es un asunto muy distinto. Mínimo, se podría decir, comparado con el hecho de tener un hijo.

Pero también la presión de los medios fue insostenible.

Y esa misma presión pudo haber hecho pelota nuestra relación.

Pudo haberla terminado de la peor manera.

Sin embargo, por suerte, terminó bien.

La salvamos porque tanto Mariana como yo decidimos dejar a los medios afuera.

Y lo hicimos justo a tiempo.

Antes de que se desbarrancara todo.

Pero si hay algo que aprendí, de esta dolorosa experiencia, es que el morbo de la gente es más determinante de lo que pensé.

Un solo dato: *Bendita TV*, el programa de tele de Beto Casella, en Canal 9, que siempre había medido alrededor de 5 puntos, explotó gracias a la pelea con Ventura.

Los demás programas de chimentos que siempre habían competido y perdido, mal, contra *Intrusos*, crecieron gracias a los golpes bajos que le pegaron a Luis.

No crean que no fue tema de discusión en América TV.

Pero yo preferí resignar puntos de rating en vez de televisar el virtual entierro de un amigo.

Lo confieso con orgullo: fue uno de los casos, en toda mi carrera, en que el rating no me importó.

Incluso, cuando “lo corrimos” a Luis quince días del aire, antes de que le pidiera un paso al costado, me reuní con Vila y Parodi, y Liliana me dijo:

—Jorge, no sé si es la mejor idea darle licencia a Ventura en *Intrusos*. A su tema lo van a discutir otros. El rating se va a ir de la pantalla de América a las de la competencia.

—Prefiero resignar rating. Que se lo lleven los demás. La prioridad es salvar a Luis—opiné.

Ojo: porque podíamos haber decidido ponerlo en vivo veinticuatro horas seguidas. O dejarlo en un *Intrusos* de 15 puntos diarios, sacado, diciendo barbaridades. Pero no lo hicimos.

—Déjense de joder. ¿Qué están haciendo? ¡Hablen del tema! —nos dijo más de un periodista y más de un productor de la televisión que se presentan como éticos pero son capaces de matar a la madre por un punto de rating.

La decisión de no hacerlo y el pedido del paso al costado, tuvieron la misma lógica.

Después de aquella conversación, en el camarín de *Intrusos*, no me hablé más con Ventura.

Nos debemos una charla. Cara a cara. Mano a mano.

Solos: él y yo.

Una charla íntima, larga y profunda.

Una conversación personal y profesional.

Nos debemos una seria revisión de los últimos años.

Evaluar lo que hicimos bien y lo que hicimos mal.

Por mi parte, siento exactamente lo mismo de siempre por él.

Lo quiero mucho.

Es mi amigo. Lo sigo sintiendo mi amigo. Y punto.

También creo que lo que pasó fue inevitable.

Hace tiempo que él había empezado a crecer. Que tenía programa y vuelo propio.

Pero el sentimiento sigue intacto.

De hecho, Ventura se fue de *Intrusos*, pero continúa siendo el director de *Paparazzi*, la revista de la que soy socio junto a Televisa.

Y si nuestro vínculo había funcionado bien, hasta ese momento, fue porque pensamos muy distinto.

Porque, lejos de ser una yunta mafiosa, como inventó la revista *Noticias*, teníamos y tenemos nuestras propias posturas, y nuestros propios gustos.

Luis siempre tuvo la libertad de opinar y de decir lo que se le dio la gana.

Por ejemplo: yo me peleé fuerte con Ricardo Fort y Ventura trabajó para él.

Él, a Casella, lo invitó a pelear. Lo puteó de arriba abajo. Y yo, con Beto, me llevo bien. Es más: Ventura debería saber que su brutal pelea con Casella no solo lo dañó a él. También nos lastimó a todos.

Luis está en juicio con Lanata. Y yo, con el Gordo, tampoco me llevo mal. Al contrario: hablo bastante seguido con Jorge.

Cuando Luis decidió publicar la tapa de *Paparazzi* con el título: "Lanata: entre las denuncias y la cocaína".

Yo no estuve para nada de acuerdo.

A mí no me gustó nada.

Se lo dije a Ventura y también tuve la oportunidad de aclarárselo a Lanata.

Luis siempre hizo lo que quiso.

Jamás se lo impedi.

Yo estaba a las puteadas con Diego Maradona y Ventura se terminó amigando con él.

Pero jamás le dije a Luis:

—Si decís esto o hacés lo otro te vas de acá.

Teníamos una relación sincera, de respeto, transparente.

Quizá el tema personal lo desbordó.

Igual, pase lo que pase, siempre voy a reivindicar su costado más puro: el del periodista que se la pasa buscando un dato en un archivo, o la foto que nadie puede conseguir.

Ahora mismo me estoy acordando de una tarde de locos, en la que me fatigó el teléfono, desquiciado, y me empezó a gritar:

—Gallego, ¡lo enganchamos a Boudou con Juanita Viale!

—¡A quién?!

—¡A Amado Boudou, Gallego!

—Pero Luis, ¿estás seguro? Boudou es ministro de Economía y está en pareja con una colega hace tiempo. Además Juanita está embarazada. Me parece imposible...

—¡Segurísimo! Tenemos las fotos, ¡ella le está chupando la pija!

—¡Uy! Esperá, Luis. Dame cinco minutos. Dejame chequear la información. ¡Esto es un escándalo!

Corté.

Según Ventura no había dudas: era el ministro de Economía.

El hombre que por entonces gozaba de un enorme prestigio, dentro de un auto, con la nieta de Mirtha Legrand, practicándole sexo oral.

Marqué el teléfono de Boudou lo más rápido que pude. Pero me dio ocupado una, dos y hasta tres veces.

Estaba por llamar por cuarta vez, cuando apareció de nuevo Ventura por la pantalla de mi teléfono.

—¡Gallego! ¡Pará! ¡Me equivoqué! No vayas a repetir lo que te acabo de decir.

—¡Por qué? ¡Las fotos son truchas?

—No, las fotos están. Pero no es Boudou. ¡Es Lousteau! ¡Es Lousteau!

—Luis, dejá de gritar y mandame las fotos. Ya no sé ni de qué carajo estamos hablando.

Lo despedí a Luis y enseguida me entró la llamada de Boudou.

Nos habíamos conocido un tiempo atrás.

Me había invitado a su despacho y desarrollamos una relación cordial.

—Jorge, ¿todo bien? ¿Pasó algo? ¿En qué te puedo ayudar?

—No, disculpá la insistencia. No pasa nada. Solo necesitaba chequear una información, pero ya me lo confirmaron. Con vos está todo bien.

Esto nunca lo conté: estábamos casi a punto de cerrar las páginas de la revista. Si llegábamos a imprimir en ese momento, la tapa de *Paparazzi* con Juanita Viale iba a decir Amado Boudou, y no Martín Lousteau.

La tapa se corrigió a tiempo.

Armó un revuelo mayúsculo.

Juana Viale, embarazada de seis meses de su marido, el actor chileno Gonzalo “Manguera” Valenzuela, besándose “apasionadamente”, dentro de un auto, en la vía pública, con el ex ministro de Economía.

“¡El escándalo del año!”, la tituló Luis.

Nos dijeron de todo, menos bonitos.

A Ventura, por supuesto, lo volvieron a crucificar.

Pero Lousteau no debería ser tan desagradecido. En el fondo, Luis y yo le hicimos un gran favor: se hizo conocido entre los pibes, y los adultos también, gracias a nosotros. Es el tipo con mejor imagen de la ciudad de Buenos Aires, después de Mauricio Macri y Gabriela Michetti.

Y eso, de alguna manera, también se lo debe a la tenacidad y el olfato periodístico de mi amigo Luis Ventura.

Me la quisieron poner

El tipo era un oso enorme. Mucho más alto que yo, y el doble de ancho. Mientras caminaba furioso hacia él, pensé:

—Se la tengo que poner primero, porque si me madruga él a mí, me mata. Me hace mierda.

El tipo me midió como para noquearme, pero no le di tiempo de nada: hice un pique, salté y le metí una mano en la sien. Una mano tan bien puesta que lo tiré. Una vez que cayó, lo entré a cagar a trompadas en el piso.

El tipo trató de levantarse, mientras me puteaba como podía:

—¡No me pegues más, hijo de puta! ¡Te voy a matar, la concha de tu madre!

Me alejé como pude, para que no me calzara con una. Tenía la adrenalina a full, y el corazón me latía a mil por hora. Por el rabillo del ojo alcancé a ver que Mariana estaba forcejeando con el otro, que era mucho más chiquito pero que amagaba partirme la cabeza con una botella de cerveza Quilmes en la mano.

—¡Eh, gil! ¿Qué hacés? ¡Te voy a cagar a trompadas! —me gritó el más pequeño.

El grandote seguía en el piso, y el más chico se me plantó. Le tiré un manotazo, logré pegarle, pero no lo pude tirar. Me lanzó mil puteadas en unas décimas de segundo. Sin embargo no se animó a devolvérmela.

Yo ya había hecho lo que tenía que hacer.

Para mí era suficiente.

Volví a encarar para mi casa, desde la esquina de La Pampa y Ramsay. Pero el chiquito empezó a corremme de atrás. Cuando se me acercó, me di vuelta, lo tomé de los bracitos, lo levanté del suelo y lo tiré contra la calle.

Dos autos que pasaban por ahí se vieron obligados a frenar.

Un vecino se metió en el medio, a los gritos.

A unos metros, nada más, Rocío y Morena lloraban desencajadas.

Fue un verdadero escándalo.

Una noche inolvidable que nunca imaginé ni quise protagonizar.

Todo comenzó cuando Mariana y Morena entraron a la casa, como una tromba, llorando a los gritos. Yo estaba mirando tranquilamente la tele y me paré como un resorte.

—¿Qué pasó?—pregunté.

Morena no podía hablar. Mariana estaba mucho más tranquila. Empezó a contar, todavía agitada:

—Fuimos al supermercado chino de la otra cuadra. Y unos tipos nos quisieron tocar. Eran dos. Nos dijeron barbaridades. Y nos quisieron tocar. Cuando intentaron tocar a Morena, yo intervine. Nos vinimos corriendo porque eran dos. Por las cosas que decían y las cosas que hacían me parece que estaban borrachos.

—¿Me estás hablando en serio? ¡¿Cómo que la quisieron tocar a Morena?!—pregunté.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—Sí, primero nos dijeron barbaridades a las dos, cuando ya estábamos adentro del súper. Y después quisieron tocarnos.

La escena que me relataron fue repugnante.

Ni bien Mariana y Morena entraron al supermercado de la otra cuadra de casa, los dos tipos se les plantaron adelante, en la puerta, y les empezaron a decir barbaridades. A las dos. Fueron unos cobardes. Unos perversos. Lo que le dijeron a mi hija me da asco reproducirlo. Le dijeron:

—Vení: agarrame la morcilla. Chupame la morcilla.

Qué mal nacidos: 14 años tenía Morena cuando sucedió esto.

Fue exactamente la noche del miércoles 14 de noviembre de 2012.

Mariana se portó como una leona. Se acercó despacito a mi hija y le dijo:

—Mirá Morena: salgamos, rápido. Yo me paro en la puerta, vos ponete delante de mi y empezá a correr. Corré y no pares de correr hasta llegar a tu casa, ¿estamos?

Ni bien llegaron a la puerta, estas dos bestias se les abalanzaron.

Mariana empezó a forcejear con los dos y Morena salió corriendo, llorando y a los gritos.

Segundos después, Mariana ya había zafado. Entonces alcanzó a Morena antes de llegar a la puerta del edificio y consiguieron meterse adentro las dos.

Cuando me lo terminaron de contar se me oscureció todo y no quise escuchar más.

Me puse unas zapatillas, un buzo y los fui a encarar, de una.

Les alcancé a gritar que no me siguieran, pero no me hicieron caso.

Rocío, que estaba en casa, conmigo, salió corriendo, junto a Mariana y Morena.

En el estado de emoción violenta en el que estaba, lo último que escuché fue el pedido de

Mariana:

—¡Jorge! ¡Pará! ¡Quedate tranquilo! ¡Qué estás por hacer?

Pero no me importó.

Solo quería encarar a esos tipos.

Estaban sentados, en la puerta del supermercado chino, con una botella de cerveza en la mano cada uno.

—¡Ahí viene Rial! —gritó el grandote.

Era evidente que sabían que Morena era mi hija.

Cuando el grandote se paró y me midió para pegame, no tuve más remedio que tirarle la primera mano.

Es verdad: le pegué fuerte. Y le pegué con toda la intención de noquearlo. Si no le hubiera pegado así, si no lo hubiese madrugado, él me la iba a poner primero, me iba a tirar y me iban a cagar a palos los dos juntos.

Lo aclaro una vez más, ahora que puedo, para que nadie piense que soy un matón. Lo hice porque humillaron a mi hija y a mi pareja. No porque me divierta o para medir quién la tiene más larga.

Ya en casa, y después de la pelea, Morena, Mariana y Rocío se empezaron a tranquilizar.

Pero yo seguía con las pulsaciones a mil.

La Policía Federal no tardó ni cinco minutos en tocar el timbre. Bajé rápido. Me esperaba el comisario:

—Mire, señor Rial, hay una denuncia de que usted acuchilló a un sujeto.

—¡¿Qué?! ¿Qué yo acuchillé a quién?

—A un sujeto que estaba en la puerta de un supermercado.

—Eso es mentira. Hubo un incidente. Y yo me agarré a trompadas. De ahí no pasó.

—Acá lo están denunciando. Dicen que usted acuchilló a un hombre.

—No es verdad. Yo no acuchillé a nadie.

Poco después entendí todo.

Fue cuando en medio de mi charla con el comisario, cayó, junto a un abogado, quien después resultó ser el hermano del más grandote.

Para que se entienda bien: a los cinco minutos del hecho, apareció un carancho interesado en sacarme plata.

La escena fue patética.

Uno de los policías se quedó conmigo en el hall, mientras el resto de los oficiales daba vueltas en la entrada del edificio.

De repente, el que estaba cerca de mí me dijo, con un susurro:

—Te la quieren poner, Rial.

—¿Cómo? No entiendo de qué me hablás.

—Sí, el abogado ese es de los taqueros. Lo trajeron los tipos con los que te boxeaste. Te la van a poner porque sos vos. Te quieren sacar guita.

Con el tiempo me enteré de que cada comisaría tiene a dos o tres caranchos de confianza.

Parece que la guita se la reparten una vez que terminan de desplumar a la víctima.

Y no solo me querían caranchar.

Afuera, mientras, el hermano del grandote no paraba de gritar:

—¡Te voy a matar, hijo de puta, te vamos a venir a matar!

Intenté conservar la tranquilidad. Y mantener cierta lucidez.

Primero llamé a mi abogado Rafael Cúneo Libarona. No lo encontré. Después llamé a mi otro abogado, Bernardo Beccar Varela y le conté todo el balurdo:

—Venite para acá, Bernardo. Parece que “me la quieren poner”.

Corté intranquilo. No podía parar de pensar.

—Estos hijos de puta me la quieren poner. Y si no me muevo rápido, me la van a terminar poniendo.

Fuera de mi casa la cosa se empezaba a acelerar.

Diez minutos después de la aparición del carancho, una ambulancia se llevó al supuesto herido de arma blanca.

Enseguida me cambió el chip.

—Si no me muevo va mismo esta pelotudez se va a transformar en un escándalo. ¿A quién carajo puedo llamar?

Empecé por el celular del senador Aníbal Fernández.

Lo conozco desde hace años. Siempre tuve una relación cordial con Aníbal. Pero en este caso la llamada entraba directo al contestador. Después telefoneé al ministro del Interior y al de Transporte. Tampoco lo ubiqué. Enseguida probé con el secretario de Seguridad, Sergio Bemí. Tampoco me atendió al toque.

A los tres les dejé un mensaje.

Cuando dejé el teléfono me di cuenta de que algo había cambiado.

Los policías iban de un lado para el otro.

De repente, el comisario, el mismo que me había dicho que me estaban acusando de acuchillar al tipo, se dio vuelta como una media:

—Parece que estos tipos lo único que quieren es sacarte gaita, Rial.

Enseguida recibí el llamado de Cúneo Libarona y casi en el mismo instante apareció Bemí.

Fue siempre muy amable, pero también muy profesional.

Lo invité a subir, porque no daba para seguirla en el hall del edificio.

—Contame qué pasó —me pidió.

Le conté todo. Con lujo de detalles.

Bemí miró al comisario.

—¿Es la misma información que tiene usted?

—En efecto, señor. Hubo una riña. No pasó de eso.

—Procedan como corresponde. Y después me cuentan cómo sigue todo.

Bemí se quedó en mi casa no más de cinco minutos.

Se fue tan rápido como llegó.

Y mi supuesta amistad con Bemí no es nada más que una buena relación periodística. Un vínculo profesional, construido a través de las muchas notas que le hice. En especial para la radio.

Bemí vino esa noche a mi casa, primero, porque estaba cerca. Y segundo, supongo, porque no quería pagar el costo de ningún escándalo vinculado de alguna manera con la Policía o la

seguridad.

Supongo que lo hubiera hecho con cualquiera más o menos conocido.

Y también supongo que lo que hizo Berni lo habría hecho cualquier otro secretario o ministro de Seguridad.

Por lo demás, ni bien me enteré de que me “la querían poner” empecé a elaborar un plan para desbaratar el operativo carancho.

Ya había llegado una cámara de TN.

Estaba dispuesto a ir a su encuentro.

El comisario fue el que me desalentó.

Yo seguí en estado de alerta hasta que el policía “bueno”, el mismo que me advirtió, el primero que me adelantó que la intención de estos tipos era sacarme dinero, se acercó de nuevo, con sigilo, y me dijo por qué se había dado vuelta todo.

—Vieron los videos, Rial. ¿Qué flor de piña le pegó al grandote, eh? Quédese tranquilo, en los videos no aparece ningún cuchillo. Los tipos no tienen nada.

—¿Me van a llevar detenido?

—No, lo van a dejar a disposición del fiscal de la causa.

La coartada de los tipos que insultaron y humillaron a mi hija y a Mariana y pretendieron tocarlas se derrumbó en menos de una hora.

Después, en el expediente, se descubrió la verdad: el tipo se había herido solo, a propósito. La herida que teóricamente le tendría que haber hecho debería de haber entrado por el pantalón. No había otra manera. Pero enseguida se demostró que el pantalón no estaba roto. Y acto seguido pudieron probar que el tipo se había lastimado solo.

—Se hizo una herida tumbera —me dijeron los funcionarios judiciales que manejaron la causa.

Ya lo había demostrado mi abogado Cúneo Libarona, quien se fue en cuestión de horas al Hospital Pirovano para corroborar el estado de salud del tipo y verificar el alcance de la herida. Los médicos le dijeron:

—Es la herida de cuchillo más rara del mundo. Una de dos: o le bajaron el pantalón y le metieron un puntazo, o estaba sentado y se le bajó el pantalón cuando él mismo se lo hizo.

No me quedó ni una secuela física del hecho en cuestión.

Solo un poco de dolor en la mano con que lo emboqué, y desapareció en cuestión de horas.

De cualquier manera, me gustaría que se sepa que si tengo que volver a defender a mi familia en una circunstancia parecida lo volvería a hacer, sin ninguna duda.

No con un cuchillo, ni con un revólver.

No tengo armas en mi casa. Al contrario: soy de los que piensan que si guardás un arma en tu casa, tarde o temprano la tenés que usar, y preferiría no hacerlo. Sé disparar porque me enseñó un amigo a quien acompañé, varias veces, a entrenar, a un polígono de tiro. Disparé una Glock unas cuantas veces. No lo disfruté. No me gustó para nada.

Tampoco soy un peleador callejero.

La última vez que me agarré a mano limpia, en la calle, era un pendejito. No fue en una sola oportunidad. Fueron decenas. Como las decenas de peleas que tuvo cualquier pibe de cualquier barrio de la ciudad o de la provincia.

Tampoco me siento orgulloso. Ni ando por la vida diciendo que cagué a trompadas a un tipo de dos metros y su acompañante que me amenazó con una botella de vidrio.

Pero ya dije, más de una vez, que si tocan a mis hijas yo soy capaz de matar.

Por lo tanto, en este caso, me siento plenamente justificado.

Me la quisieron poner.

Y yo se las puse a ellos.

Lo tuvieron bien merecido.

El amor de mi vida

Se lo dije al principio, mirándola de frente a los ojos. No hacía tanto que habíamos empezado a estar juntos. Pero estábamos incendiados de deseo y de amor.

—Mariana, si seguimos adelante con esta relación, tenés que saber que te van a querer acribillar, que te van a tratar de gato y te van a decir que sos una puta. Yo soy un tipo grande, que tiene dos hijas y me lo puedo aguantar. Pero vos tenés 26 años, y vas a sentir mucha presión. Muchísima. Lo único que te pido es que me respondas ahora si sentís o creés que esa presión te va a superar. Este es el momento para decirlo. Es preferible que terminemos ahora, sin hacemos demasiado daño, y no más adelante, cuando el dolor sea irreparable.

Mariana me miró más fuerte todavía. Noté una seguridad en su mirada que pocas veces había percibido en una mujer. No sé si eran las luces tenues o la inmensidad del living de casa frente a los enormes ventanales del octavo piso, o la tensa ansiedad por no saber si seguíamos o si, por el contrario, todo se terminaba.

Le estaba dando la oportunidad de salir del laberinto, antes de que ambos entráramos de manera casi definitiva.

Pero estaba nervioso, como un adolescente.

—Yo no quiero terminar, Jorge. Estoy enamorada de vos, a mí no me importa nada.

—¿Estás segura?

—Estoy completamente segura.

Nos habíamos visto ya varias veces, las suficientes como para decimos “te amo”. Las necesarias para que comprendiera que estaba al borde de empezar algo serio con “el peor de todos”.

Y no dudó.

Así iniciamos la construcción de lo que yo siento como el amor de mi vida.

La verdadera historia con Mariana Antoniale se inició el día en que pensé definitivamente en ella como mujer: nos separaban 7000 kilómetros de distancia y debo confesar que no me la pude sacar de la cabeza nunca más.

Me había separado de Silvia a fines de 2011, y en los primeros días de febrero de 2012 viajé solo a Miami.

No soportaba ni un día más la presión, tenía la cabeza explotada: saqué un pasaje a las apuradas, reservé una habitación en el Hotel W, sobre la avenida Collins, y en menos de 48 horas estaba tirado en una de las reposeras del hotel, al costado de la piscina, frente al mar.

El W es un hotel muy lujoso, cuenta con una suerte de cabañas que bordean la pileta, equipadas con plasmas y todas las comodidades, pero por lo general están reservadas para los huéspedes más selectos, los más ricos. No es mi caso, lamentablemente.

Justo durante esa estadía coincidí con “Lo Nuestro”, la importantísima entrega de premios a la música latina que todos los años, desde 1989, se lleva a cabo en Miami, y que reúne a cantantes y celebridades latinas durante varios días en Florida. Ricky Martin, Luis Miguel, Celia Cruz, Maná, Thalía, Juanes, Gloria Estefán, Plácido Domingo o Chayanne son algunos de los artistas que recibieron el premio “Lo Nuestro” a la excelencia. Ese año, el ganador fue el mexicano Pepe Aguilar.

El hotel estaba atiborrado de artistas, y las cabañas de la piscina todas reservadas en su mayoría por ellos. Pero yo había hecho buenas migas con los empleados de la pileta, que me atendían como a una celebridad por la buena propina que les daba. Uno de ellos me vio desesperado por ocupar una de las cabañas:

—¿Usted a qué hora piensa venir a la piscina?

—Y, yo vendría a las once generalmente.

—¿Y a qué hora se va?

—A las dos, tres, como muy tarde.

—Hagamos una cosa: ocupe aquella cabaña, que el que la tiene reservada baja cuando usted se va. Ocúpela sin problema.

Me señaló una de las cabañas y ahí me instalé: estaba rodeado de plasmas, venían a traerme tragos a cada rato, fumaba habanos durante todo el día tirado en los camastros como un rey. Los huéspedes pasaban y me veían solo. Pensarían “¿y este quién carajo es?”.

Uno de los músicos hospedados en el hotel era Pitbull, el famosísimo rapero estadounidense de origen cubano reconocido a nivel mundial. Un fenómeno: me acuerdo de una anécdota con él,

en la pileta del complejo, muy divertida. Detrás de la ligustrina que bordea el hotel había divisado a dos fotógrafos que no paraban de gatillar.

—Mirá como lo siguen a Pitbull —pensé durante un rato largo. Pero cuando miré bien la escena, me di cuenta de que los fotógrafos me seguían a mí. Creo que eran de *Gente* y de *Caras*. Por suerte, los de seguridad los sacaron enseguida.

Me senté al borde de la piscina y se me acercó Pitbull:

—¿Y tú quién eres?

—Soy un periodista argentino.

—Ah, porque te están sacando fotos, hermano.

—Lo que pasa es que en Argentina soy más o menos famoso y me acabo de separar...

Le conté, a grandes rasgos, la historia reciente de mi vida. Se habían invertido los roles: él, uno de los raperos más célebres del continente, quería saber sobre mí.

—¡Vamos a festejar el divorcio entonces, hermano! ¡Brindemos por la nueva vida!

Hizo una seña y pidió un espumante. Chocamos las copas con Pitbull y brindamos al borde de la pileta, por mi divorcio. Tomamos un par de sorbos, me sentía uno más del jet set internacional.

Uno de esos días, mientras tomaba un trago solo sentado en los escalones de la piscina, mitad del torso dentro del agua, me calcé los auriculares y me entregué a la música del teléfono celular.

Empezó a sonar “Humans”, de The Killers. Una canción tremenda. Te eriza la piel. Te transporta a otro lado. Empieza así:

Hice el mejor esfuerzo para notar cuando me llamaron al final. Hasta la plataforma de rendición fui traído, pero fui amable. A veces me pongo nervioso cuando veo una puerta abierta. Cierra tus ojos. Limpia tu corazón, corta el cable. ¿Somos humanos o somos marionetas? Mi signo es vital. Mis manos están frías y estoy de rodillas buscando la respuesta. ¿Somos humanos? ¿O somos marionetas?

A mí, en ese momento, definitivamente me transportó a otro lado. Miré alrededor, con la canción al palo, y no sé por qué, pero se me pasó por la cabeza la imagen de Mariana de aquel día que vino a *Intrusos* con ese vestido negro. Recordé, detalle por detalle, ese momento.

Esa tarde en *Intrusos* fue la primera vez que la vi con otros ojos. Ya estaba muy mal con mi

exmujer, pero seguíamos juntos.

—¡Qué linda que es, la puta que los parió!—pensé mientras ella daba una vuelta delante de las cámaras. Miré un rato largo su cuerpo enfundado en ese vestido negro que parecía tallado a mano solo para ella. Me quedé con ella delante de la pasarela de *Intrusos* un rato largo, más de lo habitual, mientras la tomaba de la mano, y no la soltaba.

Mariana todavía se acuerda de ese momento.

—Me agarraste fuerte la mano, y nunca lo habías hecho antes —me dijo.

—Sí. Es que ese día te miré como mujer —le contesté.

Hasta ese momento, la conocía solo de venir al programa, pero nunca la había mirado así. Para mí los invitados son solo eso: invitados. Vienen, les hago la nota y se van. No me importa. Algunas historias a veces me llegan más que otras, pero no mucho más: miro el reloj, pregunto el rating y listo.

Lo que sí tenía Mariana, a diferencia de otras invitadas, es que era muy simpática, y por eso los chicos de producción la amaban. Se los había ganado. La invitaban por cualquier tema.

Cuando terminó de sonar “Humans”, no podía sacarme a Mariana de la cabeza. Salí de la pileta, me fijé si tenía su teléfono en mi celular, pero no. Solo la seguía en su cuenta de Twitter. Y, por suerte, ella también a mí. De otra manera no hubiera podido comunicarme sin intermediarios.

Decidí mandarle un mensaje directo:

—Hola, ¿qué tal? ¿Cómo estás? ¿Qué estás haciendo?

Me contestó enseguida, fresca, zarpada y directa:

—Se nota que estás al pedo para escribirme a mí.

Me encantó. Me volvió loco.

—¡Qué hija de puta!—pensé.

Una chica que me corta el rostro así, tan tajante, me partió la cabeza. En esa época había varias mujeres que revoloteaban alrededor mío por mi reciente separación. No por lindo ni mucho menos. Supongo que daban vueltas por poder, por dinero, no lo sé. No es para hacerme el galán ni el importante, pero lo cierto es que tenía variantes para escoger. Hay que decirlo con todas las letras:

¡Era un soltero codiciado!

Le contesté a Mariana al instante:

—No hablemos por acá. Es un quilombo. Te paso mi teléfono.

Le escribí mi número y ella me contestó un mensaje de texto con el suyo:

—Acá estoy.

Y nos empezamos a mandar mensajes sin parar:

—¿Adónde estás?

—En Corrientes, ¿y vos?

—En Miami, acá con unas venezolanas, pasándola bárbaro, en el W, un hotel de lujo.

—Ah, yo también, y estoy con unos correntinos acá.

Me hice el interesante, me retrucó con la misma moneda y como un pelotudo me puse mal.

Lo juro: me dio celos.

Seguimos la charla por chat un rato largo.

No sé por qué, porque no quedó en nada la conversación, pero esa misma tarde me fui al shopping de Bal Harbour, entré directo a Hermes y le compré una de esas pulseras clásicas de la marca, bien colorida, en la que gasté unos 600 dólares.

Después la llamé por teléfono esa misma noche y hablamos alguna que otra vez de nuevo durante mi estadía en Miami. Sin embargo, dejé pasar varios días y a la vuelta no la llamé nunca más.

¿Por qué no la volví a llamar?

Tal vez sentí pánico, pero estuve así durante tres semanas, sin ningún contacto.

Una tarde, más de veinte días después, levanté el teléfono. Me apretó apenas contestó la llamada:

—¿Qué pasó, Jorgito, te cagaste? Desapareciste...

—No, no pasó nada, vayamos a tomar algo.

—¿Y adónde vamos? ¡Vos sos un semáforo, es imposible salir con vos!

—Si confiás en mí podemos tomar algo en mi casa.

—Bueno, pásame a buscar y vemos.

Inmediatamente después de cortar, sentí un cosquilleo juvenil. Volvía a tener una cita con

una mujer, después de muchísimo tiempo.

La pasé a buscar por su departamento. Cuando la vi, sentí lo mismo que aquella tarde en *Intrusos*: otra vez estaba preciosa dentro de un vestido espectacular, el pelo suelto, muy sensual, tan bella como ninguna.

Pero al final, no la llevé a casa. Le pedí a un amigo, a quien le juré que nunca revelaría su nombre, que me cerrara el primer piso del restaurante del que es dueño. Le prometí que nunca lo mandaría al frente y cumplí. Y él también: nos cerró el primer piso para los dos y ahí cenamos.

Ella, pollo, ensalada y agua mineral.

Yo, un ojo de bife, y un par de copas de vino.

La miraba y la escuchaba hablar, y la volvía a mirar mientras comía y no podía creer lo linda que era. La dejé en la puerta de su departamento.

Juro que ese día no le toqué ni un pelo.

El primer beso fue un par de noches después, en el living de mi casa. Esa vez sí la invité a mi departamento. Pedimos comida, charlamos durante un largo rato, y nos besamos por primera vez.

Ese beso me hizo comprobar lo que pensaba, y ya estaba sintiendo: que me gustaba como la puta madre que los parió.

A partir de ese momento, no nos separamos nunca más.

Yo la buscaba por su departamento dos o tres veces por semana. La rutina siempre era la misma. La recogía en la puerta y nos íbamos para mi departamento. Era un amor clandestino: no podíamos ir a ningún lado para que nadie lo supiera, porque ni mis hijas sabían del romance. Preferíamos mantenerlo así, en la intimidad.

Al único que se lo confesé fue a mi amigo Luis "Beto" Sterlicchio, dueño de la marca Ossira y del hotel boutique Sainte Jeanne, de Mar del Plata. Beto lo supo desde el principio.

Se lo conté una tarde espectacular, despejada, rodeados de verde, en el campo de Beto en Baradero (se lo compró hace unos años a Marcelo Tinelli).

Nos habíamos ido a pasar un fin de semana con las nenas, y el sábado nos sentamos solos frente al campo a fumar habanos y a tomar whisky, mientras el sol se escondía a lo lejos, en el horizonte. Había llevado una botella de Macallan, como ya dije, mi whisky preferido, y nos enganchamos en una larguísima charla, entre habano y habano y medidas escocesas.

Le empecé a contar que estaba muy bien, que había conocido a alguien, pero omitía decirle el nombre. El muy hijo de puta, un vivo, me llenaba el vaso cada vez que veía que mi whisky se terminaba. No estaba borracho, pero por momentos la mirada se me perdía, las palabras seguían de largo y cuando cerraba los ojos, la cabeza parecía un samba. Creo que a eso le llaman curda. No me había emborrachado nunca en mi vida.

Mi primera borrachera, a esa altura, era de frente a una noche espectacular, clara; de fondo, uno de los brazos del Río Paraná, me abrazaba a la gloria.

No sé si fue el whisky, pero no aguanté más:

—Beto, te tengo que decir quién es...

—...

—Estoy saliendo con Loly.

Me miró unos segundos con los ojos extraviados, mientras hacía tintinar los hielos dentro del vaso de whisky, y largó una carcajada que retumbó en el aire:

—¡Vos sos un hijo de puta! ¡Qué caramelo te estás comiendo, la puta que te parió!

Nos tentamos unos cuantos segundos y le empecé a contar, desde el comienzo, toda la verdad.

Era sacarse una mochila de plomo de encima. Al final se lo había podido decir a alguien. Era la única persona que lo sabía.

Lo que siguió desde ese momento hasta que pudimos dormir fue pura plática de borrachos.

La casa del campo de Baradero de Beto es de dos plantas. Para subir a las habitaciones hay que atravesar una escalera de madera.

Antes de subir, con el whisky ya casi agotado y el cenicero tapado de cenizas, me paré frente a la escalera, confundido:

—Beto, esta escalera, ¿estaba antes?

—Uy, sabés que no lo sé...

Llegué a la cama a los tumbos, pero aliviado. La historia con Mariana ya no era un secreto.

Rocío y Morena dormían desde hacía rato.

Ellas se enteraron un tiempo después. Con Beto al tanto de la relación, la llevé a Mariana al campo y las nenas se quedaron en casa.

Las llamé desde Baradero el sábado a la noche, y me colgué a hablar con Rocío, que no da

puntada sin hilo. El rumor del romance empezaba a desparramarse en el ambiente, y Rocío fue directo al grano:

—Papá, ¿vos estás saliendo con la Niña Loly?

Mariana estaba al lado mío, escuchaba bien nítida la voz de Rocío del otro lado de la línea. Mi hija no me dejó responder. Se contestó ella misma, no me dejó meter bocado:

—Igual no me importa, total las modelos son todas huecas.

Mariana se levantó y se fue caminando rápido.

La fui a buscar apenas corté. Lloraba sentada sola en uno de los sillones del living de la casa de campo:

—Escuchaste la conversación, ¿no?

—Sí...

—Te pido disculpas.

Enloquecí. La situación no podía seguir así.

A la mañana siguiente, domingo, me desperté y lo primero que hice fue llamar a las nenas.

—Mañana quiero que nos veamos —les dije por teléfono y aceptaron enseguida.

Pasó el lunes y finalmente nos vimos el martes. Ya era la época en la que ellas se venían casi todos los días a casa.

Las pasé a buscar por el colegio el martes al mediodía y nos fuimos al shopping Unicenter, en Martínez, a hacer compras.

Cuando terminamos, nos sentamos los tres en Starbucks:

—Ahora sí, chicas, pregúnteme lo que quieran...

Morena casi que no me dejó hablar:

—¿Estás saliendo con la Niña Loly, papá?

—Sí, estoy saliendo con la Niña Loly, hija.

Morena estaba feliz, se le notaba en la cara: es muy cholula. Rocío ni sabía quién era Mariana, pero para ella era “una modelo”, y el prejuicio era más fuerte.

—China —le dije a mi hija Rocío—, lo único que te pido es que me des una oportunidad.

Primero conocí a Mariana. Si te cae mal, punto, se terminó. Pero no juzgues, y esto que te digo usalo para toda la vida. Si no te gusta, no te gusta, pero primero conocela y después sacá tus

propias conclusiones.

Me jugaba el partido de mi vida: si a Rocío le caía mal, tenía que cortar la relación. No había vueltas. Si no le gustaba, tenía que dejar a Mariana.

Les conté un poco de la relación y seguimos de compras.

Una semana después, al miércoles siguiente, armé una cena en casa.

Rocío recuerda esa noche mucho mejor que yo:

Rocío Rial: “Papá fue a buscar a Mariana, pero no me contó adónde iba. Me dijo: ‘Voy abajo un segundo, no me llevo la llave, así que abrí cuando suba’. Cuando subió, tocó el timbre, abrí la puerta y apareció Mariana al lado de él, con una sonrisa de oreja a oreja. Yo estaba como perdida. No tenía ni idea de quién era, ni sabía que venía, porque Morena no me había contado nada y papá me dijo que bajaba un segundo, imaginé que a buscar algo. A los pocos segundos apareció Morena gritando ‘¡ay, la Niña Loly!’”.

Me acuerdo de que Rocío estaba mirando una película y Morena estaba en su cuarto. Entonces las junté a las tres, las presenté y la dejé a Mariana con ellas dos en el living. Yo me escabullí a la cocina, huí.

Tenía miedo.

Sentí que se me caía encima la Tercera Guerra Mundial.

Tan fuerte fue, que borré la escena de mi cabeza.

La Chini lo recuerda mejor:

Rocío Rial: “Papá se fue a la cocina a comer pan y Morena se la llevó a Mariana al cuarto, ‘yo te hago el tour por mi habitación’, le dijo, y se fueron las dos. Yo me quedé mirando televisión en el living y después aparecieron”.

En un momento, escucho carcajadas desde la cocina. Se habían sentado las tres a ver televisión, y siento cómo se cagaban de la risa. ¿Por qué se reían tanto?

Rocío Rial: “Porque estábamos viendo una película francesa, y Mariana quiso decir ‘la nena es re asesina’, y le salió ‘la negra es re asesina’, y entonces nos causó gracia”.

Apenas escuché las carcajadas de las tres pensé:

—Listo. Ya está. Gané.

Suspiré tan fuerte que se debió haber escuchado en todo el edificio.

Es que Rocío es incapaz de reírse o compartir con alguien si no le cae muy bien.

En la cocina le había rezado a todos los santos.

Y parece que los santos me tuvieron en consideración.

A partir de ese momento empezó la seducción entre todos.

Al poco tiempo, en los primeros días de abril de 2012, viajamos con Mariana a Venecia, Italia. Fue nuestro primer viaje juntos, los dos solos.

Pero quince días antes les blanquéé la relación a mis abogados.

Rafa Cúneo Libarona, que además de ser mi penalista es un amigo personal, siempre se jugó la vida por mí; Bernardo Beccar Varela, mi abogado de familia y amigo, y Eduardo Sanguinetti, su socio, estaban sentados en el living de casa.

Discutíamos los pormenores del divorcio con Silvia, la estrategia a seguir. Teníamos un problema: mi exmujer me pedía absolutamente todo. El tema era que estábamos tratando de descubrir dónde estaba la guita. De lo único que estaba seguro era que yo no la tenía. Tampoco tenía la menor idea de dónde estaba. Siempre la había manejado ella.

De caballero que soy, había logrado sacar 200 mil pesos, la mitad de lo que había en una cuenta corriente del banco. Un error: me tenía que haber llevado todo.

Fue un fuerte impacto darme cuenta de que casi no me quedaba nada.

De repente me encontré con que era dueño solo de mi departamento y nada más. No tenía registro de dónde podía estar el resto de la plata, que era muchísima.

Solo sabía que teníamos una cuenta afuera, un departamento en Miami y las propiedades de Buenos Aires. Pero si hablamos de guita en efectivo, ¿la verdad?, no tenía idea. Ni la más mínima idea de cuánto ni de dónde.

Silvia nunca me había “blanqueado” nuestro patrimonio en efectivo.

Estaba con mis abogados en el living de casa tratando de reconstruir esa parte de la fortuna. Al mismo tiempo, mi relación con Mariana se consolidaba y había logrado que mis hijas la aceptaran de entrada. De hecho, hasta ese momento, lo sabían ellas, mi amigo Beto y nadie más.

De repente, sonó el timbre.

Abri la puerta y apareció Mariana.

Otra vez, para variar, lucía espléndida: vestido negro, el pelo largo, impactante, producida

como para alquilar balcones.

Mis tres abogados se quedaron azorados.

Me paré delante de ellos, con Mariana tomada de mi mano, y se las presenté:

—Les quiero decir algo, muchachos. Mariana es mi nueva pareja. Me cansé de esconderme, la voy a presentar en sociedad y en quince días me voy a ir de viaje con ella. O sea: va a haber quilombo. Si esto implica que yo le tenga que pagar más guita o dar más propiedades a mi ex, no me importa. Para eso los contrato a ustedes, que me cobran una fortuna la hora. Es su laburo, muchachos. A mí no me importa nada. Lo único que les digo es que me voy con ella y que esto va a ser un escándalo. Y no me miren como si fuese mi problema. Porque a partir de ahora pasa a ser el de ustedes. Yo voy a disfrutar, ustedes vayan a litigar. Si es necesario cáguense a trompadas. A mí no me importa nada.

Los tres se quedaron mudos. Fue increíble. Tres de los abogados más prestigiosos del país sentados en el living de mi casa inmóviles, duros, sin decir una palabra.

Me fui con Mariana a la cocina para dejarlos “deliberar” unos minutos. Volví solo. Les pregunté:

—¿Les quedó claro, muchachos, o tienen alguna duda?

Respondieron los tres lo mismo. Me dijeron que tenía todo el derecho del mundo a rehacer mi vida.

Entonces, más tranquilo, le pregunté a Bernardo si podría llegar a tener algún quilombo. Lo descartó de plano:

—Tu ex te va a putear seguro. Va a intentar hacer de todo, pero legalmente no puede hacer nada.

—¿Y si me acusa de adulterio?

—No existe la figura del adulterio, olvidate. Hacé lo que tengas ganas, dale para adelante.

Fue mi manera de gritarle al mundo cuánto la amo.

Mariana no era mi amante, era mi pareja, ¿por qué tenía que esconderla? ¿Por qué tenía que esconderme yo? ¿Por qué no podía ser feliz? ¿Por qué tenía que hacer lo que yo critico en televisión?

La decisión de hacer público mi romance con Mariana fue lo mejor que podría haber hecho

en ese momento. No hacía nada malo, no era un delito.

Y no me iba a privar de irme con ella de viaje. Salimos el viernes 20 de abril de 2012 a mediodía, en el vuelo AZ 681 de Alitalia.

Esa escapada a Italia fue maravillosa, pero también desopilante: ninguna de las revistas de chimentos se quería perder el viaje.

Al final viajaron todas. *Paparazzi*, *Caras*, que contrató a un fotógrafo italiano, y *Gente*, que hizo lo propio con uno español, con el que me traje una anécdota imperdible.

Yo conozco muy bien Venecia. Una tarde, cuando entraba al Westin Venice, el hotel en el que nos alojamos, vi que el fotógrafo español estaba escondido detrás de una columna, esperándonos. Lo medí de atrás y le di una patada en el culo, bastante suave:

—¿Qué hacés acá?

—No lo esperaba por aquí...

—Mirá que acá juego de local.

Al final, me terminé haciendo amigo de todos los fotógrafos. Primero negociábamos un par de fotos. Después les pedí:

—¿Ahora me dejan dos horas libres?

Transamos imágenes por horas de intimidad.

En serio: ese viaje fue una locura.

Apenas aterrizamos en Venecia con Mariana, me di cuenta de que estábamos al horno.

Porque viajamos en diferentes vuelos, separados, pero cuando llegamos a Italia vi que nos estaban esperando:

—Jorge, me parece que hay dos tipos que no paran de sacarnos fotos.

—Cagamos —pensé—, no nos van a dejar en paz en todo el viaje.

La situación se nos estaba yendo de las manos.

Ya no era solo el fotógrafo de *Paparazzi*, con el que habíamos arreglado para hacer dos o tres fotos y ya.

Y lo peor es que a cada momento se sumaban más.

Parecía una película.

Subíamos a una lancha taxi y un grupo de fotógrafos nos seguía en la otra lancha.

Recuerdo un episodio más llamativo todavía.

Lo protagonizó un fotógrafo italiano que me seguía, a sol y sombra, durante el día y la noche.

Tenía la cámara baja, y me miraba de cerca, pero no me fotografiaba.

Más tarde me enteré de que me había confundido con un capo de una mafia de las muchas que hay en Italia. Recién me tomó una foto cuando sus colegas argentinos le dijeron quién era yo.

Otro pequeño lío se armó en el lujoso e imponente local de Prada.

Ni bien entramos, un enjambre de fotógrafos se empezó a arremolinar en el lugar.

Quienes manejaban el local nos acompañaron hasta el segundo piso, para que pudiéramos hacer las compras con tranquilidad.

Primero me preguntaron qué estaba pasando.

Les respondí que Mariana era una modelo muy famosa y muy conocida de la Argentina.

—¿Y usted quién es?— quisieron saber.

—Su guardaespaldas—les dije.

Se lo creyeron de punta a punta.

Mariana, para colmo, estaba despampanante. Los italianos se le tiraban encima. Pero no solo los italianos. Y tampoco pasó eso solo en Venecia. Sucede todo el tiempo. En todo el mundo. En Miami, por ejemplo, tuve que frenar a un desubicado que se la quiso avanzar delante de mí.

Lo paré mal. En seco:

—Te voy a arrancar la cabeza, hijo de puta. Andate de acá porque te mato.

Se lo grité mientras lo tomaba del cuello.

A ese tipo no le van a quedar ganas de tirársele encima a nadie por un buen tiempo.

A la distancia, como conductor de *Intrusos*, reconozco que lo primero que hubiese dicho en caso de presentar un romance como el que tenemos con Mariana hubiese sido:

—¡Qué hijo de puta! ¡Qué caramelo se está comiendo Rial!

Pero yo, en mi vida privada, mantengo perfil bajo.

Tinelli, por ejemplo, ¿qué hizo cuando se separó? Se fue de joda, se rodeó de pendejas, boliches, quilombo, todo junto. En mi caso fue al revés. Sin embargo los medios me siguieron igual.

Las tapas de las revistas de chimentos de esa semana fueron las que más vendieron del año.

Todas.

Paparazzi, por ejemplo, vendió entre 120 y 130 mil ejemplares, algo histórico. *Gente* lo mismo, vendió muchísimo. “Nos enamoramos”, fue el título de tapa de *Gente*. Mariana con un vestido largo y colorido; yo, de saco azul de pana y jeans.

Era evidente que mucha gente estaba interesada en nuestro noviazgo.

Con el rating de los programas de televisión pasó lo mismo. *Intrusos* midió 10 puntos y *Desayuno Americano*, de Pamela David, también midió muchísimo.

Durante el viaje, salí por teléfono en *Intrusos*, sentado en uno de los restaurantes frente a la Piazza del Popolo, mientras comía con Mariana y Carlitos González, el fotógrafo de *Paparazzi* que se había acercado a tomar un café con nosotros. En Roma siempre paramos en el Hotel de Russie, a metros de la Piazza del Popolo, para mí uno de los lugares más extraordinarios de la capital italiana.

Intrusos en ese momento medía seis puntos. Pero cuando Ventura me saludó y empecé a hablar del viaje, la medición subió a 11, 12 puntos, y explotó. Luis tampoco come vidrio: por eso me tuvo 45 minutos en el teléfono. Al otro día, salimos con Pamela en *Desayuno Americano*, y el rating ardió.

Fueron varios meses de locura. De salir de casa y tener una guardia de fotógrafos enfrente, colgados de los árboles, dentro de los autos, arriba de motos.

Fue muy jorobado al principio, pero después lo tomé como algo natural.

Ahora con Mariana estamos en el mejor momento de nuestra relación, sencillamente porque nos amamos mucho, y porque encontré en ella a la mujer de mi vida.

Pero pasamos por momentos de zozobra, en los que pensé de verdad que la perdía y que no la iba a tener nunca más conmigo.

Hubo mucha gente que se metió en el medio cuando estuvimos peleados y nos dejamos influenciar.

Porque nos dejamos influenciar tanto ella como yo.

Y amamos una historia que no era la verdadera. Tuvimos que pasar por meses de charla y más charla para acomodar una relación intensa, genuina, que en algún momento estuvo a punto de irse al tacho.

Jamás me lo hubiera perdonado.

¿Qué hice mal yo? Muchísimas cosas, pero como soy hombre y voy al frente no le voy a sacar el culo a le jeringa: mi equivocación más grande fue lo que yo llamo la pelotudez con la tucumana Marianela Mirra, una franela de la que siempre me voy a arrepentir porque la herí a Mariana.

Pero tengo la conciencia tranquila porque yo sé, y Mariana también, que fue solo eso.

Una boludez.

Un juego pelotudo al que me empujaron y entré, como un gil.

Una maniobra en la que yo caí solito, motorizada por una persona que está desquiciada y que me atrapó en un momento en el que la relación con Mariana atravesaba por el desgaste propio de dos personas con un carácter muy jodido.

La extorsión que me propinó Marianela Mirra, ganadora de la edición 2007 de *Gran Hermano*, se difundió casi como un discurso presidencial en cadena nacional.

Después ella intentó ir a la Justicia, pero la rebotaron de todos lados y al final ya se le reían en la cara.

Al principio, salí a contestarle solo porque dañó la relación con Mariana.

Pero después me di cuenta de que le estaba haciendo el juego a Mirra y a los medios y decidí no responderle más.

Y se acabó el tema.

Mirra no tiene poder de fuego, y quedó demostrado porque desapareció de los medios.

Estos fueron los hechos, tal como sucedieron y no como los contaron quienes me quisieron destruir.

En marzo de 2014, la tucumana filtró una serie de mensajes de WhatsApp que nos intercambiamos en algún momento y que lo único que revelaban era la historia de una mujer con un tipo que, como todo hombre, se hace el galán para acariciarse el ego.

Ni más ni menos que eso.

Un error estúpido que estuvo a punto de aniquilar mi pareja.

¿Qué hombre no lo hizo alguna vez, sin que eso implique una infidelidad? ¿O qué mujer? No nos engañemos. Somos débiles. No siempre pensamos con la cabeza.

Primero le pedí perdón a Mariana públicamente, desde *Intrusos*, el viernes 28 de marzo de 2014. Consideré que como el tema se había transformado en “una cuestión de Estado”, las disculpas también debían ser, antes que nada, públicas:

—Le quiero hablar a Mariana Antoniale. Le pido disculpas públicamente. Entré en un jueguito histórico de quien me lo propuso. Los hombres no siempre pensamos con esta cabeza. A Marianela Mirra, en un momento, en *Intrusos*, pensábamos en sumarla como una panelista más. Por eso la probamos. La llamamos y vino como invitada. No rindió. Enseguida tiró un tuit terrible contra nuestros compañeros. Entonces decidimos no convocarla más. Después no pudo llegar a otros canales. No consiguió laburo. Y me hizo cargo de todo lo que le pasó. Para mí se terminó ahí. Pero en medio de todo esto, ella me mandó un mensaje y me propuso un juego histórico. Un juego tonto, que yo acepté. No me quiero justificar, yo entré en eso. Soy un pelotudo. Lastimé a la mujer que amo. Ahora, Loly hará lo que ella decida. Yo voy a pelear por ella. De la otra, que es una extorsionadora, ya me voy a encargar.

Mirra sabía el juego que jugaba. Tenía el despecho justo de una mujer a la que habíamos probado para sumar al panel de *Intrusos*, y que no había colmado las expectativas. Ni las nuestras ni las del público, porque cuando ella estuvo de invitada en el programa el rating no la acompañó. Y contra eso no hay nada que hacer.

Por suerte, después quedó al desnudo la verdadera Marianela Mirra.

Por ejemplo, una investigación de *La cornisa*, el programa de Luis Majul, demostró cómo la ex Gran Hermana siempre mezcló la política con la vida privada. *La Cornisa* dio detalles de los contratos que su madre y su hermano mantenían con el Estado tucumano gracias a su influencia. El concejal Luciano Villegas, exnovio de la tucumana, tuvo que dar explicaciones de por qué había contratado a familiares de su expareja con sueldos altos. Hasta estuve a punto de viajar para allá con las cámaras de *Intrusos* para desenmascarar a Mirra, que, por suerte, se mostró ante el público tal como es: como una verdadera extorsionadora capaz de cualquier cosa para tener un minuto más de fama.

Esta vez, el tiro le salió por la culata.

Sin embargo, mi relación con Mariana, lo único importante en medio de todo ese lío, naufragó durante meses con rumbo desconocido.

Fue un tiempo de mucha angustia y de mucha exposici3n.

Una exposici3n que lo 3nico que hacfa era echar m3s lefia al fuego.

Habfa noches en que la miraba a Mariana en la tele, sentado solo en el living de casa, y me invadfa una angustia desesperante.

La noche del martes 6 de mayo de 2014, por ejemplo, en el *Bailando por un suefio*, el certamen de baile de *Showmatch*, Mariana estuvo para el cachetazo.

La vi muy sola, y con un Marcelo Tinelli haciendo malabares para despegarme del medio.

Ella se pele3 con parte del jurado, se mostr3 belicosa, nerviosa, dispuesta a ir al choque en todo momento, diferente a lo que ella verdaderamente es. Para colmo, esa noche llegué al departamento y me encontré con que estaba sin luz.

El generador el3ctrico tampoco funcionaba. Me dormf sin saber qu3 habfa pasado.

Observé las im3genes al dfa siguiente, a la mafia, apenas me levanté, en Internet.

Me doli3 mucho verla asf.

Si lo hubiese visto en vivo, la hubiera ido iba a buscar, para sacarla de ese estudio y abrazarla toda la noche.

La hubiese protegido, en silencio, para evitar que los hijos de puta de siempre la volvieran a atacar.

Fue uno de los peores momentos de nuestra relaci3n.

Mi amigo Guillermo Marfn me avis3 que Mariana estaba al aire, sacada, disparando contra todos. No tuve mejor idea que escribir un tuit poco feliz:

—Vengo de trabajar y no hay luz. ¿me estoy perdiendo algo trascendental en la tele?

Fue desafortunado, pero real. Estaba comiendo a solas, a la luz de las velas. Pregunté eso porque no podfa ver nada. A los tres minutos, me empezaron a llegar decenas de tuits que hacfan alusi3n al supuesto doble sentido de mi mensaje. Me insulté a mf mismo.

—La puta que los pari3. ¡Qu3 mala suerte!

Era l3gico, ¿quién no irfa a pensar que mi tuit habfa sido a prop3sito? Si, en teorfa, yo soy el peor de todos.

Sin embargo, juro por mis hijas que no sabfa nada.

No sabfa ni que Mariana estarfa esa noche en *Showmatch*, ni que despotricarfa contra todos.

A la mañana siguiente, después de ver su nerviosismo de la noche anterior, le escribí un mensaje de texto larguísimo:

—Hacé lo que quieras con este mensaje, leelo y no lo contestes, no importa, pero quiero decirte lo que me pasó a mí...

Le escribí que había vuelto a ser la Niña Loly peleadora que conocí un tiempo atrás y no a la Mariana Antoniale racional. Que no me gustaba, que se hacía daño a ella misma, y que se había entomado con gente que no me gustaba, como Marcelo Manau, de la firma de bijouterie XT, alguien que en ese momento “le hacía marca personal” en todo momento, aprovechando mi ausencia.

Me daban ganas de traérmela para casa, meterla en la cama y arroparla.

Ese era mi deseo más fuerte. Poder decirle:

—Vení. Dejate de joder. Basta. Renunciá a todo y quedate en la cama tres días conmigo, sin hacer nada.

Ella, en estado de conmoción, me respondió:

—Estoy sola.

Y era la verdad.

Porque su hasta entonces representante, Leandro Rud, había cerrado su agencia, y la había desprotegido.

Fue un momento difícil para Mariana, y también para mí.

Algunos medios empezaron a olfatear sangre, supusieron que yo me estaba cayendo y se apuraron a pasarme factura por adelantado.

Y de una forma virulenta.

Yo tampoco estaba en mi mejor momento.

Tenía un agujero en el pecho, y se notaba en la pantalla de América.

Me costaba hacer el programa.

Para los dos, esos días fueron infernales.

Yo, todos los días al frente de *Intrusos*, donde cualquier cosa que decís o hacés se mide con lupa; y Mariana, con su participación en el *Bailando*, un programa del que Marcelo Tinelli se sirve para brindar su show diario, dirimir internas o mostrar el costado más descamado de los

participantes.

Ay, Marcelo Tinelli.

A veces cree que él está por encima de todo y de todos.

A veces se olvida de que él y yo somos pares.

Y a veces hace cualquier cosa para sumar unos puntos de rating.

Por eso se “colgó” de mi discusión con Mariana.

Entonces en un momento empezó con el juego de sacarme por teléfono al aire para hablar con ella en su programa, en vivo.

Me negué de manera sistemática, por varias razones. Primero porque Marcelo y yo estamos a la misma altura, y hay ciertos códigos entre los dos que no hay que romper. Cuando él se separó, por ejemplo, si a mí se me ocurría llamarlo para sacarlo al aire, Marcelo no aceptaba. Y yo lo respetaba como él tenía que respetarme a mí.

Lo llamaba en privado, le pedía una nota, y cuando me decía que no, lo aceptaba. Él no: quería arrebatare una charla telefónica en vivo, al aire, con Mariana desarmada del dolor en el piso, y yo no lo podía aceptar.

Sé que Marcelo no lo hizo de mala leche, sino a favor de su show. Si yo se lo hubiera hecho en *Intrusos* a él no le hubiera gustado.

La otra razón por la que me negué a hablar en vivo en *Showmatch* es que yo no soy “tinellista”.

El cien por ciento de los famosos o los políticos se desviven por hablar con él, aunque sea cinco minutos, y por teléfono.

Yo no.

La última razón por la que preferí mantenerme en silencio con él fue porque corría el riesgo de quedar como un forro del otro lado del teléfono.

No quería darle de comer y punto.

Vivo del circo. Por eso sé que en los circos también hay límites. Si nosotros a veces pasamos los límites, es porque los famosos nos dejan pasarlos.

Ese fue mi límite y lo sentí en el pecho.

Sentí que me tenía que quedar en el molde y creo que hice lo correcto.

Mi límite había sido Mirtha Legrand, y me juré respetarlo.

Cuando nos separamos, y mientras intentábamos recomponer la relación, Mariana rompió el silencio y contó su versión de los hechos en *La Noche de Mirtha*, el sábado 19 de abril, por Canal 13. Cuatro días antes, el martes 15, yo había volado a Nueva York con Rocío y Morena, en lo que fue nuestro primer viaje solos, los tres. Un día antes de subirme al avión, el lunes 14, me reuní con Martín Kweller, uno de los históricos productores de la diva de los almuerzos.

A Kweller lo conozco desde que era empleado de Sofovich, y quedamos en juntamos en Selquet, a una cuadra y media de casa, en la esquina de Figueroa Alcorta y La Pampa, para ultimar detalles sobre la puesta en marcha de *Pulsaciones, el complot*, el programa con el que debuté en América en junio del 2014 y que fusionó el juego de preguntas y respuestas con famosos.

Entre café y café, y discusiones sobre el contenido del futuro programa, Kweller me avisó que había una altísima chance de que Mariana se sentara en la mesa de Mirtha.

Por esos días, después de la pelea pública y privada, y la separación, manteníamos con Mariana el contacto justo y necesario.

Ella había mudado sus cosas al departamento de su hermano, cerca de casa, y habíamos empezado a vemos en forma intermitente. A veces en el departamento de su hermano Sebastián y otras en casa.

Mariana también me había anticipado que podía sentarse en la mesa de Mirtha y me lo explicó con mucha lógica:

—En algún momento voy a tener que hablar del tema, me están llamando de todos lados, y me parece que Tinelli no es el lugar adecuado, pero Mirtha sí.

Le dije lo que pensaba:

—¿Vos querés ir, Mariana? ¿Estás segura? Mirá que para mí es territorio enemigo. Tengo miedo de que pasen dos cosas, y las dos malas. Una: que ella empiece a pegarme y vos me tengas que salir a defender. Dos: que vos te sumes a ella y entre las dos me hagan pelota.

Le sugerí lo mismo a Kweller, esa tarde en Selquet. Me dijo, por la suya, que podía frenar la visita de Mariana a Canal 13. Pero me aclaró:

—Llamó alguien cercano a Mariana, para ofrecernos que venga a lo de Mirtha... Igual, si vos querés, la bajamos.

—No, está todo bien. Si ella quiere ir me parece perfecto.

—¿Estás seguro? ¿No querés que intente bajarla?

—No, para nada. Solo te pido un solo favor. Trátenla bien, no la dejen en un lugar incómodo, o que tenga que pelearse con Mirtha para defenderme, o al contrario: que se vea obligada a hacerme pelota.

—La llamo a Mirtha en este mismo momento, Jorge.

Kweller levantó el teléfono e hizo eso mismo. La llamó y “ponchó” la conversación en altavoz:

—Hola señora, estamos confirmando finalmente que viene Mariana Antoniale al programa. ¿Le puedo pedir que no ataquemos a Jorge?

—¿Usted me toma por tonta, Martín? ¿Cómo le voy a pegar a Jorge? Yo no soy estúpida, no me voy a meter con él. Al contrario, ni siquiera sé por qué estamos peleados. Además me encantaría arreglarme con él. Quédese tranquilo que nunca haría algo así.

Se despidieron, y todos contentos.

Le grand, debo reconocer, respetó sus palabras, porque hasta ese momento mi relación con la reina máxima de los almuerzos había tenido algunos chisporroteos a lo largo del tiempo (ver el capítulo “Maradona, Mirtha, Lucho y Sofovich”). Y de local, en su mesa, con Mariana sentada a su lado, podía haberse hecho un picnic.

La reunión con Kweller terminó abruptamente por un llamado de Mariana.

Estaba en la presentación del *Bailando 2014*, en el Tatersall de Palermo, con todas las figuras de Ideas del Sur y, por supuesto, Tinelli. Más de ochenta figuras, entre productores, conductores, bailarines y famosos, debían posar para la tapa de *Gente*.

Mariana me llamó contrariada:

—Jorge, estoy muy nerviosa, no quiero hacer la foto.

—¿Querés que vaya para allá?

—Hacé lo que vos quieras.

Traduje el “hacé lo que vos quieras” en un “vení rápido a buscarme”. Me subí al auto y salí disparado hacia el Tatersall.

Marcelo también la había visto mal.

—Si podés, venite, Jorge. No la veo bien a Mariana. Está con mucho miedo —me escribió vía SMS.

—¿Por dónde entro para que no me vean los fotógrafos?—le pregunté.

—Por el costado. Por donde entré yo —me volvió a responder.

En efecto, entré por el costado, dejé mi auto al lado del de Tinelli y corrí a un lugar reservado, donde me esperaba Mariana.

Nos abrazamos.

Ella temblaba de miedo.

Seguimos abrazados durante larguísima segundos, que parecieron horas. Me quedé con ella hasta un minuto antes de que la llamen para la foto grupal. Me saludé y charlé un rato con Nacha Guevara y Marcelo Polino, casualmente ambos jurados del *Bailando 2014*, con quienes tengo una excelente relación. Después me fui.

Mariana salió sonriente en la tapa de *Gente*, sentada debajo de Marcelo, junto a Karina Jelinek y Noelia Pompa, y el título “Vuelve Marcelo”.

La esperé en casa, con Rocío y Morena, y cenamos los cuatro.

Hablamos otro rato largo, hasta después de la medianoche, y la llevé al departamento de su hermano. A la mañana siguiente, volé a Nueva York.

El sábado 19, unas cuantas horas antes del programa de Mirtha, volví a hablar con Kweller.

En medio de los rascacielos imponentes de Nueva York, mi cabeza solo estaba puesta en el programa de esa noche. Quería estar presente, a mi manera:

—Martín, necesito comprarle flores a Mariana, ¿me hacés el favor? Después me las descontás del sueldo de *Pulsaciones*.

—¡Ja, ja! ¡Dale, boludo! ¿Qué flores querés?

—Orquídeas. Las mejores orquídeas.

—Dalo por hecho.

A la media hora me mandó tres fotos con tres opciones distintas de orquídeas:

—¿Cuál preferís?

Le marqué las que quería.

—¿Las dejo en el camarín de ella? —me preguntó Kweller.

—Si las podés hacer entrar, mejor —le respondí.

Dejé el “operativo orquídeas” en manos de Kweller y partí hacia el Orpheum Theatre, en 126 Second Avenue, en el corazón de Manhattan. Teníamos entradas para *Stomp*, el brillante musical del grupo percusionista, originario de Brighton, Inglaterra.

Tardamos en salir del teatro porque estábamos en tercera fila. Y justo coincidimos con el momento cúlmine del programa de Legrand, en el que Mariana hizo catarsis y derramó lágrimas y lágrimas. La periodista Mercedes Ninci, la actriz Griselda Siciliani —pareja de Adrián Suar— y el doctor Alberto Comillot, los otros comensales, parecían actores de reparto.

Morena no se despegó ni un segundo del teléfono, y siguió en detalle los pormenores del programa, como si lo estuviera viendo en Buenos Aires, en vivo:

—Papá, Mariana acaba de llorar.

—¿Adónde lloró?

—En lo de Mirtha.

—La puta madre. ¿Y por qué lloró?

—Por nosotros. Dice que nos extraña.

—Está bien, More...

Mientras hablábamos, caminábamos los tres, en fila, por el pasillo del teatro hacia la salida, cuando me sonó el teléfono. Era una productora de *La Noche de Mirtha*:

—Rial, ¿podés salir al aire?

—No sé, llamá en un minuto, por favor.

No sabía qué hacer, ni qué decir.

Se venían a mi cabeza aquellas palabras de Mirtha —“¿Cómo le voy a pegar a Jorge? Yo no soy tonta”—, y el minuto a minuto de Morena, que me contaba que no solo la señora no me cocinaba a la parrilla, sino que incluso me defendía.

Con el tiempo, Mariana me contó que en uno de los cortes, Legrand la consoló con una revelación bestial:

—Chiquita, no es tan importante lo que pasó con Rial, ¿usted sabe cómo me engañaba a mi Daniel Tinayre?

Mariana la miró sin saber qué responder.

Me volvieron a llamar de la producción, pero la comunicación se cortaba. Pedí que me dejaran llegar al hotel, y que me llamaran al teléfono de Morena.

Al final se comunicaron. El diálogo:

—Acá me dicen que hay una comunicación telefónica desde Nueva York con el señor Jorge Rial. ¿Qué tal Jorge, cómo le va?

—¿Qué tal señora? ¿Cómo anda?

—Bien, muy bien.

—La escucho muy bajo y además la comunicación es muy mala.

—Hable más alto por favor.

—¿Me escucha bien?

—No lo escucho, perdone.

—¿Ahora me escucha?

—Ahora sí, perfecto. ¿Cómo está? ¿Está con sus chicas?

—Estoy con mis hijas, recién salimos del teatro y me está llamando un montón de gente amiga, contándome todo el programa, y nada, tenía ganas de decirle a la mujer que está allí que la amo, a Mariana, que más o menos sé lo que estuvo contando y que la verdad tenía ganas... Se lo dije personalmente, y ahora a la distancia, que la amo. Y que el amor en mí sigue intacto, absolutamente intacto, y el de mis hijas también, el de los tres, el de la familia que queremos amar.

—Va a tener que hacer muchos méritos usted para reconquistar a esta belleza, es muy dura la cosa. Estamos tratando de ablandarla. ¿Cuándo regresa usted?

—El martes estamos allá en Buenos Aires, estaré trabajando el mismo martes.

—Ella dice que usted la traicionó. Que es una traición.

—Está bien, perfecto. Llamé nada más que para decir eso, no para discutir, ni nada. En todo caso lo hablamos personalmente. Solo quería salir a decir eso públicamente, como lo dije en otro momento. Lo dije en público y en privado.

—Muy bien, muchas gracias por haberse comunicado.

Se escuchaba realmente mal, pero estaba convencido de que Mirtha quería exprimirme al máximo.

Cuando escuché la palabra traición, entendí que era el momento de cortar la llamada.

No le iba a regalar la nota, aunque después supimos que el programa midió, en ese momento, 12 puntos, el pico de rating de ese día.

Solo quise que Mariana se sintiera cómoda.

No pensé en la competencia, ni en Ventura, que en ese momento estaba en el aire de América con *Secretos Verdaderos*.

Soporté el tirón de orejas de Liliana Parodi, gerente del canal:

—12 puntos le diste a la señora —se quejó y con razón.

Es que nunca pensé en el rating. Siempre pensé en mi vida personal, y en Mariana.

Hice lo que debía hacer y no me arrepiento: privilegiar la relación con la mujer que amo. No era tiempo de pensar en el rating, o en el trabajo, o en la guerra de canales.

Era el instante de pensar solo en Mariana.

Por momentos, la separación nos desbordó. Pero hablamos muchísimo, y pudimos darnos cuenta del amor que nos une. Llegamos a la conclusión de que ni los medios, ni los allegados que supuestamente se dicen amigos, ni nadie debían interferir entre nosotros.

No hay opinión de afuera que valga.

Porque cuando intervinieron terceros fue cuando florecieron cortocircuitos innecesarios, que hicieron que tanto ella como yo dijéramos disparates.

Pasamos por semanas de angustia, de tristeza, de mucho dolor, pero también de mucho enojo porque la gente empezó a decir cualquier cosa.

Y yo, al menos, mepecé a creer cosas que no existían.

Íbamos y veníamos.

Hubo semanas, por ejemplo allá por junio de 2014, en las que me enojé mal.

Prefirió tenerla lejos. La había borrado de todos lados.

La separación hizo aflorar lo peor de algunos personajes siniestros, que aprovecharon la ruptura para ventilar operaciones truchas, berretas. Y yo caí en algunas, como cuando la acusé a Mariana de llevar a mi hija Morena a un boliche, con solo 15 años, sin que yo supiera.

Fue un error.

Un gran error.

Caí en la trampa de algún miserable que quiso sacar provecho, pero estuve durante varias semanas muy embroncado con ella, creyendo que yo tenía razón.

Sentí un dolor en el pecho imposible de cargar, en especial por estar lejos de la mujer que amaba y amo.

Eso fue lo más difícil de sobrellevar.

Pero como estaba enojado, la bloqueé.

Le impedí que me mandara mensajes, que me escribiera en Twitter o que me llamara.

Estábamos incomunicados.

Absolutamente desconectados.

Hasta que el domingo 5 de junio de 2014, en pleno día del padre, a las 6 de la tarde, decidí desbloquearla. Apenas lo hice, a los pocos minutos, me llegó un mensaje de ella, sin palabras, con la imagen de un corazón partido.

—¿Qué es esto?—le pregunté por mensaje de texto.

—Los extraño—me respondió enseguida.

Quedamos en vernos al otro día.

Y empezamos a rearmar la relación en serio.

Lo hicimos con paciencia y mucho cuidado.

Hasta que no volvimos a ser lo que éramos cuando nos conocimos, en medio de idas y vueltas, tratamos de mantenernos lo más lejos posible de los medios.

Fue una tarea titánica.

Ese lunes, después del día del padre, nos sentamos en Bruni, un restaurante de comida italiana en Sucre al 600, a la vuelta de casa.

Fue un reencuentro revelador.

Estuvimos más de dos horas sentados a solas y nos dijimos absolutamente todo en la cara.

Lo que nos dolió.

Lo que molestaba.

Lo que estábamos haciendo bien.

Y lo que deberíamos hacer bien a partir de ese momento.

Todo lo que nunca nos habíamos dicho.

—Nos amamos —fue, por suerte, la conclusión a la que llegamos.

—Tratemos de ver si podemos reconstruir esto desde otro lado —fue el objetivo que nos planteamos.

Lejos de los medios, que solo se enteraron que nos habíamos encontrado en ese restaurante. Nadie tuvo ningún detalle.

Fue una época en la que las revistas no podían conseguir ninguna foto nuestra juntos, porque así lo decidimos.

La primera parte de nuestro noviazgo fue de convivencia constante con la prensa. Constituyó un verdadero error. Un equivocación que quisimos evitar durante ese tiempo de reconstrucción del noviazgo.

Por eso los paparazzis tenían sed de Rial y Antoniale juntos.

Hicieron lo imposible por conseguir la foto de la reconciliación.

Cada vez que salía de casa con mis hijas, me encontraba a paparazzis colgados de los árboles, arriba de motos, o esperando en taxis.

Cierto día, salí desde casa con una de mis hijas. La tenía que llevar a un cumpleaños en la Zona Norte de la provincia de Buenos Aires. En un momento, enfilé hacia la Panamericana y vi que nos seguían tres autos cargados de fotógrafos. No me iba a encontrar con Mariana, pero si les decía eso no me lo creerían. Entonces les seguí el juego y permití que me persiguieran. Hasta les pagué el peaje y todo.

Cuando llegamos a Pacheco, donde era el cumpleaños, bajé del auto con mi hija, dos amigas y varias tortas, que eran para la fiesta sorpresa de una de las amigas de Rocío.

¡La desilusión en la cara de los fotógrafos era tan evidente!

Incluso les abrí el baúl, para que vieran que Mariana tampoco estaba escondida ahí:

—¿Vieron muchachos? Mariana no está. Si yo les decía que no vengan, ustedes iban a venir igual. Por eso no les dije nada. Olvídense: no nos van a poder sacar nunca una foto juntos. Vamos a hacer lo imposible para evitarlo. No les voy a mentir: estamos rearmando la relación y lo queremos hacer lo más abstraídos de los medios posible.

Lo mejor en medio de todo este lío es que entendí que Mariana me cambió la vida.

Que reconstruyó una familia que venía de un golpe durísimo.

Que la amalgamó, y que eso es absolutamente mérito de ella.

Me cansé de repetirle que era demasiado para una mujer de tan solo 26 años, pero Mariana tiene otra cabeza. Es mucho más madura que la mayoría de las chicas de su edad.

Es una de las cosas que me enamoró de ella.

A los 25 o 26, las chicas todavía quieren salir de joda, ir a bailar, emborracharse, vivir la noche.

Ella no. Prefiere estar en casa, ver películas juntos en la cama, ir al cine con Rocío y Morena.

Cuando nació la relación, Mariana viajaba con más frecuencia a Córdoba a visitar a su madre. Y me daba celos, aunque entendía que recargaba energías.

Pensaba que se cruzaría con alguien más joven y me dejaría.

—¿Por qué carajo estás conmigo? No tiene sentido—le preguntaba, de manera insistente.

Yo sé que le puedo garantizar una buena vida, pero ella no es de esas que buscan el lujo o chapea con el nombre. Repito: tiene otra cabeza, y fue la que usó, junto con el corazón, para rearmar una familia que pensaba que jamás podía volver a encajar las piezas.

Ahora con Mariana queremos ir por todo.

Tener un hijo, ¿por qué no?

Cuando adoptamos a Rocío y Morena quedó esa imagen de que yo era el que no podía tener hijos.

Ahora no tengo por qué ocultarlo.

Siempre supe que el problema no era yo.

Y lo asumí en silencio siempre, incluso cuando la bestia de Maradona dijo aquello de “huevo duro”, que me valió un enfrentamiento feroz con él (ver el capítulo “Maradona, Mirtha, Lucho y Sofovich”), y en momentos en los que ni mi propia mujer me defendía.

Igual, con tanta agresión y supuestos, yo, junto a Mariana, quise sacarme la duda.

Por eso nos hicimos todos los análisis que nos teníamos que hacer para eso.

Nos los hicimos en una “conocida clínica porteña”.

Tuvimos que esperar una semana para que nos dieran los resultados.

Parecieron meses.

El médico que nos recibió empezó a elogiar mi “vigor”, como aquel que primero te franea

para después anunciarte el vendaval.

Lo corté en seco:

—Doctor, todo bien, pero solo quiero saber algo, ¿soy estéril?

Mariana, sentada a mi lado, abrió los ojos y arqueó las cejas.

El médico se puso serio:

—¿Quién te dijo esa pelotudez?

—Y.... doctor, tanto tuve que asumir esa posición que me lo terminé creyendo, ¿soy o no soy estéril?

—No, no sos estéril. Podés tener hijos tranquilamente, tal vez más lento, por tu edad, por los espermatozoides, pero nada que no se arregle con un poco de ayuda. Por ahí te doy vitaminas. Si llegado el caso no pueden tener, podemos empezar a conversar para hacer otro tipo de tratamientos. Pero yo les aseguro aquí y ahora que no tienen ningún impedimento para tener hijos.

En el fondo, muy en el fondo, sabía que era así.

Para mí, por supuesto, es una enorme satisfacción. Yo quiero tener hijos con Mariana, mis hijas quieren un hermano, y les gustaría que ella sea la madre.

Porque Rocío y Morena, los pilares de mi vida, le dicen mamá.

Y Mariana, el amor de mi vida, les dice hijas.

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos debes saber que no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo. Que una vez leído debe ser archivado o destruido. En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.